

Juan M. Urdangarin Abalabide

**MISTERIO
EN EL DESIERTO**



Derechos reservados 2015
©Juan M. Urdangarin Abalabide
Prohibida su reproducción por cualquier
medio sin autorización del autor:
Inscripción Registro Intelectual: 254.873
ISBN:978-956-358-782-1
Editado por: www.escritores.cl
Impreso en Chile / Printed in Chile

CAPITULO 1

Tenían por costumbre salir juntos en las expediciones que hacían a la cordillera, hacia los límites con los países hermanos de Bolivia y Argentina, con la esperanza de encontrar alguna interesante alteración geológica de minerales de oro, plata, cobre o azufre que hay en la cordillera de los Andes y así poder cambiar su suerte. No les iba mal en sus negocios, pero querían algo más, esperaban ser los elegidos en encontrar el lugar de donde sacaba aquellas pepitas de oro que en tiempos no tan lejanos, un minero solitario, barbudo y casi andrajoso, dos o tres veces al año, llegaba al pueblo y se dirigía directamente a la farmacia, pues sabía que el dueño compraba oro. En definitiva iban tras esa quimera que está siempre un poco más allá y cuesta llegar, pero vale la pena intentar alcanzarla, pues sin ilusiones no tiene sentido la vida; además la esperanza es lo último que se pierde. Les gustaba la minería y los trabajos en la cordillera.

Otras veces salían para alimentar su alma en el profundo silencio de las serranías, sin interferencias mundanas, tratando de encontrar el verdadero rumbo de sus vidas. Combinaban sus salidas de trabajo con las del esparcimiento del alma, disfrutando de la insondable belleza que existe en esas soledades de amplios horizontes. Sabían que tras el contorno de esos primeros cerros recortados contra el azul profundo del horizonte, estaban los picos nevados de la

imponente cordillera de los Andes y entre ambos, existían: pampas, salares y hermosas lagunas, henchidas de vida, con aves de distintos tamaños y colores, que viven su existencia, como decía el poeta, “alejadas del mundanal ruido”.

La vida y la belleza en esas extensas y largas serranías, están tras cada recodo del camino. Si se está preocupado del polvo que se levanta en ese caminar, pasarán al lado de ellas y no las verán, pero cuando se otea con detenimiento sus soledades y se recorre sin tiempo los amplios espacios cordilleranos, descubrirán perderse a lo lejos en las largas pampas, a piños de vicuñas que corren presurosas al cobijo de los faldeos de los cerros y verán levantarse de las azules aguas de las lagunas, a bandos de parinas-flamencos- que cubren de rosado el firmamento para posarse un poco más allá, todos ellos tratando de alejarse lo más posible de los humanos.

Y si se detienen un poco más, sentirán el despertar de la tierra, aletargada hasta ese entonces por la obscuridad y el frío cordillerano, y verán correr asustadas lagartijas y pequeños escarabajos, y también verán erguirse a pequeñas plantas para captar el calor del sol que se anuncia con esos rayos que ya se elevan sobre la alta cordillera y empiezan a entibiar las frías pampas. Y si sienten un piar corto y repetido, presten atención y agudicen la vista, pues, seguramente verán correr mimetizándose con el color amarillento de las tolas (coirón), a perdices que van picoteando las escasas semillas sueltas, mientras se dirigen a saciar su sed, a la vertiente de aguas cristalinas que ellas conocen.

Otras veces, entre neblinas de espejismos en esas interminables pampas, seguían sendas casi perdidas que se internaban entre los recovecos de la cordillera que generalmente terminaban en pequeños campamentos mineros casi derruidos, que cobijaron a hombres... muy hombres, que rasgaban los cerros extrayendo minerales de vetas multicolores y donde todavía se siente en su entorno, la tristeza y soledad en que vivían, y al apoyar el cuerpo cansado en sus muros, oirán sus susurros, contando todo el historial de misterio y leyenda de su pasado. Los dos tenían

espíritu de pioneros y como tales, les gustaban los grandes desafíos; verdaderamente eran hijos del desierto y amigos de las soledades.

Juntos conformaban un dúo competente y aunque eran de caracteres distintos se complementaban muy bien, precisamente esas diferencias eran factor de unión, se daba una vez más, la ley universal, “que fuerzas de distinto signo se atraen”. Jon, era idealista, afable, y con la mente abierta para cualquier emprendimiento, confiaba preferentemente en su criterio, en el sentido común que él tenía en las circunstancias de la vida. Martín, era práctico, de un trato más bien duro, introvertido, de pocas palabras y crudamente realista; era una combinación perfecta, lo que le faltaba a uno, tenía el otro; eso sí, ambos tenían un equilibrado sentido de autocrítica.

Pero si se ahondaba un poco más en sus almas, había un lazo invisible que los unía más aún. Jon, a pesar de su afabilidad, tenía un sentido de la dignidad por sobre todas las cosas, que en determinados momentos se endurecía a límites insospechados, nadie pensaría que era capaz de esas actitudes, él respetaba a todos, pero a cambio exigía ser respetado, pues de lo contrario, podía ser tan duro como el que más. Martín a su vez, tenía una faceta de su vida que mostraba muy poco, y era su sensibilidad en casos extremos, detrás de esa fachada fría y dura, había una humanidad cálida, que se contraponía con el realismo de su actitud diaria ante los problemas de la vida, en ese aspecto estaban muy cerca. Es así como en las decisiones finales, primaba siempre lo mejor de esos caracteres, respetándose en sus legítimas diferencias. Confiaban plenamente uno en el otro y tenían una lealtad a toda prueba, por eso mismo eran socios en la empresa minera que habían formado.

La rutina de las salidas variaba muy poco; generalmente salían de madrugada, calculando que el amanecer les encontrase pampa adentro, cerca de los contrafuertes cordilleranos. Les gustaba observar cómo entre las cumbres de los cerros, salían destellos del amanecer, que se abrían paso entre las compactas nubes y venciendo la resistencia de la

obscuridad, se convertían en rayos solares que entibiaban la madre tierra, despertando con su luz y su calor, a todas las especies vegetales y del reino animal, entregadas a su sueño y aletargadas hasta ese momento. Era un espectáculo digno de verse.

Para llegar a los faldeos bajos de los cerros, donde terminan todas las quebradas que comienzan cerca de la cumbre y que sirven muchas veces para encaramarse a ella, tenían que atravesar extensas llanuras y pasar quebradas de todas dimensiones que las cruzaban en toda su extensión; de seguro antiguas corridas de agua que sorteando todos los obstáculos seguían su curso, hasta ser absorbidas por el sediento desierto, no sin antes dejar rastros de su presencia en surcos que poco a poco se convirtieron en quebradas, ante la continua erosión de las aguas y el viento, sobre el lecho arenoso del desierto. ¿Qué contrasentido verdad, hablar de desierto y arroyos que lo cruzan? Y sin embargo es así, recuerdo las frases de aquel poeta aficionado que decía en referencia al desierto y a la riqueza de los cerros: “No siempre tus grises granos de arena tuvieron sed, verde fue el color de tu infancia, como verde es, el de las entrañas de los cerros que te rodean”.

Antes de llegar al campamento de la mina que estaban implementando, había que pasar por el lado sur del cerro Quimal, una especie de otero imponente, estaba en medio de una larga, ancha y desértica franja del territorio, para ser más exacto, en medio de la nada misma, y arrastraba consigo un historial de misterio convertido ya en leyenda. Se divisaba desde cualquier punto cardinal, su cumbre era más bien plana y alargada, parecida a una ñusta tendida, con su cabeza cubierta con una túnica negra -así era el color de la tierra donde la apoyaba- a continuación venía una pequeña quebrada que se asemejaba al cuello, para enseguida seguir con el voluminoso cuerpo del cerro. Era el último de ese cordón montañoso.

La leyenda decía que guardaba celosamente en sus entrañas una rica mina de oro, trabajada en tiempo de los Incas. Otras versiones decían que era de plata, y otras a su

vez, de ricos minerales radiactivos, en fin, decían tantas cosas, que era difícil distinguir la verdad de la ficción, mejor dicho de la tradición, que es la transmisión oral de hechos que se supone sucedieron pero que a nadie de los actuales les consta, y la noticia corría de boca en boca como verdadera, y cada nuevo actor, añadía algo de su cosecha a la primitiva versión, y así se iba desfigurando esa, y al final, nadie sabía en definitiva si la mina era de oro de plata o de uranio, y si estaba “al sol de la mañana o de la tarde” -así señalaban antes el lugar del hallazgo- ahora se habla de coordenadas UTM. Infinidad de mineros y aventureros, trataron de desentrañar el misterio, pero sin resultados favorables. Si la mina existe, quiere decir que “Mandinga” (palabra usada en minería, relativa al diablo) la tiene muy bien guardada, pues aún no ha sido encontrada por mortal alguno.

Como dando más visos de credibilidad a la leyenda del Quimal, el año 1889 llega a San Pedro de Atacama, y permanece en él hasta el año 1893, el Sacerdote y crítico literario, de origen francés, Emilio Väisse, creador en Chile de ese género en forma continuada. Para ejercer su sacerdocio, tenía que recorrer grandes distancias a caballo, único medio en aquel tiempo para atender todas los ayllus (poblados), inclusive llegaba hasta Toconao. Eso mismo le hizo conocer todo el territorio circundante y todos tenían como otero al Quimal; seguramente en más de una tertulia alrededor del fogón, escuchó la leyenda del Quimal, no sabemos si fue hasta el mismo cerro, pero sí sabemos que escribió un cuento sobre la posible existencia de la mina, que lo tituló “El derrotero del Cenizal”, lo firmó con el pseudónimo de Omer Emeth. Así firmaba también sus críticas literarias.

CAPITULO II

En uno de los tantos viajes que hicieron y acostumbrados como estaban a saber el lugar exacto de cada roca y arbusto que había en esas serranías, divisaron a lo lejos un bulto que les extrañó, pues sabían que no debería estar ahí. Jon le dijo en broma... capaz que sea un ovni. Martín le miró diciéndole... aunque no creas me gustaría que así fuera, para ver de cerca a uno de esos hombrecitos verdes y extraños que nos pintan, ambos rieron de buenas ganas y continuó diciendo... pienso que es una camioneta de algún minero que ha ido a probar suerte, por lo que decidieron ir en aquella dirección, con la idea de prestar auxilio, a pesar que tenían que desviarse, pues quedaba al lado norte del cerro, y ellos debían cruzarlo por el sur.

En el desierto la solidaridad no es palabra muerta, se practica realmente, pues muchas veces la vida o la muerte depende de ese sentido de humanidad, no es broma quedarse con el vehículo averiado en medio del desierto; por lo tanto sin titubear siquiera, enfilaron en esa dirección, pero según se iban acercando, se dieron cuenta que era algo más serio, pues en la penumbra alcanzaron a percibir algo que se parecía más a restos de una avioneta que de una camioneta, por la conformación de una de las alas y el pequeño y angosto fuselaje que estaba encaramado sobre una roca que sobresalía nítidamente.

Llegaron al lugar donde estaban los restos que efectivamente eran de una avioneta. Dieron lentamente una vuelta por el perímetro exterior para poder visualizar la magnitud del desastre, y decidieron no bajarse todavía de la camioneta, esperando que aclarara un poco más y también para analizar los hechos con calma y actuar en consecuencia. La quietud y el silencio, eran absolutos. Dieron una segunda vuelta y encontraron varios restos de aluminio, y de otros materiales, esparcidos en un pequeño círculo, no entendían nada.

Hacia el típico frío de la cordillera y de las pampas desérticas, donde el helado viento que baja de las cumbres nevadas, recorre sin mayores obstáculos la extensa llanura y al chocar contra las rocas y arbustos que ralean en el desierto, llega a ulular, con ese característico silbido que tan bien conocen los que se identifican con las pampas y aman esas soledades de amplios horizontes.

La luz diáfana del sol, rompiendo las tinieblas de la noche, apareció ya sobre las cumbres de los cerros de la cordillera, era la hora donde se siente más intensamente el frío; al poco rato aclaró y se dieron cuenta que era una avioneta moderna, un bimotor de cuatro a seis asientos, de ala baja. Los restos estaban esparcidos solamente en ese sector, entre aquellas grandes rocas próximas al otero y el cerro mismo; uno de los motores estaba incrustado en una de las rocas junto con parte del fuselaje y una ala. Se notaba que el choque tuvo que ser muy violento, pues partió la roca; el otro motor estaba un poco alejado, cerca del fuselaje y de la cola de la avioneta, en dirección al salar y más cerca del cerro.

Sabían que por lo menos debía haber una persona -el piloto- pero por la capacidad de la avioneta, era posible que fueran más. Pensaron que no podrían haber sobrevivientes por la violencia del choque, pero eso nunca se sabe hasta confirmarlo, a pesar que las probabilidades eran mínimas, pues las avionetas de ala baja son muy veloces e incapaces de planear, como decía un entendido en esos temas, -caen como llave inglesa, dando vueltas.

Mientras estaban dentro de la camioneta, esperando que aclarase el día, divagaron sobre la procedencia de la avioneta; descartado ya el asunto ovni, tenían que descifrar el misterio. ¿Qué hacía una avioneta en esa pampa? ¿Era de contrabandistas-narcotraficantes o políticos oscuros de algún país vecino, que por cambio de régimen deben abandonarlo y se llevan apresuradamente ciertos valores que entran fácilmente en tres o cuatro maletas y así asegurarse el futuro? ¿O simplemente era de un aficionado que se extravió y estrelló al tratar de aterrizar?

Estaban casi seguros que la avioneta venía de Bolivia, pues precisamente como a cien kilómetros al Este, había un abra entre los colosos andinos. Todos los que viven en la región y trabajan en la cordillera, conocen ese paso y no es de extrañar que ellos también lo supieran, era lo más probable; sospecharon que tuvieron alguna avería, que el piloto vio la pampa y al tratar aterrizar no alcanzó a esquivar las rocas; la velocidad de la pequeña nave podría ser una de las causas de la tragedia.

Tampoco se podría descartar que conocían la pampa y ese era su destino y que pronto sus socios vendrían a buscarles, quien quiera que fuesen ellos, en ambos casos, estaban en peligro, pues bien sabían como actúan las mafias en esas circunstancias -no dejan testigos- esa suposición la descartaron casi de inmediato, pues si ese fuese el caso, sus amigos ya habrían llegado, es cierto que desconocían la fecha del accidente, pero seguramente ya habrían pasado varios días de ello, tiempo suficiente para su llegada; por otro lado tampoco había huellas de neumáticos de algún vehículo, por lo tanto dedujeron que no era ese el caso.

Inconscientemente, sin ponerse de acuerdo, estaban demorando bajarse de la camioneta, no sabían por qué, indudablemente no era miedo... ¡a qué!, más bien tenían cierta aprehensión a lo desconocido, a lo que podrían encontrar, así divagaban mientras esperaban. Finalmente decidieron bajar a las cero nueve horas, ya faltaba poco. El sol en ese firmamento claro y azul, ya estaba casi sobre sus cabezas, pero todavía se sentía el ulular del viento al abrir

la ventanilla, lamentablemente les tocó un día de viento, en la cordillera, esos días son muy desagradables, por la intensidad y el frío del viento.

Finalmente bajaron. El frío todavía era intenso, corría ese viento helado del Este, típico de esa hora de la mañana, que hasta el mediodía, corre en dirección al Oeste, vale decir, de cordillera a mar, trayendo consigo el reflejo del frío de la nieve que cubre las altas cumbres de los cerros. Se habían detenido en medio de los restos, entre la cabina del piloto y el fuselaje de cola, como estaban más cerca de la cabina, fueron a inspeccionar primeramente esa parte; al acercarse vieron manchones de sangre y al remover parte de las latas de la cabina, vieron el cuerpo del piloto sin vida todavía aferrado a los mandos, quería decir que trató hasta último momento salvar la avioneta y no pudo, con las consecuencias conocidas. Lamentablemente algunas aves carroñeras habían encontrado el cuerpo antes que ellos.

Enseguida encaminaron los pasos hacia el fuselaje de cola, que sorprendentemente no estaba aplastado, estaba bastante entero; grande fue su sorpresa al ver en su interior un bulto alargado parecido por la forma al cuerpo de un ser humano, hasta ese momento inmóvil y cubierto con varias mantas. Al acercarse y destaparlas, descubrieron el rostro de un hombre, su cara estaba cubierta de una barba de varios días y tratando de sobresalir entre esa maraña de pelos, vieron sus ojos y un leve parpadeo de ellos y llevándose la mano a la cara para cubrirse de la claridad, los abrió. Eran ojos somnolientos todavía, brillosos y afiebrados, de tonos rojizos, se notaba desfalleciente. Verdaderamente les impresionó encontrar con vida a alguien, pues no lo pensaban, pero sabían por lo que habían leído, que la cola de los aviones, era una de las partes más seguras en los accidentes de aviación y efectivamente era así.

Se alegraron encontrar a alguien con vida; trataron de enderezarle para poderlo sentar, pero con un gesto de su cabeza les indicó que no lo movieran y acto seguido bajó las mantas hasta la altura de la cintura, mostrando el pantalón y la cazadora con un gran manchón de sangre, había sangre

seca, se notaba de varios días y otra de color negruzca más reciente, se veía que sangraba, quizás por eso la negativa a moverlo. Al bajar un poco más el pantalón, vieron una herida debajo de la cintura y un tubo botado a un costado manchado con sangre, tubo que debió ser de uno de los asientos y que se le incrustó en esa parte del cuerpo.

Trataron de ayudarlo lo mejor posible y así aliviar en algo el dolor que se estampaba en el rictus de sus labios, como si fuese un accidente vehicular carretero, sabiendo que en breve vendría la ambulancia que se llevaría al accidentado y asunto concluido; pero se daban cuenta que este caso era mucho más complejo. La pregunta era, qué hacer con el accidentado, viendo el diámetro del tubo, Jon intuyó que estaba muy mal herido, que seguramente había comprometido el sistema digestivo, perforando alguna de sus vísceras y sabía que eso era mortal, pues de ahí a una septicemia y a la muerte, no había más que un breve trecho, ahora se explicaban porqué no quería que lo moviesen.

No podían llevarlo en camioneta por caminos hechos por ellos mismo, que de caminos no tenían más que el nombre, había muchas quebradillas y los pasos eran bastantes bruscos y se saltaba continuamente, en esas condiciones era criminal intentar llevarlo al pueblo, pues seguramente habría muerto en el camino, empeorando la situación para ellos; todo esto pensaba Jon, mientras iba a la camioneta a buscar la bolsa con comida y el botiquín, que siempre llevaban en sus expediciones a la cordillera.

Al llegar de vuelta a la avioneta, Martín ya lo había acomodado mejor, sacó los cojines de los asientos y uno de ellos le arregló como almohada, otro le colocó debajo de su cuerpo a la altura de la herida para que así quedara un poco levantada y los otros los unió e hizo una especie de colchón para acomodarlo en algo más blando y seco, y esperaba mi llegada para cambiarlo, así lo hicimos con mucho cuidado y sin moverlo mucho.

Después de limpiarle la herida con alcohol, y desinfectarla con yodo alrededor, Jon confirmó lo que sospechaba, que la herida era grave, tenía mal aspecto. El tubo al introducirse

perforó en forma de “equis” la piel y rasgó mucho tejido; después de secar todo con algodón, le colocó un parche como mejor pudo y lo vendó.

Le agradeció con una tierna mirada y por primera vez pronunció tenuemente la palabra “gracias”; a continuación le ofreció el termo que contenía café con leche, pero a penas tomó unos sorbos, no quiso comer nada sólido, sin embargo el termo lo mantuvo un buen rato entre las manos, debió ser por el calor que expedía.

Y ahora... ¿qué? se preguntaron con la mirada Jon y Martín, no sabían los pasos a seguir. Inesperadamente Álvaro -que así les dijo se llamaba momentos antes- trató de esbozar una sonrisa cómplice, y les dijo que no tomaran ninguna determinación hasta que él pudiera explicarles lo sucedido y les dio a entender que ya se sentía mejor y que pronto les contaría todo.

Fuera de esa fea herida y de las múltiples magulladuras que tenía en el cuerpo y la cara, podía ver, oír y discernir, por supuesto, con las limitaciones propias del caso. El poco café con leche que sorbió, unido a nuestra compañía, obró milagros en el alicaído cuerpo de Álvaro y sobre todo en su ánimo, en su espíritu. En esas pocas horas que convivieron con él, empezaron a tomarle aprecio, quizás era una mezcla de cariño y compasión, pero sí, les interesaba ayudarle humanamente hablando; les extrañaba la serenidad de su rostro en tan trágico momento, ni un lamento, ni una queja, nada, solamente trataba de sonreír para agradecerles de esa forma la preocupación que mostraban por él; pero mirando al fondo de sus ojos, traslucían una tristeza infinita; nos dimos cuenta que sabía que estaba irremisiblemente perdido, que su herida era mortal, Jon, ya se había dado cuenta de ello, pero guardó silencio.

CAPITULO III

Las horas pasaban rápidas, no tenían mayores problemas en cuanto al tiempo, eran dueños de él, pero había que buscar una solución al problema; hasta ese momento no sabían quiénes eran ellos, ni qué hacía una avioneta en ese lugar, sin olvidarse que había ya un muerto y seguramente muy pronto dos, Era un dilema para el que no se habían preparado y no sabían cómo hacerlo. Sospechaban algo por aquellas tres o cuatro maletas que habían divisado al fondo de la avioneta, entre Álvaro y la cola final, pero no habían querido preguntar ni indagar nada, por delicadeza y respeto al herido, pero llegó el momento de hacerlo.

Jon intuyó bien al tratar de descifrar aquella mirada cómplice, una vez más se dejó llevar por su criterio, y éste le decía que efectivamente eran miembros de alguna asociación relacionada con las drogas, pero primeramente había que escucharle, para saber el verdadero sentido de su misión, siempre y cuando quisiera contar la verdad, aunque no sacaba nada con mentir, pues dependía absolutamente de ellos; pensaba que aquellas maletas podrían contener valores importantes, si ese fuera el caso, desde ese momento tenían que dar pasos muy bien estudiados, pues de lo contrario, podría ocurrir algo no deseado, todos saben como actúan las mafias.

Necesitaba estar solo, salió a la pampa y prendió un

cigarrillo, aspiró profundamente el humo y entre bocanadas cubrió el cielo de volutas circulares tratando de solucionar la ecuación que se le había presentado; para poder discernir bien, tenía que serenarse y nada mejor que la quietud y el silencio en la soledad del desierto. Definitivamente primero tenía que escuchar a Álvaro y no adelantar juicios, por eso era importante saber lo que tenía que decirles.

Miró el reloj y quedaban aproximadamente escasas dos horas para el ocaso, no quedaba más tiempo ya, por lo tanto entró donde estaba acostado el herido. Martín estaba con él, conversando de las coordenadas del lugar donde habían caído, las conocía pues cerca del lugar tenían una pertenencia minera y precisamente iban en esa dirección para tratar de estudiar la posibilidad de explotarla. Cuando Jon entró, Álvaro le decía que su lugar de aterrizaje estaba mucho más al sur, sin especificar el lugar; enseguida se dispusieron a escuchar lo que les quería decir.

Somos bolivianos, empezó diciendo con voz baja y calmada, ambos de Santa Cruz; sé que ya vieron muerto a Ramón, el piloto; él ya había hecho este mismo viaje en otra oportunidad, trabajó un tiempo en una importante mina de cobre más al sur, era químico y jefe de planta. Habíamos entrado recién a territorio chileno, cuando sentí la voz de Ramón alterada y nerviosa, casi gritando me decía. “Álvaro, Álvaro, se están apagando los motores, hay una extraña fuerza magnética y todos los relojes están totalmente locos, dan vueltas sin sentido, afirmate bien porque vamos a caer, conozco una pampa un poco más adelante, trataré de aterrizar”, hasta ahí recuerdo, después vino la caída y el golpe seco y fuerte y cuando desperté, sentí un dolor agudo aquí debajo de la cintura, pero lo extraño es que estaba rodeado de tres rostros, de rasgos parecidos a los humanos.

En realidad no sabía si estaba muerto y en convivencia con otros en el más allá; o estaba despertando de un sueño que no entendía, en verdad no sabía que pensar; hasta que de repente, uno de ellos me palpó aquí en la cintura, se miraron entre ellos sin pronunciar palabra alguna, como

que se entendían con el pensamiento; él quedó conmigo y los otros dos salieron, regresaron al rato con unos aparatos extraños que emitían unas luces de colores azules y rojas; el que se quedó conmigo, tomó uno de los aparatos y me pasó por la herida, el alivio fue casi inmediato, inconscientemente le pregunté que era, sin acordarme que no hablaban ni entre ellos; me volvió a pasar nuevamente y el alivio fue total.

Verdaderamente estaba asombrado, había leído artículos de Ovnis, pero nunca creí en ellos, menos en esos seres pequeños y verdes que nos pintaban los futuristas; pero esto que me estaba pasando, daba la razón en cierta forma a los que sí creían que existían, pero no con la fantasía de pintarlos de esa forma, porque estos no eran ni verdes ni enanos, eran parecidos a nosotros, pero... ¡quien me va a creer!, es difícil que la gente crea en ellos si no se tienen pruebas presenciales. Tampoco quiero morir sin contarle a alguien, por lo tanto estoy feliz de poder hacerlo a ustedes. Al poco rato se fueron los tres, silenciosamente, supongo que tal como llegaron.

Quedé sumido en un mar de dudas, ya no sabía si creer o no en lo que me estaba pasando, o si solamente era un sueño y estaba despertando; en lo que no tenía duda era en la herida, pues veía la pañoleta manchada de sangre; me serené y me arrastré con cuidado hasta la salida de la cola de la avioneta y quedé sorprendido con lo que mis ojos vieron; en dirección hacia el cerro, vi un gran aparato circular, tal como lo había visto en revistas especializadas de los ufólogos, no había duda alguna, era un ovni, definitivamente los ovnis existían, era verdad. Veía que varios de esos seres, regresaban del cerro, de la parte que mira hacia la cordillera, trayendo algo entre sus brazos, no entendía nada, restregué los ojos y los cerré, al abrirlos nuevamente, vi lo mismo, el aparato circular y esta vez, había muchos más seres de los mismos, eso lo tranquilizó, después de todo, quería decir que no estaba loco, que todo lo que le estaba sucediendo era real.

Al día siguiente volvieron muy temprano, me pareció que eran los mismos tres del día anterior, y volvieron a

colocarme esas luces azules y rojas y tal como antes, sin pronunciar palabra alguna. Al llegar a esta parte, Martín que ya estaba inquieto, le preguntó. ¿Y qué pasó con el ovni y los hombrecitos? - Yo no dije hombrecitos, sino que, “seres parecidos a nosotros”, le contestó medio serio Álvaro. Ahí intervino Jon, y le dijo también serio. Bueno continúe con la historia, porque ya se está haciendo tarde, además nosotros no creemos en ovnis, aunque respetamos su versión, es el mismo caso de los brujos... “no creo en ellos, pero que los hay... los hay”.

Jon le recordó... quedó en que eran Bolivianos y ambos de Santa Cruz, que Ramón era químico y piloto de la avioneta y que había trabajado en Chile y conocía estas pampas. Sí, ya recuerdo y continuó Álvaro diciendo, no sé si les dije que era mi amigo y socio en este negocio. Pues bien, en una de sus vacaciones nos encontramos en Bolivia; éramos amigos desde la infancia, pero después los avatares de la vida nos distanciaron; supe que trabajaba en una mina de cobre en Chile pero nada más. Pero antes de continuar, déjenme explicarles lo del ovni, lo voy hacer corto para que no se pongan nerviosos. Al segundo día al atardecer, sentí una turbulencia fuerte de viento y una sensación extraña, al arrastrarme nuevamente hacia la salida de cola, vi como se elevaba y a los pocos segundos desapareció de mi vista, fue algo increíble.

Continúo ahora con la historia mía; al encontrarnos después de varios años, me invitó a comer con la excusa de celebrar el encuentro y entre copa y copa y en un tono confidencial, me dijo, tenemos que hablar largo y tendido, sobre algo muy importante, es un negocio que nos puede reportar mucho dinero. Al final de la comida quedamos de acuerdo que pasaríamos un fin de semana en mi hacienda, así podríamos hablar con toda confianza.

El conocía la hacienda de mis padres, que ahora era mía, pues más de una vez de niños fuimos a pasar varios días; montábamos a caballo y nos divertíamos mucho, nos gustaba ir hacia el lado de la selva, la que da a Brasil, que nos habían prohibido hacerlo, seguramente por el peligro

de alguna serpiente o animal salvaje, pero precisamente por eso lo hacíamos, era un lugar solitario, enmarañado, con árboles tropicales y aves de todas clases -el recuerdo le hizo emocionarse a Álvaro y se llenaron sus ojos de lágrimas-, y continuó, era un terreno amplio que pertenecía a la hacienda hasta el río Grande.

Así lo hicimos y me expuso abiertamente el negocio de formular cocaína, que según me dijo lo había aprendido de un colega colombiano, químico como él, trabajaban juntos en la planta de la minera y sabía el proceso completo; mi respuesta no se hizo esperar:

Estás loco Ramón, te equivocaste de amigo, le enrostré con furia.

Pero él insistió... déjame explicarte por lo menos, y si después piensas lo mismo, no pasa nada, olvida lo que te he dicho y seguimos tan amigos como antes. La idea no es seguir como productores y traficantes de cocaína por el resto de nuestras vidas, porque al final todos caen en la red de la policía, sino que producir una cantidad determinada, guardarla en un lugar seguro y enseguida desarmar y destruir el laboratorio para después y con la prudencia del caso, venderla y asegurarnos para nosotros y nuestra descendencia un buen futuro.

Tengo el estudio hecho de los costos de construcción del laboratorio, todas las materias primas con sus ingredientes y sé la cantidad a producir para que nos reporte unos cuantos millones de los verdes; desde el principio hasta la producción total y la destrucción del laboratorio, no son más que tres o cuatro años. Hay un pequeño inconveniente en la obtención de la hoja de coca, pero tú sabes muy bien, que en Bolivia eso no es tan difícil, además de eso me encargaría yo.

Planteado así el negocio, no es que me entusiasmara tanto la idea, pero la verdad, ya no lo encontré tan descabellada. Le escuché en silencio y cuando hubo terminado, le informé que me dejara pensar unos días, de acuerdo me dijo, pero que no sean muchos, me quedan solamente 11 días de vacaciones. Qué te parece, el próximo fin de semana; y así

lo acordamos, nos dimos la mano y quedamos en encontrarnos el otro fin de semana en mi hacienda.

De repente Álvaro interrumpió su historia y les dijo que estaba demasiado cansado para continuar. Jon le miró y entendió el problema, efectivamente se notaba sin fuerzas y aceptaron, a pesar que les hubiera gustado escuchar un poco más la historia. Por lo que habían escuchado hasta entonces, la encontraron creíble y en un arranque de espontaneidad, Jon le dijo. "Pienso que está diciendo la verdad, pero aunque así no fuera, igual trataremos de ayudarle para que viva".

Poco es lo que pueden hacer por mi vida, le respondió Álvaro, estudié tres años medicina y sé que mi herida es mortal. ¿Ha oído hablar de la septicemia?

Sí, sé lo que es y pensé lo mismo cuando vi su herida.

Pues no estaba equivocado, les agradezco lo que están haciendo para aliviar mi dolor, pero mi vida ya tiene sus horas contadas, ojalá pueda ver salir el sol, unos días más, para poder decirle a usted, todo lo que quiero que haga por mí, no se olvide, que el último deseo de un moribundo es sagrado, sé que usted lo cumplirá, me da confianza. Y mirando al fondo de la avioneta les dijo:

No es conveniente que dejen esas maletas ahí. Sáquenlas y guarden en ese cerro cercano, alguien puede acertar pasar por aquí y de seguro no tendrá la bonhomía de ustedes, que ni siquiera me han preguntado por el contenido de ellas y dirigiéndose directamente a Jon le dijo, usted llévese este manojito de documentos, no lo abra, mañana yo le explicaré todo, si mañana cuando llegue, no me encuentra con vida, léalo y cumpla por favor lo que está escrito, que de eso depende la vida de mi señora, mi hija y la de Ramón. Hicieron lo que les había dicho y volvieron para despedirse; ya estaba obscureciendo.

Váyanse ya, les pueden echar de menos en sus casas; cuando lleguen al pueblo compren un calmante fuerte, morfina o algo que le reemplace y también suero y todos los implementos para colocarlo, yo le explicaré cómo hacerlo, esta noche pasaré con las pastillas que ustedes me regalaron, no se preocupen por la plata, saquen lo que quieran de las

maletas. Martín había prendido fuego y calentando agua llenó el termo, que se lo dejaron para que se calentase; también le levantó un corta-viento con piedras y arena a la entrada y dejándole la linterna se despidieron.

Ya se sentía el frío característico del altiplano, durante el día calor 30º aproximadamente y en la noche llega fácilmente a 1º o 2º grados bajo cero, ese es el clima que hacía en esos momentos y el que tuvo que soportar Álvaro en su odisea, por suerte el fuselaje de cola se mantuvo más o menos completo y ahí pudo cobijarse y guarecerse del viento y del intenso frío nocturno; la cantidad de mantas que le cubrían le ayudó mucho a soportar las bajas temperaturas.

Martín tomó el mando del vehículo y desde el principio manejó velozmente; Jon, estaba ensimismado, envuelto en sus pensamientos, por lo tanto no dijo nada, además sabía que era un excelente chofer, pero sí quería saber su opinión de todo lo acontecido, y mirándole le dijo:

A qué conclusión llegaste...Martín.

Bueno, referente a los ovnis tú sabes que yo no creo en ellos, tampoco creo que lo haya inventado, debe ser efecto de la fiebre. En cuanto a lo otro, todavía no he asimilado bien el cuento, tú has oído como yo el asunto de la plata en la maletas, y también sabes muy bien como pienso yo de esas cosas, tenemos que ser prácticos y realistas, estas oportunidades no se dan todos los días, no la debemos desaprovechar, para serte franco, mi única duda es el asunto de los cadáveres, mejor dicho el de Álvaro, si es que también muere. Ahora deja que yo te pregunte. ¿Qué piensas tú del problema?

Tú sabes muy bien, que yo tampoco creo en los ovnis, de eso ya hemos hablado muchas veces, sin embargo, recuerdo muy bien aquella vez que estábamos explorando ese mismo cerro en el lado Este - el mismo lado que indicó Álvaro, viendo regresar a esos seres con algo en los brazos-acuérdate de aquel día que estando explorando por estos lados, apareció de repente un helicóptero con una barra colgando y volando muy bajo, en aquel tiempo comentamos que estarían detectando minerales de uranio... ¿recuerdas?

Eso me tiene en la duda, pero definitivamente, no...no creo que haya sido un ovni, sino más bien, el resultado de uno de esos sueños delirantes que la fiebre produce. Pero no estaría de más, que exploráramos la ladera Este del cerro, cómo sabes tú... si de repente esos seres tienen razón y encontramos el filón que tanto buscamos. Le miró a Martín y ambos sonrieron; y referente al otro asunto, no tengas la menor duda que a Álvaro le quedan pocas horas de vida, cuando tú estabas haciendo el cortaviento y prendiendo fuego, él me dijo con toda claridad, "que sabía que le quedaban pocas horas de vida", quizás un día, máximo dos, y nosotros que vimos la herida, sabemos que es así. Enseguida se produjo un largo silencio, como que cada uno, tenía que pensar con detenimiento lo que iba a decir, lo cortó Jon diciendo:

El único remordimiento que tendría, sería la atención cristiana que debemos dar a los moribundos, no está bien que le dejemos morir como perro, no va conmigo esa forma de ser, mañana le preguntaré si quiere que le lleve un sacerdote, tengo un cura amigo y con él no va haber problema, que lo hago como "secreto de confesión"; pero en realidad no sé si profesa alguna religión, a lo mejor es un libre pensador y me estoy complicando la vida sin necesidad, no me explico cómo no se me ocurrió preguntarle hoy:

No me parece mal que lo hagas... pero. ¿Qué pasará con el dinero de las maletas? Porque al dar cuenta a las autoridades del accidente y siendo un avión extranjero que violó el territorio chileno, vamos a estar en las noticias, con el peligro que supondría eso para nuestras vidas y de nuestras familias, pensando en las mafias del otro lado, respondió Martín y haciendo una maniobra vistosa dejó el camino de tierra y entró al pavimento.

De malas ganas Jon le respondió. Pero ni siquiera sabemos cuánto contienen las maletas, y por supuesto que me doy cuenta de todo lo demás, pero tampoco quiero vivir el resto de mi vida con ese cargo de conciencia, mira, no discutamos eso ahora, mejor dejémoslo para mañana, ya pensaremos como arreglarlo, pero la pregunta es otra y sigue latente: ¿Qué hacemos con los cadáveres? Hay leyes

claras para esos casos con castigos para los que no las cumplen.

Martín, entrando en razón, dijo: Sí, en realidad no es fácil acertar en la decisión correcta, mejor y tal como tú dices, dejémoslo para mañana, que por hoy ya tuvimos suficientes problemas. Poco después entraron al pueblo y se dirigieron directamente a una farmacia. Jon se bajó y compró todo lo que había anotado y algo más por si acaso.

Martín habló y le dijo:

Te dejo en casa y yo me encargo de comprar víveres y preparar la camioneta para mañana.

No te olvides de comprar más de lo normal y carga también más agua, voy a llevar esa camilla plegable que tengo, por si acaso, y acto seguido se despidieron, no sin antes recordarle la conveniencia de guardar silencio.

La mente de Jon estaba a punto de reventar, era un torbellino incontrolable. Por un lado estaba la forma práctica y realista que tenía Martín para resolver los problemas de la vida y por el otro, la visión ética que él tenía sobre cómo resolverlos, y era diametralmente opuesta, siempre había sido así. Pero este caso era totalmente distinto a los otros, en que siempre llegaban a un acuerdo intermedio, pero esta vez era el todo o nada, además había un problema legal y ético, eso era lo grave. Quizás mañana cuando despierte ya tenga el problema resuelto o quizás tenga la respuesta Álvaro y aquella sonrisa enigmática, algo quería decir -parecida a la famosa sonrisa de La Gioconda.

Con esos pensamientos se acostó con la idea de dormir, pues sabía que el día siguiente sería muy complicado y resolutivo en cosas trascendentales, pero no lo consiguió, no se acordaba a qué hora pudo hacerlo. Pensó en toda una estrategia que tenía que llevar a toda costa, pues no quería involucrarse en asuntos oscuros, tampoco iba a poner en peligro su vida y la de su familia, lo mismo que la de Martín y los suyos, esto último tenía prioridad uno, después venían las otras. ¿Pero cómo se podía aprovechar del dinero de las maletas, como decía Martín, y al mismo tiempo actuar en la legalidad? Estas dos posturas se contraponían.

No es que estuviera en contra de la idea de Martín, pues, como dice el refrán... “a quién amarga un dulce”, pero el problema era la decisión de tomar partido sobre una de las dos posturas, la que nos dicta la conciencia y denunciar el caso a las autoridades, o la otra, es decir, auto vendarse los ojos y la mente y actuar en consecuencia, sin recriminaciones morales futuras, he ahí el dilema.

Martín con un sentido más práctico y realista de la vida y sus oportunidades, no tenía los prejuicios morales de Jon, y eso no quería decir que no defendiera y viviera de acuerdo a los valores éticos de la humanidad, nada de eso. En cuanto a Álvaro, estaba claro que no viviría mucho más, la herida era mortal y si él no quería que lo moviesen, tendría sus razones. Por otro lado, él no tuvo nada que ver con el accidente, por lo que su conciencia estaba tranquila y Ramón, bueno, ya estaba muerto cuando ellos llegaron, por lo tanto no era su problema. Referente al dinero, que hasta el mismo Álvaro dijo que había en las maletas, no lo habían robado a nadie, sencillamente lo encontraron, no sabía ni le interesaba su procedencia, solamente que estaba ahí, al alcance de ellos y no pensaba desaprovechar la ocasión, por supuesto, trataría de hacerle entender su punto de vista a Jon, que sí era más delicado en esos aspectos de la vida.

Hasta mucho más tarde estuvo Martín comprando los víveres, haciendo gasolina, agua y demás cosas, después se fue a casa, cenó como de costumbre y durmió casi normalmente hasta las 04,00 horas; se levantó, tomó desayuno y a las 05,00 horas, estaba tocando la puerta de la casa de Jon. Como era costumbre en él, ya estaba en la puerta esperando la llegada de su socio, los dos eran muy puntuales, sus genes mandaban:

¿Cómo dormiste? -Bien respondió Martín, no tuve mayores problemas en hacerlo. ¿Y tú?

Apenas dormí, pero me siento bien, la verdad un poco nervioso, me pregunto si seguirá con vida Álvaro.

Es de esperar que sí, respondió su amigo.

Jon subió a la camioneta y cerrando la puerta le dijo, cuando entres al camino de tierra, pon atención en las huellas

de neumáticos que puedan haber. De ahora en adelante tenemos que fijarnos muy bien en todos los detalles y en los pasos a dar; prepara también un juego nuevo de neumáticos con distinto dibujo a los actuales y en cuanto terminemos este asunto, que no creo que pase de unos dos o tres días más, los cambias, pero lo haces tú, en forma personal, no me preguntes nada ahora, sencillamente hazlo.

Martín le interrumpió, diciéndole, estamos llegando al cruce con el camino de tierra, si no viene nadie voy a detenerme para ver de más cerca si las últimas huellas que pisan, son las nuestras de ayer noche, pues todavía está oscuro y desde el volante no se ve bien, ahí traigo la otra linterna, sácala; en ese momento llegaron a la bifurcación de las dos huellas y bajándose, revisaron hasta unos veinte metros tierra adentro, pero no había otras huellas, las últimas eran la de ellos. Subiendo de nuevo a la camioneta, Martín le miró de soslayo a su socio y sonriendo le dijo:

Me alegra lo que estoy viendo e intuyendo, sabes muy bien que nos conocemos y sé que eso significa, que estás estudiando el plan B...; dime si me equivoco!

No, no te equivocas, así es, respondió Jon, tenemos que estar preparados para cualquiera de las contingencias que se nos puedan presentar, la solución de cualquiera de ellas es demasiada delicada para dejarla al azar.

Ya estaban llegando al pequeño promontorio desde donde divisaron aquel bulto sospechoso; sabían que no había entrada desde la parte norte, obligadamente tenía que ser por el camino que ellos transitaban o de lo contrario, por un largo camino que había en dirección sur y que un poco más adelante se unía al de ellos. Llegando a esa nueva bifurcación, repitieron el mismo procedimiento anterior y llegaron a la conclusión, que nadie había pasado por ahí desde la noche anterior; eso los tranquilizó, pues nadie más que ellos, sabía lo que había ocurrido y donde estaba la avioneta.

Una vez acomodados de nuevo en la camioneta, Jon con la seriedad acostumbrada le informó a su amigo, que en la noche leyó los dos diarios que siempre leía, uno nacional y

el otro regional, y lo hizo con mucho más detenimiento que en otras oportunidades, pero no encontró nada referente al accidente y sacó por conclusión, que efectivamente era un vuelo clandestino y por lo tanto no controlado y que solamente ciertas personas sabían del contenido del avión y del vuelo mismo. Martín, tenemos que tener mucha precaución, lo que sea que decidamos hacer, debemos hacerlo con mucho cuidado y muy bien pensando, sin dejar cabos sueltos; poco después llegaron al lugar del accidente.

Bajaron y fueron rápidamente a ver a Álvaro, rezaban para encontrarlo con vida, por suerte así fue, se notaba en los rostros de los tres la alegría de verse nuevamente.

¿Cómo dormiste?, le preguntó Jon sonriente.

Mucho mejor que las tres noches anteriores, respondió con suave voz Álvaro, me alivió mucho el dolor de huesos, la blanda cama que me fabricó Martín. Éste al darse cuenta que estaba muy helado el ambiente, fue a buscar la pequeña estufa a gas que trajo y aprovechar de bajar también la bolsa con comida, el termo y la caja con los remedios.

No pasó inadvertido para Jon, la respuesta dada por Álvaro cuando dijo, “mucho mejor que las tres noches anteriores”. Eso quería decir, que al día de ayer cuando los encontraron, llevaban ya dos días en esa situación, en otras palabras, había sobrevivido con el día de hoy, cuatro días, bastantes según su opinión, considerando la gravedad de la herida.

Llegó Martín y lo primero que hizo fue prender la estufa, enseguida se entibió el pequeño espacio y abriendo la bolsa de comida, le ofreció unas frutas que traía, la negativa de Álvaro fue inmediata... no, no puedo comer, pues si lo hiciera apresuraría la muerte al darle movimiento a los intestinos, que deben estar perforados y todavía no puedo ni debo morir, antes tengo que hablar con ustedes, con Jon en especial y explicarle todo este enmarañado asunto y todos los pasos a dar; recién recordó Jon que traía los documentos y sacando de su bolsillo interior se los entregó.

Álvaro quería empezar explicando el contenido de las

cartas, pero Jon le interrumpió y le pidió que primero terminara con la historia que quedó inconclusa en la noche anterior, para así darse una idea general del problema:

¿Dónde quedamos anoche, preguntó Álvaro?

Recuerdo que quedaron en reunirse el siguiente fin de semana en tu hacienda, para darle tu respuesta definitiva a Ramón, respondió Jon de inmediato.

Qué buena memoria tienes.

Cómo quieres que me olvide cuando es una de las historias más fascinantes que me ha tocado oír y en este caso, ser parte de ella.

Para mí no tiene nada de fascinante, pues no es el final que esperaba, contestó Álvaro con cierta amargura y acto seguido enhebró de nuevo la historia. Como les iba diciendo, ese fin de semana nos reunimos nuevamente en mi hacienda; después de almorzar nos adentramos un poco en la selva, igual que de niños y nos dirigimos hacia la frontera con Brasil; Ramón quería ver aquel espacio limpio de maleza y rodeado de corpulentos árboles que les servía de techo y con aquel pequeño riachuelo que lo cruzaba. Muchas veces de niños pasábamos largas horas tendidos en la hierba mirando a las aves que llegaban al riachuelo a saciar su sed, algunas veces vimos también a pequeños venados acercarse a sus cristalinas aguas, siempre nos gustó ese lugar. Me hizo parar y nos bajamos.

Tomando la palabra Ramón, se explayó diciendo. Me alegra que en principio hayas aceptado el negocio, por supuesto que tenemos que arreglar todos los detalles, te dije que tengo todo estudiado, llegando a casa te lo explico. Este es el lugar ideal para construir el laboratorio y la entrada por esa quebrada no podía ser mejor; mientras seas dueño de la hacienda, no corremos ningún peligro y entiendo que el cuidador Anacleto es de total confianza.

No me gustaría involucrarle a él en nada, respondió Álvaro, es una persona mayor y viene del tiempo de mis padres y él y su familia están en mis afectos.

Ramón le contestó, me refería solamente a que es de tu confianza y no va hablar de lo que ve, porque viviendo aquí,

va a ver pasar algunos vehículos y algo tendremos que decirle.

Yo me encargo de eso, terminó diciendo el dueño de casa, pero te aseguro que hará lo que yo le diga, tenemos un afecto íntimo, tanto con él como con su esposa Rosario y su hijo, vamos a estar juntos hasta el fin de sus días.

Esa noche conversamos de todos los detalles, desde el financiamiento, hasta la construcción y la puesta en marcha, también quedó fijada la cantidad a producir, para enseguida desarmar todo y no dejar rastro alguno, llegamos al punto desde el cual no hay retorno. Ramón hizo un estudio de relojería, no dejó ningún detalle al azar; me gustó lo que me presentó, por eso acepté, venciendo algunos remordimientos de conciencia. No los voy a cansar con detalles que ya no vienen al caso, ni tampoco importan en este momento, solamente decirles que se construyó el laboratorio con materiales ligeros, no era necesario construcciones sólidas, por lo tanto fue mucho más fácil de lo imaginado y referente a la materia prima, hojas de coca, él tenía sus relaciones, fue el verdadero gestor de todo y lo hizo con una calidad inmejorable.

Una de las piezas de la vieja casona que daba al patio, donde estaban las pesebreras, la habilitamos como bodega, era el lugar ideal; aislamos todo el entorno interior con un material que él conocía y así pudimos evitar tanto la humedad como el posible olor que pudiera tener y durante tres años acumulamos la producción, sin vender ni un solo gramo, esa fue la condición que nos impusimos y que la respetamos. Terminando de elaborar el último tambor de coca, impuse la obligación de dar término a las operaciones, pues la tentación de seguir produciendo era mucha, mi amigo entendió la posición y aceptó el compromiso contraído y es así como en los próximos treinta días nos dedicamos solamente a desarmar y dejar todo como primitivamente era, un claro en el bosque con un cristalino riachuelo que lo atravesaba y donde saciaban su sed las aves y algunos venados.

Convinimos con Ramón, dejar pasar un par de meses antes de empezar el peligroso camino de la venta del producto, pues hay que tener contactos y ahí está el peligro, generalmente son mafias cerradas con personas inescrupulosas y con tentáculos en todas las esferas de la sociedad. Esta última parte, fue mucho más complicada que la puesta en marcha y la producción misma.

En ese momento Álvaro dio señales de cansancio, por lo que hicimos un corto receso, en realidad estaba bastante decaído, indudablemente su salud se estaba deteriorando a pasos agigantados, él también se dio cuenta e insistió, sigamos y no me interrumpan, pues ahora viene lo más delicado y lo que quiero que Jon haga por mí, pero éste le recordó que primeramente se colocase suero para recuperarse y le dijo.

Dame las indicaciones y yo te inyecto en la vena el suero con ese otro remedio que pediste.

Está bien, pero pon menor cantidad de la indicada, de lo contrario me va adormecer demasiado y no voy a poder explicarte todo.

Acto seguido y de acuerdo a las indicaciones de Álvaro, Jon le colocó la inyección y le remojó suavemente los labios con agua y le indicó que descansara un poco, le tapó con sus mantas y al poco rato quedó adormecido, momento que aprovecharon y salieron con Martín al exterior. Fueron hacia la cabina y en una carpa que habían visto anteriormente en el avión, envolvieron el cuerpo de Ramón, eso ya lo habían conversado antes con Álvaro, lo colocaron sobre la camioneta y se fueron en dirección al cerro, cerca de donde habían escondido las maletas. Martín eligió el lugar y empezó a cavar el hoyo, pero antes Jon le dijo, espera un poco, déjame a mi donde Álvaro, por si despierta, y tú regresa y cava con toda calma y deja todo, lo más disimulado posible.

Todavía no había despertado cuando llegó Jon, pero se quedó velando su sueño y cuidando que el suero entrara sin dificultades. Martín regresó y se dedicó a ahondar el hoyo, sabía que tenía que hacerlo de unos dos metros de profundidad como mínimo, para que ningún animal salvaje

olfateara y tratara de sacarlo, colocando el cuerpo en el fondo lo tapó con la misma tierra y para mayor seguridad, colocó rocas de distinto tamaño sobre la tumba y alrededor de ella.

Terminando la triste misión y antes de volver, tuvo la curiosidad de abrir las maletas, para saber qué tanto de verdad había en todo lo que suponían. Llegó al lugar donde las habían enterrado y con las dos primeras que intentó abrirlas, no pudo, la tercera, cedió a la presión de sus dedos y al abrirla quedó maravillado con lo que vio, igual que en las películas, rollos y paquetes de billetes nuevos bien alineados y ordenados, no quiso tocarlos, pero ahora sabía que todo lo que habían intuido era verdad, tenía que decirle a Jon. Guardó las herramientas que había utilizado y emprendió el regreso a la tienda de campaña así habían quedado de acuerdo en llamarla. Álvaro ya había despertado, pero no tenía buen semblante, por lo menos así lo veía él, después de almorzar conversaría con Jon los pasos a dar y también le contaría sobre los billetes.

Sin mayores novedades pasaron las siguientes horas; el sol hacía rato ya que había pasado por sobre sus cabezas, eso quería decir, que tenían pocas horas de claridad y que había que apurarse con la historia, pero también se daban cuenta del notable decaimiento de Álvaro y no lo podían apurar, era todo un dilema. Jon llamó aparte a su amigo y le informó la conveniencia que regresara solo al pueblo, él se quedaría a cuidarlo, pues lo veía mal. No te olvides de avisarle a la mamá que me quedé en la mina, en un buen campamento para que no se preocupe. Tú actúa con toda naturalidad y vienes mañana como un día cualquiera, trae más gas por si acaso y lo de siempre. Martín, estuvo de acuerdo con el planteamiento y regresaron a la tienda, en el trayecto aprovechó de contarle que abrió una maleta y vio lo que contenía... mucho dinero. Jon le escuchó en silencio y no hizo ningún comentario.

Entraron a la tienda de campaña y Jon retiró el suero y todos los implementos del brazo de Álvaro, éste quería reanudar la historia, pero se lo impidió. Reposa un poco

más y después me la cuentas, Martín va a salir pronto para el pueblo y regresa mañana, yo me quedo contigo y así tienes tiempo de contarme todo, yo traje una camilla y mantas, así es que no te preocupes por mí, yo estaré bien: ¿Dónde dejaste las velas, Martín? En el cajón que está al fondo, junto con los fósforos, respondió, antes de partir al pueblo.

Ya estaba oscuro y el frío empezó a sentirse, fue el momento que Jon, tapando el boquerón de lo cola con una manta, prendió de nuevo la estufa a gas, encendió un par de velas y dio un aire de intimidad al provisorio cuarto. A pesar de su estado, Álvaro, viendo todas estas maniobras sonrió y le agradeció por hacerle sentirse bien, y continuó diciéndole... qué pena que nos conocimos en estas circunstancias, estoy seguro que hubiésemos sido grandes amigos. Acto seguido se acomodaron... y continuó con la entrecortada historia.

Alquilamos una pequeña parcela en las afueras de Cochabamba a la salida hacia Santa Cruz. El plan era el siguiente, transportar y almacenar una cantidad determinada en ese lugar y desde ahí hacer las entregas, por ningún motivo tenían que saber la procedencia de la droga, por eso se eligió ese lugar apartado.

Como químico, Ramón, tenía relaciones normales con profesionales de su ramo y aprovechó esa coyuntura para preguntar y saber algo sobre lo que nos interesaba y supo que esas dosis que nosotros pensábamos vender de golpe, era muy difícil hacerlo, los únicos que compraban esa cantidades eran los "carteles de la droga", pero meterse con ellos, significaba quedar fichados para siempre, y eso es lo que yo no quería, ni iba a prestar mi nombre.

Ramón que tenía sus contactos con otros químicos y conocía a personas del ramo, se encargó de la venta y lo hizo en forma maravillosa, hasta pensé que era parte de esas sociedades ocultas, pero la verdad es que no hubo ningún problema en esa etapa.

Yo sabía que llegando a Ramón, tarde o temprano llega-

rían a mí, eso lo tenía claro, y a él ya habían llegado, o mejor dicho él se metió en la boca del lobo; también sabía que mientras hubiese droga, nadie se iba a preocupar, el problema vendría después, cuando se hubiera terminado y sus intermediarios y sus redes quisieran más producto... no se sale tan fácil del cartel. Así pasó un año más, y un día Ramón me dijo que la otra entrega era para fin de año, y los dos sabíamos que no había más, nos quedaban cuatro meses, en ese lapso de tiempo teníamos que dejar todo resuelto, de ahí nuestro apuro. Habíamos convenido en no decir nuestro plan, por lo tanto, nadie sabía que no teníamos más droga.

Álvaro tomó un descanso, se le estaba yendo el efecto del anestésico que iba con el suero, se notaba en la dificultad que tenía al hablar y en el rictus de dolor en sus labios; su salud estaba en franca decadencia, Jon pensó decirle que dejara hasta ahí la historia, pero no alcanzó, porque enseguida prosiguió. Te dije antes y lo repito, Ramón hizo un trabajo excelente, se movía en ese ambiente como pez en el agua. Sus amigos que no eran los míos -nunca me quise involucrar con ellos- se nota que le ayudaron a colocar toda la cocaína, no sé el compromiso que adquirió, pero me da la impresión que esos lazos son para siempre.

Solamente en esas cuatro maletas que traíamos y que ustedes las han guardado, hay dos millones de dólares, hagan con ellos lo que quieran, son suyos; en la hacienda hay otros dos millones más, y cuatro bolsas con gemas preciosas por varios millones de dólares, se las compramos de común acuerdo con Ramón a unos traficantes brasileños, no te puedes imaginar el contrabando que circula por la selva.

Este viaje es el primero que yo hacía y la finalidad era transferir mi parte a una cuenta en el extranjero. Ramón tenía otra idea, no le pregunté, era su dinero y podía hacer lo que quisiera. El colega y amigo de Ramón -sospecho que era más que amigo, una especie de socio- me refiero a Hugo, el químico de nacionalidad colombiana que trabajó con él en una mina de cobre más al sur, es el que tenía

los contactos para “ el lavado de dinero” y también para transferir dineros al extranjero, es el que nos iba a recoger, esperaba nuestra llamada para ir al encuentro; se entendían con claves de coordenadas geográficas, todavía no se habían comunicado, así que no se va a inquietar.

CAPITULO IV

Ramón ya había hecho este viaje antes, fingiendo ser geólogo, ellos tenían o tienen sus negocios particulares. Seguramente tratará de ubicarlo, pero sin escándalo y esperará que Ramón tome contacto con él, si no lo hace en un tiempo prudente, lo más probable es que viaje a Bolivia, pero todo eso no pasará antes de un mes y espero que para entonces tú ya hayas viajado a Bolivia y avisado de lo ocurrido.

Jon se sorprendió al oír esas palabras, Álvaro se dio cuenta y le dijo: perdona por la forma que te enteraste, pero igual te iba a pedir ese favor, no me di cuenta, debe ser la fiebre que me está abrasando.

Jon aprovechó el pequeño lapso, para levantarse, estirar un poco las piernas y encender un cigarrillo y fumarlo en la esquina opuesta al accidentado, apagó la colilla, le arregló las mantas y le dijo, “tranquilo, no ha pasado nada, sigue con tu historia”.

No queda mucho más que contar, lo que viene ahora es para mí lo más importante y sacando los documentos debajo de su cama, le pidió a Jon, que los leyese en voz alta.

Éste puso en orden las hojas que estaban numeradas, pero la letra era casi ilegible, se notaba que las había escrito después del accidente por lo tembloroso de la escritura, le miró y le dijo. Las vas a tener que leer tú, pues no entiendo

la letra, pero como me doy cuenta que te va a ser difícil por tu estado, mejor cuéntame lo que tienes que decirme.

Bueno de acuerdo, después rompemos los documentos y los quemamos, me doy cuenta que tienes buena memoria... y continuó.

Lo primero, nadie debe saber si estamos vivos o muertos, solamente nuestras señoras, me refiero a la mía y la de Ramón. Hugo al no tener noticias, seguramente viajará a Bolivia a saber sobre su paradero, pero tal como se han dado las cosas, pienso que será imposible que sepa algo de todo esto y así no se van a preocupar de nosotros ni de nuestras familias, no te puedes imaginar los tentáculos que tienen las mafias y ellos saben de nuestra fortuna; para cuando alguien nos eche de menos ya habrá pasado el tiempo suficiente para que todo se haya arreglado.

En segundo lugar, cuando muera, entiérrame al lado de Ramón, profundo por favor, pues como dicen "polvo eres y en polvo te convertirás" y así el mío y el de él, se confundirá con la madre tierra. En cuanto a este lugar, tú sabes mejor que yo, qué hacer; se me olvidaba recomendarte, tengan mucho cuidado, no hablen con nadie, ni tan siquiera con vuestras familias y cuidado en la forma de gastar el dinero.

Ahora viene lo más delicado, es lo referente a mi familia y por ende la de Ramón -se notaba que se esforzaba, pero no quería parar hasta decirme todo, tenía miedo que si paraba de hablar, ya no tendría la fuerza de empezar de nuevo- y continuó. Quiero que me prometas y me des tu palabra de honor que cumplirás, yo sé que me puedes decir que sí y después no hacerlo, pero al quedarte esta noche, mi corazón me dice que eres un hombre de bien, un hombre cabal y confiable; saca de mi cartera mi cédula y anota con tu letra la dirección de nuestra finca, donde vive mi esposa Leonor y mi hija Merceditas; queda en las afueras de Santa Cruz, camino a Cochabamba.

Habla solamente con ella, es una dama, fina y educada, descendiente de una antigua familia de la zona, llévale el anillo de matrimonio y el reloj y explícale como mejor puedas lo sucedido, pero insiste en decirle que esta forma

de dar término a lo sucedido, fue mi última voluntad. Ella sabe en lo que estoy metido, no lo aprobó, pero por la educación que tuvo en su casa, en la que los hombres tenían la palabra y las mujeres obedecían, aceptó a regañadientes; aunque la verdad, es que estamos distanciados, pensaba arreglar todo una vez que hubiera terminado con esto, pero tú ves, ha sido imposible. Es una mujer especial, digna de ser amada.

Por favor Jon, recuerda bien lo que te voy a decir, para que le puedas repetir a mi señora. En mi escritorio de la finca, en el cajón inferior de la derecha, hay una llave muy especial por lo grande y antigua, es la llave de la bóveda secreta que hay en la hacienda y que viene de tiempos de mi abuelo -era lo normal antiguamente-; la bóveda está entre el escritorio y la biblioteca, pero se entra por esta última; en el estante donde está la colección de los Clásicos Españoles, al fondo hay una palanca debes moverla hacia la derecha, el resto se da solo, es fácil. En la bóveda están las maletas con los dólares y las bolsas con las gemas. Las guardamos con Ramón de mutuo acuerdo; tantas las maletas como las bolsas están claramente señalizadas con las letras A y R. Las señalizadas con la A, son las mías y las con la R, hay que entregarlas a Beatriz, la señora de Ramón que vive en Cochabamba; yo no recuerdo ahora la dirección, pero mi señora o mi cuñado la tienen.

A estas alturas de la noche, Álvaro empezó a sentir con mayor intensidad los efectos de la fiebre, ya no podía disimular, hizo un pequeño alto que aproveché para levantarme y decirle. ¿Por qué no intentamos dormir?, mañana me sigues contando si es que olvidaste algo.

Miré el reloj y eran ya las 04 horas de la madrugada. Álvaro respiró profundo, sacó la mano sobre las mantas y me dijo. Saca el anillo antes que muera, también el reloj y guárdalos en tu bolsillo; ponme un calmante pues me empezó a doler otra vez, y no apagues las velas, no quiero ver obscuridad, al poco rato quedó plácidamente dormido. Me di cuenta que ya no le importaba dormirse y quizás no despertar, ya había terminado de contarme todo lo que pensaba que era

importante decirme, algo así, como, “misión cumplida”; lo acomodé lo mejor que pude y yo también me recosté en la camilla; la temperatura de la tienda de campaña era agradable, también yo quedé medio dormido.

Desperté preocupado y al mismo tiempo enojado conmigo mismo. ¿Cómo me pude quedar dormido, cuando mi obligación era velar el sueño de Álvaro? Miré el reloj y marcaba las 05,30, había dormido una hora y media, me acerqué a la cama de él y por suerte todavía respiraba, con dificultad sí, pero lo hacía, metí la mano dentro de sus mantas y le tomé la suya, me di cuenta que lo agradecía al apretarla débilmente y por la sonrisa que se dibujó en su rostro pero que no alcanzó a completarse, estaba muy debilitado, suavemente le susurré al oído, “amigo mío, no hables, solamente escucha lo que te quiero decir”.

Tal como tú me decías antes, si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, seríamos amigos, no tengas la menor duda, y nos visitaríamos; yo te invitaría a conocer el desierto y tú me harías conocer la selva con toda su riqueza vegetal y animal y quién sabe, a lo mejor encontrábamos algún riachuelo con pepitas de oro, he oído decir que en esa selva tuya abundan los metales preciosos. Además yo llevaría la escopeta y cazaríamos alguna que otra ave, espero que a ti también te guste la caza... en ese momento sentí un leve apretón de su mano, sonriendo le dije, te entendí, tú también eres cazador, lo cual me alegra mucho, pues tendríamos muchas anécdotas que contarnos, acto seguido humedecí sus labios con agua.

La fiebre se había desencadenado con toda su furia, su cara estaba bañada de gruesas gotas de transpiración y ardía igual que su cuerpo, presentí su muerte de un momento a otro, seguí diciéndole, son las 06,30 horas, muy pronto va a amanecer y también llegará Martín. Te quiero preguntar algo. ¿Eres católico? Asintió con un ligero movimiento de cabeza, entendía todo lo que le decía, saqué la cadena con la cruz de mi cuello y le dije, Álvaro, quiero que lleves contigo mi cadena con la cruz, trata de besarla y después te la pondré en tu cuello, se la puse en los labios y la besó, enseguida se

la coloqué en su cuello y le dije, repite conmigo el Padre Nuestro, sentí otro apretón... sí quería y sin pérdida de tiempo le susurré suavemente en su oído: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos dejes caer en la tentación más líbranos del mal, amen".

Ahora Álvaro, haz un acto de perfecta contrición, para que tus faltas te sean perdonadas y pronto estarás gozando en la presencia del Señor. Sentí dos apretones muy nítidos pero más débiles que los anteriores. Estaba agradeciendo al Señor el haberle permitido pedirle perdón y se estaba despidiendo de mí, le besé en la frente y le susurré. "Adiós amigo mío, debes saber que cumpliré mi promesa y gracias por todo". Una dulce sonrisa se dibujó en su rostro, enseguida sentí que el apretón de mano perdía intensidad y muy pronto su mano cayó inerte, Álvaro había muerto, miré el reloj, faltaba pocos minutos para las 07,00 horas.

Estaba contemplando el rostro sereno de Álvaro y enjuagándome las lágrimas, mientras trataba de poner en orden mis pensamientos, cuando llegó Martín; entró raudo a la tienda de campaña, pero todo estaba consumado... me hubiera gustado verlo con vida, dijo con pena.

Por desgracia ya falleció respondió Jon, y le contó toda la historia desde que se fue la noche anterior...;trajiste café con leche!

Si, por supuesto y abriendo la cesta sacó el termo y las galletas; mientras lo tomaban, conversaron el plan a seguir y tomando la palabra Jon, le expuso a Martín lo que debían hacer, quien aceptó sin mayores problemas.

Primeramente debemos sepultar cristianamente el cuerpo de Álvaro, para eso en cuanto tomemos desayuno, debemos cavar el hoyo y tal como él quería, hondo y al lado de Ramón. Después tenemos que quemar todos los documentos tanto personales como de la avioneta y sacar cualquier letra que esté pintado en el fuselaje del avión;

tanto la marca, como el modelo y el nombre con el cual se identifican las aeronaves, Martín le interrumpió y dijo:

Conozco una depresión del terreno con una quebrada angosta y profunda, queda relativamente cerca, pienso que ahí podríamos depositar los restos de la avioneta que no son tan grandes.

Me parece buena la idea y así lo haremos; pero primeramente debemos darle, santa sepultura. No te olvides Martín, que todo debe concluir hoy, por lo tanto apurémonos.

Terminando de desayunar, envolvieron a Álvaro en varias mantas, lo cargaron suavemente en la camioneta y lo llevaron al pie del cerro; cavaron los dos sin descanso y en poco tiempo el hoyo ya era de dos metros igual al de Ramón, lo depositaron en el fondo y antes de rellenarlo con tierra, Jon tomó la palabra y con el respeto y la seriedad que el momento requería, dijo. Conozco un salmo que se dice en estas ocasiones, pero habla de verdes pastos y de aguas, como no es el caso, voy a cambiar algunas palabras, no creo que se enoje nadie y levantando la vista hacia lo alto, empezó diciendo:

*El Señor es mi pastor, nada me puede faltar,
me conduce por pampas y desiertos y me hace
descansar
en apacibles y solitarios oasis.
Álvaro y Ramón, descansen en paz.*

Amén

Finalizada la ceremonia, rellenaron con tierra el hoyo y tal como antes, disimularon con piedras que colocaron alrededor, fijándose en la posición de las rocas del cerro y borraron las huellas de la camioneta, después el viento arenoso del desierto se encargará de tapar cualquier resto de huella, terminó su pensamiento Jon en voz alta.

Regresaron a la tienda y cargaron el ala y la cola que sirvió de dormitorio, y tal como Martín había insinuado, fueron a la quebrada. Jon se bajó y le gustó lo que vio, era un buen sitio, por lo que rápidamente descargaron y lo echaron al fondo de la quebrada, que no tenía salida,

era una hendidura profunda en la pampa, mucho mejor todavía, pensó. Hicieron dos viajes más, solamente quedaban los motores, pero eran demasiado pesados para poder cargarlos y no se atrevieron a llevarlos arrastrando, por lo que decidieron hacer dos hoyos en el lugar donde estaban cada uno de ellos, y enterrarlos, así lo hicieron, fue la solución perfecta.

Recién en ese momento sintieron el cansancio propio de las seis horas seguidas que trabajaron; hasta ese momento estaban demasiado tensos como para sentir cansancio; cuando vieron que la pampa estaba limpia y tal como siempre la habían visto, les vino el relajo, por lo que descansaron y aprovecharon para comer un bocado. Martín siempre echaba en la cesta una botella de vino, era su costumbre, por lo que brindaron para que todo terminara bien, también lo hicieron por los fallecidos, en especial por Álvaro, para que no fuera tan duro su andar hacia la eternidad.

Jon, retomando la palabra dijo, recojamos todo, repasemos nuevamente lo borrado y vámonos, pero en lugar de ir al pueblo vamos a ir a la pertenencia minera “Eliana Cuarta”, nuestras huellas deben regresar directas de la mina al pueblo, por si acaso. Lleguemos a la mina, demos unas vueltas y regresamos, que esté obscureciendo cuando entremos al pueblo. Hasta ese momento nadie de los dos había pronunciado la palabra “maletas”, por lo que mirándole a Martín, le dijo. Vamos por las maletas, las vaciamos en los sacos de las muestras de minerales que traemos, después las despedazamos y las enterramos ahí mismo, así lo hicieron, vaciando el contenido de las maletas en los sacos, y para más seguridad, volvieron a meterlos en otros tantos sacos, para que de esa manera pasaran como muestras.

Subieron a la camioneta y partieron en dirección a la mina, apenados todavía y pensando en el trágico fin que tuvieron sus amigos circunstanciales; pero la vida continua y ellos tenían que cumplir el plan trazado; dieron vuelta al cerro y se metieron en la quebrada que daba a la mina, tomando todas las precauciones del día anterior, es decir,

fijándose en las huellas que montaban, se dieron cuenta que las últimas eran las de ellos, eso los tranquilizó, llegando a la mina, Jon se quedó en la camioneta, Martín se bajó, dio una vuelta por el campamento que estaba vacío y subiendo nuevamente le preguntó: ¿Nos vamos?, su amigo asintió con la cabeza y se dirigieron directamente al pueblo.

Durante el trayecto de regreso, delinearon los pasos a dar, empezando por el lugar donde quedarían los cuatro sacos, en realidad ninguno de los dos tenía más derecho que el otro y tratándose de dinero sabemos que Mandinga mete siempre su nariz, por lo tanto y después de una larga conversación, no llegó a discusión, decidieron repartirse desde ese momento, dos sacos para cada uno, es decir, un millón; los habían metido juntos, por lo que no podían dudar, sabían exactamente que en esos dos sacos que le tocaban a cada uno, iba la cantidad mencionada.

Justo en ese momento dejaban el camino de tierra y entraban al pavimento. Ya estaba oscuro y se veían a lo lejos las luces del pueblo, no había mucho más tiempo para conversar sobre otras cosas, se habían demorado demasiado en dilucidar la tenencia de los sacos, no era por desconfianza, más bien por ser pares entre todos, es decir, algo así como, “lo que yo pienso y digo, vale tanto como lo tuyo”, y por último era por buscar el lugar más seguro y ahí cada uno tenía derecho a elegir el suyo.

Martín, dejemos para otro día los demás detalles, le dijo Jon suavemente, estamos demasiado cansados para verlos con claridad y darles la solución adecuada; no te olvides que hasta ahora hemos arreglado solamente lo más fácil, repartir, eso es sencillo y además agradable, pero ahora tenemos que ver, todo lo que involucra esta aventura, empezando por lo más importante; no podemos ni debemos gastar ni un solo dólar en este momento, es muy peligroso, tenemos que dejar pasar un tiempo, y después buscar la forma más prudente de cambiarlos o hacer la transferencia, no te olvides que alguien puede estar al acecho.

No confío mucho en ese tal Hugo, el amigo químico de Ramón que vive aquí en el país, pues según me dijo Álvaro,

trabaja en una compañía minera y conoce nuestras pampas, en definitiva, puede ser peligroso, no sé que arreglos tendrían entre ellos, pero tenemos que ser cuidadosos, por suerte no nos conoce a nosotros, pero repito, todas las precauciones que tomemos van a ser pocas, tenemos que actuar con pies de plomo, porque si cae uno de nosotros, indiscutiblemente también caerá el otro, eso es así, aunque nos juremos amor eterno en este momento. Ahora tengo que pensar en el viaje a Bolivia, se lo prometí y lo voy a cumplir, debo ir lo antes posible, tú sabes los motivos, ya te conté lo que me dijo Álvaro en referencia a Hugo. A mi regreso conversamos y solucionamos todo.

Está bien Jon, vete y regresa pronto de Bolivia, mientras tanto seguiré en forma habitual con el trabajo de siempre y no te preocupes, me conoces muchos años y sabes que puedes confiar en mí, soy leal por naturaleza, también sé que debemos ser responsables, por ningún motivo hablaré de esto con mi familia, ni gastaré un solo billete de los verdes, hasta que lo decidamos hacerlo, y aunque tengamos diferencias o por distintos motivos siga cada uno su ruta en forma separada, éste será nuestro secreto y así va a ser hasta fin de los días.

Al poco rato entraron al pueblo, déjame en la puerta del garaje, mañana mismo voy a comprar el pasaje aéreo para La Paz y de ahí a Santa Cruz, iré en bus, buenas noches Martín.

Espera le dijo éste, yo te bajo los sacos mientras tú abres el portón, Jon sonriendo le dijo...;no te vayas a equivocar! Martín dejándole los dos sacos en la puerta del garaje, se acercó y le abrazó con cariño... hasta mañana y subiendo a la camioneta se dirigió a su casa.

CAPITULO V

Jon, buscó un buen sitio para guardar los sacos, tenía que ser un lugar donde nadie buscara una herramienta u otra cosa y se encontrara con la sorpresa de los sacos, terminó con eso y entró a casa. Su madre le estaba esperando con la cena preparada y nada más entrar le abrazó y le dijo:

Hijo, estaba preocupada, no me gusta que te quedes a dormir fuera de casa.

Mamá tuve que hacerlo, hubo problemas en la mina, mintió Jon.

Bueno, lo importante es que llegaste, come y date una buena ducha antes de acostarte porque debes estar cansado y prosiguió... te noto preocupado hijo, ¿te pasa algo!

No, no es nada importante mamá, voy a tener que viajar a Bolivia para conseguir unos planos de una planta de minerales polimetálicos, eso es todo. Terminó de cenar y con unas, buenas noches, se fue a su dormir.

Efectivamente se duchó y enseguida se acostó, pensaba que podría dormir de un tirón hasta la mañana siguiente, pues la noche anterior no durmió casi nada, pero no, a las 04,00 hrs despertó, totalmente lúcido. Aprovechó para repasar todo lo acontecido y esta vez sí que tuvo remordimiento de conciencia, a pesar que le acompañó hasta su último aliento y además que le reconcilió con el Señor. Le faltó ponerle en contacto con algún sacerdote; de todas formas en cuanto viese a su amigo, el cura Faustino,

le contaría todo más que nada para su propia tranquilidad espiritual. .

En la madrugada es cuando se ven con más lucidez los problemas y sus posibles soluciones, la mente no está ofuscada con ninguna discusión ni situaciones que pasan en el día a día laboral y social que oscurecen la visión, haciendo ver todo en blanco y negro, cuando hay tantos otros colores; sin embargo, a esa hora del despertar silencioso y apacible de la madrugada, la mente despierta limpia de impurezas y dimensiona en su verdadera magnitud los problemas y halla las respuestas que antes no encontraba, aunque sea para satisfacción propia.

Dio vuelta la hoja y mentalmente se metió de lleno en su viaje, La Paz- Santa Cruz- La Paz; todavía era temprano, de modo que tenía tiempo de hacer un viaje virtual, sonrió al pensar en esa palabra, pues cuando él era más joven, nadie decía, por ejemplo, “viaje virtual” o “verdad virtual”, son palabras de los tiempos del hombre nuevo, pero había que habituarse a ellas. Primeramente tenía que llegar a La Paz, lo haría vía aérea; no haría ninguna reservación, se presentaría en el aeropuerto con mucha antelación al vuelo, para ser el primero en las opciones de asientos desocupados, aunque no era una ruta con mucho tráfico, pero siempre es mejor ser prevenido. Prefería los asientos en pasillo, no le gustaba viajar ni en ventana y menos en el medio; llegando a La Paz, iría al hotel que ya había elegido previamente, hasta ahí le siguió la mente en el viaje virtual. No quiso obligarla a seguir en el juego, decidió mejor levantarse y poner todas sus cosas en orden y preparar su viaje real.

Viajó a la capital de la provincia a saber todo lo relacionado de los vuelos a Bolivia; así supo que día por medio había un vuelo directo a La Paz y demoraba poco más de dos horas; ahora solamente faltaba fijar el día de vuelo, pero fiel a lo que había decidido, no quiso hacer la reservación, pero sí indagó lo referente a la disponibilidad de pasajes y tal como pensaba no había mucha demanda. También se enteró que todos los días en la mañana había tres buses de compañías distintas que hacían el recorrido, La Paz - Santa

Cruz e intermedios; conociendo todos esos detalles regresó nuevamente a su pueblo.

Esperó que llegara Martín del trabajo y calculando la hora, se dirigió a su hogar; estaba llegando a la casa cuando pasó la camioneta de él. Tenía que indicarle algunos detalles de su trabajo en la mina, pues calculaba que iba a estar fuera, mínimo siete días y había que dar solución a algunos problemas. A pesar que había pasado solamente un día desde que se despidieron, se saludaron con un abrazo, como buscando apoyo uno en el otro, quedaron marcados con hechos acontecidos, todavía estaban medio obnubilados, querían creer en todo lo que les había sucedido, pues no sabían si era real o estaban despertando de un sueño, y con sus miradas se preguntaban. ¿Somos los mismos Jon y Martín, de hace diez días? ¿O los hechos nos han cambiado y tenemos que averiguar quienes somos ahora? Pero no, con la cálida sonrisa de sus rostros, se dijeron todo lo que las palabras no pueden traducir y volvieron abrazarse en un íntimo y apretado abrazo, todo estaba bien, eran los mismos.

Les hacía falta esa estrecha comunicación espiritual, pues querían seguir juntos por muchos años más, esas eran sus intenciones; ninguno de los dos quería romper esa profunda amistad que los unía, tenían que seguir con la vida de siempre, como que no hubiera pasado nada. ¿Sería posible hacerlo?

Pasado mañana me voy a Bolivia, le comunicó Jon; si todo sale bien, estaré de vuelta en unos siete días, pienso que no tendré mayores dificultades.

Ten cuidado y no confíes en nadie, le respondió Martín, actúa de acuerdo a tu criterio y a lo que ya hemos hablado, estás en un campo que no conoces, tampoco sabes cómo van a reaccionar, no es fácil la misión que te has impuesto. Y tú le retrucó Jon, cuando vayas a la mina, ten los ojos bien abiertos, no vaya a ser que choques con algún ovni y por si acaso lleva la escopeta; ambos rieron de buenas ganas y se despidieron; ya estaba casi oscuro y se fue directamente a casa, a preparar con calma el viaje.

A pesar que le dijo a su madre que no le echara mucha

ropa, ella como siempre le puso la que ella pensaba le haría falta, al final la maleta estaba llena, no quiso contradecirla, quería despedirse en paz. Durante el viaje aéreo, decidió no ir al hotel que había elegido, preguntaría al taxista por una buena residencial, donde no hay tantas exigencias de identificación... además por una noche! Quería pasar por Bolivia, lo más desapercibidamente posible, como un turista más, recién le estaba tomando peso al asunto; no es que estuviera nervioso, pero sí estaba un poco inquieto.

Durante el vuelo repasó una y otra vez hasta memorizar todos los datos que había anotado en clave en su libreta, en referencia a la información que le había dado Álvaro sobre su familia y Bolivia. Los otros hechos importantes de lo sucedido, no hacía falta memorizarlos, pues los había vivido en carne propia y los recordaba tal cual sucedieron y con total nitidez. Palpó su bolsillo interior y sintió el bulto de la carta que escribiera Álvaro, junto con los otros documentos.

Con puntualidad aterrizó el avión en La Paz, al bajar se notó enseguida la sequedad del ambiente y el poco oxígeno, aunque a él no le afectó, pues era hombre de cordillera, estaba acostumbrado a esas alturas; la mayoría de las minas y por consiguiente de los trabajos mineros, están en los cerros y pampas aledañas, con alturas sobre los 3000 mts s.n.m. No hubo mayor problema con la aduana y un taxista de la etnia aymará de pocas palabras pero servicial, le dejó en una buena residencial.

Lo recibió un hombre de mediana edad, se notaba que era extranjero, no tan solo por su aspecto y color de piel y cabello, sino que, al hablar lo hizo con esa peculiar forma de hacerlo de los yugoeslavos, cambiando vocales a su antojo; no había ninguna duda, faltaba conocer si era: croata, serbio o bosnio, aunque para el caso daba lo mismo. La habitación era del tipo de los hoteles tres estrellas, por lo tanto aceptable.

La residencial estaba ubicada cerca del centro; a pocas cuadras estaba la agencia de buses, por lo tanto salió a comprar el pasaje para Santa Cruz y al mismo tiempo,

conocer un poco la ciudad. Al comprar el pasaje no dejó de pensar que se estaba acercando el momento de la verdad, de las definiciones, pensaba como darle la noticia a ella y cuál sería su reacción.

Qué fácil es dar determinada noticia a alguien monologando, es como un juego mental, pero que distinto es darla en forma verbal y real, teniéndola al frente y sobre todo cuando es una mala noticia. Cuando le prometió a Álvaro que haría el viaje a Bolivia y que hablaría con su esposa, encontraba la cosa más natural, lo mismo cuando comentaba con Martín, no veía problemas en hacerlo; pero ahora que estaba por encontrarse cara a cara con ella, empezaban las dudas, se daba cuenta que el diálogo no iba a ser sencillo, ojalá que llamase a su hermano, pero la noticia de la muerte de él, se la tenía que dar a ella. Pensaba que para ir a la hacienda de Álvaro, cercana de la selva, lo haría en compañía de su hermano, no creía que ella quisiera ir sola, sobre todo no estando de acuerdo con lo que hacía su esposo. Todo eso pasaba por su mente sin darse cuenta que sus pasos lo llevaban a la catedral, entró sin pensar dos veces, esperaba que la paz que se respira dentro de los templos, le diera la tranquilidad necesaria, pues tenía que reconocer que efectivamente estaba inquieto. Desde que compró el billete del bus, no tuvo paz ni sosiego consigo mismo, era algo que nunca le había sucedido, claro que tampoco nunca tuvo un caso como el presente.

Siempre fue devoto del Sagrado Corazón, sería porque su imponente figura dominaba la entrada del colegio donde estudió sus humanidades, como dándoles la bienvenida y al mismo tiempo protección. Buscó una imagen de El y encontrándola, se arrodilló, le pidió que le diera sabiduría para encarar el problema y sortear bien todas las dificultades que se pudieran presentar. La cara de la imagen ya daba tranquilidad, era de una mirada dulce y como dirigida al que le hablaba, por suerte estaba solo y no había duda, la mirada era para él; sintió una infinita y placentera paz que le cubrió todo su cuerpo, se tranquilizó y persignándose salió lentamente de la catedral, reconfortado; dirigió sus pasos

a la residencial, quería llegar pronto para cenar y acostarse, ya que a la mañana siguiente temprano se embarcaba para Santa Cruz.

El bus partió con la mitad de sus asientos vacíos, no era la temporada de las vacaciones ni de los viajes turísticos, además había otras líneas y muchos viajes en el día. Al principio vio paisajes conocidos por él, cerros, pampas y quebradas, pero poco a poco fue cambiando la fisonomía del paisaje sobre todo en las cercanías a la ciudad de Cochabamba. El Paisaje era hermoso de una exuberante vegetación, también cambió el clima, del frío penetrante del altiplano al cálido semi-tropical del valle. En esta ciudad, había una parada de media hora, de modo que se bajaron a tomar un refrigerio; al bajar del bus notó ese soplo cálido de las regiones tropicales. Después de un rato, dieron la orden de subir, lo hicieron más pasajeros que los que bajaron, pero de todas formas al partir, continuaban varios asientos desocupados.

Así como de La Paz hasta Cochabamba no tuvo compañero de asiento, en esta ciudad subió una pasajera en el asiento de ventana de su fila. Se alegró que fuera mujer, ya que la conversación por lo general es más intrascendente, con temas más sencillos y sin compromisos posteriores de visitas, por la misma diferencia de género.

En Cochabamba compró los diarios regionales, por lo tanto se enfrasqué en la lectura de ellos; ella sacó de su bolso una novela. De reojo alcanzó a leer el título "EL DESPERTAR DE UN PUEBLO", debía ser un libro sesudo pensó por el título y el interés -aparente por lo menos- que ponía en su lectura. Es lo normal que un hombre se interese en una hermosa joven, sobre todo si se sienta en el asiento de al lado, no es un misterio decir, que con el ojo izquierdo leía el diario y con el derecho estaba al tanto de lo que hacía ella; había oído decir que las mujeres cruceñas eran muy guapas y delicadas, y no estaban equivocados los que aseveraban eso, verdaderamente era una hermosa mujer, ella debía ser cruceña, no tenía ningún parecido con las mujeres bolivianas del altiplano; pero estaba desviando su

atención de la verdadera misión que tenía, que era mucho más delicada y seria.

Estaba consciente del eterno problema que hay entre chilenos y bolivianos por el problema del mar, todavía se enseña en los colegios del país del altiplano, que el mar es boliviano, “está cautivo y deben recuperarlo”, que los chilenos lo ganaron en una guerra y no han querido devolverles; es una historia muy antigua y que no se ve solución, pues los chilenos no pueden dividir su territorio en dos, no pueden quedar separados por otro país, eso es obvio. Pero no nos separemos del tema; el asunto es que estaba sentado al lado de una hermosa joven y aunque no lo quería reconocer, sí estaba interesado en hablar con ella, conocerla y hacer más agradable el viaje.

Nunca fue un experto del arte sutil, en la seducción de las mujeres, no tenía la habilidad necesaria ni las palabras precisas que se usan en esos casos, hay personas extravertidas que sí saben como entablar diálogo con ellas; pero algo había que hacer, de alguna manera había que empezar. Ya estaban saliendo de la ciudad, se veían campos trabajados a ambos lados de la carretera, se notaba que eran fértiles por la exhuberancia de su vegetación; esperó que diera vuelta la hoja de su libro y que mirara por la ventana, para con voz -que le pareció extraña a él- le dijera con cierto nerviosismo.

Qué campos más hermosos...verdad! Ella que estaba mirando por la ventana, dio vuelta la cabeza y con un gesto amable, le contestó.

Sí, en realidad son hermosos, casi tanto como los de Santa Cruz.

Por la respuesta deduzco que usted es Cruceña.

Sí, nací y vivo en Santa Cruz y dándole la mano, le dijo. Me llamo Isabel.

Yo vengo del norte de Chile, me llamo Jon.

¡Igual que en nombre inglés!

No, el nombre es vasco, se escribe sin “h” y se pronuncia tal como se escribe.

Yo llevo sangre inglesa y española, respondió ella, pero

tengo amigos que son descendientes de vascos, todos ellos tienen apellidos muy difíciles de pronunciar y le diré que son excelentes personas. ¿ Usted es vasco verdad? Lo digo por su acento, conozco chilenos y no habla como ellos.

Si así es, soy vasco, aunque la verdad es que he pasado más tiempo de mi vida en Chile que en mi patria, Euskal Herria.

¿Y va a Santa Cruz, por negocios o turismo? Le preguntó ella, coqueteando con una mirada dulce y con la personalidad propia de una mujer que se sabe hermosa y deseada, ya había notado nerviosismo en el hablar de él y el tono a falsete de su voz, sabía por experiencia que un hombre con mundología actúa de otra forma, no era la primera vez que le pasaba eso. Pero la verdad, sentía más curiosidad por un hombre sencillo y sin mundo, que por uno de esos acostumbrados a la lisonja fácil, que con tal de conseguir sus propósitos, son capaces de todo.

No le quedó otra a Jon, que contestarle rápidamente. Sí, por ambas cosas, primeramente turismo, quiero conocer algo de la selva, y si se da la oportunidad podría interesarme en algún negocio. No le gustó la pregunta de ella, pues tenía que mentir y no estaba acostumbrado, sabía que todo el mundo miente en algún momento de su vida, pero debe haber una razón poderosa para hacerlo.

Isabel siguió. Santa Cruz es un departamento muy grande, tenemos mucho campo con grandes plantaciones de caña de azúcar y de otros productos y la selva al lado. Si ha pensado en el negocio de la madera, mi familia tiene dos grandes aserraderos en plena selva, camino a Corumbá, que es la frontera con Brasil, ellos le pueden asesorar, es un negocio muy interesante. Para llegar, se pasa el Río Grande, en ciertas temporadas se pasa sin problemas, no es muy profundo, y cerca de un poblado que se llama Curiche, están los establecimientos. En uno de los aserraderos trabajamos solamente el “quebracho”, es de una madera muy dura, se usa preferentemente como durmientes en las vías férreas; y en el otro trabajamos solamente maderas nobles; hizo un pequeño descanso, momento que aprovechó Jon para decirle.

No, no es precisamente el negocio de la madera en lo que

había pensado, es más bien, comercio exterior, importaciones y exportaciones; no quiso decir que era minero. La verdad no le gustaba el giro que había tomado la conversación, él tenía razones de más para no explayarse sobre su vida y actividades. Pero tampoco podía culpar a ella del giro que había tomado la conversación, si había un culpable, era él; en determinado momento olvidó la finalidad de su viaje.

Por lo que le contó Álvaro, sabía que tanto su familia como la de su esposa tenían haciendas colindando con la selva, y que ambas familias eran antiguas en la zona, por lo tanto no era extraño suponer que seguramente se conocían con la familia de Isabel y ahí sí que se complicaba todo, pues quedaría constancia de su presencia en Santa Cruz, cosa que él no quería, pero para eso, tenía que ser mucho más cauto de lo que había sido hasta entonces; tenía que terminar la conversación bajo cualquier pretexto.

Pero una cosa es lo que él quería y otra muy distinta lo que pensaba Isabel, quien enseguida contestó.

Me alegra que sea así, pues precisamente yo estudié Comercio Exterior en Argentina, pensando que algún día, sería de utilidad para el negocio familiar. Y también viajé por algunos países europeos tratando de averiguar posibles mercados para el negocio de las maderas nobles. Me gustaría que me contara algo de su experiencia en comercio exterior.

Jon tragó saliva lo más disimuladamente posible, y cambiando el giro de las piernas, las cruzó por enésima vez de izquierda a derecha, mientras se daba tiempo para pensar en algo. Se acordó que cuando trabajaba en el negocio del Azufre Refinado, viajó con una delegación de mineros a Europa, viendo precisamente nuevas tecnologías productivas. En esa oportunidad se entrevistó con grandes productores de azufre refinado, no precisamente partiendo como materia prima con el caliche de azufre volcánico elemental, que es el que usaba él, si no que partiendo como materia prima con el gas sulfuroso, pero el resultado final era el mismo, azufre refinado del 99,5%. En esa oportunidad asistió también, a interesantes charlas, sobre

la comercialización y los problemas inherentes del comercio exterior entre los diversos países; por lo tanto se exployó un poco sobre los grandes negocios de las megas-empresas y los fríos especuladores que son los que manejan las Bolsas de Comercio y los Mercados Bursátiles y Financieros.

Apesar que estaba conversando con una joven y agradable señorita, le resultaba incómodo seguir, pues no era la finalidad de su viaje hacer amistades comerciales ni sociales, era otra y bien distinta; además no quería comprometerse a ningún encuentro futuro, de cualquier índole que fuera; por lo tanto, cortó bruscamente la conversación aduciendo cansancio. Ella le miró un poco extrañada, se dio cuenta de su actitud y con un mohín de indiferencia y sin mediar palabra alguna, sacó nuevamente su libro y se enfrascó en la lectura, demostrando con ello su casta y el orgullo de su linaje; no estaba acostumbrada a que los hombres le hicieran semejante desplante.

Se daba cuenta que se había comportado como un mal educado, pues ella no hizo más que seguir la conversación que él había empezado, y por los modales se daba cuenta que estaba ante una señorita educada y distinguida, le debía una explicación y prometió dársela antes de llegar a destino; por el momento quería serenarse y pensar un poco en su misión; por lo que se acomodó en el asiento y extendiéndolo hacia atrás, cerró sus ojos, tratando de pensar en el destino de su viaje.

Pero fue en vano, su mente le llevaba a Isabel y no a Leonor; podría ser porque a Leonor la conocía solamente por la fotografía que le entregó Álvaro y sin embargo a Isabel con su fragancia a sensualidad la tenía a escasos centímetros; se detuvo un momento en su soliloquio mental, tratando de desmenuzar esas tres palabras juntas, “fragancia a sensualidad”, en realidad nunca había escuchado esas tres palabras juntas, y sin embargo era posible que la sensualidad tuviera fragancia, sobre todo convertida en deseo, sí... era posible.

Las señales mandadas por su mente, no le habían engañado, se alegró al pensar así y esbozó una débil sonrisa

de aprobación. Quizás esa podría ser una razón válida, pues no siempre podemos torcer la terquedad de la mente en sus decisiones secretas. Pero tendría que dejar pasar más tiempo, para nuevamente dirigirse a ella y disculparse por lo abrupto del fin de la conversación, a pesar que se reconocía no experto en esos temas tan sutiles.

Quería abrir los ojos ya, hablar con ella y dejar arreglado el impase, pero sabía que no debía hacerlo todavía, tenía que ser consecuente con su dicho, “me siento cansado”, estaba arrepentido de haberlo pronunciado, pero ahora había que seguir las reglas del juego. El mismo se extrañó al pensar así. ¿Qué pasó en su interior, qué fue lo que le hizo cambiar tan radicalmente? ¿Por qué ahora quería hablar con Isabel y olvidarse por el momento de su misión? Está bien y es comprensible que si la mente le cierra los otros conductos lo tenga que aceptar, pero alegrarse y sentir un cosquilleo emocional, indica otra cosa, sonrió socarronamente y siguió con los ojos cerrados, algo intuía, pues su fino olfato le decía que ella también sentía lo mismo. Finalmente decidió que en Santa Cruz, se dedicaría a Leonor y su problema, ahora seguiría los mandatos de su corazón, sintió pudor al pensar de esa manera”.

Isabel por su parte, tampoco prestaba mucha atención a lo que leía, su mente estaba ligada todavía a su conversación con Jon, algo le atraía del fortuito compañero de viaje, no sabía qué era, pero la verdad que se encontraba cómoda conversando con él; lo que no podía entender era, porqué el brusco cambio que tuvo; con su intuición femenina ya lo había catalogado como un hombre bueno y sencillo y por su forma de hablar, educado y respetuoso, por eso le extrañó su actitud repentina. ¿Había tocado sin querer algún tema tabú? ¿Quizás fue demasiado penetrante en sus preguntas? Le llamó la atención lo dubitativo que fue cuando le preguntó la finalidad de su viaje, la pregunta fue: “viene como turista o negocios”, y la respuesta no con mucha convicción fue, “ambas cosas”.

Ahora se daba cuenta que contestó lo primero que le vino a la mente, es decir, respondió con la pregunta de

ella, su percepción le decía que no era esa la finalidad de su viaje, pero, si no era ni turismo ni negocios. ¿Cual era entonces la finalidad de su viaje? Sabía que en la región había mafias establecidas que comercializaban las drogas, pero estaba segura que Jon no estaba involucrado en esos oscuros negocios, no era el tipo de hombre que se dedica a esas actividades.

Pasó otra página del libro instintivamente, y se preguntó. ¿Por qué le debería interesar a ella, la finalidad del viaje de un desconocido? ¿Era lógico pensar así, tomando en cuenta que lo había conocido horas antes? La respuesta a esas interrogantes las da solamente el corazón, en eso no hay lógica que valga, es un dejarse llevar, como dice la canción a esos "mares de locura", vale decir, a lo desconocido, sin importarle a dónde, es una inquietud que le hace perder la serenidad a cualquier persona, por fuerte y superior que se crea y quiere seguir los instintos que mandan en su vida, sin importarle a dónde le puedan conducir.

Para ella, Jon tenía ese algo indefinido mezcla de sinceridad con ingenuidad y frescura de alma que siempre les atrae a las mujeres; a la mayoría de su generación, les gustan los hombres amables que saben a donde van y quieren compartir su andar en la vida como alma gemela, prefieren los hombres con quien colaborar en las mismas condiciones, las tristezas y alegrías; no les gustan los hombres con fuerte personalidad que se imponen por presencia y dictan las reglas del juego, como que todo está definido y a ellas no les queda más que aceptar, no, eso era antes, del tiempo de sus abuelas. Ahora es distinto, a las mujeres en la conquista, les encanta el juego galante de las palabras, intentando que el interés por el otro, pase desapercibido, hasta que al final en el momento que ellas eligen, se dan por vencidas y bueno, fueron felices y comieron...

Eso le gustaba a ella de Jon, en lo poco que habían conversado se notó esa disposición, todo iba bien encaminado, hasta ese momento. Trató de recordar el instante preciso de la conversación cuando dio el giro sorpresivo, y se acordó que fue, cuando hablaba de Comercio Exterior. ¿Pero qué

podía haberle causado tanta molestia? Además salió de él lo de las importaciones y exportaciones; pensando en eso, cerró el libro y alargando el asiento se acomodó lo mejor que pudo, quedando sus cabezas muy cerca una de la otra; miró de reojo al asiento de él y vio que tenía los ojos cerrados. Como todavía quedaba bastante para llegar a destino, hizo otro tanto, y trató de no pensar en Jon.

Pronto iba a comprender Isabel, que a la mente no la manda nadie, ni tan siquiera la voluntad, es totalmente libre, tan libre como las torcazas que van de valle en valle, eligiendo sus campos de comida, el cristalino arroyuelo y el árbol del descanso. Sin que ella se propusiera, ya estaba pensando en Jon, ahora le intrigaba el viaje de él a Santa Cruz, porque si no era por turismo, ni negocios ni era parte de los carteles de la mafia. ¿A qué iba? Trataría de indagar, llámelo si quiere curiosidad femenina, pero se hizo el propósito de intentarlo, pues quería saber un poco más de él, le interesaba como hombre, no sabía hasta que límites, pero sí, le interesaba.

Para que todo fluyera sin dificultad, no tendría que dar muestras de enfado, sería amable con él, como que no hubiera pasado nada. Ya buscaría ella el momento de entablar nuevamente la conversación, para eso, las mujeres tienen mil artimañas, nacemos sabiendo esos trucos, pensó, no pudo evitar una maliciosa sonrisa, y terminó su pensamiento diciendo, es uno de los misterios mejor guardados de la naturaleza.

Jon no tenía ningún compromiso sentimental serio, por lo tanto, era libre, pero libre para qué, se daba cuenta que lo de la libertad en ese sentido no era más que una palabra, es cierto que pensaba casarse algún día, pero todavía no había llegado el momento, vivía feliz con su madre, tenía todo lo que puede desear un hombre, además era un empresario próspero. Estaba buscando mentalmente la ocasión para levantar nuevamente el asiento e intentar entablar conversación con Isabel, estaba preocupado pues no sabía cuánto faltaba para llegar a destino, por lo tanto, se ladeó un poco hacia la derecha y entreabriendo sus ojos, miró

hacia el asiento de ella, fue en ese momento que sintió en su mejilla el vaho de su respiración y se dio cuenta que no había más que una palma de separación entre sus caras, ella también había extendido el asiento y se había acomodado, tenía sus ojos cerrados.

Eso confundió un poco a Jon, suponía que en esa posición y estando descansando y con los ojos cerrados, no debía hablarle, era lo suficientemente delicado como para respetar esas reglas que no se escriben pero sí se honran; pero no todo estaba dicho.

Ella no estaba durmiendo, ni mucho menos, cerró los ojos porque se cansó de ver el techo del bus, y no porque tuviera sueño o estuviera cansada, estaba pendiente de muchas otras cosas y no pasó inadvertido para ella, el cambio de posición del cuerpo de Jon, lo sintió más próximo e inclinándose hacia la izquierda y abriendo los ojos, exclamó como sorprendida... ¡lo desperté!

No, no, de ninguna manera, respondió con una sonrisa Jon y siguió, ya me encuentro un poco mas descansado y pensaba enderezar el asiento y poder contemplar nuevamente el paisaje, que debe ser hermoso.

Sí contestó ella ya estamos relativamente cerca de Santa Cruz, a estas alturas hay muchas fincas muy bonitas y sus dueños las han arreglado con mucho gusto y además la floresta es muy variada, vale la pena verla; es buena su idea y ambos enderezaron sus asientos.

Jon habló primero, pensó que un caballero tiene que dar las excusas del caso, por lo tanto se disculpó de su comportamiento anterior.

No se preocupe, es bueno descansar un poco, sobre todo después del largo viaje suyo desde Chile, porque no creo que le hayan importunado mis preguntas, si fuera así, debe comprender que las mujeres pecamos entre otras cosas por saber algo más del otro, es uno de nuestros defectos, pero lo hacemos sin el ánimo de molestar, solamente por curiosidad.

No, no me molestó en ningún momento, se apresuró Jon en responderle. Estaba extrañado lo bien que había

salido todo, nunca imaginó que iba a ser tan fácil; tampoco se le ocurrió pensar que ella deseaba que fuera así, estaba perdiendo un poco el control de la situación, manipulada hábilmente por ella. Había leído en un libro “que el embobamiento indica el principio y el final de un amor”. ¿Sería eso lo que le estaba pasando a él? ¿Se estaría enamorando de Isabel? Pero si apenas la conocía, cómo podía ser eso. También había escuchado y leído eso del enamoramiento a primera vista etc, etc.; pero él no creía en esas cosas. Enseguida reaccionó la otra parte de él y defendió su postura anterior. Quizás no creía porque nunca le había sucedido y nunca le había sucedido, porque se dedicó solamente a trabajar y dejó a un lado todo lo relacionado con el tema del amor. Entonces sí podría ser verdad eso del “enamoramiento a primera vista”; no le desagrado la idea.

Me dijo que se recibió de Comercio Exterior en Buenos Aires, y que conocía algunas capitales europeas; yo conozco la capital de Argentina casi de pasada, pues en tres días es poco lo que se puede conocer, pero la encuentro verdaderamente grandiosa. ¿Le parece a usted que es la capital Sud-Americana, mas parecida a las capitales de los Países de Europa?

Sí, es verdad, como le dije antes, conozco algunas capitales europeas y Buenos Aires no les desmerece en nada. Pero no sea tan formal, tutéeme, simplemente dígame Isabel. Ella jugaba hábilmente sus cartas.

Bueno, me parece bien, pero en ese caso nos tuteamos los dos. Estoy algo extrañado que siendo tan joven conozca... ella le interrumpió diciéndole:

No te creas, acabo de cumplir 29 años, a esta edad en los tiempos actuales estamos obligadas a tener un buen conjunto de conocimientos, si queremos destacarnos o sobresalir de la mediocridad; si no nos preparamos bien, no tenemos nada que hacer en el mundo actual, así son las reglas del juego ahora.

Jon siguió hablando después de la interrupción; te estaba diciendo que te encontraba muy joven para haber hecho tantas cosas, pero tienes razón, actualmente hay

más exigencias técnicas que antes, en este mundo globalizado estás obligado a actualizar constantemente tus conocimientos, pues los cambios tecnológicos son muy rápidos.

Ya nos queda poco para llegar a la ciudad, e indicándole con la mano sobre la ventana, Isabel le dijo: muy cerca de aquí, después de la curva que viene, hay una finca muy hermosa de una amiga mía del colegio, Leonor, es unos años mayor, pero estudiamos juntas, inclusive salí un tiempo con su hermano Agustín, eran los tiempos de la adolescencia, de los amores juveniles idealizados, no como ahora que son más materialistas; con mi ida a estudiar a Buenos Aires, nos distanciamos un poco, pero seguimos siendo amigas, lo mismo que nuestras familias. Leonor no siguió estudios superiores, se casó pronto con Álvaro, uno de los solteros más cotizados de Santa Cruz, también hijo de una antigua familia cruceña.

Jon quedó anonadado al escuchar a Isabel la historia de su amistad con la familia de Leonor y Álvaro, lo que él temía acababa de suceder, no sabía porqué había intuido que eso podía pasar, sobre todo cuando habló de "antiguas familias de Santa Cruz". Todo su plan se le vino abajo, pero no era hombre que se dejara abatir tan fácilmente; tendría que pensar rápidamente en el plan B, es cierto que ni siquiera había pensado que podría suceder tal cosa, pero estaba acostumbrado a idear nuevos proyectos.

No se demoró nada en tener listo el plan B; primeramente tenía que hablar con Leonor y finiquitar de la mejor forma posible el problema que vino a solucionar, esa era la prioridad número uno, y después según como se dieran las cosas, trataría de encontrarse con Isabel; para eso necesitaba unos tres o cuatro días libres como mínimo, no creía que se podría demorar más el asunto que le trajo a la ciudad, además ahora, ya conocía el lugar.

Jon, dejó pasar sin dar mayor importancia lo que ella decía sobre sus amigos y la finca, por suerte, mientras Isabel hablaba sobre ellos, lo hizo mirando por la ventana, fijándose en la finca y su entorno, por lo tanto no pudo

observar el cambio en la expresión de la cara de Jon, quien afirmando la voz y cambiando el tema se animó hablar. Yo sé que te habrás preguntado por la finalidad de mi viaje, no te olvides que admitiste que una de las condiciones de las mujeres, era que sois curiosas. Bueno, para que no te devanes más los sesos, soy empresario minero, tengo minas propias y me dedico a la extracción y venta de minerales; un amigo brasileño, empresario minero como yo, y con quien hice varios negocios del ramo y que vive entre Brasil, Bolivia y Chile, me invitó a pasar unos días en esta zona tan interesante y de paso a que conociera su lavadero de oro que debe estar en alguno de los ríos que hay adentrándose hacia la frontera con Brasil, y aquí estoy, no te olvides que tal como te dije, vivo en el desierto más seco del mundo y quiero conocer la otra cara de la moneda: la selva tropical con todo lo que ello significa. Pienso que todo eso no pueda hacerlo en menos de cinco o seis días, tiempo que estaré ocupado con mi amigo, pero después me gustaría encontrarme contigo, quisiera conocer algo más de esta hermosa zona, y que seas tú mi anfitriona.

Isabel quedó sin saber qué decir, escuchaba hablar a Jon con tal naturalidad y seguridad, que pensó no había nada que hacer, estaba segura que nada le haría cambiar el itinerario que él ya había fijado y que era totalmente contrario al que ella mentalmente había preparado y le iba a exponer en un momento más. Le gustaba la forma de ser de Jon y ya lo había anotado en su mente, como su próxima presa a cazar, tenía el plan perfecto, pensaba proponerle conocer la ciudad juntos y lo que podría pasar después, sencillamente pasaría, pero eso echaba a perder todo. Pensó, segunda vez que Jon la dejaba desubicada, la primera había dejado pasar por eso del orgullo femenino, de la caza inconclusa; para ella, él, era la presa y pensaba que le tenía a tiro de cañón, pero no, ahora salía con la invitación del brasilero que en ningún momento nombró antes. Su intuición femenina le decía que había algo más, que no era tan así, y se preguntó: ¿Vale la pena que me preocupe por él? Mejor dejaría todo tal como estaba, pues al fin y al cabo, y según lo que dijo era a eso a lo que venía a Santa Cruz; que importaba que ella

le creyese o no, lo de ellos era posterior a la finalidad de su viaje.

Te doy mi tarjeta para que me llames cuando llegues de tu viaje al lavadero de oro y con mucho gusto te mostraré los lugares más interesantes de la ciudad.

Eso se llama clase y a Isabel le sobraba, ningún lamento... nada, a pesar que ya tenía el plan preparado, pensando que venía como turista, a pasear, porque eso dejó entrever en su conversación, hasta el momento que habló de su amigo brasileño, eso fue algo sorpresivo. No quiso preguntarle sobre su amigo, si vendría o no a buscarlo, tampoco se ofreció a llevarlo al centro de la ciudad, pues a ella la vendrían a buscar; quería dejar todo hasta ahí, después vería lo que pasaba.

Quería saber cómo sentía la ausencia de él, no estaba segura de sus sentimientos, quería ver si era tan importante en su vida, porque hay que reconocer que todavía no la había cautivado al extremo de ese enamoramiento tonto que se respira y se siente por los poros del amado, más bien era esa clase de juego femenino que tan bien dominan las mujeres, no tan solo por sus atributos físicos, sino que también por la sutileza de sus gestos, de su modo de reír y tantos otros detalles que ellas aplican con maestría. Y haciendo un movimiento como que quería levantarse, le dijo:

Ya estamos llegando a la estación de los autobuses, y todo eso con una amable sonrisa, nadie hubiera advertido el torbellino de su alma. El autobús se detuvo y se oyó por el parlante -"llegada del bus de La Paz con parada en Cochabamba"- . Se abrieron las puertas y empezaron a salir los pasajeros, Jon se quedó esperando su maleta, sin embargo Isabel tomando su maletita de mano y la consabida cartera de las mujeres y pasando a su lado, se despidió con un "hasta pronto". No era lo que esperaba Jon, pero se daba cuenta que se había comportado mal con ella y que más podía esperar, aceptó de buena forma y con un "que estés bien, adiós", se despidieron; él quedó mirando

el andar garboso de ella y su contorno femenino tan bien moldeado, pensó... efectivamente es una hermosa mujer.

Quedó con la mirada fija en ella, hasta que la puerta de la sala de espera se cerró tras su salida, al perderse su figura tras la mampara sintió un alivio inexplicable, no entendió ese relajamiento, quizás fuera porque se veía en ese momento como siempre pensó que sería su llegada a Santa Cruz, solo y concentrado. Lo de Isabel no estuvo nunca en su mente, fue algo agradable pero fuera de lugar, dadas las circunstancias y fines del viaje, ahora sí, la situación era tal como se había figurado.

Tomando su maleta salió de la estación y subió a un taxi, le indicó que le llevase al Hotel Valle Grande, que había elegido entre varios otros; y no habló ni media palabra con el chofer, estaba totalmente ensimismado en sus pensamientos.

CAPITULO VI

No se demoró mucho el taxista en dejarle en el hotel. En la recepción, las preguntas fueron las consabidas, firmó la tarjeta y subió a su habitación, necesitaba estar solo, tenía que ordenar sus pensamientos y abocarse de lleno a lo que vino. Se refrescó y como un autómata bajó al recibidor, y sin tan siquiera pensarlo, le estaba preguntando al conserje por la iglesia más próxima. Quedaba a pocas cuerdas, de modo que encaminó sus pasos a la casa de Dios. Entró, se persignó con agua bendita y buscó la imagen del Sagrado Corazón o la del Cristo Crucificado, encontró la de este último, se arrodilló en un rincón y le pidió que le iluminara, que le diera las luces necesarias para saber explicar lo que había acontecido y que le diera a la viuda la resignación y aceptación de todos los luctuosos sucesos acaecidos.

Después estuvo un buen rato en silencio, y levantando la vista la fijó en el rostro de Él, esperando que le hablase al corazón; así debió suceder porque salió del templo con otro talante, con el semblante más sereno, más reconfortado, ahora era el mismo Jon de siempre.

Llegando al hotel, comió algo y se retiró a su habitación, quería descansar y preparar el plan B, por si algo salía mal. Pensó que el plan A, era el que siempre se había imaginado, es decir, presentarse en la finca sin anuncio previo, esperar que le recibiera, tratar de contar todo lo acontecido con la

mayor naturalidad posible, que ella después de un rato, quizás de histeria, entendiera que ya no había nada que hacer y por último que no pensara que él tenía parte de culpa en la muerte de su esposo. Sabía que esos datos eran entre él y ella, pero el asunto de la hacienda con toda su implicancia, quería que fuera con el hermano de Leonor, -ahora sabía que se llamaba Agustín- para eso, ella tendría que llamarlo ya que vivía en su hacienda que estaba a unas horas de la ciudad.

No fue capaz de preparar el plan B, en realidad no se ponía en el caso que le podría fallar el plan pensado. Lo terrible sería que Leonor no le creyese, que pensara que era parte de la mafia, en ese caso tendría que preparar una rápida huida, antes que ella lo denunciara; eso tendría que estudiar con más detenimiento, pero no en ese momento; dejó todo para el día siguiente; como de costumbre se levantaría temprano y ahí daría solución al plan B. Con esa idea en su mente se quedó plácidamente dormido, hasta él se extrañó de haber dormido tan bien.

A las seis ya estaba despierto, después de pensar un rato, decidió preparar bien el plan A, en lugar de estar elucubrando sobre el B; no tenía ni idea que podía pasar si Leonor no le creía, por lo tanto tenía que hacer lo posible para ser creíble y para eso debía ser él mismo, debía estar lleno de aquella paz y serenidad que sintió en la pequeña capilla y también en aquella mirada amable del Cristo Crucificado. Sin pensar dos veces, bajó y se fue derecho a la Iglesia, a la pequeña capilla, donde se sintió tan bien la tarde anterior, al poco rato vio salir a un sacerdote de la sacristía con sus vestimentas para celebrar la Santa Misa y se quedó a escucharla, le hacía falta volver a estar con Él a solas.

Eran ya las 8 de la mañana cuando estaba entrando al hotel, tomó desayuno y subió a su habitación a preparar su viaje. Lo primero que hizo fue mirarse en el espejo, y le gustó lo que vio reflejado en él, era el mismo Jon que tantas veces se había visto, con el mismo semblante, el mismo aplomo, en una palabra, era el Jon creíble de siempre.

Echó las pocas cosas de Álvaro en un estuche y bajando al hall, salió nuevamente a la calle, esta vez se dirigió al estacionamiento de taxis cercano al hotel y subiendo al primero de la fila, le indicó, -a “Villa Mercedes”, y añadió, queda a la salida hacia Cochabamba-, la respuesta amable del taxista fue, sí, la conozco, no se preocupe... es con espera!, -no, solamente me deja, está bien, si va a necesitar un taxi para más tarde, no tiene más que llamar a estos teléfonos, y le pasó una tarjeta, al tiempo que se aprestaba a dejar la ciudad.

Le extrañó la pregunta que le hizo el taxista... con espera, por lo que le preguntó. -¿Es difícil encontrar locomoción de vuelta desde la villa? -Sí, es complicado pues no hay locomoción colectiva interurbana; precisamente hace unos días, llevé a la villa desde la estación de autobuses a una señora que venía de Cochabamba y fue con espera de una hora aproximadamente, por eso le pregunté a usted, pero no se haga problema, en cuanto se desocupe, llama y le irán a buscar. -Sí, así es mejor.

Jon pensó rápidamente y asoció la señora que fue a la villa con Beatriz, la esposa viuda del piloto químico y socio de Álvaro, Ramón. Seguramente entre el matrimonio tendrían ciertas claves de llamadas y al no tener noticias de él, recurrió a Leonor, pensando que ella algo sabría; la respuesta ya se la imaginó, negativa total, pues por lo que le contó Álvaro, él no hablaba de esos negocios con Leonor, ella no estuvo nunca de acuerdo con esa clase de actividades, más todavía, le contó que las relaciones estaban medias tensas, las pensaba arreglar a su regreso y todo quedó en la intención.

En caso que fuese ella, pensaba que el tema ya lo había puesto sobre la mesa y que habría cierta inquietud en ambas y seguramente quedaron en avisarse si alguna de ellas tenía noticias, eso le facilitaba en cierto modo las cosas, pero por supuesto la pérdida de un ser querido no se arregla diciendo, “su esposo murió tal día en tal parte”, no, eso no es así, el caso es mucho más serio. Le avisó el taxista que ya estaban próximos a llegar, se arregló la corbata al

tiempo que el auto llegaba a la entrada de la casa que estaba rodeada de jardines con un camino principal vehicular en forma circular y varios senderos secundarios entre los prados verdes y otros con flores; todo estaba arreglado con mucho gusto.

Pagando, se despidió del taxista con un, gracias, le preguntó su nombre por si necesitaba otra vez sus servicios, para que viniese él a buscarlo. Pregunte por Tomás le dijo, ellos nos avisan por radio, adiós y gracias. Fue directamente al encuentro de un trabajador que arreglaba los jardines y que estaba cerca de la entrada principal. Sintió un aceleramiento del tic tac de su corazón, eso le indicaba que estaba nervioso, trató de calmarse y llegando cerca del trabajador, le preguntó por la señora Leonor. El trabajador dejó de trabajar y mirándolo le dijo: toque usted la campanilla que está a la entrada de la puerta principal y le saldrá una doncella, hable usted con ella. Así lo hizo, al instante salió una señorita, claramente por la vestimenta se notaba que era la doncella y le preguntó por la señora Leonor, la respuesta fue con otra pregunta. -¿A quién debo anunciar? En realidad ella no me conoce, pero me llamo Jon. -Espere usted un poco mientras le anuncio y cerró la puerta con toda suavidad.

Bajó las escalinatas del porche y estaba contemplando en el jardín algunas de las flores, cuando sintió que se abría la puerta, se dio vuelta rápidamente y en el umbral se dibujó la imagen de una soberbia mujer, realmente era muy hermosa. Si a Isabel la consideró en su oportunidad, "exquisita", Leonor era mucho más, tenía una estampa natural de mujer realizada, madre como sabía él, no tendría más de treinta y cinco años y por su estatura calculó la de ella en un metro setenta centímetros. Y con la simpatía natural de una mujer con personalidad y mientras esbozaba una sonrisa, le preguntó. -¿Le gustan las flores? -Sí, alegran mucho la vista y dan colorido a los espacios, además de donde vengo no hay jardines y los pocos que se pueden mantener es a base de mucho esfuerzo y cuidado, vivo en el desierto más seco del mundo, según los entendidos.

¿Dígame usted, en qué le puedo atender?

Tengo que hablar con usted en privado, es sobre Álvaro, no tema, soy hombre de bien, aunque llegue de muy cerca la recomendación, tengo noticias confidenciales que solamente son para usted.

Al escuchar Leonor el nombre de su esposo se sintió un poco confundida. ¿Qué tenía que hacer un extraño en su casa hablándole de Álvaro? No entendía nada, pero vio en su interlocutor a un hombre confiable, por lo que abriendo la puerta de dijo, pase usted. Lo llevó directamente al escritorio biblioteca y después de sentarse en cómodos sillones y mirándole directamente a los ojos, le dijo. Usted dirá.

Jon ya había recobrado el aplomo, se sentía hasta cómodo, verdaderamente estaba ante una sensacional mujer, tal como la había dibujado Álvaro, daba una enorme sensación de serenidad, no se explicaba la actitud de él, cómo teniendo una mujer de esa calidad, podía dejarla sola y hacer la tontera que todos sabemos como terminó, no se explicaba.

Vengo con una misión muy triste señora Leonor, tengo que comunicarle que Álvaro ya no está entre nosotros, murió, y sacando la cajita con las especies alargó el brazo y se la entregó, me pidió que le entregara personalmente estas cosas y las cartas, una para usted y la otra para Mercedesitas.

¿Cómo sabe usted mi nombre y el de nuestra hija? No me gusta nada este asunto. ¿Por qué tendría que creerle a usted?

No le pido que me crea, solamente le pido que me escuche y después usted decide, pero piense un poco. ¿Quién me obligaba a traerle esto a usted con todas las complicaciones que conlleva el asunto, si Álvaro ya está muerto? Yo le di, "mi palabra de honor, mi palabra de vasco, a su difunto esposo". Los vascos tenemos mucho cuidado en honrar nuestra palabra, es ley entre nosotros el hacerlo.

A pesar que tengo muy buena opinión de los vascos, pues los conozco, la esposa de mi hermano y su familia son

descendientes de vascos, aún vive la mamá de su esposa que habla algo de vasco que le enseñó su madre, que sí era vasca y son excelentes personas; pero aún así, no sé qué pensar.

Acto seguido, Leonor abrió la cajita donde estaban: el anillo de casados, su reloj, su cédula de identidad, las cartas, etc. Se emocionó y pidiendo permiso salió de la biblioteca y se dirigió a su habitación que estaba en el segundo piso. A Jon no le pilló de sorpresa la actitud de ella, no era para menos, cuesta asimilar noticias de esa gravedad; al quedar solo, levantándose fue a ojear los títulos de los libros que había en los estantes; al rato llegó ella y pidiendo perdón por su alejamiento, se sentaron nuevamente.

Tengo entendido que su nombre de pila es Jon... cuénteme entonces con detalle todas las circunstancias que llevaron a la muerte a mi esposo.

Aunque llegó con el rostro demudado, todavía era una mujer bella, con una gravedad que le daba estilo y clase a su figura humana. Se notaba que había tenido su momento íntimo de recogimiento, las huellas quedaron claramente dibujadas en su hermoso rostro.

Jon le contó todo lo que el lector sabe ya, lo más ajustado posible a los hechos acontecidos. En ningún momento interrumpió el relato, escuchó con reverencia todas las vicisitudes que pasó su esposo. Jon hizo hincapié, que Álvaro no murió solo, él lo atendió hasta el último suspiro, él le ayudó a buen morir. Leonor sonrió levemente y alargando la mano tomó la de él y se la estrechó, agradeciéndole por todo el apoyo prestado a su esposo en su agonía.

Todavía Jon, no había tocado el asunto de los dólares y las gemas, intentó seguir hablando, pero Leonor, levantándose le dijo. Ya es hora del almuerzo, acompáñeme por favor a la mesa, después seguimos con el relato. Era un comedor de estilo colonial, con muebles finamente labrados con figuras de campesinos y motivos de la región, se notaba que eran de rancia estirpe. La mesa era larga seguramente sería de los padres de él o ella, cuando las familias eran numerosas.

El relato hasta que se levantaron para ir a almorzar, había

sido desgarrador en su máxima expresión, ese tránsito de la vida a la muerte en un lugar solitario, desértico y alejado de toda ayuda médica, era lo más dramático que había escuchado ella de un ser querido, es cierto que estaban disgustados, pero no olvidaba que era su esposo y padre de su adorada hija, y que hasta ese momento los unía el vínculo de su matrimonio.

De principio a fin, el almuerzo fue de una calidad inmejorable y los vinos también. De comida Jon no sabía mucho, pero sí de vinos y eran de un bouquet exquisito, como la botella estaba envuelta con una servilleta blanca que no dejaba ver la etiqueta, comentó. -Tiene el mismo bouquet de un vino chileno que suelo tomar en ciertas ocasiones. -Así es, comentó ella, no se equivocó, efectivamente es chileno, aquí tienen mucha aceptación los vinos chilenos, aunque la región es de clima tropical y no se bebe mucho vino.

El mozo encargado de servir la comida, se veía que era de la región por su tez morena, pero un color moreno distinto al nativo del altiplano, era más lustroso, más agradable. Silencioso a más no poder y preocupado de retirar los platos justo en el momento preciso, se notaba poco menos que adoraba a la señora, en ningún momento tuvo que elevar la voz para llamarle, él estaba pendiente de todos los movimientos de ella. Después supo Jon, que era hijo de un antiguo trabajador de su padre y que siempre vivió con ellos.

Durante el almuerzo no se habló ni media palabra del problema que le trajo a esa casa, eran temas demasiado delicados para ventilarlos delante de otras personas, por leales que fueran. Ella también lo entendió así, y no hizo ninguna pregunta al respecto. Ahí se enteró Jon, que Merceditas estaba interna en el colegio de las Monjas de la Merced, el más prestigioso colegio para niñas de Santa Cruz, ahí se educó también Leonor y lo hacen todas las hijas de los hacendados de la región.

Terminado el almuerzo, le invitó a pasar al salón a tomar café, también le ofreció cognac, pero Jon no quiso. Leonor

le tomó cierto aprecio, por la forma como se conducía, intentaba confiar en él y hasta el momento no tenía porqué dudar, su mismo aspecto y desempeño eran para confiar; de facciones agradables y suaves modales, tenía una mirada abierta, serena, franca, en una palabra confiable. Aunque quería ser más próxima, sabía que no debía, no era más que un extraño para ella, para Álvaro podía haber sido el confidente en sus últimos instantes de vida, pero en realidad para ella, era un desconocido y tenía que tratarlo como tal, aunque le estaba tomando aprecio y en su fuero interno confiase en él.

El salón era amplio, adornaban sus paredes cuadros famosos y fotografías de sus antepasados. En uno de los costados había una hermosa chimenea construida en piedra, que por el clima tropical le pareció a Jon que estaba de más; tenían varias clases de muebles, pensó que quizás algunos de ellos pudieron ser elaborados con "las nobles maderas de la familia de Isabel", no le desagradó pensar en ella. Leonor se había levantado después de pedir permiso y todavía no había regresado. Jon aprovechando el momento, se levantó a ver de cerca los cuadros de las cuatro personas mayores que cubrían la pared principal, los estaba contemplando, cuando llegó Leonor y le explicó, "los que están a su derecha son los padres de Álvaro y los de la izquierda los míos". Ellos continuaron la labor de pioneros que comenzaron sus padres, nuestros abuelos, y a base de esfuerzo labraron su fortuna, eran amigos entre ellos. Acto seguido, se dirigieron al escritorio, era más privado, y tomando asiento Jon continuó:

Lo que más me encargó Álvaro en esa aciaga noche fue. Que mientras no se repartieran los bienes con la familia de Ramón, no se diera a conocer el desaparecimiento de ellos y que ojalá se demoraran lo más posible; pues él dudaba de Hugo, el amigo de Ramón y al parecer, su socio.

No sé de qué bienes me habla, le interrumpió Leonor.

Todavía no he llegado a eso, ahora le iba hablar de ello.

No, no quiero escuchar nada referente a esos bienes, no me hacen falta, no quiero saber nada sobre esos dineros.

Entienda usted que no hago más que cumplir la voluntad de un moribundo, que para mí es sagrada, pues le prometí. Me habló sobre su desacuerdo con el negocio que tenía con Ramón. También me dijo que llamara a su hermano, para que me entendiera con él sobre este delicado asunto, pues podrían tener problemas, hay cierto peligro implícito en todo ello, es sobre lo que me hizo más hincapié. Usted puede contar con mi lealtad, yo estaré a su lado, pero no sé que actitud tomará la señora Beatriz, que todavía no sabe que es viuda, y no sé cuan comprometida estará con el tal Hugo y con la mafia, por lo tanto llame enseguida a su hermano para que mañana esté aquí y podamos arreglar todo lo antes posible.

Recién Leonor tomó peso al problema y se dio cuenta que era más serio de lo que había pensado. Las duras palabras de Jon remecieron algo en su interior y salió la leona que defiende con fiereza a su camada, ya no tenía duda, confiaba en él, la convicción que ponía en las palabras la convencieron que decía la verdad y que les quería ayudar. Y tomando el teléfono llamó a su hermano y éste prometió estar a primera hora del día siguiente.

Lo que me acaba de contar, concuerda con la visita de Beatriz, unos días atrás, le confidenció Leonor, efectivamente vino a preguntar que sabía de Álvaro, le informé lo mismo que le dije a usted, "que no sabía nada de él y que no estaba interesada en su negocio con Ramón"; no le gustó mucho mi respuesta y le puedo asegurar que no se fue muy conforme, pero esa es la verdad. Ahora bien, si vamos a estar juntos en este peligroso y grave problema, tenemos que confiar el uno en el otro, por favor llámeme por mi nombre de pila, y desde ya le doy las gracias por su apoyo.

Es un honor para mí Leonor, y usted por favor llámeme Jon. Mañana en cuanto llegue su hermano iremos a la hacienda de los padres de Álvaro, y ahora de ustedes, para ello tenemos que ir con las llaves que según me dijo, están en el escritorio de él en el cajón de abajo al lado derecho. ¿Me permites? Y levantándose se sentó en el sillón del escritorio y abrió el cajón señalado y tal como le había indicado Álvaro, ahí estaban las llaves. Se las entregó a Leonor, quien

dejándolas sobre el escritorio, le dijo, recuérdame mañana para que las llevéis con Agustín.

Jon, al escuchar el nombre de Agustín, se acordó nuevamente de Isabel, sabiendo que eran conocidas y amigas, pensaba que debía hablar de ello, aunque sea de refilón, pues se podrían encontrar y se prestaría para malos entendidos, sobre todo ahora que habían dado pasos muy importantes de confiabilidad mutua. Iba hablarle sobre Isabel, cuando Leonor levantándose le dijo. -¿Dónde está alojado? -En el Hotel Valle Grande le respondió Jon. -Pienso que es mejor que se aloje en la casa de huéspedes que está al otro lado de la glorieta, ahí se alojaban los amigos de Álvaro, cuando salían a cazar. - Sí, pienso que es mejor, siempre que no sea molestia para ustedes, pues así pasaré más desapercibido por Santa Cruz, no es conveniente que me vean mucho. -No es ninguna molestia y tocando la campanilla, ordenó al chofer que acompañara a la ciudad al señor.

CAPITULO VII

Al retirarse del hotel, ya estaba oscureciendo, mejor pensó, así nadie lo podría ni siquiera identificar en caso de problemas. Por suerte Leonor entendió que el asunto era serio, se daba cuenta de la gravedad del mismo, se podía decir que eran hasta compinches, sonrió con picardía al pensar en ello, haría todo lo posible por acercarse a ella, pues Leonor era el sueño dorado para cualquier hombre: hermosa, inteligente, rica y con clase... qué más podía pedir o desear un hombre.

El mismo se extrañó al pensar así, primeramente aquel repentino enamoramiento con Isabel y ahora este deseo de agradar y acercarse a Leonor... ¡qué le estaba pasando, se preguntó! Tenía que calmarse y usar su criterio, siempre se había jactado de ser juicioso, pues bien, había llegado el momento de serlo. Pero la lucha interna continuaba, pensaba que debía hablarle sobre el encuentro casual con Isabel, así como ella le contó la visita de Beatriz, por motivos distintos, claro, pero demostraba que empezaba haber cierta confianza entre ellos, y a él definitivamente le interesaba.

Leonor, era una exquisita joya, que no quería perder, pues se encuentran en raras ocasiones y su instinto de macho le decía, que sí, que podría ser, sonrió y se preguntó mentalmente... ¡pretencioso!, bueno, pues sí, haría todo lo posible para lograrlo, no era un experto en psicología

femenina, pero conocía la naturaleza humana y pensaba que podría ser, era asunto de paciencia, no había que olvidarse, que era toda una dama, tal como le había contado Álvaro, pero las damas son también mujeres, y como tal, hembras, con sueños y pasiones insatisfechas. Se acordó de aquel dicho que había escuchado en cierta oportunidad y se le quedó gravado para siempre... "más vale llegar a tiempo, que rondar un año". Sonrió socarronamente.

Llegando a la villa, el chofer le dejó en el pabellón de huéspedes, le salió al encuentro la doncella que le condujo directamente a su habitación y le comunicó que la señora le estaba esperando para la cena. Jon pensó rápidamente, durante la cena tocaría el tema de Isabel de refilón, sin darle mayor importancia... pues con mujeres uno nunca sabe.

Leonor le esperaba en el salón y en cuanto llegó, se levantó y le expresó. -¿Le parece que cenemos? ¿A qué hora acostumbra a hacerlo? Y sin dejarle responder y mientras caminaban al comedor le preguntó. -¿Cómo le fue? - Bien, respondió Jon, no había mucha gente así que pasé desapercibido. Y referente a la otra pregunta, soy como tú, puntual para las horas de comida, de lo contrario mi madre se enoja, vivo con ella.

Por lo que me acabas de decir, vives solo con tu madre, que felicidad la tuya, no se sabe lo que se tiene hasta que la pierdes.

Sí, así es, respondió Jon, el amor madre-hijo es profundo y único, pero según creces como persona, te das cuenta que te hace falta ese otro amor, que le da sentido a tu vida de adulto, distinto claro, pero amor también y que no tendría porqué competir con el otro, pues los dos son necesarios.

Tienes toda la razón, yo que soy casada y madre, puedo hablar como tal y me doy cuenta que la vida de la mujer no termina al ser madre, sino que continúa con todas sus necesidades y sentimientos y ese otro amor de adulto que tu hablas, muchas veces muerde la carne, son etapas que se viven con mayor o menor intensidad y que se repiten a lo largo de la vida de las personas.

Se produjo un pequeño silencio, momento que aprovechó

Jon para hablar de Isabel. -En el viaje en bus que hice desde La Paz, en Cochabamba subió una señorita muy agraciada, que le tocó el asiento ventana de mi fila, durante el viaje intercambiamos opiniones de varios tópicos, es una joven muy viajada y casi al llegar a Santa Cruz y dando a entender o queriéndome mostrar las cosas bellas que hay, me mostró esta finca y dijo que vivía una amiga de la infancia llamada Leonor, te puedes figurar la impresión que me causó, pues yo venía precisamente a hablar con una señora llamada Leonor, que vivía en una finca poco antes de llegar a la ciudad y resultaste ser tú. No me gustó para nada la noticia, pensaba pasar por aquí lo más desapercibido posible, cambié de tema y tuve que mentirle.

Antes que supiera que era amiga tuya, habíamos quedado en reunirnos un día de estos y me iba a mostrar la ciudad y los alrededores, tuve que cambiar de opinión y decirle que me iba a juntar con un amigo brasileño, empresario minero como yo, y me iba a llevar a conocer unos placeres auríferos que tenía selva adentro casi frontera con Brasil y que llegando de la selva yo la llamaría.

Jon, ¡por qué me cuenta esas cosas!

No pasó desapercibido para él, el tono un poco molesto de su voz y le respondió.

Solamente por asunto de confianza, por lo mismo que me contó usted lo de Beatriz y además si son amigas puede que venga a saludarla y se puede complicar todo, debemos tener mucho cuidado, no dar pasos en falso.

No le hubiese pedido que se alojara aquí si hubiera sabía su compromiso con Isabel, yo no quiero interrumpir el posible idilio de ustedes.

No puede hablar así Leonor, no tengo ningún idilio ni compromiso alguno con Isabel, solamente coincidimos en el mismo asiento del bus, nada más. Y la idea de alojar aquí es lo mejor que pudimos hacer, dadas las circunstancias.

Estaba a punto de cortarse aquel hilo conductor de confianza y acercamiento, ya habían vuelto a hablarse de usted, y no lo iba a permitir; ahora que conocía a Leonor, se encontraba más próxima de ella que de Isabel. Había

empezado tan bien la cena y la noche que le dio rabia haber tocado el tema; pero por otro lado era necesario hacerlo, pues si se conocían, en cualquier momento se podían encontrar y contarse como amigas sus copuchas y podría salir él y eso hubiera sido peor, lo hubiera tomado por falta de confianza el no haberle dicho nada.

Sabía que en estos temas las mujeres son más sensibles y complicadas que los hombres, guardan los menores detalles y hasta el énfasis que se pone en las palabras y después las van desmenuzando y sacando conclusiones con la velocidad del rayo, que muchas veces no tienen nada que ver con la realidad; es lo que estaba pasando ahora.

Tomando la palabra Leonor, le preguntó. ¿Le gusta la carne que está comiendo? Es de nuestra hacienda, heredada de nuestros padres, Agustín lo administra y estamos haciendo una experimentación con un tipo de ganado para poder exportar a Japón, en caso que resulte será un gran negocio.

No pasó inadvertido para Jon, el giro rápido que dio Leonor a la conversación y con qué naturalidad y personalidad lo hizo. Por el gesto y tono de las palabras pronunciadas, se entendía que había dado vuelta la página al tema de Isabel. Estas cruceñas pensó Jon, se las traen, hay que tener mucho cuidado con ellas, son soberbias y orgullosas, además de prácticas y realistas, no se dejan envolver tan fácilmente. También le chocaba lo pronto que se despreocupó del grave problema que tenían entre manos, como que no le importaba. Quizás su relación con Álvaro estaba mucho más deteriorada de lo que le dio a entender él, ahora se daba cuenta porqué Álvaro hablaba más de su hija que de Leonor, definitivamente era así.

He leído algo sobre ese ganado en Chile, al parecer la carne es muy sabrosa y tiene la grasa distribuida en forma caprichosa; así como ustedes aquí, allí también hay empresarios que empezaron a experimentar con esa clase de ganado; tengo la impresión que ellos tienen más ventajas comparativas que ustedes, dada su cercanía al mar, no te olvides que Santa Cruz queda muy retirado de Asia, está

metido en medio de América del Sur, y para llegar a los puertos bien sean del Pacífico o del Atlántico, tienen que recorrer miles de kilómetros y eso indudablemente encarece el producto. Por otro lado también sé que hay productos de tanto valor agregado que la incidencia del flete en el valor total, es menor. Por lo tanto no me hagas mucho caso, pues quizás haya otros factores desconocidos por mí y que sí hacen factible el negocio desde esas lejanas praderas.

Leonor escuchaba absorta las explicaciones que daba Jon sobre el negocio de la carne, daba la impresión que él dirigía el negocio, pues en las reuniones que tenían con su hermano y los administrativos, se hablaba sobre esos mismos temas; no pudo aguantar más la curiosidad y le preguntó.

¿Cómo sabes del negocio de la carne, si dices que eres minero?

¿Te olvidas que soy empresario? Seré pequeño, pero no por eso dejo de serlo y los empresarios aprendemos a sumar y multiplicar antes que restar y dividir, lo demás es tener sentido común y criterio. Todos los negocios son iguales, se invierte para ganar, nunca para perder, aunque a veces suceda eso.

Sin que se dieran cuenta, habían vuelto a la misma familiaridad de antes, se encontraban cómodos conversando, y levantándose de la mesa se dirigieron al salón.

De noche el ambiente en el salón era más personal, las mismas luces indirectas de las lámparas ayudaban a la intimidad, una mesa de centro separaba los sillones donde estaban sentados ellos. Hablando de negocios y planes de trabajo, Jon era bueno, pero en ese otro ambiente, más delicado, más sutil, se manejaba mucho mejor Leonor.

¿Te tomarías un cognac?

Esta vez te voy aceptar. -Y tú ¿No tomas algo, algún licor digestivo, por ejemplo?

Sí, te voy acompañar y tomando la campanilla llamó al mozo que llegó enseguida, y le dio las instrucciones precisas. Al instante llegaron los licores y tan pronto como los sirvió, le dijo: Eso sería todo, se pueden retirar, dígales lo mismo a la cocinera y a la doncella.

Todo eso fue dicho con pasmosa naturalidad, se veía que estaba acostumbrada a ello. En ese momento la mente de Jon, le jugó una mala pasada. Qué mal consejero son los celos. Se preguntó. ¿Le tocó el turno a él? Pero si no estaba en la lista. ¿Cómo podía ser? Y siguió preguntándose. ¿Estaba celoso? Pero celoso de qué, si la acababa de conocer. ¿Pero entonces por qué ponía en tela de juicio su honestidad? Qué le importaba a él. Y en ese momento tuvo que reconocer que sí, que estaba celoso, y no era verdad que la acababa de conocer, la conocía desde siempre, cada vez que idealizaba a una mujer, era como Leonor y Álvaro aquella noche al hablarle de su bella y distinguida esposa, la hizo corporal, y ahora estaba sentada al frente de él. Su mente ya no era capaz de discernir y para salir del atolladero, tomó un sorbo de su licor, y le comentó.

Encuentro más destilado al cognac francés que el español, diría hasta más alcohólico, aunque sabemos que tienen el mismo grado, no sé a qué se deberá, pero en realidad, ambos son exquisitos.

Me alegro que te guste, son licores antiguos, los compraba Álvaro en sus buenos tiempos.

Indudablemente que las relaciones entre ellos no debieron ser de las mejores; durante todo ese día no habló mayormente de Álvaro, a excepción de aquel detalle que tuvo cuando se enteró de su muerte y se levantó para ir a su dormitorio, en ningún otro momento tuvo un gesto que denotara si no dolor, por lo menos pesar, se percibía una rabia contenida, quizás ya lo había dado por perdido desde que se metió en el asunto de la droga y de eso ya habían pasado tres o cuatro años, era mucho tiempo, sobre todo pensando en la soledad de la mujer.

Miró sobre la copa y a pesar que la luz le daba en forma indirecta, observó que el bello rostro de Leonor, tenía la mirada fija en un punto indeterminado, era una mirada pensativa y triste, casi desvalida, daban ganas de acercarse y decirle “cuéntame tus penas para que compartiendo sean menores”. Se dio cuenta que quería descansar en alguien confiable, que no quería estar más tiempo sola. Con qué

ligereza la juzgó antes. ¡Cómo pudo pensar mal de ella, sin conocerla un poco más! ¿Por qué no pudo pensar que la orden que impartió al mozo era la habitual? ¿Por qué una mujer bella no puede sufrir estoicamente en soledad el abandono en su vida afectiva?

Seguramente fue difícil para ella, pero eso mismo acrisoló su temple de mujer íntegra y valiosa. Quizás su rabia contenida y su indiferencia en relación al nombre de Álvaro, era por el abandono en que la dejó él, al meterse en sus oscuros negocios, pues siendo una mujer criada y educada en forma tradicional, no pudo ni quiso ser cómplice en ellos y por su misma crianza, no se atrevió a dar rienda suelta a sus impulsos sensuales a los que toda mujer tiene derecho, y a pesar de su condición de mujer casada, sufrió en carne propia esas sensaciones de deseos insatisfechos. Mentalmente le pidió perdón. Le dio vergüenza el haber pensado de esa manera en Leonor.

La atmósfera de magia y paz que cubría toda la sala, la cortó Leonor, que también estaba absorta en sus pensamientos, cuando le preguntó:

¿Qué plan tienes para mañana? No te olvides que mi hermano va a llegar temprano, él es muy puntual.

Me alegro que sea puntual, pues yo también lo soy. En cuanto llegue y tomemos desayuno nos dirigiremos a la hacienda y ahí tengo que ver con Agustín todo lo relacionado con el caso, es bastante engorroso, prefiero verlo con él, siempre que tú no dispongas otra cosa.

Ya te dije que no quiero saber nada del asunto, lo mismo le dije a Beatriz y nadie me va a sacar de ahí; si se complica, ustedes sabrán como lo arreglan.

Leonor, hálbame un poco de Agustín. Quiero conocer algo de su personalidad, antes de conocerlo en persona.

De él te puedo contar solamente cosas buenas y no es porque sea mi hermano; es de carácter bondadoso, mayor que yo 4 años, casado, tienen dos hijos y ha sido mi apoyo desde que pasó lo que tú conoces, las veces que me encontraba deprimida, le llamaba y venía a hacerme compañía y otras noches se quedaba, somos muy hermanables. Junto

a Merceditas fueron mis ángeles de la guarda, ellos mantuvieron mi espíritu en alto. Pero cambiando de tema, me llevas mucha ventaja, pues tú sabes de mí casi todo y yo de ti no sé nada, cuéntame algo de tu vida.

Pocas veces le había tocado a Jon dar explicaciones sobre su vida, pero nunca le había preguntado eso una hermosa y bella mujer, y menos a esas horas de la noche, pues ya se estaba haciendo tarde. Pero a pesar de ser hombre de pocas palabras, algo había que decir.

Bueno, ya sabes que soy vasco, soltero sin compromiso y vivo con mi madre, también sabes que soy empresario minero y que vivo en el norte de Chile, con eso ya sabes casi todo de mí, por lo tanto estamos en igualdad de condiciones. Y mirándola, con un deje de picardía le dijo. Eso es lo que sabemos hasta ahora de nosotros, lo que pueda suceder después, todavía no está escrito, seremos tú y yo los que tengamos que decidirlo, será responsabilidad nuestra.

Le pareció observar una tenue sonrisa como de aceptación, pero continuaba su mirada de desamparo, nuevamente estuvo a punto de levantarse, sentarse a su lado, abrazarla, sentirla suya y traspasarle su fuerza, tenía el pálpito que ella no se opondría y quizás estaba esperando que diera ese paso, pero en definitiva no lo dio. Antes tenía que pedirle perdón, así eran las reglas de vida que a él le habían enseñado, pero sería en otra oportunidad, no ahora. A pesar que el momento invitaba a dejarse llevar por el cálido ambiente que había, se dio cuenta que tenía que irse, no podía seguir sin tomar alguna iniciativa, la carne es débil, por lo tanto, levantándose, le dijo, se está haciendo tarde, mañana es un día de muchas resoluciones, hay que tener la mente despejada, y dando unos pasos, rodeó la mesita de centro y se acercó a ella, que también se había levantado, estiró el brazo y viendo que ella se acercaba más, la tomó de la mano, la atrajo hacia sí y la abrazó, sintió el abandono de su cuerpo y al apretarla más contra su pecho, sintió el agradable contacto de sus tersos senos y el agitado latido de su corazón, por un momento se estremeció, ella no hizo ademán de separarse, pero él con un discreto “hasta

mañana” se separó suavemente y con un nervioso, “mañana estoy aquí a las 08,00 para desayunar”, encaminó sus pasos hacia la puerta de salida. No quiso mirar hacia atrás, pues sabía que si lo hacía, ya no podría salir del salón.

Al cerrar Jon la puerta tras sí, Leonor, suspiró profundamente y se sentó de nuevo en el sillón, sintiendo los latidos locos de su corazón, verdaderamente estaba convulsionada, habían tocado fibras muy íntimas que estaban adormecidas, esperando que alguien las afinara para ofrecerlas como notas finas de amor. Estirando las piernas cerró los ojos, repasando mentalmente los momentos más emotivos de la velada y se sintió acariciada con la dulce mirada de sus ojos azules, se tocó sus pechos faltos de mimo, y se imaginó que eran las manos velludas de Jon, las que los estaban acariciando y sintió una sensación infinita de gozo, no quería abrir los ojos, no quería que terminara esa sensación de felicidad, quería que continuara por siempre, así estaba de entregada, no hubiera puesta ninguna resistencia. Despertó del ensueño y abriendo los ojos volvió a la realidad. No pudo menos que musitar. ¡Gracias Jon, por estos momentos de felicidad!

Al salir de la casona, Jon se metió entre las sendas rodeadas de rosales y claveles del jardín, el aroma era delicioso, era una noche clara, noche de luna llena. Quería serenarse antes de ir a dormir, se conocía y sabía que si no hacía eso, no podría conciliar el sueño. Pensó, ¡qué cerca estuve de cometer una torpeza! Claro que la deseaba, quién no iba a desear a una mujer hermosa como Leonor, pero pensaba que no era el momento ni la ocasión, no quería aprovecharse de las flaquezas de la carne y de su soledad, quería para ellos en caso que fructificara lo que ambos sentían, algo más profundo, fuera del deseo momentáneo y para eso se tendrían que poner a prueba por varios días... los que hicieran falta.

Leonor, a pesar de la naturalidad que aparentaba en su diario vivir, llevaba en su interior una lucha silenciosa, muchas noches los muros de su habitación eran testigos de sus lágrimas vertidas por el abandono en que se encontraba

y sufría estoicamente su problema con mucha dignidad; últimamente se había aislado, se había alejado de la vida social, todos los matrimonios de amigos de la primera época de casados, preguntaban por Alvaro y ya estaba cansada de dar excusas tontas y terminó por no aceptar más invitaciones y con el tiempo dejaron de invitarla. Además al ir sola era una preocupación constante para sus amigas, sin proponérselo, su belleza cautivaba, al no ir más, todas salieron ganando.

En una de las vueltas por el jardín, vio que se prendió una luz en el segundo piso de la casona y pensó, yo podría estar allí en brazos de ella, le dio rabia su jactancia y dando vuelta se metió en el pabellón de huéspedes y se fue directamente a su habitación. No quiso pensar más en Leonor, que pasara lo que tenía que pasar, esta vez la mente le obedeció, y muy pronto estaba durmiendo profundamente. Soñó con su madre, que estaba preocupada y siempre dispuesta a ayudarle en cualquier trance de su vida, eso recordaba del sueño en el momento de despertarse; era muy temprano apenas 0,600 hrs, como le gustaba madrugar, sin pensar dos veces se levantó y se arregló, media hora después ya estaba observando como despertaban los rosales y demás flores en medio del jardín. Qué clima tan agradable tenía Santa Cruz, sobre todo en la mañana y al atardecer. Pocas veces podía estar en mangas de camisa en su ciudad como estaba ahora; climas totalmente opuestos: uno andino y el otro semi-tropical, con todo lo que significa eso; frío y nieve en el primer caso, calor y borrascas repentinas en el segundo, lo ideal sería una combinación de los dos, pero no existe eso.

Estaba observando una bella y exótica flor que no conocía, cuando vio llegar rauda una camioneta todo terreno, paró al frente de la casa y bajó un joven parecido a Leonor del mismo color de pelo y piel, pensó debe ser Agustín, miró el reloj y marcaba las 07,30; quedaba todavía media hora para el desayuno. Subió a su cuarto y preparó todo lo que tenía que llevar, quería desayunar y salir rápido.

A las 0800 hrs en punto estaba tocando la puerta de la

casona, la misma doncella le abrió y le condujo directamente al comedor, en un rincón de él estaban conversando los hermanos. Leonor se adelantó y tomando de la mano a su hermano lo condujo hasta donde estaba Jon. Antes de presentarlos le preguntó.

¿Descansó bien? Me imagino que habrá dormido con la ventana abierta. -Si claro, las noches aquí son muy agradables, ni parecidas a las frías de mi ciudad.

Ambos quedaron gratamente impresionados con el cordial apretón de manos y sus miradas directas y con la frente levantada. A Jon le causó buena impresión el talante de Agustín, y como no, era bastante parecido a Leonor que tomando la palabra invitó a sentarse en la mesa.

Agustín se dirigió a Jon, indicándole que su hermana ya le puso al tanto de las cosas, lamentando sí, la muerte de Álvaro.

Jon no le dejó ni terminar la frase, diciéndole. De eso no se puede hablar ahora, no se olvide que "las paredes oyen"; tomemos el desayuno y en el viaje le contaré todo lo ocurrido. Y cambiando de tema, le preguntó a Leonor. ¿Y usted como durmió? - Bien, sin problemas. Yo estoy acostumbrada al clima y a la soledad. Bueno, váyanse cuanto antes pues todavía tienen como dos horas de viaje. Yo les espero con el almuerzo preparado.

CAPITULO VIII

Subiendo a la camioneta, partieron velozmente. Agustín pasándole las llaves de la casona de la hacienda, le dijo, yo no conozco bien la casa de la hacienda, y me imagino que Álvaro le indicó a usted todos los detalles. -Si, así es, le voy a relatar lo sucedido. -Antes que me narre nada, le tengo que contar que le causó una buena impresión a mi hermana, la encontré cambiada, con otro espíritu y con un brillo especial en los ojos; me alegró verla así y si usted es el causante de ese cambio, se lo agradezco, pues estaba preocupado por ella, desde hace aproximadamente dos o tres años, estaba muy sola, le hacía falta una alegría en su vida.

Jon le contó todo tal cual sucedió, no quiso guardar ningún "as" debajo de la manga. Agustín escuchaba atentamente sin hacer preguntas, mientras manejaba raudo por esas sendas de tierra. Ya estaban dejando atrás la ciudad y se encaminaban hacia la selva, en un recodo apareció un hito, parecido a los de minería, Agustín le indicó, desde aquí comienza la hacienda de Álvaro, no sé dónde termina, pero sí sé que es selva adentro, no estuve nunca en los límites del E, el campo es bastante extenso, actualmente está abandonado, Álvaro nunca se interesó en trabajarlo, desde la muerte de sus padres que quedó abandonado. Anacleto, el cuidador, ya es mayor y no está en condiciones de hacerlo, le oí decir a mi hermana que pensaban regalarle algunas hectáreas de tierra para que las trabajara con su

hijo. -Pienso que es lo justo respondió Jon, según me contó Álvaro, él es parte del inventario de la hacienda y le tenía mucho cariño.

Estaban llegando a la entrada de la hacienda donde estaba la casa del cuidador, Agustín bajó y se dirigió a una casita que estaba construida sobre un promontorio. Anacleto al sentir el vehículo, salió, seguramente pensaba que era su patrón Álvaro. Paró en seco al ver que no era él, por suerte se conocían, después de conversar un rato se despidieron amistosamente, se quedó en el pórtico de su casa, yo levanté el brazo saludándolo, él hizo lo propio, no convenía que me viera de cerca, y partimos en dirección a la casona, que estaba al otro lado del pequeño cerrito.

Agustín tomando la palabra, dijo medio en broma, “hasta aquí llego yo, la casa es toda suya”. Jon se acordaba de todos los detalles que Álvaro le contó y que le hizo repetir. Entraron en la casona que estaba bastante deteriorada, le faltaba un buen mantenimiento, no demoraron mucho en encontrar la oficina y la biblioteca, se acordó de la colección de los clásicos españoles y tal como le dijo él, ahí estaba el gancho y cerca la entrada a ese cuarto secreto donde deberían estar las maletas y las bolsas. Llevaban una linterna que les ayudó a encontrar las valijas, pues la obscuridad era completa; no se demoraron nada en hallarlas en un rincón del cuarto, las sacaron a la biblioteca y buscaron las chapas con las letras R y A. efectivamente así era, todo fue hecho con una minuciosidad admirable, cada detalle cuadraba exactamente con lo que le había dicho Álvaro; quedó sorprendido de la calidad del trabajo. Pensó, así trabaja la mafia.

Lo más fácil ya estaba hecho, ambos se miraron, estaban sentados en sendos sillones. A Jon no le sorprendió, pues lo había soñado muchas veces y salió todo tal cual lo había previsto; para Agustín, que recién se había enterado del caso, todo fue una sorpresa mayúscula, no daba crédito a sus ojos, cuando al abrir la bolsa signada con la A, tocó las gemas y al abrir un poco más la boca de la misma, vio: diamantes, esmeraldas, rubíes; era como el cuento de la

cueva de “Alí Baba y los Cuarenta Ladrones”. Miró a Jon y al ver la serenidad de su rostro, quedó más confundido, no le había sorprendido nada de lo encontrado, parecía que sabía lo que había, hasta dudó de él, pensando que también era uno más de la mafia.

Se puso en guardia, no se iba a dejar sorprender, en realidad no le conocía, solamente lo que su hermana le había contado. Pero por otro lado quería confiar, por la dramática historia que le tocó vivir y cómo se había comportado tanto con Álvaro como con Leonor, además ahí estaban los dos, con toda aquella fortuna, de ser mafioso ya habría hecho algún movimiento y sin embargo, ahí estaba sentado sin inmutarse tan siquiera. Ante lo cuantioso de la fortuna, recordó lo que le dijo sobre la última voluntad de Álvaro, “que no le faltara nada en vida a su hija Merceditas”, por eso hizo ese oscuro negocio.

Tomando la palabra Jon le expresó: yo sentí su reacción al mirarme, sé que se extrañó al ver que yo seguía inmutable; debe saber que los hombres que saben que van a morir, en el noventa y nueve por ciento de los casos, dicen la verdad, y yo le creí a Álvaro, hay que estar con un moribundo para saber que dice la verdad y no solamente sobre la fortuna, también por el cuidado que tenemos que tener con la mafia, escuche bien lo que tengo que decirle.

Álvaro tenía un socio de nombre Ramón -quizás usted lo conoce- era el químico del negocio quien a su vez tenía otro amigo- socio llamado Hugo que trabaja en una de las grandes mineras de Chile. Álvaro no tenía ninguna duda que Hugo sí pertenecía a la mafia en alguna de sus ramas y formas, siendo así, no va a quedarse tranquilo hasta saber de Ramón y sobre todo de la parte de la fortuna que seguramente le corresponde a él.

Sabemos que Beatriz la esposa de Ramón, ya estuvo con su hermana, preguntando si sabía algo, todavía no está enterada del fallecimiento de su esposo. Por otro lado, Hugo, al no tener noticias, vendrá a Bolivia, hablará con Beatriz y los dos seguramente vendrán a conversar con Leonor, por lo tanto es mucho mejor que ella no sepa nada de esto,

porque al no saber no puede mentir y va a ser creíble; pero antes de eso, hay que mandarle a Beatriz cuanto antes, las dos valijas con la letra R.

Quizás en ese momento, Hugo, quede satisfecho repartiendo con la viuda la plata y no siga indagando más. Yo desconozco la mejor forma de enviarle las valijas, lo tienes que hacer tú. En cuanto a mi persona, nadie me debe vincular con ustedes, si no, van a llegar rápidamente a mi ciudad y al desierto que nos rodea y todo el secreto confeccionado con Álvaro no va a servir para nada; además estaríamos todos peligrando, todos sabemos como actúan los de la mafia; en este momento nadie sabe que se perdió una avioneta, y que hay dos muertos, por lo tanto no hay evidencia de nada.

Y hay un dato importante que me comentó Álvaro. Los compradores de la droga no saben que ya no hay más, es decir, que no podrán comprar más cocaína a ellos y nadie sabe cómo pueden actuar, él pensaba que Hugo era el hombre clave, el que podía explicar a sus amigos mafiosos, que se acabó la producción, pero ahora todo queda en el aire. Y no te olvides, que en algún momento tendréis que notificar a las autoridades los desaparecimientos, de Álvaro y de Ramón, pero él insistió que se haga eso al final de todo, lo más tarde posible.

Muy claro tu relato, el problema es más grave de lo que pensaba, pero de alguna manera habrá que resolver el asunto. Tenemos que pensar como hacer llegar estos dos bultos a Beatriz, sin involucrarnos nosotros. Aunque no la conozco bien, tengo su dirección de Cochabamba, tendremos que ir a otra ciudad y despacharlo desde allí. Jon, espero contar contigo para todos estos trámites, no puedo hacerlo con otro, sería peligroso para todos.

Agustín, sabes que puedes contar conmigo, pero no te olvides que cuantos menos me vean es mejor, pues no me pueden vincular con este caso, además mis movimientos están limitados, pues estoy como turista y para cualquier trámite debo presentar mi pasaporte y se nota que soy extranjero por la forma de hablar; tenemos que actuar

enseguida, antes que llegue Hugo, evitemos en lo posible que vaya a hablar con Leonor.

Estoy de acuerdo contigo Jon, busquemos una lona para envolver estos dos bultos, conozco una ciudad más al norte en dirección al Beni, donde hay mucho tránsito de comerciantes que vienen y van a Brasil y nadie sabe quien es el otro, hay mucha gente que vive del contrabando, es el sitio ideal para enviar la encomienda.

Bien, pero antes vayamos a casa, comemos con Leonor, para que no se preocupe y después vamos a esa ciudad que tú conoces y diciendo eso cargaron la camioneta y partieron raudos.

De acuerdo, vayamos a comer con Leonor, pero va a ser muy tarde después para ir a enviar las valijas, llegaríamos cuando todo está cerrado; mejor cenamos y alojamos esta noche en nuestra hacienda que está a medio camino y mañana a primera hora viajamos y lo despachamos. Cambiando de tema, me contó Leonor que eres vasco y resulta que los abuelos de mi señora también lo eran, ellos ya murieron, lo mismo que su padre, pero la madre está viva y aprendió de su madre algunas palabras en vasco, yo sé que le harías la mujer más feliz del mundo, si tratas de hablar con ella algo en esa lengua.

Tú sabes Agustín que lo voy hacer con el mayor agrado, pero te repito, no conviene que me vea mucha gente, tenemos que tener mucho cuidado, me doy cuenta que no sabes mucho sobre la mafia, ellos tienen tentáculos en todas las esferas sociales y políticas, el dinero compra muchas conciencias, tenemos que dar pasos seguros.

No es problema Jon, la casa de la hacienda es muy grande, nosotros con los niños estamos en el ala oriente, y la suegra con su empleada al otro lado, no hay manera que se enteren; a la empleada le diré que eres médico y que se retire. Las valijas con la letra A, las voy a dejar en mi casa, ahí estarán más seguras, hasta ver que hacemos.

Muy pronto llegaron a la Finca Merceditas. Leonor tal como había dicho, les estaba esperando con la comida, aunque ya era tarde; en cuanto los vio, se iluminó su rostro, después de los efusivos abrazos, pasaron al comedor.

Agustín le contó rápidamente el plan de esa noche y para el día siguiente, por la cara que puso Leonor, no fue de su agrado, ella ya tenía preparado otro plan y contaba para ello con Jon, pero dadas las circunstancias aceptó. Intervino Jon diciendo, Agustín quiere que vaya a su casa y hable algo de vasco con su suegra, así que voy a darle en el gusto a una anciana descendiente de vascos.

Comamos rápido entonces para que no anden de noche por esos caminos. No se habló sobre el tema de Álvaro y Leonor tampoco preguntó, solamente habló con su hermano sobre Anacleto y su familia, quedaron de acuerdo que irían una vez resuelto todo el problema y le encargó que se preocupara de preparar las escrituras para cederle las hectáreas convenidas.

Tomando la palabra Agustín, le dijo. -No lleves nada Jon, si te hace falta algo, como somos de la misma estatura, yo te lo presto. -De acuerdo, pero déjame que traiga los elementos de aseo, hecho eso y sin hablar mucho más, partieron. Jon sabía que tenía que contarle su casual encuentro con Isabel y todo lo concerniente a ella, de modo que saliendo de la ciudad, le conversó todo sobre ella. Agustín se rió de buena gana y mirándole le dijo: no hagas mucho caso a Isabel, tú eras una presa más para ella, le gusta coleccionar hombres y después los deja tan fácil como los obtiene. Hay que reconocer que es una mujer hermosa y atractiva, de mucha mundología, no pasa mucho en un lugar, le gusta viajar de un lado a otro, olvídale mejor.

Ya lo hice, al conocer a tu hermana no fue difícil. Agustín quedó sorprendido con la respuesta de Jon, a pesar que estaba contento con el cambio de Leonor que se supone fue por él, en verdad lo había tomado por un hombre más reservado y no tan agresivo en asuntos del corazón. Jon se dio cuenta por la mirada y la cara de Agustín que no le gustó su respuesta, para decir verdad, a él tampoco le gustaron las palabras que brotaron de su boca, las encontraba atrevidas. Lo que te quise decir Agustín, es que con tu hermana me siento más en confianza, puedo hablar con ella de cualquier tema sin necesidad de inventar nada, además es mucho

más mujer, más confiable, me refería a eso, quizás usé mal las palabras. - Está bien Jon y con un golpe de su mano sobre la rodilla de él, ambos rieron de buena gana y dieron por superado el impasse, no sin antes decir con un deje de malicia... además si mi hermana es feliz, yo soy doblemente feliz.

Efectivamente era una hermosa mansión, larga, con un cuerpo central mas voluminoso y las alas más estrechas; quedaron de acuerdo que solamente vería a Pilar -esposa de Agustín- y a su madre, no convenía que lo viera nadie más y menos sus hijos. Se bajó Agustín mientras Jon entraba a una especie de garaje, al rato vino con su esposa y los tres fueron a ver a la madre de Pilar; era una señora mayor, peinada con un moño, cara angulada y orejas más bien grandes, una verdadera "emakume vasca" -señora vasca-.

Podía ser confundida con cualquier "amoña" -abuelita- de Euskal Herria -País Vasco-. Acababa de cenar y estaba esperando la hora para acostarse, estaba sentada en una cómoda silla de ruedas cerca de la cabecera de una mesa grande, seguramente en otros tiempos todas las sillas estarían ocupadas por la familia. Pilar saludó a su madre y le presentó a Jon como un amigo médico de Agustín, quien la saludó con: "Gabon" -buenas noches-, "Nora zaude" -como está usted-, esas dos palabras la despertaron de su aletargamiento, miró extrañada a Jon y le sonrió. ¿A qué dimensión del tiempo, le llevaron esas palabras? Seguramente le recordaban épocas felices.

Le seguía mirando y sonriendo a Jon. Indudablemente que la llevaban a algo familiar y muy querido, pero. ¿A dónde? Su mente no era capaz de dilucidar el problema, entonces Jon, se acercó y tomándole las manos le besó en la frente, mayor fue la emoción de la buena señora que mostró signos de inquietud, intervino Pilar y dándole su remedio la llevó a la cama; antes de salir del comedor se volvió a Jon y le dijo con su débil voz "Agur" -adiós-. ¿Cómo hizo para sacar de su memoria esa palabra dormida ya largo tiempo en algún lugar de su mente? Se fue con los ojos iluminados de alegría, viviendo su mundo propio, quizás en qué

tiempo, pero la sonrisa y sus chispeantes ojos demostraban felicidad.

Llegó Pilar y sin mediar palabras, abrazó y besó a Jon, así le daba las gracias por los minutos de felicidad que le dio a su madre, hacía tiempo que no la veía con esa cara de felicidad y sonreír de esa manera. Cenaron los tres y enseguida Pilar con un buenas noches y diciéndoles, “les dejo, parece que tienen mucho de que hablar, voy a ver a los niños y acostarme”, buenas noches dijeron los dos al unísono.

Tomando la palabra Jon le comentó: Veamos si vale la pena ir en forma personal a encontrarnos con Beatriz, mandémosle de todas formas una nota explicativa dentro de la valija, que ya la tengo más o menos pensada. ¿Dónde tienes la máquina de escribir? Vamos a mi oficina ahí tengo todos los elementos necesarios y además estamos más en privado y terminamos de hacer las valijas. Ya eran las doce de la noche cuando dieron por terminado todo. Mañana partimos a las 0600 hrs, le dijo Agustín mientras se encaminaba a su habitación. ¿Sabes llegar a la tuya? Si por supuesto, no me voy a perder, pero antes quiero dar una vuelta por el parque, quiero respirar aire puro y despejar un poco la mente. Buenas noches, hasta mañana.

CAPITULO IX

Puntual estaban los dos a la mañana siguiente, tomaron un sorbo de café con leche y partieron sin mediar palabra alguna. Jon mirando hacia atrás se cercioró de la valija, le gustó como había quedado; donde decía contenido, escribieron: muestras de minerales para su análisis. Como la región era una zona mixta de minerales y madera, eso era lo cotidiano, los mineros no se confiaban de los laboratorios locales y mandaban sus muestras a los laboratorios de Cochabamba, para compararlos. El sobre con la carta ya estaba en el interior pegada a la valija, de tal manera que para abrir la valija tenía que sacar antes el sobre con la carta, esa era la intención, que leyera la carta antes de saber el contenido.

La intención de Agustín era llegar temprano, para evitar las aglomeraciones y así tener menos contacto con la gente; dejaron la camioneta estacionada al otro lado de la oficina de correos, Jon le ayudó con el saco hasta la esquina, y le recordó el remitente: Pedro Gómez, era el nombre de la buena suerte. Agustín se dirigió a la sala de recepción, una sola persona había antes que él. Jon le esperó por los alrededores y muy pronto vio como salía con la guía de despacho, subieron a la camioneta y emprendieron el regreso.

Saliendo de la ciudad, disminuyó la velocidad y se detuvo

en un descampado, respiró hondo, se notaba que Agustín no estaba acostumbrado a cosas de ese tipo, no tenía la cancha para ello. Respirando todavía con cierto nerviosismo le explicó: No tuve ningún problema, no me pidió la cédula, por lo tanto, Pedro Gómez es un personaje real que estuvo en el despacho de correo enviando una encomienda a Cochabamba; sale en el bus de las 10 hrs y llega a destino al atardecer, al día siguiente lo reparten, mejor no nos podía haber salido y en el más completo anonimato.

Subiendo de nuevo a la camioneta partieron para no llamar la atención, maneja despacio mientras pensamos los pasos a dar, todavía nos falta coordinar el final, para dar por terminado el caso y después esperar que ellos den también por terminado y no sigan indagando. Para dejar todo arreglado, pienso que es mejor que vayas personalmente a Cochabamba a hablar con Beatriz, decirle que vas en lugar de Leonor, que no quiso saber nada del problema y que llegó una encomienda con ciertos valores y una carta donde decía que Álvaro había muerto. Pregúntale si ella también recibió lo mismo y si Ramón dejó algún mensaje, con eso ganamos tiempo y despejamos cualquier duda que tenga ella; de todas maneras el contenido de la encomienda, es el mejor bálsamo para la nefasta noticia que tendrá al leer la carta. No hables mucho más, deja claro que tú no sabes nada de los negocios de tu cuñado y que tampoco quieres saber, actúa con fuerte personalidad para que no te sigan molestando.

Llegaron justo a la hora de la comida, mientras Jon fue a su habitación, Agustín entró a la casa para hablar con su hermana; al poco rato estaban los tres en el comedor. Terminando de comer, Agustín se levantó e indicó que iba a su casa a arreglar asuntos que había dejado pendientes, Jon le acompañó hasta la camioneta y le preguntó. Entiendo que vas mañana temprano a Cochabamba. -Así es y espero encontrarte aquí al regreso, para contarte la reacción que tuvo y todos los detalles; también tenemos que hablar sobre las valijas, yo no sé mucho de esas cosas. -Sí, mañana me vas a encontrar aquí, pero conviene que me vaya pronto, por si

ellos deciden venir a hablar con Leonor, sería nefasto para todos que me vieran aquí. Mañana conversamos de eso y subiendo a su camioneta partió. Jon encaminó sus pasos a la casa y se dirigió al salón, donde le esperaba Leonor.

El encuentro a solas fue nervioso, los dos estaban llenos de ansiedades, de miradas que decían todo; la de Leonor era como implorante, esperando el final de algo que había quedado inconcluso; qué indefensa se encontraba, qué débil es la mujer en su soledad, a falta de cariño y de mimo. La entrega en esos casos se da primeramente por un impulso más bien animal, después de dar satisfacción a ese amor pasional, ardiente y febril, contenido largo tiempo, viene el amor pausado, el de la caricia tierna, el verdadero amor; eso sintió Jon al entrar al salón y ver a Leonor de pie junto a aquel hermoso cuadro costumbrista y contemplarla en cuerpo entero con su pelo suelto sobre los hombros y aquel brillo especial en sus ojos verdes que invitaban a mil locuras.

Se quedó en aquella posición apoyando su brazo derecho sobre la repisa de la chimenea, se veía espléndida, como seguía mirando, ella preguntó. -¿Te gusta el cuadro? El avanzó hacia la mesita donde estaba servido su cognac y alargando su brazo tomó la copa y sorbió un buen trago del rico licor desdeñando el sillón que le invitaba a sentarse, dio unos pasos más y le contestó, sí, es hermoso, pero no estaba contemplando el cuadro, te miraba a ti, estás bellísima, llegó donde estaba ella y acercándose más todavía la abrazó tiernamente, sintió su respiración acelerada y el abandono de su cuerpo a su abrazo, la sintió suya, solamente faltaba lo que hizo ella a continuación, se separó un poco de él y tomándolo suavemente de la mano subieron juntos las escaleras y lo condujo a su habitación que estaba en penumbra, entró a su cámara privada y al salir, percibió en ella una maliciosa y cariñosa sonrisa, Jon la esperaba en mangas de camisa, ella avanzó lentamente hacia él, y estando cerca ya, abrió su bata y le mostró su hermoso y palpitante cuerpo desnudo, invitándole a probar el fruto maduro, le ayudó nerviosamente a desabrochar los últimos botones de su camisa y se entregaron libremente al amor.

Como nunca antes con otras mujeres, Jon la sintió suya, era una entrega total, no quería separarse del tierno abrazo que los unía. Leonor quiso tomar la palabra pero Jon colocándole su dedo en la boca le dijo... no digas nada, déjame seguir soñando en este momento maravilloso y la volvió a besar con devoción, ella que seguía abrazada, más se apretó al cuerpo de él, como no queriendo dejarlo ir, en esa posición quedaron dormitando. Era media tarde cuando Leonor se levantó, poco después hacía lo mismo Jon.

Bajaron juntos y se dirigieron al salón, Jon pidió una jarra de refresco, tal era su sed. En los climas tropicales apuntó Leonor, es habitual echar la siesta, pues en determinadas horas no se puede trabajar por el calor reinante y también tenemos jugos de las más diversas frutas, así que no tengas cuidado, tendrás todas las jarras que quieras a tu disposición y llamando a la camarera le pidió dos jarras de jugo de frutas.

Tienes que saber algo Jon, he tenido dos hombres en mi vida; primeramente Álvaro mi esposo, y después tú, eso te quería decir antes pero no me dejaste.

No te he preguntado nada Leonor, ni pensaba hacerlo, sí tengo que pedirte disculpas, porque el primer día te juzgué mal, pero fue solamente un momento, y fueron los celos los que me jugaron una mala pasada, perdóname por ello.

Pero mi amor, quedas perdonado, a las mujeres nos gusta que nos celen, pero lo más importante, es que se queden con una; ya ves que estamos juntos sin presión de ninguna especie y espero que sea para siempre, ese es mi deseo, pero no quiero que te sientas obligado a estar conmigo.

No digas eso, nunca me he quedado en un lugar que no haya sido de mi agrado y sinceramente en este momento no creo que haya en el mundo un hombre más feliz que yo, se acercó y la besó cariñosamente, ella retribuyó con entusiasmo y se recostó en su hombro. Así entrelazados quedaron un largo rato, las palabras sobaban; con el contacto de sus cuerpos se decían todo aquello que las palabras no pueden expresar: sentimiento, emoción, amor, atributos que son del alma y por lo tanto intangibles.

Yo también tengo que confesarte algo, hacía mucho tiempo que no sentía esta dicha; me siento una mujer realizada nuevamente; cuando se es madre, pareciera que fuera la realización de tu existencia, pienso que no hay nada más importante que crear una nueva vida y sin embargo, pasa el tiempo y si no se sigue teniendo una vida plena en el más amplio sentido de la palabra, te preguntas. ¿Qué estoy haciendo en este mundo? ¿Vegetando solamente? Son las preguntas que me he hecho en estos últimos años y tú Jon, con esa forma tan natural que tienes de actuar, con esa confianza que das y que emana de todo tu ser, y con tu amor y lealtad, me hiciste ver y así me di cuenta que soy nuevamente una mujer con sentimientos, con deseos de vivir, con deseos de amar y ser amada y eso no quita ni una pizca al amor que siento por mi idolatrada hija.

Nos estamos echando demasiadas flores y no es mi estilo de vida, le indicó Jon mientras se levantaba y le preguntaba si podía leer algún libro de la biblioteca. -Antes que te pongas a leer, dime... te gusta el conejo!, aquí lo prepara muy bien el cocinero. -Claro que me gusta, todavía recuerdo las liebres que cazábamos y las comilonas que hacíamos con los amigos. -De acuerdo, entonces comemos conejo en la cena. Mientras tú lees algo yo voy a recogerme a mi habitación.

Jon entró a la biblioteca, pero en vez de elegir un libro, se sentó en uno de los mullidos sillones, quería estar solo, quería reflexionar un poco sobre su situación, sobre el nuevo orden de cosas y la misión por la que vino hasta aquí, le parecía que ya había hecho todo lo que vino a hacer y era tiempo de regresar a casa, pero ¿qué lo detenía?, ahí tuvo que reconocer, que estaba enamorado, y al estarlo perdía la independencia de su actuar. Por otro lado, Leonor era todo lo que un hombre puede aspirar en esta vida en cuanto a la búsqueda de su ideal: era una mujer guapa, hermosa, distinguida y dispuesta a amar y ser amada; no se podía pedir más, el problema era como congeniar las dos vidas, como hacer posible la convivencia viviendo en países distintos, no quería encuentros casuales, quería vivir todos y cada uno de los instantes de la vida, juntos.

¿Era posible eso? Quedó divagando con los ojos fijos en un punto indeterminado.

Por su parte, Leonor, tan pronto entró a su habitación cerró la puerta y se tendió cuan larga era sobre la cama y abrazando su almohada, repasó cada instante de su desesperado amor con Jon, él la hizo sentir verdadera mujer, verdadera hembra, la hizo muy feliz, lucharía para retenerlo, quería pasar con él el resto de su vida. ¿Pero bastaba un momento de placer para pensar así? Si ella no tenía experiencia con otros hombres. ¿Cómo podía estar segura que era él su hombre? Y mentalmente respondía, “intuición femenina”, yo sé que es él. Ante eso no hay explicaciones que valgan y ella ya estaba resuelta a que fuera así; se daba cuenta a pesar de su inexperiencia, que él era posesivo, pues bien, se entregaría de cuerpo y alma, confiaba plenamente en su calidad humana, lo confirmaba la forma como ayudó a Álvaro y que ella le creía de principio a fin.

Al rato entró a la ducha, quería bajar fresca y preparar una cena memorable, romántica, sonrió maliciosamente pensando en lo que vendría después, por lo menos así lo esperaba ella. Se miró en el espejo y le gustó lo que vio reflejado en él, vio a una mujer madura, segura de sí misma y con una sonrisa de esperanza, cerró la puerta y bajó al comedor.

Entró a la biblioteca pero Jon ya se había retirado a su habitación; fue al comedor y en forma personal arregló la mesa y colocó aquellos candelabros plateados que le donó su padre, quería lo mejor y más romántico para esa noche.

Jon también se duchó y estuvo un largo tiempo bajo el chorro frío del agua, quería refrescar sus ideas, volver a su realidad, pero no había caso, su mente le llevaba nuevamente a Leonor, había quedado prendado como ella.

Se daba cuenta que le faltaba la sensualidad que sí tenía ella, fluía de su ser en forma natural, él se daba cuenta al sentir el estremecimiento de su cuerpo al apearse al suyo, al excitarse con la sutil caricia, eran momentos sublimes e íntimos que no quería que acabasen nunca. Después quizás

se calmarían esas locas ansias que lo tenían a mal traer; claro, lo mismo pensó antes cuando bajaron de la siesta, pero no era lo mismo, se dio cuenta que quería más... quedó meditabundo.

Se extrañaba de pensar de esa forma. ¿Cuál era el Jon verdadero? ¿Aquel responsable, tranquilo y reposado hombre de trabajo, que vivía con su madre y tenía como socio a Martín? ¿O este otro Jon, inquieto, mundano y despreocupado? ¿O no sería que estos atributos estuvieron siempre latentes en su ser y faltaba solamente el sutil susurro y la mirada amorosa de una romántica y especial mujer para despertarlos?

Ya era la hora de la cena, pero antes de entrar a la casa, se dio la vuelta consabida por los hermosos jardines de la finca; olorosa cada rosa o clavel que encontraba a mano, en eso estaba, cuando antes de verla, sintió la presencia de ella y su voz. -¿Cuál te gusta más, la fragancia de la rosa o la del clavel? Se dio vuelta y justo en ese momento Leonor doblaba la senda hacia él. -Si me das a elegir, prefiero la tuya, la atrajo hacia sí y le acarició en el cuello con sus labios. -La cena está lista, entremos, respondió ella. Jon quedó un poco confundido por la falta de respuesta de ella, pero no le dio mayor importancia... vamos, dijo.

La cena era de mantel largo, además de unas luces tenues en los extremos de la sala, había dos hermosos candelabros sobre la mesa con dos largas velas cuyas luces daban fulgores discontinuos sobre ellos, todo estaba ambientado al romanticismo. En el primer brindis, mantuvieron largamente la mirada uno en el otro, tomando la copa ella le cedió la palabra, diciéndole.

Jon, por qué o por quién quieres brindar! -Levantándose y alzando la copa, carraspeó un poco, antes de decir con voz que le salió grave. Porque se haga realidad todo lo que he estado pensando y todo salga bien. -¿Se puede saber lo que has estado pensando, le preguntó en forma inmediata Leonor? -Jon, titubeó antes de responderle. Ahora no, después te lo digo. Se notó que no era ducho en esta clase de juegos de palabras y amores.

Y tú. ¿Por qué quieres brindar? -Leonor hizo lo mismo, pero con mucha más naturalidad, se levantó y alzando la copa continuó: las mujeres no somos tan complejas como los hombres, yo brindo por nuestro amor, para que sea eterno. Se acercó a él, lo besó y chocaron las copas antes de beber el burbujeante champagne francés. Jon quedó pensativo y se preguntó. ¿Por qué cuando hacen actos similares el hombre y la mujer, el de él parece torpe y sin gracia, sin embargo el de ella es sinónimo de delicadeza y amor? No pasó inadvertido para ella ese silencio prolongado y le preguntó a su vez. -¿En qué estabas pensando? -No, en nada, divagaba solamente.

Enseguida se sentaron, ella en la cabecera de la mesa y le indicó a Jon, “no quise que te pusieran en la otra cabecera, pues quedarías muy alejado de mí”, así estamos más cerca; enseguida se sirvieron el conejo. Jon le explicó: la costumbre nuestra allá en el norte es comer “picante de conejo”, pero en verdad, me gusta más como quedó preparado de esta forma, dile que está muy rico. Me gusta la cepa de vino que has puesto, es ideal para estas comidas, en verdad ha sido una cena deliciosa y estas velas le han dado la intimidad precisa, todo muy romántico. A propósito de romanticismo. -¿Te gusta la poesía? -De joven leía poesías, pero desde que me casé y tuve a mi hija, ya no leí más, tenía preocupaciones cotidianas que me impedían hacerlo. ¿Y a ti te gustan? -Sí, me gusta toda clase de poesía, en especial de la época del romanticismo, antes cuando entré a la biblioteca, observé que había varios libros de poesías.

Terminada la cena pasaron al salón, Leonor llamando al mozo le encargó el mismo cognac y mirando a Jon, continuó, según creo te gustó mucho, yo te acompañé con un licor dulce; esperaron que le trajeran los licores y se sentaron juntos en el sillón. Los dos sabían que no iban a estar mucho tiempo más sentados, ambos sabían que la melodía de amor había quedado inconclusa, querían terminarla y cerrar la noche con broche de oro; fue así como al tomar el último sorbo de licor, se levantaron sin ponerse de acuerdo y entrelazados subieron las escaleras, sin mirar tan siquiera los escalones,

pues sus cuerpos seguían abrazados y sus bocas estaban unidas con un prolongado beso. No demoraron mucho en entrar a la habitación y desabrochándose nerviosamente sus ropas, se entregaron al frenesí del amor.

No amanecía todavía, cuando sintió la mano de ella sobre su cuerpo, respondió a la caricia y se entregaron nuevamente al dulce juego del amor. Así los sorprendió los primeros rayos solares. Despertándose, ella se estiró y suspiró con el suave deleite de la mujer satisfecha, dándose vuelta lo besó largamente, despertándose también él, y respondiendo con delicadeza al beso de amor que ella le proponía. De repente ella preguntó. -¿Te referías a esto cuando dijiste “que se haga realidad todo lo que he estado pensando”? -Las mujeres sois increíbles, retenéis frases y cuando menos se espera, las soltáis, pero siempre buscando el lado que os conviene, pero respondiendo a tu pregunta, sí, me refería a esto, tenía deseos de pasar una íntima y larga velada de amor contigo. -¿ Y por qué no me lo dijiste, si yo también deseaba lo mismo? Y continuó. ¿Eres feliz? O mejor dicho. ¿Te he hecho feliz? -¿Por qué tienes que preguntar esas cosas? -Las mujeres necesitamos saberlo, es nuestra condición de género. -Pues sí, nunca sentí el deleite en su máxima expresión como lo sentí ahora entre tus brazos, no pensé que podría ser tan dulce el amor y eso me lo enseñaste tú. -No, no he podido enseñarte yo, porque tampoco lo sabía, nunca sentí la intensidad del goce como ahora contigo, lo hemos descubierto juntos, este es nuestro tesoro, debemos conservarlo. Prepárate a soportarme, porque no pienso dejarte más, se acurrucó en su pecho, lo besó y le comentó... Te das cuenta que a los dos nos hacía falta esta intimidad!.

CAPITULO X

Agustín se levantó temprano, quería llegar a Cochabamba con las primeras luces de la mañana, ya le había comunicado a Beatriz que necesitaba hablar urgente con ella en nombre de su hermana, por lo tanto le estaba esperando. A la hora indicada fue resuelto a su casa. Le extrañó la amabilidad de ella, cuando al abrir la puerta le dijo, estoy tomando desayuno, acompáñeme por favor, aceptó la invitación y mientras se servían el desayuno hablaron de cosas triviales, enseguida pasaron a la sala y sin más demora Agustín le indicó que iba él porque su hermana nunca quiso saber nada de los negocios oscuros de Álvaro.

Continuó diciéndole, ayer mi hermana recibió una encomienda extraña, con un remitente desconocido, sospechó que era algo de Álvaro, por lo que me llamó. Ella no quiso presenciar la apertura de la encomienda; al abrirla, me encontré con dos bolsones y una carta pegada a uno de ellos, la carta anunciaba la triste noticia de la muerte de Álvaro. Señora Beatriz, mi pregunta es directa. ¿Qué sabe usted de Ramón, su esposo, ha tenido noticias de él? Se sabe que últimamente andaban juntos, también se sabía que tenían una avioneta, y por lo que yo sé Álvaro no era piloto. ¿Sabe usted de alguna desgracia que hayan tenido con la avioneta?

Beatriz escuchaba en silencio, tratando de adivinar las

verdaderas intenciones de ese discurso y por fin habló. Yo sé que el negocio que hacían los dos, no era muy claro, pero al revés de Leonor, yo siempre apoyé a mi esposo, sabía los pasos que daba, y es cierto, el piloto era Ramón y precisamente iban a encontrarse con Hugo, amigo de mi esposo, que trabaja y vive en Chile, pero no sé nada de ningún accidente de aviación, pienso que si fuera así, me hubiera enterado, hasta ahí llegan mis conocimientos sobre el caso, nunca le pregunté asuntos propios de su trabajo. También sé que ya habían dejado el negocio, ese que Leonor encuentra oscuro, a mí no me importa el color del negocio, solamente sé que él lo hacía por nosotros, por eso que contó siempre con mi apoyo.

Señora Beatriz, respetamos su posición, pero usted también debe respetar la de mi hermana y si ella no quería saber nada de ese asunto, la debe respetar, cada cual con lo suyo. Ahora bien, si el piloto era su esposo, usted debe saber en que hangar guardaba la avioneta.

Por lo que yo sé, lo guardaba en el aeródromo civil de la ciudad, el otro día fui pero no estaba ahí y nadie me dio ninguna explicación.

Hable usted con su amigo Hugo, por si él sabe algo y me lo comunica a mí; repito, mi hermana no quiere saber nada de esto. En caso que don Hugo no sepa nada, habrá que fijar un día determinado, que podría ser en 15 días más a partir de hoy, para que coincidan los avisos del desaparecimiento de ambos a las autoridades pertinentes, y estar preparados, pues van a preguntar: primero, con quienes salían y segundo quien fue la última persona que los vio con vida y mucha gente va a testificar que los vieron juntos tal o cual día, no se olvide que Álvaro era una persona muy conocida en Santa Cruz y Ramón aquí en Cochabamba.

Los argumentos esgrimidos por Agustín, convencieron a Beatriz que el problema que se les presentaba era grave; si era verdad que Álvaro estaba muerto, también lo podría estar Ramón, pero al contrario de Leonor, ella no había recibido ninguna encomienda con una carta donde le decían que Álvaro había muerto. No tenía porqué pensar que Ramón también lo estaba, a pesar que ella sabía que iban

juntos; tampoco pensaba que fuera obra de alguna vendetta mandada por los capos, ella sabía que tanto Hugo como su esposo, eran apreciados en ese ámbito, no así Álvaro.

Tomaron un pequeño descanso y aprovecharon para refrescarse con un delicioso jugo de frutas, ya era media mañana, Agustín ya estaba inquieto, había seguido al pie de la letra el plan trazado con Jon, solamente faltaba despedirse sin apuro y asunto concluido, pero Beatriz no pensaba lo mismo. De repente preguntó: ¿Cómo dijo que se llama el remitente? No, no le dije porque no me acuerdo el nombre, lo que sí sé, es que nunca lo había escuchado, no es conocido nuestro, llegando a casa se lo doy por teléfono.

Es bien extraño todo lo que me está contando.

Momento señora, no me meta a mí en sus problemas, esos son asuntos de mi cuñado y de ustedes y en referencia a mi cuñado, nunca me metí en sus negocios como él tampoco en los míos, que quede muy claro eso; solamente le estoy informando que se recibió una encomienda con ciertos valores y una carta que decía que mi cuñado había muerto, sin ninguna explicación más y venía a saber si usted tenía otras noticias.

Estaban en esos entredichos, cuando sonó el timbre y la empleada le comunicó a viva voz “llegó una encomienda señora”, es para usted. Se miraron los dos sin decir palabra, Beatriz salió rápida del salón y llegó con la empleada trayendo un bulto bastante pesado, déjelo sobre la mesita, es todo. Saliendo la empleada, Agustín representando al mejor teatro jamás realizado, le preguntó, veamos el remitente, dieron vuelta la encomienda y ahí estaba escrito el remitente: Pedro Gómez, es el mismo señora Beatriz, seguro, es el mismo, repitió Agustín sin inmutarse, y continuó si quiere le ayudo a abrirlo y así despejamos todas las dudas.

Sí, hágalo por favor respondió media demudada, intuía que le avisaban que su esposo estaba muerto.

Los últimos detalles de la abertura los dejó a ella, de tal modo que fue ella la que arrancó la carta de una de las

bolsas y retirándose a un rincón leyó ávida, muy pronto sus ojos estaban llenos de lágrimas, se notaba que sentía la muerte de su esposo, se retiró por un momento y llegó con los ojos hinchados pero serena y dirigiéndose a él le dijo: veamos el contenido de las bolsas, aquí dice muestras de minerales.

Lo mismo decía la otra encomienda le respondió Agustín. Por fin abrieron y Beatriz no podía creer lo que estaba viendo, aquellas gemas tan maravillosas, las dejaba resbalar una y otra vez sobre sus manos; y la otra bolsa llena de dólares, miró a Agustín como preguntando... es igual a la otra! Éste asintió con la cabeza, estaba absorto recordando las palabras de Jon, cuando le dijo, "esas gemas y esos dólares serán el mejor bálsamo para Beatriz por la pérdida de Ramón" y no estaba equivocado.

Ahora sabemos toda la verdad, los dos están muertos y ante eso no hay nada que hacer, no sacamos nada con seguir discutiendo, debemos tener mucho cuidado y no comentar con nadie. No sé las relaciones que tenía su esposo con el tal Hugo, pero de todas formas, nosotros no queremos tener ninguna relación con él, ni tan siquiera conocerlo, por ningún motivo vamos a recibirle ni permitir hablar más del asunto, para nosotros esto concluye aquí.

No lo tome a mal señora Beatriz, pero así como respetamos a usted y su modo de pensar, queremos que usted respete nuestra forma de pensar; creemos que fue un error el negocio de Álvaro y Ramón. Pongámonos de acuerdo para determinar la forma de dar a conocer a las autoridades la desaparición de Álvaro y Ramón, estamos en contacto.

Yo ya debo regresar, todavía me quedan muchas horas de viaje, le deseo lo mejor señora Beatriz, es usted una gran mujer y le doy mi pésame por la muerte de su esposo. Levantándose, la abrazó y salió lentamente de la casa. Antes de subir a la camioneta, se dio vuelta y levantó la mano saludando, ella que había quedado en la entrada de la casa respondió con una sonrisa al saludo de él.

Lentamente se deslizó sobre la calzada adyacente a la

carretera principal y entrando en ésta, aceleró para perder de vista lo antes posible la ciudad y dar rienda suelta a su grito de desahogo y triunfo, pues no desfalleció en ningún momento, no pensaba que era capaz de tener la serenidad y entereza que mantuvo durante todo el encuentro y además con personalidad definida, que ella entendió y la respetó, ni Jon podría haberlo hecho mejor. Miró el reloj y pensó, mejor voy a comer donde mi hermana.

CAPITULO XI

Bajaron tomados de la mano a desayunar, terminando, Jon le comentó, voy a leer algo a la biblioteca hasta que llegue Agustín. -Está bien respondió ella, me voy a dedicar a mis cosas.

Era una biblioteca muy completa, había libros antiquísimos en varias lenguas, lo que indicaba la calidad de las personas que habitaron en el pequeño palacete. Había libros de todos los géneros: históricos, novelas de los mejores prosistas mundiales, de escritores de otras latitudes con otros pensamientos, es una pena que al traducir se pierda el espíritu y la vitalidad de la lengua primitiva, pero de todas formas, si se sabe leer entre líneas, muestran otros mundos con otras inquietudes, eso si, al final todos se cuadran dentro de las escuelas o generaciones y se dice por ejemplo: este escritor o poeta representa a la generación del 98 o a tal escuela literaria. Así opinan los críticos y por moda todos siguen la senda descrita. También había una colección de Poesías, no tan amplia como la de los prosistas.

Ya había leído varios párrafos de distintos libros, pero había algo que no le dejaba concentrarse en la lectura como a él le hubiera gustado. ¿Qué estaba haciendo en esa casa un día cualquiera, leyendo tranquilamente a las doce del día? Ya habían pasado cuatro o cinco días -al parecer no le interesaba recordarlo- y no se movía. A esas preguntas, se

respondía invariablemente. Sí, pero tengo todo bajo control y a punto de solucionarlo, ni él creía en esas respuestas, el problema era otro.

La pasión se había desatado entre ellos, lo que le estaba pasando con Leonor, no tenía precio, era invaluable, nunca pensó que se podía vivir de esta otra forma. Hasta ese momento, en su vida no hizo más que trabajar, dejó muy poco espacio para el esparcimiento y el placer, conocía las palabras pero nunca practicó su significado. Disfrutaba en su soliloquio porque le agradaba el tema, pero no pudo seguir, porque sintió las suaves pisadas de Leonor, que entrando a la biblioteca se acercó y se sentó en sus rodillas y tirándole sus brazos al cuello le preguntó. -¿Qué sabes de Agustín? -O sí, se me olvidó decirte que fue a conversar con la señora Beatriz, para finiquitar de una vez por todas el problema, al ver la cara que puso Leonor, cambió de tema y le preguntó... qué te parece que le esperemos tomándonos un aperitivo! -La idea la encuentro genial, pero bésame antes de ir a buscar los licores, de lo contrario no me levanto. -Jon la besó y con una cachetada suave en el trasero la hizo saltar de sus piernas.

Hasta a él le resultaba extraña esa familiaridad, quizás se llegaba a esa confianza en el matrimonio con el tiempo, pero él era soltero de modo que no tenía la experiencia del caso y hacía solamente 3 ó 4 días que se conocían con Leonor, pero lo extraño es que ella no lo tomó a mal, pues de lo contrario algo le hubiera dicho, su sonrisa y sus gestos indicaban que todo estaba bien. Se preguntaba. ¿Es posible llegar a ese grado de confianza y familiaridad en tan pocos días o su caso era el flechazo famoso que tanto hablan las novelas del corazón? ¿O es que ese Jon, ahí presente, tenía definitivamente dos personalidades distintas, sin saberlo él?

Con Isabel y su flirteo en el bus que no pasó a mayores, comenzó esta nueva etapa en la vida de Jon, pero fue sin buscarlo, se dieron así las cosas, como si fuera lo más normal; después siguió con Leonor, más madura, más mujer, en ella encontró a un ser solitario y triste, sin ilusiones,

sensualmente abandonada, e incapaz ella por su educación y crianza de cambiar por su cuenta la situación. Él lo sabía pues conocía la historia, pero en ningún momento quiso aprovecharse de ello, las cosas se dieron solas y le gustó lo que le había pasado hasta ese momento, se dio cuenta que hay otro mundo, el de esos otros seres que nacen, viven y se desarrollan igual que nosotros, pero con otros valores, no se puede hablar de mejores ni peores, sencillamente distintos, es otra forma de vivir la vida, también influye la situación económica y el medio social donde se está inserto, sabía que no había descubierto nada nuevo, pero es conveniente señalar esta otra opción de vida.

Pensó en Agustín y Martín, ambos excelentes personas, amantes de sus familias, con todas las virtudes de los hombres buenos, y por supuesto, con sus defectos, pero qué distintos en el desarrollo de sus vidas; mucho más acotado el de Martín, y con más proyecciones y abierto el de Agustín. ¿Mejor uno que otro? No, para nada, estaba seguro que Martín no cambiaría su estilo de vida por nada en el mundo. Y se preguntó. ¿En qué categoría le gustaría estar? Y ahí tuvo que ser sincero... en el de Agustín. No estaba renunciando a su mundo, el de las pampas solitarias con sus quebradas y cerros, ni tampoco a sus amigos, solamente decía, que se encontraba cómodo en este otro mundo que acababa de conocer, y que haría todo el empeño posible para permanecer en él. En el caso personal suyo, su madre solo quería que encontrara una buena mujer, siendo él feliz, ella también lo era. Por ese lado no había problema. A su madre nunca la dejaría sola, esa era una condición "sine quae non".

Llegó Leonor con el mozo trayendo en la bandeja, varios licores y unos petit bouché.

Yo preparo el aperitivo clamó Jon. ¿Te gusta el Martini?

Si, era uno de los tragos que más me gustaba en mis tiempos.

No esperes que te diga que todavía eres joven. Te voy a preparar uno suave, especialmente para damas.

No le hizo mucho caso ella, todavía se preguntaba, que

le quiso decir con aquella aseveración anterior. Terminó de preparar el martini, con un aromático Gin, la consabida aceituna y el hielo y le ofreció el brindis a ella. Antes de brindar, preguntó. ¿Hiciste otro para Agustín? Por supuesto, nunca he sido egoísta en estas cosas, sí soy en otras... que hay del brindis.

Todavía estoy pensativa tratando de adivinar qué me quisiste decir antes.

Veo que le das demasiada importancia a cosas que no la tienen, respondió Jon con cierta molestia.

Se atrevían a discutir temas como si hubieran estado juntos toda una vida, eso era lo extraño y lo hacían con una naturalidad sorprendente, cualquiera que no supiera del caso, hubiera jurado que eran marido y mujer.

Pues bien, si tú no lo haces lo haré yo. “Brindo porque Agustín haya podido arreglar el asunto que fue a solucionar”.

Tomaré por él, pero todavía espero tu explicación. -Te la daré después, salud-. Dime, como lo encuentras, fuerte o suave. No, está bien, tienes buena mano. -Me alegro que te haya gustado.

Estaban en esas minucias, cuando sintieron el motor de un vehículo, Leonor se asomó a la ventana y salió al encuentro de Agustín. Después de los saludos y abrazos, entraron y Jon le sirvió el martini sin preguntarle si le gustaba.

Gracias, pero antes quiero un vaso grande de algún jugo, vengo sediento y continuó, voy hacer corto el cuento. Yo sé Leonor que no quieres saber nada del asunto de tu esposo, pero desgraciadamente en quince días más, tienes que dar cuenta a las autoridades de su desaparición. A Beatriz también le llegaron las dos bolsas y la carta donde le anunciaban la muerte de Ramón, por lo tanto hay que tomarlo como algo oficial y legal; además a ti también te conviene para arreglar tu situación matrimonial, después del tiempo reglamentario, te declaran oficialmente viuda y ahí tienes la oportunidad de rehacer tu vida. Voy hablar con el abogado de la empresa para que se haga cargo del

asunto. Jon, después te cuento más detalles y vemos el otro problema.

De acuerdo, pero ahora brindemos por el buen desempeño que tuviste.

Como se hacía tarde, fueron a comer sin más dilación, Leonor pidió que le aconsejaran la mejor forma de comunicarle a su hija la triste noticia de la muerte de su padre, en dos días más tenía visita y tenía que preparar las palabras y decirle las circunstancias de su muerte, no era fácil, era un asunto desagradable, pero había que hacerlo, como siempre su hermano salió a apoyarla.

No te preocupes, yo voy contigo y yo le hablo de las circunstancias. Le diré que se adentraron en la selva con la avioneta para unos trabajos de exploración y al parecer cayeron en un lugar inaccesible y murieron los dos, pues la avioneta está destrozada; pienso que ese va a ser el veredicto final de las autoridades. Jon terció en la conversación y les dijo. Me gustaría ir con ustedes para conocerla. -Está bien, le diré que eres un amigo mío, y diciendo eso se levantaron de la mesa, Agustín le informó a su hermana que iba a salir con Jon, para arreglar algunos asuntos pendientes relacionados con Álvaro y lo traía de vuelta a la hora de la cena.

Subieron a la camioneta y se dirigieron a la casa de Agustín, quien le dijo: ya no hay problema que te vea alguien. -Sí, pero tampoco me gustaría exponerme mucho. -En mi oficina no nos va a molestar nadie. Jon, aprovechando un pequeño silencio que se produjo y con cierto nerviosismo se dirigió a Agustín para decirle. Te quiero comunicar que entre Leonor y yo pasó algo maravilloso, nos dimos cuenta que nos necesitábamos y hemos estado juntos estos dos días, fue algo muy lindo, no sé en qué pueda terminar, pero por el momentos tenemos una muy bonita relación.

Ya me di cuenta que mi hermana no era la misma de antes, hubo un cambio en su fisonomía, es otra mujer, se nota más plena, con esa aureola que da la felicidad; solo te pido Jon, que no le des falsas esperanzas, y no la hagas sufrir, se merece toda la felicidad del mundo, pues ha sufrido mucho y a pesar que yo siempre he estado con ella,

necesitaba el cariño y la compañía de un hombre en quien ella pueda confiar.

Esa es la idea, pero hay que buscar la mejor manera de formalizarlo, pienso que todavía debemos esperar un tiempo, hasta que todo se solucione, no podemos dar ningún paso en falso, no podemos dejar que ellos sepan de nuestra relación, sobre todo por Hugo, pues según me dijo Álvaro, con Ramón ya habían hecho antes ese viaje, por lo tanto conoce nuestras pampas, ahí radica el peligro. Ya estaban llegando a la casa, no estaba su familia a la vista, de modo que pasaron directamente a la oficina.

Cuéntame todo con lujo de detalles, le dijo Jon, quiero comprender bien en que situación hemos quedado. Dime ¿Se explayó sobre Hugo, dijo por ejemplo, si había hablado con ella o cuando venía? -Ya te expliqué todo lo referente a Hugo, le contestó Agustín. Quedó claro que no queremos conocerlo, que en ese momento terminaba nuestra relación con ellos, y que los asuntos legales sobre las muertes, quedaban en poder de los abogados. Beatriz aceptó esos términos mientras hacía resbalar entre sus dedos las gemas, vieras tú como le brillaban los ojos. Tenías razón al decir que las gemas y los dólares serían el mejor consuelo para sus males. También es cierto que sintió la muerte de su esposo y lo lloró bastante, pero sin duda alguna, el contenido de las dos bolsas fue el mejor bálsamo para mitigar la pena.

Te escuché atentamente Agustín, pero eso es lo que piensa Beatriz, no sabemos como va a actuar Hugo, esa gente es de piel dura y no te olvides que está metido en la mafia. Tampoco sabemos si eran socios o no, Álvaro pensaba que sí, si fuera verdad, no te quepa la menor duda que vendrá a buscar su parte. La pregunta es. ¿Sabrá exactamente lo que había? Si sabía no habrá problema, pues Beatriz le entregará lo que le corresponda y ahí termina el asunto. Pero si no sabía. ¿Le mostrará ella la bolsa de gemas o solamente la de los dólares? ¿Le creerá él o querrá cerciorarse si eso era todo? Y para confirmarlo. ¿Con quién crees que va a tratar de entrevistarse? La respuesta es obvia, con Leonor, y al no querer recibirle ella. ¿Qué crees que hará? Es cierto que

le dijiste a Beatriz, que Leonor nunca supo nada y que no quiere saber nada del asunto, pero también se va a enterar que recibió una encomienda y la carta anunciando la muerte de Álvaro, y que tú te hiciste cargo del asunto, entonces se dirigirá a ti, y querrá saber el contenido de la encomienda para compararlo con la de Ramón. Si tú tampoco le recibes, tratará por todos los medios de hacerlo con Leonor, que es la más débil. Pienso que si insiste tendrás que recibirlo y actuar con naturalidad y sobre todo con personalidad, no dejes que él lleve la conversación y que sea lo más corta posible.

Me estoy poniendo nervioso, no lo digo por lo que me pueda pasar a mí, estoy pensando en mi familia, musitó pensativo Agustín, lo peor que no sé cómo solucionar el problema. Ahí intervino Jon, en caso que pasara eso, lo mejor es decirle que todo está en manos de los abogados, hasta que se declare oficial la muerte de Álvaro y una vez que suceda eso, se tratará de arreglar el problema a nivel Judicial, esa es mi opinión, pienso que al hablarle de abogados y jueces se va a calmar y dejará de molestar.

Sí, pienso que es una buena estrategia. Guardaré por un tiempo las bolsas en un lugar seguro, solamente lo sabremos nosotros y dejaré una carta en las bolsas explicando a mi señora, que si me pasa algo, solamente tú tienes el derecho de retirarlas y así buscar la mejor forma de cumplir con la última voluntad de Álvaro, que era la seguridad futura de Merceditas. No puedo hablar de esto a los abogados, pues harían muchas preguntas que no tienen respuesta. ¿Estás de acuerdo? Totalmente, no se hable más.

Agustín, te quiero hablar de mi relación futura con tu hermana, tú eres la única persona que cuenta con la confianza tanto de Leonor como mía. Mis intenciones son serias, pero antes tengo que viajar a mi país, hablar con mi madre de mi nueva situación, no habrá problemas, pues ella estará de acuerdo con lo que yo decida. También tengo que arreglar allá mi situación, vendería mi participación en las sociedades que tengo y con ese dinero me asociaría contigo en un nuevo giro comercial.

Leonor me habló de vuestro negocio de carne con reses

si no me equivoco de raza Wagyu y que están exportando a Asia, más específicamente a Japón. En mi país también hay empresarios que están viendo la posibilidad de dedicarse a ese negocio, sin saber en aquel momento que esta raza de ganado fue a Chile donde llegaron en 1998 los primeros embriones de Wagyu de América Latina, no sería mala idea que compráramos un campo en Chile y con tu experiencia y tus contactos yo sé que nos va ir bien. No te olvides que tendríamos un menor costo en el flete.

Eso en cuanto a la actividad comercial y en cuanto a lo personal, si todo sale como estamos hablando, nos casaríamos e iríamos a vivir a Santiago, allí hay Colegios y Universidades catalogadas como las mejores de Sud América para que Mercedes tenga una buena educación y pueda elegir la carrera que más le guste. Todavía no he hablado esto con Leonor, lo haré esta noche, o si no, a más tardar mañana. Me tienes que ayudar a convencerla, yo sé que confía en ti ciegamente; si no sucediera nada de eso, quiero que nuestra relación no se deteriore y sigamos siendo amigos.

Jon, me has hablado de tantos temas distintos, que estoy un poco confuso, pero empecemos por el principio. Me hablaste de tu relación con mi hermana, en ese tema no me voy a meter, pero ojalá que os entendáis y tratéis de ser felices, lo digo en especial por ella, porque quiero verla feliz con alguien y si tú eres esa persona, pues bienvenido seas a la familia. Ahora en cuanto al negocio, encuentro interesante la idea, Chile es un país serio para los negocios y además estamos más cerca de toda esa parte de Asia. Tenemos que hablar más largamente sobre este tema, me interesa. Te voy a dejar, porque ya va a obscurecer y no quiero que llegues tarde a la cena.

Ya estaba oscuro cuando llegaron, Leonor les estaba esperando, pero Agustín ni se bajó del vehículo, desde su asiento de chofer, le gritó “un beso... nos vemos hermana”, ella por respuesta saludó con su brazo en alto. Había sido un día muy agitado de muchas idas y vueltas, sobre todo para Agustín, que debía estar exhausto, demasiadas cosas para un solo día.

CAPITULO XII

Jon se arregló y al poco rato ya estaba en el comedor esperando a Leonor que subió a sus habitaciones. Estaba repasando la forma que atacarían el problema futuro de ellos, lo haría después de cenar, una vez que estuvieran en el salón. Efectivamente llegó Leonor y como siempre les esperaba una rica cena, después de lo cual pasaron al salón. Jon, pidió el cognac consabido y tarareando una canción vasca, se sentó al lado de Leonor.

Entiendo que es una canción vasca...verdad. -Sí, así es, es una canción de cuna muy sentimental y triste. -¿ Me puedes cantar algunas estrofas? -Por supuesto, y entonando con una voz no muy afinada, empezó con la primera estrofa. "Aurtxo polita sehaskan da go, y siguió con la segunda. "Amonak dio ene potxolo". Se trata de un bebé que está durmiendo la siesta y la abuela cuida su sueño, no recuerdo bien toda la letra, me sale mejor tararearlo. Tierna la letra de la canción, bien cantada debe ser emotiva, dio vuelta la cabeza mirándole haber que cara ponía, fue el momento justo cuando él se abalanzó sobre ella y abrazándola la inclinó sobre el sofá, besándola.

Esto te pasa por reírte de mí. Él se enderezó, pero ella quedó recostada sobre el sofá, y abriendo los brazos le invitó a un nuevo abrazo. "me lo debes por lo que me dijiste en el aperitivo...te acuerdas". Sois impredecibles las mujeres y diciendo esto la abrazó y besó tiernamente. Acto seguido se levantó y tomó un largo trago de cognac.

El cuento de hadas continuaba, él que pensaba abordar con seriedad el tema pendiente del futuro, se daba cuenta que no lo podría hacer en ese momento, tendría que dejar para otra ocasión. Al parecer, ella quería seguir jugando a ser feliz, quería resarcirse de todo esos años de angustias y necesidades que pasó, donde la carne muerde y él fue el hombre elegido para satisfacer esos requerimientos, no le interesó saber el porqué, estaba viviendo momentos de gloria que nunca había soñado, después vendrían las preguntas con las respuestas. Por el momento estaba decidido a vivir el presente y el presente era ese, lo que estaba viviendo en ese momento, además le agradaba.

Ella seguía tendida en el sofá y con los ojos entrecerrados, como dormitando, él, apoyando un codo en la repisa de la chimenea y con la copa de cognac en la otra mano, la miraba extasiado, no sabía si era realidad o solo un sueño, que como todo sueño tiene un despertar. Como a él le gustaban los soliloquios y el ambiente era propicio, se metió de lleno en uno más, y empezó a divagar. Ya no estaba tan seguro del significado de todas esas palabras dulces y amorosas que se pronuncian antes del éxtasis, porque el despertar podría ser demasiado duro. No era hombre experimentado en temas del amor por lo tanto al principio pensó que todo lo que se decía venía de un sentimiento enraizado en lo más profundo del corazón. En sus años mozos pensaba que no era tan así, que se decían cosas por decir algo, sin sentirlas en su verdadera dimensión, pero esto que le estaba pasando tenía otros ribetes, estaban en juego otros valores mucho más complejos que los casos normales de amoríos simples.

Él los tomaba con la seriedad de un destino de vida y ahí no entran los caprichos del corazón. Pero ella... cómo lo tomaba. La verdad que estaba un poco desorientado, su instinto le decía, sigue la corriente, no pongas obstáculos a la felicidad. Pero su sexto sentido también le decía, que el final no se iba a resolver como el pensaba, porque pensar así era no tomar en cuenta el parecer del otro ser, sino que simplemente tomar posesión de una mujer con todo su entorno, y eso no es posible, estaba equivocado. Eso

que deseaba, requiere muchos días de pensar, conversar y convencer, hay que vencer muchos obstáculos, algunos de ellos con vallas muy altas y él no tenía la experiencia que hace falta en esos casos, ni tan siquiera había vivido la vida de casado, que sí vivió Leonor; por lo tanto era infantil pretender arreglar todo el problema solamente con su deseo.

Definitivamente le gustaban los soliloquios a Jon, al parecer para él eran una continuación de su intuición hasta completar la idea global en palabras no dichas. Algo parecido a ese mundo de las ideas del poeta Gustavo A. Bécquer, que decía en referencia a ellas. “Tengo tantas ideas bullendo en la mente, que solamente le faltan el ropaje de la palabra para darse a conocer al mundo”. La pregunta que seguía era. ¿Por qué en ese momento en que estaba, a un paso de sentir nuevamente el goce sensual con su amor, pensaba esas cosas? Y se respondía con la simpleza del hombre leal y responsable, “no confiaba en las cosas que se obtienen de manera fácil, sabía por experiencia que todo tiene un precio en la vida”. ¿Cuál era el precio que tenía que pagar él? Su mente no fue capaz de visualizarlo. Y si tenía tantas dudas sobre ella. ¿Por qué seguía actuando de esa manera? Tampoco tenía la respuesta, pero para su conformidad la mente fue en su ayuda. ¿No será debilidad humana? Y sonriendo, el mismo se respondió, sí, eso es, debilidad humana, debilidad por las mujeres hermosas y sensuales.

Estaba admirando a Leonor que seguía recostada en el sofá, el primer pensamiento que le vino fue “qué hermosa es”, que suerte tenía, era toda suya, pero que significa eso “de toda suya”. ¿Se puede tener la certeza de posesión de una mujer y en general de otro ser? La respuesta es evidente, no, sobre todo en el primer caso. Estando pensando en esos dilemas se acordó de la definición que da el escritor Chino, Lin Yutang a la relación hombre-mujer en el matrimonio. “Fortuitos pasajeros hállanse en el camino. El espectáculo circense ha concluido. Derriben el tablado”.

No había duda, eso de soy tuya o eres mía, son palabras

que se pronuncian al calor de alguna circunstancia especial, en un momento de intenso placer, pero son solamente eso, palabras, que significan la posesión mutua momentánea, nada más; ese pensamiento sobre las relaciones y el matrimonio es del siglo pasado, y ellos también pensaban igual. Estaba absorto en esos pensamientos, cuando ella dándose vuelta y estirándose, alargó sus brazos para que los tomara Jon y la levantara; se alisó un poco el cabello y le preguntó: ¿Te serviste el cognac? Él por respuesta le mostró la copa vacía. Que bueno, se enganchó de su brazo y saliendo de la sala encaminaron sus pasos hacia la escalera, mientras la subían, Jon no pudo dejar de pensar, eso sí, con cierto pudor en el dicho ese, “a quién amarga un dulce”; qué sabios eran los antiguos al crear esas frases. Y haciendo caso al dicho, la tomó en brazos y entró al dormitorio.

Se olvidó de todos los problemas y soliloquios habidos y por haber, se entregaron de lleno al goce del placer, ella respondía de una manera admirable, ni tan siquiera hacía falta insistir en algún deseo insatisfecho, ella lo presentía y se entregaba de lleno, eso es lo que le había cautivado a Jon. Se preguntó. ¿Era así o solamente mientras satisficiera el vacío sexual dejado durante años por Álvaro? Una voz callada, le decía... qué te importa, disfruta el momento, ya llegará la hora de la verdad. Era de madrugada cuando dejaron de jugar al amor y abrazados todavía se durmieron.

¿Cuándo dijo que venía Agustín? Le preguntó Jon a Leonor mientras desayunaban..-Solamente me dijo “hasta mañana hermana”. -Ojalá venga temprano para preparar mi viaje de pasado mañana.-¿De que viaje me hablas? - Tú sabes que tengo que volver, ya me he quedado más días de los que había pensado. Mañana tenemos que ir donde Merceditas y después preparo el viaje; ayer te quise hablar de nuestro futuro pero no encontré la oportunidad de hacerlo, ahora mientras esperamos a tu hermano podemos hacerlo. -Mi mente está disfrutando de otros pensamientos que me gustan y me son agradables, de los cuales tú también eres parte, prefiero no tocar ahora los temas profundos de vida, contestó rápido Leonor. -Está bien, pero en algún momento tendremos que hacerlo. Y se levantaron de la mesa.

Jon salió al jardín a contemplar las exóticas y bellas flores que tan bien cuidaba el jardinero, pasó cerca de él, pero no se detuvo, saludó y siguió, no convenía intercambiar palabras, pues no estaba tan seguro como Agustín, que pensaba que todo quedó arreglado. Mientras paseaba por el jardín y el pequeño bosque que había detrás de la casa de huéspedes, era observado por Leonor que detrás de la celosía de su habitación contemplaba todo el panorama. Le veía caminar por las diversas sendas con su andar pausado pero seguro, daba la sensación que sabía a donde iba y pensó en eso que le dijo poco antes de levantarse de la mesa, “hablar de nuestro futuro”.

Mentiría si dijera que había pensado en el futuro. Pasaron tantas cosas que no tenía ni tiempo ni ganas de hablar de su futuro en este momento, primeramente tenía que arreglar el presente, que estaba bastante complicado y después vendría eso de “hablar de nuestro futuro”. Además estaba Merceditas, no haría nada que le perturbara a ella, de modo que lo dejaría para hablarlo en otra ocasión. Lo veía como un hombre amable e inteligente en el cual se podía confiar. ¿Pero era el adecuado para ella, Merceditas y su estilo de vida? Después de un largo silencio y en un raptó de honestidad mental prosiguió, “si me hubiera dicho la primera noche, ya estaríamos juntos de por vida”, hizo un mohín de aprobación y dio por terminado el dilema.

También la mente de Jon estaba ocupada en dilucidar el mismo problema, buscando soluciones a tantas preguntas que habían quedado sin respuesta. Había una voz interior que le decía con insistencia. “Busca tus raíces, forma tu hogar si ese es tu deseo, pero sin perder tu identidad”. Así como hizo caso a aquellas otras voces y se entregó de lleno a disfrutar del amor que le ofrecía Leonor, estaba también de acuerdo en estas otras, de no perder su identidad y no lo haría. ¿Pero cómo aunar dos voluntades de raíces distintas sin dejar parte de sí en el intento? ¿Cuánto estaba dispuesto a ceder y cuánto cedería Leonor?

A media mañana llegó Agustín, vio a Jon en el jardín y se dirigió hacia él. Como estaban solos, Jon aprovechó de

contarle las últimas novedades referente a su futuro con Leonor. -No me extraña que mi hermana te haya contestado de esa forma, está pensando en ella, en su hija y en el futuro, ten un poco de paciencia, no es fácil entrar al mundo de otra familia, no basta con el aspecto sexual, las cosas tienen que darse de a poco. Otra cosa distinta es nuestra posible relación comercial, siempre y cuando quieras seguir con la idea que me planteaste; pero mejor dejemos todo eso hasta que se oficialice la muerte de Álvaro y se haya terminado todo este problema y prosiguió. Vengo saliendo de una reunión con los abogados, el jefe de ellos es un íntimo amigo de Álvaro, hablé en privado y le expliqué que no tenemos noticias de él en los últimos siete días y que prepare los documentos para dar a conocer a las autoridades su desaparición; también le expliqué que andaba con Ramón, a quien también conoce y se suponía que salieron en la avioneta que tenían. Le pareció muy extraño el caso, pero me prometió que lo haría. Me dijo algo positivo que tengo que decirle a Leonor. El guarda el testamento de Álvaro y dejó como herederos universales de todos sus bienes a Leonor y Merceditas; te contaré que es un gran paso pues de lo contrario se hubiera metido a husmear hacienda y se podía haber complicado el panorama. Nos vemos después, voy a hablar con Leonor.

Se le estaba aclarando el horizonte a Jon, con lo que acababa de oír más la respuesta anterior de ella, ya no tendría porqué tener prejuicios por su conducta con Leonor, lo tenía que tomar como algo normal y esperado, pues así lo tomaban ellos, no le daban la importancia que le daba él a todo lo relacionado con la intimidad y el deber moral de cumplir con la palabra, es decir, con Leonor, que además no era ningún sacrificio, todo lo contrario; se daba cuenta que su actitud, era la de un pueblerino.

Tenía que ir a la ciudad a sacar pasaje para La Paz, entró al salón donde estaban los hermanos hablando y dirigiéndose a ella, le dijo: por qué no ordenas a tu chofer que me lleve a la ciudad, tengo que comprar el pasaje. -Intervino Agustín, quien levantándose le dijo, yo te llevo mejor. -No, no conviene que nos vean juntos todavía, puede

ser peligroso. Leonor llamó al chofer y fueron a la misma agencia de buses, pidió como siempre asiento en el pasillo a mitad del bus, por suerte no hubo problema; salía temprano a las 0800 horas, le preguntó al chofer si había problema para ir a dejarle a esa hora, éste le indicó que no.

Aprovechó el viaje y entró a la Catedral, tenía necesidad de ello, se sentó en el mismo sitio de la primera vez, teniendo al frente al Cristo Crucificado. Ahora su mirada de cabeza gacha era de culpabilidad, de pedir perdón por todos los errores que había cometido. Pero él sabía que le quería, que nada ni nadie los separaría. Levantó la cabeza y miró su rostro sufriente y le guiñó un ojo, como signo de amistad, no de atrevimiento, le pareció ver un gesto de aprobación en su mirada.

Cuando regresó a la finca, ya era la hora de la comida; los hermanos que ya habían conversado de lo humano y divino, le estaban esperando. Llegando él pasaron al comedor; terminando la comida, Jon le preguntó a Agustín, qué plan tienes ahora, y antes que contestara le dijo: me gustaría despedirme de tu esposa.

Precisamente iba a casa, vamos y después te traigo a la hora de la cena. A Leonor le pilló de sorpresa la petición de Jon y la respuesta de su hermano, ella tenía otros planes, pero no pudo hacer nada, los hombres le ganaron la partida. De mala gana les dijo, hasta luego, me voy a retirar a mi habitación.

Mientras viajaban a la hacienda, Jon le explicó, quiero despedirme de Pilar, no te olvides que es nieta de vascos, para mí algo muypreciado, además fue muy gentil el otro día, una gran dama. Agustín que ya sabía la relación de su hermana con Jon, no le gustó la forma intempestiva de ella cuando se retiró a su habitación, pero entendía su malestar; él no se pudo negar al deseo de Jon, y por último era cosa de ellos. Voy aprovechar de mostrarte el ganado Wagyu que estamos criando y engordando. La empresa japonesa dejó a un técnico japonés y él está a cargo de la crianza y al mismo tiempo enseña y entrena a personal boliviano de la zona para que después se haga cargo.

Al contrario de las otras veces, en el gran patio abierto de la entrada a la casa, estaba Pilar con los dos hijos, estaban regando el jardín del fondo. Entrando Agustín con la camioneta, sus dos hijos volaron a abrazarle, pues últimamente no habían estado mucho con él, ella también vino y mientras él regaloneaba con sus hijos, ella le abrazó muy cariñosa a Jon. -Vieras tú que le hizo bien, aquellas pocas palabras en vasco que le dijiste el otro día, ahora se levanta tarareando canciones vascas que le enseñó su madre, es su alegría. -Si quieres voy a saludarla y le ayudo con las canciones. -No Jon, mejor no, pues ya está nuevamente en su mundo y es feliz, la última vez que estuvo contigo al final se perturbó mucho, como que no sabía donde estaba, escuchaba hablar vasco como sus padres y no sabía porqué, porque no los veía a ellos. Con lo que hiciste estoy feliz, pues le diste deseos de vivir, que antes no tenía.

En ese momento llegaba Agustín, que aún no había saludado a su esposa, la abrazó efusivamente y acto seguido le dijo. - Amor, voy a salir con Jon al campo donde está el ganado Wagyu, le quiero mostrar todas las instalaciones y que conozca también esa raza. -De acuerdo, contestó Pilar, yo les esperaré con una rica cena. Ninguno de los dos se atrevió a contradecirle; Agustín dirigiéndose a Jon le indicó, llegando del campo le llamaré a Leonor para que no te espere a cenar, éste aceptó con un gesto de cabeza que indicaba, aprobación.

Era una inmensa hacienda de varios miles de hectáreas, no sabían cuántas, pues hacia el Este, se adentraba en la selva y nunca habían medido. Había ganado por todas partes, Agustín le contó que esas miles de cabezas de ganado que se veían esparcidas por el campo eran criollas, las que se consumían en la ciudad y en el país. Después de un buen rato, llegaron por fin a las instalaciones del famoso ganado Wagyu. Todo era nuevo y construido con una prolijidad única, los corrales todos uniformes, con sus comederos y bebederos en hileras perfectas, igual que los cobertizos, cada cosa estaba en su lugar, no faltaba ni sobraba nada. Había una casa en un montículo cercano y al lado las oficinas. En

la casa vivía el japonés y en las oficinas se llevaban todas las estadísticas del peso que gana o pierde el ganado y los costos de alimentación, todo estaba computarizado; los campesinos vivían en aquellas casas que estaban al otro lado de los potreros.

Agustín conversó con su administrador todo lo relativo al ganado, mientras Jon daba una vuelta por los cobertizos, admirando la calidad del ganado; no duró, mucho el recreo, pues enseguida escuchó la voz de su amigo que le indicaba que ya era hora de irse.

Pilar tuvo la precaución de preparar el comedor pequeño para que cenaran los chicos y el comedor grande para ellos, fue una velada muy amena y agradable y la cena riquísima. Entre historias y aventuras de los primeros tiempos de sus abuelos en la selva y como poco a poco fueron ganando terreno a ella, la noche avanzó y no se dieron cuenta que ya había obscurecido totalmente, no resultaba conveniente ir a dejarle a esas horas a Jon, pues después tenía que regresar solo y llegar de madrugada a la casa. Decidió llamarle a su hermana y comunicarle que Jon se quedaría esa noche en la hacienda.

Ahora podían seguir conversando sin problemas. Pilar se retiró un rato para ir a ver a su madre y a los chicos en sus dormitorios, momento que aprovechó Agustín para conversar de los temas que no se podían hablar delante de ella, pues era mejor que el asunto de Álvaro quedara solamente entre los dos. Preguntó: ¿Cuáles son los pasos a dar? -Jon, con calma le dijo: No tienes que dar ningún paso, únicamente recordarle al abogado que tiene que preparar toda la documentación, previa declaración de Leonor para dar cuenta a las autoridades de la desaparición de Álvaro. En referencia a la Sra. Beatriz y a don Hugo, eso ya lo conversamos, decirles que se hará en forma legal y vía judicial, sin involucrar a nadie. Estoy seguro que la Sra. Beatriz, no te volverá a molestar, pero tengo dudas del tal Hugo, por suerte no os conocéis, así que no tienes ninguna obligación de escucharle a él.

Llegando Pilar, les ofreció un bajativo. Un alcohol criollo

que aunque no estaba muy refinado, tenía la ventaja que mantenía el sabor de la tierra húmeda y de la salvaje floresta de la selva, era un destilado de distintas variedades de yerbas que crecen en la selva; es el secreto de los nativos de la amazonia le indicó Pilar.- Lo que has dicho me recuerda a “Primaverál” de la época AZUL del poeta Rubén Darío, retrucó Jon, y empezó a recitar, “ igual que las rimas cuando iban en ronda a la vasta selva a recoger miel...” para su sorpresa e interrumpiéndole, Pilar, desde su asiento y con su voz menuda, empezó a recitar: Primaverál: “Mes de rosas. Van mis rimas en ronda, a la vasta selva, a recoger miel y aromas en las flores entreabiertas”. Jon, no pudo menos que aplaudir con entusiasmo, me doy cuenta que te gusta la poesía.

Sí, es mi debilidad, me he leído a casi todos los poetas de los cinco continentes, tengo tiempo para ello, pues me quedé en casa cuidando a los niños y a mis padres. Las horas pasaban rápidas, Pilar y Jon, seguían recitando por turnos tramos de poesías, Agustín estaba fascinado, más todavía al ver tan contenta y alegre a su esposa. Para Jon, fue una noche de embrujo, de encantamiento, no quería que terminara, pero Agustín ya mostraba signos de cansancio y levantándose le dijo, no te olvides Jon que mañana tenemos que estar temprano en la ciudad. Pilar también se levantó y le indicó a Jon, el cuarto de huéspedes donde iba a dormir y dejándole un pijama de Agustín, le dijo. Jon, gracias por todo. -No Pilar, todo lo contrario, ha sido la noche más maravillosa que me has podido regalar, gracias a ti, hasta mañana.

La espiritualidad a Pilar le salía por los poros, bastaba con contemplar aquellos ojos, siempre risueños, medios pardos de mirada limpia y franca y aquel aplomo que emanaba de su ser, para darse cuenta que se estaba en presencia de un ser especial. Qué suerte tenía Agustín de haberse quedado con aquella joya, se lo recordaría.

Temprano desayunaron para ir a la finca a buscar a Leonor e ir a la visita semanal al internado donde estaba Merceditas.

¿Cómo quedaron Pilar y los niños? Fue lo primero que preguntó ella, al ver llegar a los dos hombres. -Agustín respondió: todos están muy bien que es lo importante y te mandan cariños. ¿Estás lista para ir? -Sí, cuando quieran y subiendo los tres a la camioneta partieron en silencio.

Jon no pronunció ni media palabra, tampoco ella se dirigió en forma expresa a él. A las 10 hrs, comenzaban las visitas; después de los consabidos abrazos de madre e hija, lo mismo que con el tío, y de presentar a Jon como amigo de su tío, venía la parte más dramática de la visita. Jon se fue a caminar a la sombreada vereda del pequeño bosque que quedaba cerca, mientras que Merceditas junto a su madre y su tío, se sentaron en aquellos asientos que quedaban al borde mismo del bosque para explicarle lo sucedido.

En cierto momento Jon observó como Leonor abriendo su cartera le entregó a su hija su pañuelo con el que se secó las lágrimas y se abrazaron las dos. Agustín miraba la escena sin saber como actuar; una vez que madre e hija dejaron de acariciarse buscando consuelo una en la otra, su tío la abrazó tiernamente. No había mucho más que decir y tampoco había ánimo, por lo que Agustín haciéndole un gesto con su brazo, llamó a Jon, éste al llegar alcanzó a escuchar a Leonor decirle a su hija, voy a hablar con la superiora para sacarte y llevarte a casa este fin de semana. Eran ya las doce y terminaba la visita; cuando Jon se despidió de la niña, tenía todavía los ojos llorosos.

En el camino de regreso, nadie habló, todos venían tristes, un poco antes de entrar a la finca, Jon les dijo, “tiene el talante de Álvaro, y sus ojos, la misma mirada y expresión”. Agustín bajándose de la camioneta expresó, comiendo tengo que regresar a casa. -Está bien le contestó Leonor sin mucho ánimo, y continuó, pasen al bar a servirse un aperitivo mientras yo me refresco un poco.

Mientras los dos se servían el aperitivo, Agustín le informó que en tres meses más el Aeródromo de Santa Cruz, iba a quedar con la pista internacional habilitada, eso quería decir que podía aterrizar cualquier tipo de avión y tonelaje. Eso me conviene pues así despacho mi carne premium de

exportación en los aviones de carga directamente a Japón, son los adelantos de la época moderna. El alto precio de esos cortes de carne, hace posible que el flete no incida tan fuerte en los costos. -Ahora me explico contestó Jon, cuando Leonor me habló del negocio de la carne, siempre pensé que había algo que yo desconocía, pues no me cuadraban los números, ya que los fletes terrestres y marítimos más los tiempos y trasbordos que supone eso, encarecían demasiado el producto. - Así es, contestó Agustín, por eso me gusta el negocio desde Chile, que tiene ventajas comparativas, pues tiene costa a todo lo largo de su territorio y puede mandar directamente vía marítima, y prosiguió, Bolivia enviaría su carne me refiero los cortes más apetecidos vía aérea y Chile, los cuartos de carne vía marítima, pienso que es la combinación perfecta del negocio. De todas formas hay que hacer un estudio de costos detallado y compararlos. En ese momento llegaba Leonor a juntarse con ellos en el aperitivo.

Los dos se levantaron y Agustín salió a recibir a su hermana, todavía estaba con el sentimiento de la triste noticia que tuvo que darle a su hija; después de abrazarla cariñosamente, le dijo, estábamos hablando del negocio del ganado Wagyu; le mostré el campo de crianza y experimentación que estamos implementando en nuestra hacienda. Estoy de acuerdo con Jon en el sentido que Chile tiene ventajas comparativas que hay que aprovecharlas. Tenemos que estudiar si es posible una combinación de esa naturaleza, le miró a Jon y le guiñó el ojo, éste esbozó una sonrisa cómplice y le indicó. -No sé mucho de ganado pero sí de negocios y si los márgenes no son muy altos, la única manera de ganar dinero es con grandes volúmenes y no podemos comparar los tonelajes que se pueden mandar vía aérea, que son bajos, a los altos tonelajes que se pueden enviar vía marítima. Leonor cortó el diálogo, diciendo... pasemos a comer.

Durante la comida no se tocó ningún tema relacionado con Álvaro, más bien Agustín le explicó a Jon, el intercambio de mercadería y de contrabando que existía en la selva

colindante con Brasil. Terminando de comer, Leonor pidió permiso y se retiró a su habitación. Agustín que se iba a su casa, también se levantó dirigiéndose a su camioneta. Jon le acompañó, durante el recorrido recordaron las claves para comunicarse; antes de subirse se dieron un apretado y cálido abrazo, se había afianzado entre ellos una hermosa amistad, basada en la confianza y en la sinceridad; cuando doblaba la última curva para salir de la propiedad, Jon levantando el brazo, le gritó...saluda a todos los tuyos, en especial a Pilar, por respuesta Agustín le tocó la bocina. Una vez que se encontró solo, subió a su habitación y aunque no tenía costumbre, se tiró cuan largo era en la cama, quería repasar mentalmente sin interferencias todo lo que le había acontecido en esos días desde que salió de casa.

Ya estaba obscureciendo cuando salió de su habitación, como era su costumbre recorrió lentamente todas las sendas del amplio jardín, admirando las hermosas flores, esperaba que la doncella le llamara para ir a cenar y así aconteció a la segunda o tercera vuelta. Leonor ya estaba en el comedor, fue una cena un poco tensa, se había cortado el hilo de la comunicación espontánea y abierta que había existido hasta ese momento, ella preguntó. ¿A que hora te vas? -El bus sale a las 0800 horas, ya hablé con el chofer para que me lleve. Y. ¿Qué planes tienes? -No he pensado en nada especial, por eso quería hablar contigo. -Podíamos haberlo hecho ayer en la noche, pero decidiste quedarte en casa de mi hermano, replicó sentida Leonor. -No pude negarme a la invitación de Pilar, ambos han sido muy amables conmigo. -No me gusta hablar contra el tiempo, mejor ve a tu país y si después de un tiempo, todavía me recuerdas y quieres hacer planes como tú llamas "para el futuro", nos ponemos en contacto y vemos si todavía flamea la llama de nuestro amor, no digamos más por el momento. -Me parece que es lo más acertado, contestó cortante Jon, ahora tienes que dedicar más tiempo a dejar arreglado el asunto legal de la muerte de Álvaro.

En ese momento terminaban de cenar y mientras se levantaba de su silla le dijo: todavía me siento triste viendo

lo afectada que quedó mi hija, prefiero retirarme a mi habitación. -Te entiendo perfectamente y levantándose fue a su encuentro y se unieron en un cálido abrazo, Jon la acarició la cabeza y la besó, ella respondió tiernamente, acto seguido se encaminó hacia las escaleras y la vio subirlas erguida y llegando al descanso, se dirigió a su habitación, desapareciendo de su vista. Jon, pasó al salón se sirvió un cognac que lo tomó de un solo sorbo, después de lo cual se encaminó a su habitación, pero quedó en el jardín, contemplando la noche serena y haciendo hora para ir a dormir. Instintivamente miró hacia la habitación de Leonor, vio luz tras las celosías y se la imaginó desnuda con su tersa y hermosa figura y sus turgentes pechos pidiendo ansiosamente un suave mimo, desechó rápidamente esos pensamientos y se dijo, “piensa mejor en tu viaje a casa”.

Temprano estaba el chofer esperándole, bajó Jon y se encaminaron a la ciudad, miró hacia la habitación de Leonor y creyó ver moverse el visillo. Fue uno de los primeros en llegar al terminal de autobuses. En cuanto llegó el bus se subió, faltaba todavía media hora para la salida, se sentó en el mismo asiento de pasillo de su venida, hacia la mitad del bus, pensó, solo falta que llegue Isabel y se sienta ahí en el asiento de la ventanilla.

CAPITULO XIII

Hugo recibió la noticia de la muerte de Ramón con recelo. Beatriz le llamó porque sabía que entre ellos existía un vínculo comercial, por llamarlo de alguna manera, pero algo no le cuadraba. ¿Cómo iba a recibir ella un paquete de un desconocido y enviado de un pueblo del Departamento del Beni, cuando él sabía que estaban volando a Chile? Precisamente estaba esperando la llamada de Ramón, para ir a buscarlos a él y a Álvaro. ¿Y que pasó con las maletas que traían con dólares? ¿Dónde están? Todas esas preguntas y muchas más se hacía Hugo, mientras preparaba su viaje a Cochabamba, tenía que hablar con Beatriz seriamente, faltaban algunas piezas para completar el rompecabezas.

No podía creer que Ramón y Álvaro estuvieran muertos, no tan solo pensando en la desaparición definitiva de ellos, sino que también en los planes que habían hecho con Ramón y todo el dinero que estaba involucrado en esas operaciones y que ahora quedaba en el aire. Se preguntaba en qué lugar físico estaría instalada la planta de elaboración de cocaína, pues ahora que no estaban ellos, la persona indicada para continuar con el negocio era él.

Ramón cumplió a cabalidad la promesa hecha a Álvaro, nunca le dijo a Hugo del plan definitivo, sí pensaba decirle en algún momento, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo, por lo tanto para Hugo y todo el entorno de la mafia, existía

una planta de elaboración de cocaína en algún lugar, seguramente en la selva. Primeramente iría a por lo suyo que suponía venía en ese paquete que según Beatriz recibió y después se abocaría a encontrar la planta. Con Álvaro no tenía ningún arreglo económico, solamente ganaba su comisión al blanquear el dinero; pero con Ramón tenían una sociedad de facto y él quería su parte, por eso proyectaba viajar a Cochabamba y no estando Ramón, arreglaría con su viuda.

Beatriz estaba intranquila, sabía por su esposo que las redes de la mafia se ramifican y tienen ojos y oídos que todo lo ven y saben, aunque ella no tenía nada que ver, bastaba que fuese la esposa de Ramón para que sospecharan. Los dólares los podía compartir con Hugo, pero las gemas no, eran su seguro de vida, para ella y sus hijas, ahí sería la leona que defiende a sus cachorros. Pero tenía que asegurarse de que no tuvieran noticias de las gemas, y nada mejor para ello que hablar con Agustín y ponerse de acuerdo para no nombrarlas. Llamó y tuvo suerte, contestó directamente él, le explicó el caso de sus hijas que quedaban desamparadas, y tal como esperaba, aceptó, Agustín era un caballero, y convinieron en no hablar de las gemas, es más, él no pensaba hablar con nadie y menos con Hugo, no lo conocía, ni tenía intención de encontrarse con él.

Hugo preguntó a sus contactos en La Paz y Cochabamba, si se había escuchado algo sobre la desaparición de una avioneta donde iba un amigo suyo. La respuesta fue negativa, no había noticias al respecto, verdaderamente estaba confundido, pues tampoco había noticias de Chile que indicasen el accidente de alguna avioneta. ¿Entonces dónde estaban? ¿A dónde fueron? ¿Sería verdad lo del paquete que venía del lado del Beni, cerca de la selva? Nunca Ramón le había hablado de algún negocio por esos lados. Era un verdadero misterio, aceptaba la noticia de su muerte de mala gana, pero estaría al acecho.

Tomó la próxima combinación aérea y a los pocos días se presentaba en casa de Beatriz. La relación se volvió tensa a los pocos segundos de saludarse; ella distante y seria, con

cara de pocos amigos y él tratando de pillarla en alguna contradicción, pero no hubo tal. Le mostró el paquete con los dólares tal como habían llegado, con la dirección y el remitente, desconocido para todos. ¿Contó usted, cuanto hay? preguntó inquisidor Hugo. -No, no he querido contarle, ahora lo podemos hacer. Sé que mi esposo tenía negocios con usted y los voy a respetar, pero después de eso no quiero ninguna relación ni con usted ni con su entorno.

Era un voluminoso paquete con dos millones de dólares en su interior. Para Beatriz era una fortuna, no así para Hugo, quien preguntó en forma impertinente. ¿Dónde está el resto? Esto es solo parte de la fortuna que tenían con Álvaro. Beatriz no se dejó amilanar y con la misma dureza de él, respondió. -No me venga hablar de esa forma, no se lo permito, nunca me metí en los negocios de mi esposo y por mí esto se terminó; repartamos lo que hay y salga usted de mi vida para siempre.

Hugo no esperaba a la leona, pensaba que se iba a encontrar con una gatita, y ante el cariz que estaba tomando el asunto, se apaciguó y dijo en forma más humilde. De acuerdo, pero yo sé que había muchos más millones, en algún lugar deben estar. ¿No tenía alguna libreta donde anotaba sus cosas? -Sí, tenía una libreta, pero la llevaba siempre consigo, junto con su maletín contestó con poca ganas Beatriz. -Entonces ahí debe estar la respuesta, pensó en alta voz Hugo; hay que encontrar la avioneta, ahí debe estar el secreto de todo. -No me moleste más con esa monserga “de que había más millones”, es lo que hay, y punto, bastante tengo con la pérdida de mi esposo, no quiero saber más de esto; cualquier noticia que tenga de la avioneta, se lo comunicaré. Mañana daré aviso a las autoridades de la desaparición de mi esposo. Tome su parte y déjeme tranquila, hágalo por la memoria de mi esposo y en beneficio de nuestras hijas, bastante tienen con la pérdida de su padre, todavía no saben la noticia, en cuanto usted se vaya, les comunicaré.

La despedida fue fría, a Beatriz le convenía que fuera así, no quería mostrar ninguna flaqueza de donde él se

agarrara, pues si pasaba eso, sabía que no soltaría la presa hasta obtener lo que él quería, conocía a la gente de su calaña, pero por suerte, no perdió la compostura en ningún momento.

A Hugo, no le quedó otra que tomar su parte y retirarse. No dejaba de ser una cantidad apreciable, pero él esperaba mucho más. No le cuadraba que la avioneta apareciera en la selva, estaba seguro que iba en dirección contraria, es decir, hacia las pampas chilenas, iría para allá, quería cerciorarse en forma personal. Las averiguaciones en Bolivia, las dejaría a sus compinches bolivianos, ellos conocían el terreno, tenía que llegar a la verdad, tenía tiempo para ello.

Beatriz llamó a Agustín y le contó someramente lo ocurrido con Hugo, quería que supiera lo conversado, pues lo consideraba un aliado. Convinieron en dar cuenta a las autoridades respectivas de la desaparición de Ramón y Álvaro, dirían que iban juntos en su avioneta, se suponía en dirección NE, explorando algunos puntos de interés en la selva. Beatriz lo hizo en Cochabamba y Leonor, formalizó oficialmente la desaparición de Álvaro, en Santa Cruz; al mismo tiempo le encargó a su hermano que hablara con los abogados para poner en venta la Hacienda, menos las cien hectáreas de la parte sur que le donó al hombre que les acompañó durante tantos años y era ya parte del inventario de la hacienda, Anacleto. Ahora les correspondía el trabajo a los abogados hasta concluir y dar por muerto oficialmente a Álvaro y preparar las escrituras de venta y donación, solo quedaba esperar los resultados de las investigaciones de la policía.

CAPITULO XIV

Puntual partió el bus, Jon cerró los ojos para descansar, calculó el tiempo que podía demorar el bus en el recorrido hasta la Finca Merceditas y ahí los abrió, no se equivocó, pues al abrirlos vio a lo lejos la finca, en su fuero interno deseaba que ella estuviera en un punto visible, no importaba que por su orgullo hiciera notar que estaba haciendo algo, pero él sabría que estaba ahí por él. Pero no fue posible saberlo, pues al pasar frente a la finca que quedaba al lado contrario de la pista donde transitaba el bus, pasaron varios camiones y otros vehículos menores que dificultaron la visibilidad de los campos de la finca. Contrariado cerró de nuevo sus ojos, para concentrarse en los acontecimientos ocurridos y que no eran menores; había experimentado y vivido en unos pocos días todas las experiencias de varios años de la existencia normal de un ser humano. Conoció otra forma de vida, distinta a la observada por él hasta entonces, una vida más liberal, más libertaria, mas despreocupada de ciertos valores que estaban presentes en su diario vivir hasta entonces, no se atrevió a catalogarla, pues mientras la vivió, disfrutó de ella y más de una vez pensó, “que siga para siempre”, terminó su soliloquio pensando: “ni mejor ni peor una de la otra, sencillamente, distinta”.

Después de un rato se escuchó por el parlante, “próxima parada Cochabamba”; era la misma rutina de siempre, bajarse, estirar un poco las piernas y dar tiempo para subir

de nuevo junto a los nuevos pasajeros con destino a La Paz. Se alegró que no ocupara nadie el asiento ventana de su fila, no tenía deseos de conversar con nadie, no estaba con ánimo. Se concentró en su viaje, volvió a ser el mismo Jon de siempre, preparó minuciosamente el plan para su llegada a La Paz. Dejaría la maleta en custodia en el terminal de buses e iría a comprar el pasaje aéreo y de paso daría una vuelta por la Catedral; le fue bien en ambos pasos, pues consiguió pasaje para llegar a una ciudad que quedaba más al norte de la que salió, lo hizo por precaución, de ahí llamaría a Martín y llegaría en camioneta a su pueblo... qué mejor. Además se reconcilió con El, al salir de la Catedral se sintió totalmente aliviado y en paz.

Llegó al terminal de buses, retiró su maleta y se fue directamente al Aeropuerto, quería pasar lo más desapercibido posible, prefirió el anonimato de un asiento en el terminal aéreo, que deambular por las calles de la capital, tenía la suficiente paciencia como para esperar unas cuantas horas sin sentir mayor molestia. Estaba leyendo un diario, cuando al levantar la vista, vio llegar glamorosa y bella a Isabel, por suerte venía acompañada por un joven de su misma estirpe, levantó el diario hasta la altura de los ojos para que no le viera, pero ya era tarde, pues al poco rato y acercándose más, abrió los brazos y con una expresión de: "Jon, que sorpresa verte aquí", tuvo que dejar el diario, levantarse y con la mejor de las caras y sonrisa, fingir lo mismo. "Isabel, que gusto verte", se abrazaron y ella coqueteando, le presentó a Matías, un dandy, iba con ella a la playa en la misma ciudad donde llegaba Jon, este se acordó del comentario de Agustín. Isabel es una experta cazadora de hombres.

Matías se notaba que era el típico petimetre, hombre de buena cuna, fino, elegante, amante del buen vivir, y de una simpatía desbordante, que precisamente era lo que buscaba Isabel, alguien culto y que al mismo tiempo fuera su compañero divertido y fiel, ella a cambio le entregaba su juventud y sus ansias de amar y ser amada, la combinación perfecta para pasar bien diez o quince días mientras se

bañaban en las aguas del Pacífico y doraban sus cuerpos en las ardientes arenas de la playa.

Con su fuerte personalidad, Isabel, mirándole fijamente a Jon, le espetó. ¿No quedamos de acuerdo que me llamarías llegando de la selva? Lo que menos esperaba Jon era esa pregunta, más que nada por respeto a Matías, se turbó por un momento, miró a éste y su rostro no indicaba ninguna molestia, se había olvidado que entre esa clase de personas, liberales, totalmente desinhibidas, esas situaciones las toman como algo normal de la vida, no le dan mayor importancia, ahora ella estaba con él y eso es lo que le importaba. –Sí, es verdad, así quedamos, pero el embrujo de la selva me absorbió, llegué ayer y ya no tenía tiempo, pues debía volver a casa.

Intervino Matías preguntando. ¿En qué parte de la selva estuvo usted? Y continuó, vengo de una familia de pioneros y como tales, mis antepasados fueron de los primeros que empezaron a ganar terreno a la selva; en forma personal me he adentrado más de una vez en su interior y he pernoctado en ella, no hay cosa más alucinante. “La selva es la diosa implacable que nada ni nadie puede saciar”, así dice José E. Rivera en su libro “La Vorágine”, si va a seguir viajando a la selva, debe leer ese libro, habla de los caucheros y describe como nadie a la selva, con sus misterios, sus horrores y sus grandezas, hágame caso, léase el libro y compárelo con su reciente experiencia. Isabel salió en defensa de Jon, que no acertaba a contestar, diciendo. “Pasemos al bar mientras nos llaman a embarcar, tengo sed”. Jon fue el primero en levantarse diciendo...yo también quiero una bebida.

A pesar que Isabel con su intervención, desvió por el momento la respuesta, la pregunta de Matías seguía en el aire y una vez que se sentaron en los taburetes del mostrador del bar, el silencio que se produjo era en espera de la respuesta de Jon. Éste recordó todo lo que hablaron con Agustín en referencia a la selva con sus misteriosos personajes que cruzan las fronteras de Brasil y Bolivia constantemente, entre ríos, árboles y lianas, pero no quiso hablar de eso, no quería cometer ninguna indiscreción

y con calma respondió, “no es la selva del departamento de Santa Cruz, es la del El Beni”, todavía no ser distinguir bien los límites entre ambos, pero así me indicó mi amigo brasileño.

Es algo totalmente distinto a lo que usted piensa, según entendí sus antepasados ganaban terreno a la selva para dedicarlos a la ganadería y en casos especiales a las plantaciones de caña de azúcar u otros productos agrícolas, en este caso no, se desbroza toda la vegetación aledaña a los ríos o riachuelos y el trabajo se ejecuta dentro de los ríos que se desvían para poder trabajar con mayor seguridad, y donde se lavan las areniscas buscando las pepitas de oro, son trabajos distintos con lapsos de tiempo también distintos, en la minería todo es muy rápido, no así en la agricultura o ganadería que requiere del tiempo necesario de crecimiento o maduración que la naturaleza ya fijó en las distintas estaciones del año.

Ahí intervino otra vez Isabel, quien levantando el vaso, dijo, me dio sed, salud por nosotros y ahora hablemos de cosas más interesantes y dirigiéndose a Jon le preguntó. Tú que vives en Chile, cuales son las mejores playas.

En verdad todas las playas del norte grande, vale decir, desde Antofagasta hasta Arica, son de aguas agradables, casi cálidas, y en todas las ciudades vas a encontrar las comodidades propias del caso para pasar unas buenas vacaciones, solamente se requiere una buena compañía y deseos de pasarla bien. Isabel sonrió, no así Matías, que dirigiéndose a Jon le inquirió. ¿Lo dice por mí? No, nada que ver, lo digo en general, además estando con Isabel, sé que lo pasará bien de todas formas. Y continuó, en comidas tienen exquisitos mariscos, igual que en pescados sin mencionar los ricos vinos chilenos, de modo que no tienen como pasarla mal.

Ese juego le gustaba a Isabel, que como mujer y coqueta que era, sacaba ventaja de esas situaciones, con toda malicia les dijo mirándolos y esbozando al mismo tiempo una sonrisa -“no tienen por qué tomar las cosas tan en serio, son palabras que se dicen sobre temas generales”- así pienso yo

contestó rápido Jon, sin embargo Matías, pidiendo permiso se retiró al baño, momento que aprovechó Jon para decirle, “no creo que te sirva para más de una semana”. Isabel con voz suave y melosa le confidenció insinuante... si tú quisieras mostrarme la ciudad, yo aceptaría encantada, no tengo ningún compromiso serio con él, somos tan solo amigos y algo más en ocasiones, pero las decisiones las tomo yo. -No Isabel, dejemos todo como está. En ese momento llegaba Matías, con la mirada un poco extraviada, Jon pensó “fue a pichicatearse”, -drogarse- en realidad tenía toda la apariencia de las personas que viven esas experiencias; justo en ese momento anunciaban por los parlantes el embarque para el vuelo.

Por suerte y tal como deseaba Jon, les tocó asientos distanciados, mientras Isabel y Matías viajaban en la parte delantera, Jon eligió uno de los asientos de cola, recordando la experiencia de la avioneta. No quería seguir con la cháchara sin fundamento, quería abocarse a su problema y para eso necesitaba un poco de silencio y paz, cosas imposibles de obtener estando cerca de Isabel, que a pesar de ser una acompañante excepcional por su conversación y belleza, él no buscaba eso ahora, quería meterse de lleno en su problema y pensar en el encuentro con su amigo y socio Martín. Pasaron demasiados sucesos como para olvidarlos tan pronto, tenía que asimilarlos y sacar las conclusiones, las mejores, pues de ello dependía su futuro. Alargó el asiento y cerró los ojos dejando a la mente libre de elegir su tema preferido. ¿Se han dado cuenta que siempre hay un estribillo de algún pensamiento sobre un problema no resuelto que queda pegado en alguna de las paredes del cerebro? Por eso le dio libertad a la mente para que eligiera el tema, aunque no intuía el resultado, pero lo aceptaría.

El tiempo de vuelo entre La Paz y las ciudades del norte grande chileno, es corto; entre dormir un poco y leer parte de la prensa, cruzaron la Cordillera de los Andes y muy pronto estaban oyendo las advertencias de la jefa de cabina, “enderezan sus asientos y abróchense los cinturones que estamos próximos a aterrizar en el aeropuerto de

Cavancha de la ciudad de Iquique". En ese momento Isabel, ladeando la cabeza miró hacia atrás en dirección a Jon y sonriendo le saludó haciendo un gesto con la mano, no podía olvidar que todavía era un fruto que no lo había podido saborear. Jon, sacando su cabeza de la línea de los asientos hacia el pasillo, pensó, uno nunca sabe y sonriendo maliciosamente también gesticuló con su mano izquierda respondiendo al saludo. No había duda que existía un hilo invisible entre ellos que los unía, se gustaban, pero por el momento era imposible cualquier acercamiento, tenían destinos contrapuestos; curiosamente estaban pensando lo mismo y en el mismo instante, sus picarescas sonrisas los delataban, hasta en eso concordaban, indudablemente había una historia inconclusa; quizás... más adelante.

Mientras carreteaba el avión por la pista hacia la manga, Jon recordó la llegada en el bus a Santa Cruz y la salida rápida de Isabel, sin tan siquiera despedirse, ahora él podía hacer lo mismo, aprovechando la presencia de Matías, pues no quería verse con ella en la ciudad, quería romper todos los vínculos por lo menos por el momento, él tenía otros planes distintos a los de ella y no quería interferir ni que ella lo hiciera en los suyos. Se colocó casi a la salida de la cinta que trae las maletas, en el lado opuesto al de ellos esperando retirar la maleta de los primeros, tuvo suerte pues la suya salió enseguida y tomándola se fue raudo levantando la mano y saludando fuerte con un...adiós, que lo pasen bien, no esperó la respuesta, antes que ellos se dieran cuenta, ya estaba fuera del recinto del aeropuerto y tomando un taxi, se alojó en una residencial que él conocía llamando a su socio quien extrañado y con alegría le contestó: estoy allá mañana a las 08,00 hrs, duerme bien. Era lo que él esperaba de su amigo, ninguna pregunta, dispuesto siempre. Enseguida llamó a su madre y le comunicó que al día siguiente estaría almorzando con ella, su madre no pudo aguantar la alegría y entre sollozos le dijo que le prepararía su plato preferido.

Ya estaba obscureciendo cuando salió de la residencial, sabía que no se iba a encontrar con ella a donde iba, por lo que encaminó sus pasos a la catedral, buscando la sere-

nidad y la paz en su espíritu, ambas cosas hacen falta en momentos como esos. Salió bien erguido, reconfortado y fortalecido en su espíritu, y mirando hacia lo alto de los cerros que circundan la ciudad, dio nuevamente gracia a Dios por todo lo que le había entregado y reconoció estar en deuda con Él. Llegando a la residencial, cenó y se retiró a su habitación, esperando ansioso la llegada de Martín al día siguiente, con ese pensamiento se durmió placidamente.

Eran las 07,30 hrs, Jon terminaba de desayunar cuando llegó Martín en su camioneta, nada más bajarse, un fuerte abrazo los unió, con palabras que no salían con la fluidez necesaria para entenderlas, por la emoción de ambos. Ven, pasa a tomar desayuno, le invitó Jon y desayunando nos vamos, porque la mamá me espera a almorzar y no le quiero fallar, en el viaje te cuento todas las peripecias, voy a manejar yo, así puedes descansar. A la noche cenamos juntos...te parece!

Aproximadamente y a una velocidad normal, son cinco horas las que separan ambas ciudades; pasaron sin darse cuenta, mientras Jon le contaba todos los pormenores de los siete días que estuvo en Santa Cruz, solamente omitió las situaciones íntimas y de índole personal- recordó aquello de que los caballeros no tienen memoria- . Después se explayó hablando sobre la selva, lo que conocía, y como van cortando árboles a la selva y desbrozándola de arbustos y malezas para dedicar esas tierras a la ganadería o a la agricultura, eso hicieron la mayoría de los pioneros que llegaron a Santa Cruz el siglo pasado, ahí están incluidos todas esas personas que te he nombrado, la mayoría de ellos, son nietos de aquellos que forjaron su riqueza en base al esfuerzo personal y sacrificado en su lucha por ganar terreno a la selva.

Eran cerca de las dos de la tarde, cuando estaban entrando a su ciudad, tomando la palabra Martín le dijo: en la cena voy a hablar yo y tu escuchas, no sé si te has dado cuenta que no me has dejado hacerlo. Perdona, pero es la ansiedad de que sepas todo lo que ocurrió allá, que como te has podido dar cuenta, fue tal como quería Álvaro; se

entregaron las encomiendas a cada familia y se comunicó del desenlace fatal de ellos, por suerte como te conté antes, no hubo mayores objeciones. Solamente tengo duda en lo referente a la actuación futura de Hugo, no confío en él. En ese momento llegaban al portal de la casa donde vivía Jon, que parando la camioneta se bajó y con un cálido abrazo se despidió con un... hasta la noche, ahí te entrego el regalo que te traje.

El encuentro con su madre fue emotivo. Las madres siempre están ahí, con su amor, con su entrega, adivinando los deseos del hijo esperado; día que pasaba, día que rezaba para que no le ocurriera nada a su querido hijo y por fin lo tenía entre sus brazos, sintiendo el abrazo cariñoso de él. Lo primero que hizo fue sacar el regalo que le traía, pero ella alejándose hacia la cocina le indicó a la sirvienta “sirve bien caliente la sopa” y mantén a buena temperatura el fogón para que el segundo plato esté a punto y le dijo a su hijo desde la cocina, ya voy, gracias por traerme un regalo; a ella le importaba más que la sopa estuviera caliente como le gustaba a él, que abrir el paquete para ver lo que era. Así son ellas de entregadas al amor de sus seres queridos.

Tal como acordaron a la noche estaban puntuales en su restaurante favorito. Era el turno de Martín, que no dejó escapar la oportunidad para contarle con lujo de detalles todas las actividades que hizo durante su ausencia y los avances en la mina que le tocó abrir y por suerte con resultados favorables. Te mentiría Jon si te dijera que no miraba hacia nuestro lugar cada vez que iba a la mina y me preocupaba de ver si había huellas en esa dirección, pero no encontré nada, ni vi tampoco ningún vehículo por los alrededores, mañana cuando vayamos ya te darás cuenta que nadie ha pasado por las cercanías del cerro.

Jon escuchaba atento y solamente atinó a decirle, es mejor olvidarnos por un tiempo de todo ese problema, eso no quiere decir que no estemos atentos a cualquiera novedad que ocurra por esas serranías y sonriendo le preguntó... ¿no te encontraste con ningún ovni? Martín también sonrió de buenas ganas, respondiendo, he escudriñado toda la

pampa pero no he tenido la suerte de encontrarme con uno de ellos, aunque me gustaría. Mañana te paso a buscar a las 07,00 hrs, yo llevo todo lo necesario, quiero que veas los mantos de cobre que aparecieron. -No te olvides de mandar a analizar el cobre para saber la ley. -Sí, está todo previsto, le contestó. En ese momento, Jon no pudo disimular un bostezo y Martín atento como estaba, levantándose, le dijo, te veo cara de sueño, mejor vamos a dormir, mañana será otro día.

Temprano tomaba Jon el último sorbo de su café con leche, cuando Martín, como siempre puntual, le tocó la bocina de su camioneta indicándole que le esperaba; estaba recién aclarando el día cuando emprendieron el viaje a la cordillera, a la mina. Martín le quería mostrar todo el trabajo que había hecho mientras él estaba en Bolivia. Después de tantos días fuera de sus pampas, Jon estaba emotivo, estuvo a punto de decirle “demos una vuelta por el lugar”, pero se contuvo, no quería dar mal ejemplo, se suponía que él era el que daba las pautas a seguir y obligaba a cumplirlas, pero sí le preguntó. ¿No has tenido la tentación de acercarte al lugar? La verdad que sí, pero quise cumplir nuestra promesa y no he ido. Está bien, algún día de estos podemos dar una vuelta por los alrededores, como curiosidad y también para cerciorarnos que el viento no haya dejado al descubierto alguno de los elementos que tapamos. Buena idea, yo también tenía esa curiosidad, mañana lo podemos hacer.

El trabajo que había hecho Martín, era verdaderamente bueno; limpió de sobrecarga una buena extensión de la mina para así poder trabajar a rajo abierto; con los valores actuales de los metales, y aquel amplio manto de mineral, era para ganar buena plata. Jon le felicitó y le dijo que debía seguir haciéndose cargo de la explotación de la mina, pues seguramente tendría que viajar nuevamente a Bolivia para terminar con el problema de la herencia de Merceditas, pues le había prometido a Álvaro. Aprovechó de contarle un poco más todo lo que había hecho y los problemas que todavía quedaban pendientes, en referencia, a Hugo y Beatriz y que por deducción podían caer en ellos.

CAPITULO XV

Leonor, acompañado por su hermano y los abogados, comunicaron a las autoridades del desaparecimiento de Álvaro y de su presunta muerte, ya que sabían que iba en una avioneta con otra persona hacia la selva y habían perdido todo contacto con ellos desde hacía quince días. Las autoridades tomaron todas las medidas del caso para iniciar la investigación correspondiente y quedaron en comunicarle cualquier noticia que tuvieran. Fue un trámite corto y sin mayores problemas, después de lo cual, Agustín, acompañó a su hermana a su casa y se quedó a comer con ella.

A ninguno de los dos les dejó indiferente la visita de Jon, por causas distintas, claro, pero en los dos dejó profundas huellas e inquietudes. En Leonor, no tan solo en el aspecto sentimental, también en lo humano, se sentía protegida y con su sola presencia, llenaba la casa y le daba vida; además, todo el relato sobre la muerte de Álvaro y los siguientes acontecimientos daban muestra que se trataba de una persona excepcional, primeramente por su calidad humana y después por su entereza, en verdad era un hombre de palabra... de honor. La impresión que dejó en Agustín, fue, la de un hombre cabal, confiable y honesto, en una palabra, un buen amigo, quizás el único, pues en su edad madura, no cultivó ninguna amistad de sus tiempos mozos, se dedicó a trabajar y a la familia, además vivía bastante alejado de la ciudad y ese era otro impedimento.

De repente entra Jon de lleno en sus vidas y los remece con sus noticias, les dice como atendió a Álvaro en sus últimos momentos de vida, y además es portador del postrer deseo de un moribundo que para él es sagrado, -según lo demostró- he ahí su grandeza y trae el mensaje tanto personal para su señora e hija, como el otro mensaje comercial que para Álvaro era tan importante, la seguridad económica de su hija y con su forma de ser, se gana rápidamente el afecto de toda la familia, todos le encontraron sincero y confiable, a tal extremo que dejaron que entrara en sus vidas. Remeció con su presencia las raíces mismas de sus vidas; hasta el día que llegó, vivían la rutina tediosa sin sobresaltos de una existencia opaca propia de los pueblos. Santa Cruz era eso, un pueblo, grande en extensión pero de pocos habitantes, vivían disgregados y ocultos entre aquella hermosa floresta en los confines de la selva profunda, como decían ellos mismos, “en esos apartados lugares, no pasaba nada interesante”, la apatía generalizada era desesperante, llegaba al hastío, pero para bien o para mal, la llegada de Jon cambió ese cuadro, ya nada sería igual en la vida de ellos.

No te he visto últimamente, le reprochó con suavidad Leonor a su hermano. -Sí, he estado bastante ocupado recuperando todo el trabajo que dejé de hacer con la visita de Jon que ojalá no se hubiera ido, no me importaría dejar de hacer cosas; para serte franco hermana, le echo de menos, me agradaba su presencia, me infundía serenidad y me daba confianza, no sé cómo decirte, pero lo tengo como un buen amigo. -Te entiendo perfectamente, pues yo también le echo de menos y no solamente pensando en el aspecto sentimental, sino que también en el de amigo de confianza, es de esas personas que llenan la casa con su presencia y sabes que tienes cerca a un hombre de verdad, confiable y cariñoso y eso no se paga con nada. A propósito. ¿Has tenido noticias de él?

En realidad no, contestó Agustín, quedamos en que nos llamaríamos cuando tuviéramos noticias, pero todavía no hemos hecho contacto, pienso que pronto lo haremos.

Y retrucó enseguida. -¿Pero por qué me preguntas a mí eso, que pasa con ustedes? -En realidad quedamos como amigos, pero de común acuerdo preferimos dejar pasar un tiempo, antes de entablar una relación seria, tú sabes que los últimos días y a raíz de la noticia que le dimos a Merceditas, todo el ambiente estuvo muy tenso, me dolió verla tan triste a mi hija y no tenía ánimo para nada, además él se iba de todas formas a su país. Un largo silencio siguió a esta última respuesta, mientras Agustín terminaba de comer, para enseguida levantarse y abrazando a su hermana se despidió para dirigirse a su casa.

CAPITULO XVI

Hugo no perdió tiempo, se fue directamente a La Paz, tenía que hablar con los capos de la mafia y comunicarles las malas noticias, pues habían perdido a un proveedor seguro y de confianza. Su intención era que el cartel mandara unos dos sicarios, no con la intención de matar a alguien, pero sí de presionar, hasta averiguar el lugar físico de la planta de cocaína, él pensaba que la respuesta estaba en Santa Cruz, pues no dudaba que la planta estaba en ese departamento y cerca de las propiedades de Álvaro, que sabía pertenecía a una de las antiguas familias pioneras y fundadoras de la ciudad y como todas ellas, tenían grandes extensiones de terrenos colindantes con la selva, ahí pensaba él podría estar la respuesta esperada.

Les dio como referencias en Santa Cruz, a una señora de nombre Leonor -viuda de Álvaro- y al hermano de ella, de nombre Agustín, no conocía ningún otro nexo próximo a la familia, no quiso involucrar a Beatriz, señora de Ramón, "por eso de los viejos tiempos"; fue amigo de él y ahora que no estaba no quería presionar a su señora, sabía que tenía dos niñas pequeñas que eran sus ojos y no quería ningún mal para ellas, pues conocía los métodos que aplican los sicarios. En el ínter tanto, iría a Chile, a tratar de desentrañar el misterio de la avioneta, que para él estaba en algún lugar de la cordillera o en las extensas pampas de su desierto; pero antes quería descansar unos días en las hermosas playas del norte chileno y bañarse en las aguas del Pacífico.

Quería despejar de su mente la idea que le corroía sobre el destino trágico de Ramón y Álvaro, ya no importaba tanto si murieron en la selva o en el desierto, lo cierto es que ya no estaban físicamente y la duda persistía...; y si efectivamente iban a la planta en algún lugar de la selva a buscar los dólares para después ir a Chile y en ese viaje tuvieron el accidente que les costó la vida!, no podía descartar a priori esa posibilidad, pero de todas formas tenía que eliminar la opción chilena y para eso tenía que ir a su cordillera y a sus extensas pampas que por suerte ya las conocía y cerciorarse de ello.

El itinerario del vuelo era el mismo que días antes hicieran Jon, Isabel y Matías; pasaría unos días disfrutando de las delicias del mar y su playa y después se abocaría de lleno a su trabajo en el desierto. El hotel que eligió estaba en primera línea del mar, solamente lo separaba de él una hermosa avenida de doble vía y un paseo adornado con palmeras. No era aficionado a tostarse tendido en la arena, más bien le gustaba un corto chapuzón y después disfrutar de un buen trago sentado debajo de una sombrilla y contemplar el mar y porqué no decirlo, a hermosas sirenas que gustan exponer sus esculturales cuerpos y sus insinuantes colas a la vista de profanos que sufren en silencio la lejanía afectiva de ellas.

Entre tantos hermosos cuerpos tendidos en la arena, su mirada se clavó en una hermosa joven que estaba acostada en la arena, no muy lejos de donde estaba sentado él, le llamó la atención el conjunto armonioso de sus pechos, cintura y caderas, denotaban la cadencia tropical hecha realidad, le acompañaba un hombre joven, albino y de aspecto mas bien débil, quien en ese momento se levantaba, pasó rozando su mesa. Tuvo tiempo de observarlo, su mirada media perdida era la del típico drogadicto, pensó, no es para ella, ella requiere de un hombre de verdad; siguió contemplando el hermoso cuerpo de aquella agraciada joven, era un premio para cualquier hombre y en un momento de osadía, se levantó con toda parsimonia y acercándose y después de saludarla y pedirle excusas por su osadía, le ofreció una bebida; ella se sorprendió, al principio pensó que era Matías,

pues no se percató de su alejamiento, levantó su dorso y sentándose en la arena, le preguntó. ¿Lo conozco? No, y perdone nuevamente mi atrevimiento, como hace tanto calor pensé que le vendría bien una bebida refrescante y le vengo a ofrecer.

A Isabel le gustó la forma galante y delicada del ofrecimiento, se notaba que era hombre de mundo, el punto débil de ella, le gustaba esa clase de hombres para pasar unos cuantos días agradables. -Si ha tomado suficiente sol, le invito a sentarse para que pueda tomar con comodidad su bebida, pasaba un mozo por el sitio y aprovechó para preguntarle. ¿Qué desea tomar? -Cualquier trago con malicia fue su rápida respuesta. ¿Le gustaría tomar un Gin con Gin? Aquí lo preparan muy rico, ante el gesto dubitativo de ella, alargó su brazo con el vaso en la mano y le dijo, pruebe un poco del mío. -Y probando un poco, le dijo, si me gusta, y Hugo con personalidad le dijo al mozo, traiga dos iguales con algo para picar.

Una vez que se sentaron, alargó la mano y le dijo: me llamo Hugo y habrá notado que mi acento no es chileno, soy colombiano, pero trabajo en este país en minería, más al sur, vengo a estas playas por la calidez de sus aguas... y continuó, a usted la encuentro con acento más boliviano que chileno. Sí, así es, soy cruceña, me llamo Isabel y vengo del oriente de Bolivia, de Santa Cruz con mi amigo Matías que también es de allí. Qué coincidencia, yo también vengo de Bolivia, tenía una reunión con un amigo mío llamado Ramón oriundo de esa ciudad, aunque últimamente vivía en Cochabamba y con un amigo de él de nombre Álvaro que también era oriundo de Santa Cruz y si no me equivoco, vivía allá.

Isabel cortó la conversación diciendo, -no diga era oriundo y vivía allá-, si hablamos del mismo Álvaro, diga, es de Santa Cruz y vive allí, nuestras familias son pioneras de la región y yo soy amiga tanto de él como de su esposa Leonor. Cortésmente Hugo le replicó, entonces quiere decir que usted no sabe que murieron en un accidente de aviación, yo me enteré anteayer, todavía no traen los cuerpos, se aventuró a decir Hugo, dándose importancia.

En ese momento llegaba Matías después de pichicatearse, el vicio ya casi lo dominaba. Tomando la palabra Isabel, le presentó a Hugo y le dio la noticia del posible fallecimiento de Álvaro, al cual lo conocía del tiempo del colegio; medio ido como estaba no le dio mayor importancia. Cuando Isabel le presentó al señor que estaba con ella, recordó haber escuchado que era minero, quedó pensativo por la coincidencia de haber conocido hacía poco a otro minero, por lo que dirigiéndose a él, le preguntó. Entiendo que trabaja en minería. -Si, así es, soy ingeniero químico y trabajo en una compañía minera, mil kilómetros más al sur, no se asuste por las distancias pues Chile es largo y angosto, pero ahora vengo llegando de Bolivia. -Que coincidencia, pues hace unos días, nos tocó viajar en el mismo avión con otro minero chileno que también venía de Bolivia, más exactamente de la selva del Beni y que es amigo de Isabel. -Si en verdad es coincidencia, a lo mejor lo conozco. ¿Cual es su nombre? Ahí intervino Isabel, se llama Jon, iba a la selva invitado por un amigo brasileño, minero como él, iba a conocer unos placeres de oro en la frontera entre ambos países. Nos conocimos viajando en el bus, entre Cochabamba y Santa Cruz y ahora lo volví a encontrar en el avión, pero se perdió al desembarcar aquí.

Esta última conversación puso en alerta a Hugo, de modo que muy pronto buscó la forma de quedarse solo nuevamente; ya no le interesaba actuar de don Juan, prefería abocarse a su tema principal: el negocio de las drogas; mujeres hermosas hay muchas, se dijo. Isabel se dio cuenta del poco interés que ponía en la conversación, por lo tanto tomando la bebida y dando las gracias se fue con Matías a darse un baño. Hugo estaba con la mente en otra parte, no le importaba ni la arena ni el mar, ni la joven hermosa y provocativa, tenía fija la mirada en un punto lejano, veía cordillera, desierto y una avioneta; tenía que eliminar esa posibilidad lo antes posible y abocarse a Bolivia y la selva.

Empezó atando cabos sueltos, ya no era tan descabellada la idea del envío de la encomienda de un pueblo del departamento del Beni; intuía que podría haber una co-

nexión entre ese minero llamado Jon y la encomienda que recibió Beatriz en Cochabamba. Pero, ¿Cómo se gestó la amistad de Ramón y Álvaro con Jon? Nunca le escuchó a Ramón hablarle de un amigo chileno y minero de nombre Jon, y por otro lado, toda la droga que producían la vendían por el cartel de ellos en Bolivia... entonces en qué tramo del negocio entraba Jon.

Recordaba que nunca le preguntó a Ramón el lugar exacto de la planta de elaboración de la cocaína; una, por no involucrarse directamente en el negocio mismo; y dos, por precaución, pues al no saber, no tenía por que mentir y podría ser creíble en cualquier investigación. Ahora se arrepentía de haber actuado con tanto egoísmo, pues nadie sabía el lugar exacto de la planta. Al poco rato tomó el último sorbo de su bebida y levantándose fue directamente al hotel.

Ya no tenía paz en su espíritu, quería irse lo antes posible y seguir el hilo del carrete que de improviso agarró, sintió un gran desasosiego en su ser, perdió la calma, extraño en un hombre de su temple y mundología, pero el asunto de Ramón, la planta y los dólares perdidos, lo tenían en esa situación; cortó por lo sano, se iría al día siguiente, encargó al administrador del hotel que le consiguiera pasaje; muy temprano al día siguiente se subió a uno de los buses que hacían el recorrido entre ambas ciudades.

En su soliloquio mientras viajaba se decía. ¿A qué voy al desierto, si estoy pensando que la solución está en la selva? Pero su sexto sentido le decía, que estaba en lo cierto cuando pensaba que iban volando por el desierto chileno en el momento del accidente, tenía el palpito que la avioneta estaba en algún lugar entre la cordillera y la pampa, tenía que desengañarse por sí mismo que no fuera así. A eso iba al desierto se dijo con fuerza para que le escuchara su mente, que le estaba jugando una mala pasada y no le siguiera confundiendo con otros lugares. La planta sí, estaba en la selva, de eso no tenía duda, pero la avioneta, aterrizó o cayó en algún lugar de la pampa, ese era su palpito.

Más de una vez habló con Ramón en el sentido que

no podían entrar y salir de otro país en avioneta sin autorización, por desértica y desolada que fuera la zona y estaban de acuerdo que ese sería uno de los últimos viajes; no podían seguir abusando e invocando siempre “exploraciones mineras”, tenía temor a ser descubierto, en la empresa no entendían tantas salidas a la cordillera, por lo que estaba decidido a buscar otro medio de transporte, la frontera era amplia y no muy vigilada, ese sería el último viaje en avioneta, por lo menos en forma clandestina, pero siempre pasa lo mismo, el último viaje es el más peligroso... ¡por qué será!.

El bus que venía Hugo llegó de madrugada a la ciudad, a pesar que conocía el clima de la cordillera, sintió la diferencia entre el calor de la playa, de donde venía, y el intenso frío de ese momento. En cualquier época del año, las noches y las madrugadas en las ciudades aledañas a la cordillera, son muy frías, no hay que olvidarse que estaba a 2.300 metros de altura sobre el nivel del mar y cerca de los contrafuertes cordilleranos, estaban en pleno invierno y solo por ese hecho, las temperaturas bajan en cuatro o cinco grados más. Le habían hecho la reservación en la hostería de modo que no tuvo pérdida de tiempo, el taxista lo llevó rápidamente y como sentía tanto frío, se acostó, indicando que le despertaran alas 09 horas. Su mente no estaba para hacer cualquier planificación de los días siguientes, solamente quería meterse a la cama y calentarse un poco, se dijo... mañana será otro día.

Estas ciudades en altura de Sudamérica, generalmente alejadas de los centros neurálgicos del país, tienen su forma peculiar de ser y vivir; la vida es más lenta, sin prisa, más de pueblo; esto viene de la forma distinta de ver las cosas que tienen sus habitantes originarios a pesar que ya están entrelazados con los que vienen de otras partes del país. Los hombres y mujeres de las etnias originarias de la precordillera, “Quechuas y Aymaras”, que bajaron a las ciudades, aportaron a esa unión su forma de ser, más pausada, más de acuerdo al universal ciclo del día y la noche, esperando con paciencia infinita el paso del tiempo sin

intentar cambiar nada; también aportaron la desconfianza propia de esas mismas etnias, que fueron avasallados por los conquistadores “entre comillas”. Con esa clase de gente tenía que vérselas Hugo; una cosa es trabajar en una minera con gente profesional como él y otra muy distinta, entrar en el alma de estas personas que habitan estos pueblos o ciudades y querer sonsacar información; son desconfiados por naturaleza, sobre todo con los desconocidos, difícilmente se entregan.

Pidió en la hostería que le consiguieran los diarios regionales del último mes, los quería leer con calma esperando encontrar algún indicio que le diera luz, pero nada. El sabía que de haber algo, sería noticia de primera página, pues no todos los días aterriza o se estrella una avioneta en un país ajeno al suyo y sin permiso. El hombre era hábil, pidió en la hostería que le consiguieran un jeep con chofer y que fuera baquiano de la zona, pues pensaba recorrer la cordillera, se hizo pasar por geólogo, y de esta forma acordó salir de madrugada al día siguiente.

Se había conseguido un mapa y se pasó toda la tarde revisando palmo a palmo la entrada natural y furtiva de Bolivia a Chile por la Cordillera de los Andes, no tardó en encontrar el abra, es decir, la abertura entre los colosos andinos justo donde suponía que estaba y que ya Ramón le había indicado en una anterior oportunidad.

Leandro, el chofer de la Agencia de Turismo, llegó puntual a las 0700 horas; era de la etnia atacameña y baquiano de la zona. Hugo le mostró el plano y le indicó la dirección y el lugar donde quería llegar, le dijo que era geólogo; revisó brevemente el mapa y era el mismo que ya había recorrido en más de una oportunidad llevando turistas a conocer el famoso cerro de la leyenda de la mina de oro, y también cuando salía con su amigo Martín a cazar, afición que tenían los dos; a Jon le conocía menos, pero sabía que era socio de su amigo.

CAPITULO XVI I

El sitio indicado por el pasajero, era el mismo del otero y estaba en medio de una larga y ancha pampa, no había cerros cercanos que pudiese estudiar, salvo el otero de la leyenda, le extrañó, pues antes que él ya estuvieron Geólogos e Ingenieros de Minas en campamentos, recorriendo y cavando por los cuatros costados y en las laderas altas y bajas, y no encontraron nada. Tampoco su amigo Martín, que era minero y conocía la zona encontró nada interesante. Últimamente solo los románticos y los ilusos pedían conocer el “cerro de la leyenda”.

Tomó la ruta acostumbrada, la que usaba en forma habitual, que era la que Jon y Martín tomaban en forma regular y también él cuando iban de cacería con su amigo, había otras rutas pero prefería esa. Salieron del pavimento y tomaron la huella de tierra, Leandro, zorro viejo del desierto vio las huellas frescas de una camioneta, supuso que eran las de Martín, pues sabía que había abierto una mina de cobre no lejos del cerro Quimal. Antes de llegar a la bifurcación, donde había que decidirse para ir al norte o al sur del cerro, le preguntó. ¿Qué lado quiere explorar, el norte o el sur? -Hugo pensó un momento y le dijo: lléveme primeramente al lado norte con inclinación al este, y de regreso, a la tarde recorreremos el sur oeste.

Esas fueron las primeras palabras que hablaron desde que salieron de la hostería. Leandro no creía que era geólogo,

vivía en una zona minera donde hay infinidad de ellos y conocía su facha, su vestimenta y sus instrumentos que siempre llevan colgando del cuello, y este señor que llevaba a su lado no tenía ninguna de esas características. Pero por otro lado... ¿por qué le iba a mentir? Él era solamente el chofer baquiano de los viajes a la cordillera de la empresa donde trabajaba y cumplía con llevar y traer sanos y salvos a los turistas.

Le gustaba hablar con los pasajeros y contarles la historia de la leyenda de la mina de oro del otero, que venía del tiempo de los Incas, distorsionada por su uso y el aporte que hacía cada uno, pero se dio cuenta que su pasajero no le prestaba mayor atención. Hugo estaba ensimismado en sus pensamientos, escudriñaba con atención el horizonte, intentando descubrir el abra para así ver la posible dirección que pudo haber tomado Ramón con su avioneta. A esa temprana hora de la mañana, la mayoría de los días, una abundante bruma cubre los faldeos medios de los colosos andinos, dificultando la visibilidad, era difícil determinar con precisión el lugar exacto de la abertura entre los cerros.

Leandro al ver que no le prestaba mayor atención, dejó de hablar y se concentró en sus pensamientos y trató de adivinar quién era su pasajero y qué buscaba, pensó que pronto le iba a preguntar algo, y pensó bien, pues al poco andar y estando en aquel alto, -donde Jon y Martín divisaron aquel bulto extraño en la lejanía-, acomodándose en su asiento, y dándose vuelta en dirección de Leandro le dijo: -pare un poco, mire usted hacia la cordillera y dígame si sabe el lugar exacto del abra que hay entre Bolivia y Chile. Leandro sabía lo que le estaba preguntando, pero como estaba molesto, le dijo. -Conozco tres o cuatro pasadas entre los dos países. -No, no me refiero a caminos, me refiero a pasos aéreos, que no haya continuidad entre los cerros, más claro, que haya abertura entre ellos. Precisamente frente a nosotros en dirección recta hay uno, en cuanto se disipe la bruma, podrá usted verlo.

Eso quería saber Hugo, bajó de la camioneta y dio una

vuelta por lo alrededores estirando las piernas, pero todo su interés estaba centrado en el abra y la posible dirección de la avioneta, precisamente estaban en la dirección correcta, justo ahí empezaba la pampa y si tuvo que aterrizar de emergencia tenía que ser en ese sector, si no fuera así, seguramente se habría estrellado en la cordillera, y hasta ahí llegaba él.

Subió a la camioneta y le indicó, vamos hasta el extremo Este de la pampa, pues más allá se ve una depresión, quiero ver que hay al fondo de ella. El sol ya estaba subiendo hacia la bóveda celeste. En los desiertos el cielo tiene ese tinte azul-celeste, que cubre todo el firmamento, es de una belleza impresionante. Leandro obedeciendo la orden pasó al lado del otero y dejándolo atrás llegó al final o al comienzo -según desde donde se mire- de esa larga pampa, llegó hasta el mismo límite donde está la depresión.

Llegando a la orilla de la depresión geológica, se bajaron y Hugo quedó escudriñando tanto los faldeos bajos como la pampa que se divisaba lejana, estaba parado exactamente en la línea del abra y tenía a su espalda el otero. No divisó nada que le llamara la atención, pensaba que por la altura que debería traer la avioneta, salvaría fácilmente la altura de esa depresión y si intentó aterrizar debería ser entre el punto que estaba él y el otero, pues había una extensa pampa, ideal para intentar aterrizar. Recorrió un largo trecho en dirección al otero; buscaba las huellas de los neumáticos que al golpear en la tierra, tendrían que haber dejado señales claras de ello; pero no encontró nada significativo, además, si fuera así. ¿Dónde estaba la avioneta? Y si al aterrizar se hubiesen estrellado ¿Dónde estaban los restos? Se cansó y se sentó en una pequeña roca que sobresalía entre la arena y una mata de coirón que apenas se sostenía.

Caminar en la altura y sin estar preparado es complicado para cualquier persona, más si es gruesa y no tan joven, en ese momento estaban aproximadamente a 3.000 metros sobre el nivel del mar, se notaba cansado, a tal extremo llegó, que simplemente se sentó, se secó la transpiración de la cara y sobre todo de la cabeza, que además le empezaba

a doler, pues no tuvo la precaución de llevar sombrero y el sol ya empezaba a molestar. Y entre espejismos en esas soledades de amplios horizontes y un mirar de ojos entrecerrados por la luminosidad del entorno, creyó ver en la pampa que terminaba cerca del salar, las huellas que buscaba, pues efectivamente había unos hoyos como de neumáticos que patinan... pero ¿Dónde estaba la avioneta? A no ser que hubiese carreteado hasta el límite del barranco hacia el salar y se hubiese precipitado al vacío. Le gustó la idea y desde ahí levantando el brazo le indicó a Leandro que avanzara hasta donde estaba.

Llegando Leandro, le indicó que le llevase hasta el límite de la pampa con el barranco que daba al salar. La curiosidad de éste iba en aumento; observaba atentamente todos sus movimientos y veía como deambulaba de un lado a otro, y ahora le decía que le llevase hacia el salar, ya no entendía nada, por lo que dejando a un lado toda prudencia, le preguntó de sopetón. ¿Perdone usted, pero qué anda buscando? A lo mejor si me dice yo le puedo ayudar. -No, no es de su incumbencia, usted lléveme a los lugares que yo le digo y mejor no haga preguntas indiscretas.

Leandro sintió las duras palabras de don Hugo y ya no habló más, solamente contestaba cosas vagas a sus preguntas. Llegando hasta el mismo límite, Hugo se bajó y recorrió un buen trecho de la pampa en sentido perpendicular, buscaba las huellas del carreteo; se fijó en las huellas de los neumáticos de la camioneta que quedaron claramente marcadas en la tierra, por lo tanto se decía, con mucha más razón deberían estar marcadas las huellas de los neumáticos de la avioneta, pero no encontró ningún indicio que le diera una pequeña esperanza. Subiéndose a la camioneta, se apoltronó en su asiento y no se movió más, indicándole a Leandro... vamos al otero.

En el recorrido que hicieron hacia el barranco, pasaron a menos de doscientos metros de aquella hendidura conocida por el lector. Si no hubiera sido tan soberbio con Leandro, quizás otra habría sido su suerte, pues éste, además de ser baquiiano de la zona, tenía como la mayoría de la gente de su

etnia, un sentido especial para detectar cualquier anomalía del terreno por pequeña que fuera. Ellos por naturaleza se dedican al pastoreo y conocen como nadie cada metro del terreno en la cordillera; no hay que olvidarse que ancestralmente recorrieron y siguen recorriendo sin prisa todos sus recovecos buscando algunas briznas de plantas salvajes o matorrales para alimentar a sus piños de llamas y de manantiales de agua fresca para saciar su sed.

Por suerte el viento del desierto no había descubierto nada de lo oculto. Llegando al otero, le preguntó. ¿No hay ninguna mina trabajando por las cercanías? -Si, hay unas cuantas, pero lejos de aquí, están en aquellos cerros que se divisan al fondo. Hugo, desechó la idea de ir tan lejos pues no encontraba provechoso hacerlo; dejó pasar un rato, mientras escudriñaba atentamente la geología del terreno, esperando encontrar algún indicio de algo, sin darse cuenta estaba pensando en voz alta. ¿Cómo dijo usted? preguntó Leandro al escuchar algunas palabras. -No, no es nada, estaba pensando en voz alta. Y enseguida preguntó; -¿Conoce usted por casualidad a un minero de la zona de nombre Jon? La cabeza de Leandro se aturdió, claro que conocía a Jon, pero no sería él, el que dijera nada, primeramente tenía que saber quién era y qué buscaba; para salir del paso, preguntó a su vez. -¿Jon cuánto, cuál es su apellido? -No, no sé, solamente sé que se llama Jon y que estuvo hace poco en Bolivia. -Si no sabe su apellido será difícil encontrarlo, esta es una zona minera y hay infinidad de minas y mineros, y debe haber varios de ellos de nombre Juan. -No dije Juan, dije Jon, respondió secamente.

Ya estaban a la vista aquellas rocas cercanas al cerro ¿¿qué hacemos? preguntó Leandro. A la izquierda a poco andar está nuevamente la depresión y por la derecha damos vuelta al otero y seguimos la pampa hacia el sur. -Pare un poco, vamos a tomar un refresco y después le da vuelta al cerro por la derecha y recorreremos la pampa hacia el sur. Hugo no se bajó, tomó el refresco sentado en el asiento de la camioneta, estaba extenuado. Leandro sí se bajó y se sentó en la roca más cercana, se extrañó al verla que estaba partida,

pero no comentó nada, pensó, debe haber sido algún rayo, pero no recordaba ninguna tormenta últimamente y la rotura de la roca era nueva, pues los cortes estaban todavía frescos y notorios, generalmente después de un tiempo esos cortes toman otro color mas oscuro y redondeado, no nos olvidemos que en el desierto la erosión es fuerte pues el viento no deja de soplar día y noche. Bebió su refresco y subió a la camioneta. -Cuando usted diga, Don Hugo. -Sí, partamos mejor, aquí no hay nada más que hacer.

Regresaron por el mismo camino que llegaron hasta la bifurcación, ahí entraron a terreno desconocido; tomaron rumbo sur y recorrieron por medio de la pampa como dos horas, desviándose de vez en cuando, tanto al este como al oeste. El seguía escudriñando todo el terreno, cualquier bulto que sobresalía del llano pedía ir a verlo. Después de la pregunta que hizo de Jon, no habló más del asunto minero, se dedicaba a observar todo. Leandro, calculando la hora y lo que les restaba de luz, le insinuó, "si queremos regresar con luz diurna, ya tenemos que dar la vuelta", además la pampa termina un poco más adelante y después viene un largo trecho de cerrilladas y quebradas. -¿Cuánto queda hasta el final de la pampa, preguntó Hugo? Debe quedar como media hora más de recorrido. -Bien, vayamos hasta el final de este llano y después regresamos, pero lo vamos hacer más al oeste, ojalá visualizando el término de la pampa en esa orientación.

Leandro no necesitó más indicaciones, enfiló hasta el final del llano y llegando allá, Don Hugo le hizo zigzaguear con la camioneta a uno y otro lado por toda la pampa. Eso es lo que le intrigaba a Leandro y se preguntaba...¿qué busca este hombre que mira con tanta insistencia a todos los lados!, no tenía la respuesta, ni se imaginaba lo de la avioneta, pero pensó para sí: Jon o Martín tienen que tener la respuesta.

El regreso fue bastante más rápido, pues ya había empezado a obscurecer y no había mucho más que ver. De noche y cansados llegaron a la ciudad. Leandro dejó a Don Hugo en la hostería y se fue a su agencia a guardar la camioneta, no

estaba más que el sereno, así que no tenía que dar ninguna relación del viaje a nadie, lo que le alegró sobre manera.

Hugo se dio una buena ducha y se dirigió al bar, a olvidarse de todos los malos ratos que le tocó pasar en el desierto, se acordó de su trago preferido y pidió un burbujeante “gin con gin”, y unas tapas para masticar algo, no tenía apetito, pero siempre es bueno comer algo antes de tomar alcohol, lo tomó con deleite, y se decía, “quien me manda venir a esos desiertos perdidos”. Repasó mentalmente cada momento vivido y en las respuestas del baquiano, no encontró nada anormal, nada que le hiciera sospechar que sí sabía algo de la avioneta, por otro lado, ya le había catalogado como ignorante, al hombre no se le podía pedir más.

Al no encontrar la avioneta en toda aquella pampa, especial para aterrizar en cualquier emergencia, dejaría el asunto hasta ahí, porque era como que se hubiera esfumado o sencillamente era verdad que la avioneta estaba perdida en la selva y no en el desierto, como pensaba él. No quiero seguir pensando en eso, se dijo mentalmente; como estaba cansado terminó con sus tapas y su trago y se fue a dormir.

Ya dijimos antes que el clima en el desierto es helado, hace de verdad frío, durante el día las temperaturas pueden subir fácilmente a 25 grados, pero no tenga la menor duda que en la noche y de madrugada, se encontrará con temperaturas muy bajas de 1 o 2 grados. Hugo sabía eso, por lo tanto se dijo mentalmente, mientras no esté alto el sol, no salgo de la hostería; encargó que le despertaran a la 0900 hrs. Todavía no había resuelto qué hacer al día siguiente, no quiso obligar a la mente a seguir trabajando, por lo tanto apagando la luz, sonrió, al escucharse decir... ¡no jodas más Hugo!

Despertó apesadumbrado y desanimado, no le gustaba la ciudad donde estaba, hacía demasiado frío y el ambiente y la gente no eran de su agrado, además le quedaban solamente tres días para que terminara el permiso, por lo tanto era poco lo que podía hacer; de todas maneras ya había descartado salir nuevamente a la cordillera, en ese momento lo que quería, era recuperarse bien, pues el

rostro lo tenía completamente colorado, estuvo demasiado tiempo expuesto al sol y al viento sin sombrero, reconoció que actuó imprudentemente.

Tomó la decisión de embarcarse esa misma noche hacia su lugar de trabajo, que quedaba ochocientos kilómetros más al sur; cerca de allí, a sesenta kilómetros hacia la costa, había un balneario, ahí esperaría el término de su permiso laboral, lo malo era que sus aguas eran frías, ni parecidas a las cálidas aguas del mar en el norte. Ya había decidido dejar su trabajo, lo haría con calma y sin llamar mucho la atención, todavía no sabía donde se iba a radicar, desde luego no sería en ninguna ciudad en altura, buscaría lugares con climas mediterráneos, donde el mar regula la temperatura y rara vez hay heladas o calores tórridos.

El asunto del minero llamado Jon, lo descartó, pensó que no tenía mayor trascendencia para sus fines, después de cerciorarse que en la pampa no estaba la avioneta; había ido hasta allí, pensando que la iba a encontrar en algún lugar de esa inmensa llanura; ahí sí que podría haber algún nexo entre el tal Jon y lo que andaba buscando, pero no fue el caso, por lo tanto no tenía porqué no creer que fue a Bolivia invitado por su amigo brasileño para ir a la selva. Con satisfacción pidió en la conserjería que le sacaran pasaje para la noche.

Leandro no hallaba las horas que amaneciera, la noticia que tenía que darle a su amigo, lo tenía nervioso. Sabía que Martín era madrugador, por lo tanto muy de mañana ya estaba tocando su puerta, éste que ya estaba desayunando, no demoró ni un segundo en salir a ver quien era, al encontrar a su amigo en la puerta, se extrañó, pero tomándolo del brazo le hizo entrar a la casa y tomaron juntos desayuno. ¿Qué te trae tan temprano amigo Leandro, le preguntó? No sé cómo empezar amigo, pero te tengo que comunicar algo que quizás tú sepas de que se trata, porque yo no entiendo nada, pero intuyo que algo grave pasa.

La agencia donde trabajo me mandó a la cordillera con un turista que solicitó un vehículo con tracción en las cuatro ruedas, y de un chofer que fuera baquiano de la cordillera.

Así que ayer salí con un señor de unos cincuenta años, más bien grueso, dijo que era geólogo, tenía un plano de la zona y me indicó que le llevase a la pampa donde está el otero; pero lo curioso que al cerro ni lo miró, estaba preocupado de revisar la pampa en toda su extensión, y de conocer el lugar exacto del abra entre los cerros de la cordillera. No me gustó el talante del hombre, es soberbio y prepotente, se llama Hugo y está alojado en la hostería, ahí lo dejé anoche; lo extraño del caso es la pregunta que me hizo, me dijo de repente. ¿Conoce usted a un minero llamado Jon que estuvo hace poco en Bolivia? Imagínate la sorpresa mía, por supuesto que no le dije nada, recuerdo que le dije, “debe haber muchos mineros por aquí llamados Juan”, y se me anduvo molestando, porque me contestó “yo no he dicho Juan, he dicho Jon”.

A pesar de la amistad que le unía a Leandro, Martín se hizo el desentendido y disimuló lo mejor que pudo, atinó solo a decirle, “precisamente en este momento iba a buscar a Jon para ir juntos a la mina, mejor digámosle a él tu encuentro con esa persona”. A los pocos minutos estaban en la casa de Jon, pero en lugar de tocarle la bocina para que saliera, se bajaron y tocaron la puerta de su casa, Jon salió dispuesto a subirse a la camioneta pero al ver a Leandro, le preguntó jocosamente, pensando que iba con ellos. ¿Nos vas a mostrar alguna buena mina? Después de darse un apretado abrazo, le respondió, “tú sabes que si supiera algo ya le habría mostrado a Martín, no soy egoísta”, y le contó sobre la pregunta que le hizo Don Hugo y su respuesta, en referencia a un tal Jon. Bien dicho le dijo Jon, pero no pudo ocultar del todo la sorpresa de la noticia, se notó en el gesto de asombro y preocupación de su cara; se repuso rápidamente e impartió las instrucciones. Martín vas a tener que ir solo a la mina, pues yo me quedo con Leandro, quiero que me muestre a ese tal Hugo sin que él nos vea. Así quedaron, por lo que Martín sin hablar salió y subiendo a la camioneta partió rumbo a la mina, Jon y Leandro quedaron en casa, haciendo hora, pues era muy temprano.

Amigo mío, todavía no te puedo contar el problema que

hay con el hombre llamado Hugo, créeme, no lo conozco, pero él conoce a un buen amigo mío boliviano y tienen un caso serio, te diré que es un hombre de cuidado. -Ya me di cuenta ayer, es un hombre muy desagradable, no es buena compañía para salir a la cordillera y es en esos parajes desolados cuando se conoce a las personas, le respondió con calma Leandro. Y continuó, Jon, no tienes que decirme nada, somos amigos y eso basta, así que no te preocupes; a las nueve voy a ir a la agencia a dar cuenta del viaje de ayer y después vamos a la hostería y te muestro al hombre.

Jon estaba nervioso, no sospechaba como Hugo dio con su paradero. La única persona fuera del entorno familiar de Agustín y Leonor, que sabía algo sobre su persona, era Isabel. ¿Pero que vínculo podría haber entre Isabel y la mafia? Por su seguridad y la de Martín, era necesario que supiera algo más en relación a Hugo, por ejemplo, de dónde venía y en qué llegó, pensó que en la hostería debían saber. - ¿Leandro, tienes algún amigo en la hostería? - Sí, uno de los nocheros es amigo mío, ayer estaba él de turno, somos bastantes compinches, pues me toca ir a buscar turistas de madrugada y me entiendo con él. Bien, entonces hazme un favor, necesito saber de dónde venía, seguramente debe estar anotado de qué ciudad pidieron la reservación para el alojamiento. De acuerdo contestó Leandro, como todavía es temprano, debe estar aún de turno, tú espérame aquí y yo te averiguo, de donde vino y cuando se va.

Tuvo suerte, su amigo todavía no había terminado el turno; no hubo problema en averiguar lo que le pidió Jon, así supo que llegó de Iquique y se iba al sur en la noche. Como ya era cerca de las 09.00 horas, pasó a su agencia a dejar el informe del día anterior a la cordillera y enseguida enfiló hacia la casa de Jon; en cuanto le contó la procedencia de Hugo, Jon tuvo claro todo el panorama, ahora sabía que fue Isabel o Matías, seguramente sin mala fe, no tenían porqué tenerla, pues no conocían el tema principal. El mal ya estaba hecho, no sacaba nada con maldecir contra esas dos personas, tenía que ser realista y actuar en consecuencia.

La prioridad número uno era conocer a Hugo, saber como

era sin que él lo supiera y para ello tenía que contar con Leandro, a quien le dijo; acerquémonos hacia la hostería, pues estando aquí no vamos a tener oportunidad de verlo. Mientras caminaban hacia la hostería, pensaba, porqué habría decidido viajar al sur sin amarrar antes lo que vino a buscar, él no tenía duda que buscaba la avioneta, pues según Leandro, primeramente le preguntó por el “ abra” entre los dos países y después se dedicó a revisar toda la larga pampa y la depresión hacia el salar, más claro no podía ser, sí, efectivamente buscaba la avioneta, y quizás al no encontrarla, dio por finalizado el caso en Chile y se decidió por la teoría de que la avioneta estaba en algún lugar de la selva en Bolivia.

Se sentaron en unas especies de banquetas que estaban esparcidos por el parque que había cerca de la hostería, eligieron uno con buena vista a la entrada principal, cualquiera que entrara o saliera, ellos sabrían, no tuvieron que esperar mucho para ver salir con toda parsimonia al nombrado Hugo. Jon llevó una cámara fotográfica y escudándose tras el tronco de un viejo pimiento del parque, obtuvo varias fotos; lo siguieron de lejos para saber todos sus movimientos, se dirigió directamente a una feria artesanal, ahí aprovechó Jon para sacarle más fotos, mezclado con la gente que compraba recuerdos.

Leandro tuvo que ir a su trabajo, por lo que Jon quedó solo vigilando todos los movimientos de Hugo. No le perdió pisada durante su estadía en la feria, no habló con nadie en especial; sí compró algunas pequeñas figuras tanto de piedra como de género, representando a conocidos monumentos históricos del interior, declarados de interés nacional. Casi al mediodía salió de la feria y se dirigió al centro de la ciudad, entrando a un café, esperó pacientemente a que saliera y cuando lo hizo, se dirigió directamente a la hostería. En ningún momento se cruzaron y menos se miraron directamente a los ojos, ahora estaban en igualdad de condiciones y quizás él le aventajaba, pues ahora le conocía.

Jon se fue directamente a su casa, quería pensar en

soledad y sacar conclusiones certeras, pues de ello dependía la seguridad de muchas personas, empezando por la de Martín y la de él. Si Hugo dio con su paradero sin tan siquiera conocerse, con mucha más razón, la mafia mandaría a Santa Cruz a sus secuaces y darían con Leonor y Agustín, eso le angustió, pero no podía hacer nada, solamente avisarles, y prevenirles para que actuaran con mucha más precaución de lo normal.

La llamada telefónica contestó Pilar, le dijo que Agustín estaba recorriendo la hacienda con los compradores de ganado, estaban reuniendo los novillos con el peso indicado para la venta y recién llegaría al atardecer. No le importó mucho a Jon que no estuviera Agustín, ya hablaría después con él; se alegró al escuchar la voz de ella, se notaba que ella también estaba contenta, hablaron un poco de todo, ninguno de los dos daba señales de querer cortar la conversación. Desde que la conoció, a Jon le gustó Pilar, era la quinta esencia de la femineidad, bien proporcionada sin ser bella ni exuberante, exhalaba esa espiritualidad contagiosa que unida a su mirada limpia y siempre risueña y amable, atraía sin querer hacerlo, era una joya.

Bien, entonces le llamaré entrada la noche como a las 23,00 hrs, saluda a tu madre y a los niños... adiós, y cortaron la conversación. Al colgar el teléfono se dio cuenta que se había emocionado más de lo normal, desechó rápidamente de la mente cualquier idea y terminó pensando en voz alta, siempre la respetaré, primero porque ella merece ser respetada y segundo porque es la señora de mi amigo Agustín.

Puntual llamó a las 23,00 hrs, Agustín, que ya había sido advertido por su esposa, estaba esperando su llamada; grande fue la alegría mutua al escucharse, se conocían tan poco y sin embargo parecía que fueran amigos íntimos desde la infancia, así era la alegría que se notaba en sus palabras. Jon le contó todo lo relacionado con la ida de Hugo a su ciudad, y le previno de cualquier persona desconocida que anduviese por los alrededores de su casa. También debía prevenirle a su hermana y preocuparse de ella, pues estaba muy desprotegida; en caso que notase algo anormal,

lo más aconsejable era hablar con sus abogados para que pidiesen protección policial; no tenía la menor duda que tanto Hugo -ya lo demostró-, como los capos de la mafia, al no estar Álvaro ni Ramón, querrían apropiarse de la planta de cocaína, lo malo en este caso es que no sabían que ya no existía, ni tampoco iban a creer en ello si les dijeran ahora, ahí radicaba la gravedad; en ese sentido, ya lo dijimos, Ramón cumplió a cabalidad con el juramento que hicieron con Álvaro, ni tan siquiera le comunicó a su esposa, menos a Hugo. Jon sabía, que al tratar de conseguir información sobre el lugar exacto de la planta -que ya no existía-, eran capaces de las mayores atrocidades y las personas más expuestas, eran precisamente las más queridas para él: Agustín, Pilar y familia, Leonor y su hija.

Sabía que Leonor se acostaba tarde, por lo tanto cortando la conversación con Agustín, la llamó, no estaba muy seguro en hacerlo, todavía había sentimientos encontrados y hubiera preferido que pasara más tiempo, no estaba preparado para pedir o dar solución a su caso, es más, en todo ese tiempo ni tan siquiera dedicó un momento a pensar en ello, estaba convencido que tenía que darse solo, sin presiones de ninguna especie y sin atolondramiento, pero ahora había una razón poderosa y no podía eludir la responsabilidad, además haciendo una mirada retrospectiva, le debía eso y mucho más, pues no podía negar, que fue el hombre más feliz del mundo al poseerla, ya que era una mujer sensual y hermosa, una verdadera hembra, digna de los dioses.

Tenía miedo que la inflexión de su voz, denotara ansiedad o inseguridad, mejor dicho que no diera la sensación de naturalidad, que es lo que quería que ella notara. Contestó en forma personal, seguramente desde el dormitorio; las primeras palabras de saludo se dijeron en forma entrecortada y con algunos signos de nerviosismo, después todo fue fácil; recordaron momentos felices, y toda aquella emoción de los primeros momentos íntimos que tuvieron, el de ella era el mismo tono de voz, que pedía acercamiento, que daba confianza, ni parecido al seco tono de las palabras de la última noche y de la despedida.

Le costó introducir el tema principal de la llamada, que no era otro que prevenirla de su seguridad y la de Merceditas, por los últimos acontecimientos, pero se dio cuenta que no le daba importancia a eso. Para Leonor lo principal era la llamada de él, y se aferraba a ello, nuevamente la soledad le estaba mordiendo sus entrañas, quería estar con él, se había acostumbrado a sentirse deseada y no quería perder esos momentos de felicidad, pero no quería sentir ese placer con cualquiera, quería solamente con él, con su forma silenciosa de amar, con sus caricias y mimos en su cuerpo, con la delicadeza y al mismo tiempo con su virilidad, no se explica de otra forma esa obsesión por él, pues para una mujer hermosa como ella, siempre hay hombres esperando su oportunidad y no tendría por qué sufrir esa suerte del deseo no satisfecho.

Leonor escuchaba las palabras de él, pero no prestaba atención a ellas, siempre iba a lo suyo, hasta que Jon con la voz más ronca tuvo que decirle. -Entiende Leonor, todavía no puedo ir, además si mal no recuerdo, la que pedía tiempo para pensar eras tú... ¡o te olvidaste ya!. -Ya lo he pensado Jon querido, quiero estar contigo para siempre. -Leonor, esto me recuerda al primer encuentro nuestro, tú sabes que después cambiaste. -Sí, pero ahora estoy segura que te quiero, que te necesito. -No sigas con eso Leonor, trataré de preparar un viaje rápido a esa y ahí conversaremos de todas estas cosas. Y ahora presta atención a lo que te quiero decir. Si ves merodeando algún extraño cerca de tu casa-finca, avísale enseguida a Agustín, él sabe qué hacer, por favor, no te olvides, es muy importante, te repito, no te olvides, pues hay mucha gente buscando lo de Álvaro.

Era ya media noche cuando Jon colgó el auricular, se sentó pensativo en su escritorio, a meditar las conversaciones que tuvo esa noche. Con Pilar y Agustín, fue todo normal, fue tal como esperaba, escuchó palabras de amistad sincera y deseos de verse otra vez, sin segundas intenciones, pero con Leonor la cosa fue distinta, por eso que se resistía hablar todavía con ella, no tenía la solución a los problemas que le podría haber planteado, tampoco creía en ese amor

declarado, sí pensaba que se encontraba muy sola y quería romper la enervante monotonía de la soledad con alguien que la acompañara en su abandono, pero eso no indicaba que le amara, sino que buscaba compañía y ella le retribuía con su entrega total, que en realidad no era poca, pues ya hemos dicho, era una hermosa y deseada tentación.

No tenía sueño, estaba demasiado inquieto para tenerlo, en su soliloquio se escuchó decir, ¿Por qué serán tan volubles las mujeres? Quería creer en una vida en común con Leonor, pero se daba cuenta que era difícil, los estilos de vida eran demasiado diferentes para que pudiera cuajar una relación definitiva. No le interesaba una vida cómoda en Bolivia liada a sus faldas, él tenía su vida propia y no pensaba cambiarla por otra más fácil, pero anónima, y estaba seguro que ella tampoco viviría en Chile solamente por querer estar con una persona determinada; cuando una relación se afirma en gran porcentaje en el sexo, muy pronto se llega al hastío por la cotidianidad de los hechos y el vacío espiritual de la unión y al final se busca cualquier resquicio para romper el compromiso y poder elegir otro amor, por muy hermoso que haya sido el anterior, eso es así, porque así se preocupa de enseñarnos la universidad de la vida.

Recordó aquella anécdota histórica que grafica ese aserto. “Se cuenta que en tiempos del rey de Francia Luis XIII y el Cardenal Richelieu, ante la afición del rey por las cortesanas, el cardenal amablemente le indicó la inconveniencia de ese actuar, aduciendo además que la reina era tan hermosa como las cortesanas. En una de sus cacerías el rey invitó al cardenal e indicó a su cocinero el plato preferido de su Eminencia el Cardenal Richelieu, “faisán”; de modo que le servía faisán a la comida y faisán a la cena, preparado de distinta manera, hasta que el Cardenal después de varios días, solicitó al rey humildemente que quería probar “gallina”, a lo que contestó el Rey. ¿Entiende ahora su Eminencia mi proceder? “Si su Majestad”. Al término del recuerdo, sonrió maliciosamente y como era bien avanzada la madrugada, apagó la luz de su escritorio y se acostó.

CAPITULO XVIII

Por la misma época que Hugo visitaba las pampas chilenas, la dirección máxima del cartel de la mafia en La Paz, enviaba a dos sicarios a Santa Cruz, a indagar algo en referencia a la planta de cocaína que les surtía; para ello tenían dos nombres que les dio Hugo: Una señora de nombre Leonor -esposa de uno de los desaparecidos llamado Álvaro y socio en la planta- y el hermano de ella, de nombre Agustín. No entendían porqué no les dio el nombre de la señora del otro socio desaparecido, pero eran órdenes superiores y tenían que acatar.

Sabían que tanto Álvaro como su esposa Leonor, eran miembros de antiguas familias cruceñas y que tuvieron o tenían todavía grandes extensiones de terreno colindante con la selva, y que una de las haciendas era administrada por Agustín. Pensaban que eso les ayudaría a encontrarlos; además estaba Félix, encargado del cartel en la zona, y su lista de consumidores y entre ellos debía de haber también elegantes dandis, que seguramente conocían al matrimonio, como personas de su ámbito social.

Llegando a Santa Cruz, fueron directamente a conversar con Félix, quien ya estaba sobre aviso, y no hizo falta averiguar nada en referencia a Leonor y Agustín; él no los conocía personalmente pues no eran consumidores ni tampoco frecuentaba su círculo social, pero sí sabía donde

vivían ambos, eran conocidos en Santa Cruz y consideradas como personas pertenecientes a familias de abolengo de la región.

Tenían claro que la planta de cocaína debía estar en los confines de la selva, escondida entre la maraña selvática y seguramente en terrenos que pertenecían a uno de los socios, Álvaro. Félix les comunicó, del aviso publicado en el diario de la ciudad referente al desaparecimiento de dos personas en una avioneta en la selva, se suponía cercana a la frontera con Brasil, y eran precisamente, Álvaro y su socio, llamado Ramón. Y recién dos días atrás, se publicó otro aviso anunciando la venta de la hacienda de Álvaro, daban como referencia a un estudio jurídico de la ciudad.

Pensaron que la manera más fácil y sin levantar sospechas de conocer la hacienda, era presentarse como interesados en la compra del campo, pero no se atrevieron a tomar esa decisión sin antes preguntar a sus jefes la nueva situación. Menos mal que así lo hicieron, pues la orden fue, el regreso inmediato a La Paz y no hacer ninguna otra averiguación. En La Paz, pensaron que para esa operación debieran ir personas de más alto calibre, con más peso específico, con personalidad de empresarios que saben lo que quieren; y si no tenían resultado por esos medios, sencillamente compraban la hacienda y después se dedicaban con calma a encontrar la planta o quien sabe... a construir una nueva.

Esa idea prevaleció en la reunión que tuvieron los capos de la mafia, para ello llamarían a Hugo, desconocido en las esferas sociales y comerciales de Bolivia y que fue el nexo que tuvieron con los fabricantes de la cocaína, con el fin que fuera el interlocutor junto con uno del cartel en la posible compra de la hacienda y también para que tratara nuevamente con la viuda los movimientos de Ramón, y conocer algún detalle que antes se le podía haber escapado.

Hugo, tal como había planeado pidió el retiro de la minera y estaba cumpliendo el aviso correspondiente cuando recibió la comunicación de sus amigos bolivianos, no le hizo mucha gracia, pues pensaba alejarse de esa vida peligrosa y

vivir una tranquila existencia en alguna ciudad de la costa chilena, había reunido suficiente capital para ello en todos esos años dedicados al negocio ilícito de las drogas, pero no se atrevió a desobedecer la orden. Él conocía los violentos métodos de los narcotraficantes y también sabía que no se sale tan fácilmente del negocio y de la familia, por lo tanto esperaba una mejor oportunidad para ello, tenía que hacerlo sin levantar sospechas y en la forma más anónima posible. Primeramente compraría la casa en alguna ciudad de la costa y después de un tiempo, se alejaría definitivamente de ellos, él sabía como hacerlo, conocía la forma de actuar y el pensamiento de los capos.

Llegaron en avioneta al aeródromo de Santa Cruz, aparentando ser empresarios agrícolas. Hugo actuaba como jefe junto al argentino Facundo -era el nexo que tenían en el vecino país-, este último actuaba como conocedor y experto en asuntos del agro. Ambos eran desconocidos en los círculos empresariales bolivianos. Félix les puso al día en todo lo relacionado con la firma de abogados que tenía a su cargo la venta de la hacienda.

Recorrieron durante dos días las partes asequibles de las quince mil hectáreas que decían tenía la hacienda, sin encontrar rastros de una posible planta. Verdaderamente Álvaro y Ramón, hicieron un trabajo de relojería, meticuloso y profesional cien por ciento, a tal extremo, que uno de los días, los expedicionarios almorzaron precisamente en aquel pequeño prado con el riachuelo y los pajarillos revoloteando sobre sus cabezas, donde estaba instalada la planta y no había ni el más mínimo rastro de ella, claro que también ayudó la exhuberancia de la vegetación en la selva.

Hugo y Facundo se dieron por vencidos, efectivamente no había tal planta, pero sí les gustó el lugar, era apropiado para los fines que querían sus superiores, sobre todo a Hugo, que lo único que quería era terminar lo antes posible con el encargo que le encomendaron y buscar la oportunidad para alejarse definitivamente, por eso que iba a recomendar la compra de la hacienda a puertas cerradas, la hermosa casa patrimonial le gustó sobre manera... si no hubiera hecho ya

sus planes, le gustaría vivir en ella, era señorial, siempre le gustó las cosas finas y elegantes; estaba un poco descuidada, pero con una pequeña inversión, le daba nuevamente su majestuosidad. Con esos datos regresaron a La Paz. Allí ya habían decidido olvidarse de emplear métodos violentos, pues no convenía para sus planes llamar la atención, más bien buscar la forma de complementar sus negocios con la construcción de una planta propia.

Con el informe de los enviados, decidieron comprar la hacienda, el valor era lo de menos, el negocio de las drogas daba para eso y mucho más. Pensaron en un negocio de fachada, pero un negocio donde no se ocupara mucha gente, y para ello nada mejor que la ganadería. Una de sus tantas sociedades acogió en su giro este nuevo negocio de la ganadería. Facundo se encargó de contratar personal especializado en el negocio de la crianza y engorde del ganado, los trajo de Argentina. Dejaron un terreno amplio cercano a la casona y sus alrededores para sus fines y construyeron las casas y los corrales en la parte sur de la enorme hacienda, bien alejada de la casa patronal.

Pocos días después se firmaban las escrituras de la venta de la propiedad a los nuevos dueños. Leonor no quiso asistir a las negociaciones, dio poder a su hermano para que actuara en su nombre. Por poder de la nueva sociedad, actuaron Hugo y el abogado jefe de clan mafioso. Al ser presentados tanto Hugo como Agustín, se miraron con detenimiento, como midiéndose, para Hugo no había duda quien era él, lo tenía claro, y Agustín intuía que ese tal Hugo era el socio de Ramón y por lo tanto, el hombre de la mafia, pero ya las cartas estaban echadas, no se podía hacer nada, había que seguir con el trámite hasta el final.

CAPITULO XIX

A los pocos días de haber sostenido las conversaciones con Agustín y Leonor, Jon pensó que lo mejor era ir a visitarlos y prevenirles para que tomaran todas las precauciones que el caso ameritaba, no confiaba en Hugo, porque si se había tomado la molestia de ir hasta el desierto chileno, era bien capaz de ir a Santa Cruz y extorsionar a sus amigos, lo peor que lo haría acompañado por los sicarios del cartel de la droga y ahí estaba el peligro. Esa misma noche habló con Agustín para que fuera a esperarle al aeródromo de la ciudad en seis días más. La alegría de éste fue grande, se notaba en el tono de voz; estaba preocupado pues quería finiquitar en buena forma el asunto de la herencia de su sobrina Merceditas, sabía que no podía contar con su hermana, pues se negaba hablar del problema, ni tampoco quería involucrar a su esposa, por lo tanto no quedaba más que Jon, era el único en quien confiaba fuera de su familia.

Agustín esperó pacientemente los seis días, no quiso hablar de eso con su hermana, pensó... que se entiendan ellos directamente; no tenía duda que él hablaría con su hermana sobre su llegada y si no fuera el caso, lo alojaría en su finca, no había problema, pues Pilar, también estaba de acuerdo, ya habían hablado sobre el asunto. Jon estaba indeciso en llamar o no a Leonor, finalmente decidió hablarle, pero no resultó agradable la conversación. Al decirle que no se preocupara del alojamiento, pues pensaba hacerlo con Agustín en su finca, ella se enfureció y dejó en claro que sería

una ofensa a su persona y que hablaría con Agustín, para que no se metiera en sus cosas y terminó diciéndole, “desde ya tendrás arreglada en la casa de huéspedes tu habitación, te estaré esperando”; la muy ladina sabía que una vez que Jon entrara en su casa, era pájaro cazado, sabía que tenía suficientes atributos femeninos y confiaba en ellos para la encerrona. Jon tuvo que prometerle que se alojaría en su finca, pero con la condición que no peleara con Agustín, así quedó sellado el acuerdo.

Desde el momento que colgó el auricular, Leonor empezó a vivir mentalmente la presencia de Jon en la casa, estaba emocionada como novia, ni se le pasaba por la mente la idea que no habría una segunda luna de miel; confiaba plenamente en ella y porqué no decirlo en la bonhomía de él, ya no le importaba tanto que no estuviera enamorado de ella, le bastaba que le dijera que la amaba y que le echó de menos, aunque en su fuero interno supiera que no todo era verdad; necesitaba sentirse amada y acurrucarse y ser abrazada tiernamente por brazos fuertes y velludos y sentir el cosquilleo de ellos junto al roce y posesión de su carne, esa necesidad era imperiosa si no quería volverse loca o caer en el fango y quedar a merced de sus pasiones insatisfechas, estaba en el límite de sus fuerzas.

No quedaba mucho ya de aquella mujer fría y orgullosa, dueña de sus actos, con una vida cómoda y elegante, casada con uno de los hombres más apetecido por las mujeres casaderas de la ciudad y que a pesar que en un momento determinado no quedaba mucho amor entre ellos, podía satisfacer sus agobios sexuales dentro del matrimonio, pues no era de las que frecuentaban los círculos sociales, buscando posibles relaciones con personas de moda que frecuentan esas reuniones.

Ahora Leonor, era una mujer solitaria, insatisfecha, y despechada, demasiadas cosas al mismo tiempo, no podía entender como su marido se dedicó de cuerpo y alma a su oscuro negocio dejándola poco menos que abandonada, y con el final de todos conocido, pensaba que no merecía ese trato; sabía que tenía que rehacer su vida, pero no sabía

cómo hacerlo, pero mientras tanto, Jon era su hombre elegido: discreto, educado y amable, no pertenecía al círculo social de la ciudad, así nadie podía indicarle con el dedo su actuar.

No estaba segura si le amaba, no sabía distinguir entre lo que es amor y necesidad, o quizás es lo mismo en tiempos distintos, se vive con lo primero, pues sin amor no hay vida plena, pero se alcanza la plenitud, es decir, la felicidad completa, combinando ambos conceptos, el espiritual como amor y el carnal como anhelo de satisfacción; recordó aquella frase que escuchó en una oportunidad, "Si no quieres sufrir, no ames, y si no amas ... ¿Para qué quieres vivir? Se daba cuenta que era difícil aunar ambos conceptos, reconocía que no tenía experiencia en eso del amor. Su maternidad cubrió todas las otras necesidades o pensó que las hacía y no se preocupó de ellas, pues tenía a mano parte del remedio, pero ahora se daba cuenta que hay otra vida además de la maternidad... qué ingenua fue.

No menos complicado estaba Jon, tampoco era el típico Don Juan que anda buscando nuevos rostros femeninos para mostrar sus dotes de galán, era más bien un hombre tranquilo dedicado a su trabajo y al cuidado de su madre, no por eso dejaba de tener amistades femeninas, pero no pensó en formalizar una unión tipo matrimonio con todo lo que eso conlleva.

Sabía que tenía que ser cauto, no caer en el juego que le podía presentar Leonor, no quería ser presa de sus insatisfacciones, de su necesidad de seguir sintiéndose hembra-mujer, y todo eso, a pesar que era hermosa, pues cualquier hombre hubiera dado un mundo por alcanzarla. En realidad se daba cuenta que no estaba enamorado de ella, era agradable y quizás la necesitaba en su condición de mujer, también por su entrega total, en ese sentido era lo que los hombres sueñan, pero después aparecía la mujer en su verdadero rol y se imponían las partes de los genes de su ancestro anglosajón: la altanería y frialdad en su trato normal de vida. En su soliloquio, comparaba lo que le podía deparar una velada con Pilar y otra con Leonor, por

supuesto que salía perdiendo esta última. ¿Qué significaba eso? No quiso dar forma a su pensamiento, las respetaba.

En una segunda reflexión, más pausada, más mundanamente pensada, se dijo: pero qué importa todo eso, son ilusiones de la mente, demasiadas abstractas para ser consideradas como parámetros del diario vivir, hay que tomar de la vida lo que ella te pueda dar sin hacer daño a nadie, y recordó una frase que le gustó, “hay que dejarse querer”, sonrió socarronamente y siguió pensando “vamos a ver cómo se presentan las cosas”, pero no iba a desaprovechar las oportunidades que ofrece la vida y que ella le podía brindar, al pensar esto último se sonrojó un poco, todavía quedaban en él ideales de vida.

Y en una tercera y última reflexión, salió a relucir lo que la mente muchas veces oculta en algún recoveco secreto del cerebro, pero que quedan al descubierto al insistir en buscar todas las posibilidades para actuar en determinados momentos, y son pequeños lapsos de luminosidad, pequeños haces de luz, que duran un abrir y cerrar de ojos, pero que bastan para iluminar y guiar en el íntimo deseo disfrazado de pudor, y se dijo... “Qué tanto debe importar entregarse al deleite mutuo, si son actos voluntarios que no dañan a nadie”. Se decidió, tomaría de la vida todo lo que ella le diese y no estaba equivocado al recordar que ninguna mujer le dio tanto cariño y entrega como Leonor. ¡Que no era por amor a él!, sí, seguramente no lo era. ¡Que era para satisfacer su deseo reprimido! sí, en parte, seguramente así era. No tenía por qué preguntarle si lo amaba o no. ¿Acaso él la amaba? No lo podría asegurar. ¿No se dicen en esos momentos de éxtasis palabras tiernas con significados misteriosos? ¿Alguien pregunta después lo que quiso decir? No, decisión definitiva, trataría de pasar lo mejor posible, y no pensar más en el asunto, no sería él obstáculo para esa clase de felicidad.

Después de terminar su reflexión, pensó en lo injusto que eran los hombres al juzgar a las mujeres la inconsistencia de sus actos en la vida. ¿No eran ellos igualmente volubles en sus deseos, siempre que tuvieran la oportunidad de

escoger? El problema es que las mujeres tienen muchas más veces que los hombres la palabra final, de ahí viene la incomodidad de ellos, al tener que someterse la mayoría de las veces a los caprichos de ellas.

Como todo llega en la vida y pasa, llegó el día señalado para su viaje y se vio sentado en el avión que le trasladaría directamente a Santa Cruz, se conectó de nuevo con Agustín y cambiaron los planes, quedaron de acuerdo que no le fuera a esperar al aeródromo, fijaron en un bar el lugar de su encuentro. Jon pensaba que todavía no estaba todo dicho y no quería que les vieran juntos, por seguridad para todos. Fue placentero el viaje, durante un largo trecho fue contemplando las cumbres de los cerros de la Cordillera de los Andes, después vino una meseta verde, tapizada de puntos negros que debieran ser caseríos perdidos en esa inmensa sabana y que apenas se veían y al poco rato y al perder altura por la proximidad del aterrizaje, se veían campos trabajados con pequeños poblados y poco después se escuchó la voz de la jefa de cabina anunciando la llegada al aeródromo de Santa Cruz, donde aterrizaron sin problemas.

Al bajarse del avión, sintió un leve soplo, aspiró con fruición el suave y cálido viento tropical que le llegaba, le gustó, le llenó todo su cuerpo de ansias y esperanzas, no sabía explicar porqué, fue una buena bienvenida. Abordó un taxi y fue directamente al encuentro con Agustín; grande fue la alegría de ambos, después de un apretado abrazo, seguían palmoteándose amigablemente y diciéndose palabras que no alcanzaban a terminar, así de felices estaban.

Tomó la palabra Agustín y le indicó, “sube pronto a la camioneta para dejarte en casa de mi hermana, mañana paso a buscarte temprano y almorzamos con Pilar en mi casa”. Jon solamente sonrió, no quiso mirarle a él, pues sabía que iba a encontrarse con una maliciosa y disimulada sonrisa; en el viaje le contó someramente el viaje de Hugo a su ciudad y la sospecha que tenía de Isabel y Matías. -Agustín le interrumpió diciéndole: “yo te dije como era Isabel”, pero estoy seguro que fue una casualidad, nunca haría algo

indebido al respecto, yo la conozco bien y sé que es una buena persona. Referente a Matías lo conozco de siempre, lamentablemente cayó en la droga y de él se puede esperar cualquier cosa. Tomando la palabra Jon, indicó lo positivo de todo eso, y es que ahora ya conocía a Hugo, en la maleta traigo las fotos que le saqué.

Al poco rato estaban entrando a la amplia propiedad de Villa Mercedes. Se bajaron cerca de la entrada principal; al parecer Leonor les estaba esperando pues salió enseguida, después de saludar a su hermano, se dirigió donde estaba Jon, su andar era señorial, no perdía nunca la compostura, al acercarse a él, abrió sus brazos y se unieron en un abrazo recatado y con palabras de buena crianza; acto seguido ordenó al jardinero que dejara la maleta del señor en la casa de huéspedes. Agustín miraba todos estos movimientos y no sabía qué pensar, o quizás no conocía a su hermana tan bien como pensaba. Había imaginado algo más efusivo, pues sabía el interés que demostraba ella cada vez que tocaban el tema de la venida de Jon y eso estaba muy lejos de expresar aquel sentimiento que se notaba en sus conversaciones.

Era media tarde ya y a pesar que el sol todavía estaba alto, Agustín aduciendo que no quería llegar tarde a casa, se dirigió hacia su camioneta diciéndoles que se iba, no sin antes recordarle a Jon “mañana te vengo a buscar temprano”. -Éste mirando a Leonor como buscando su anuencia, le dijo: “mejor tomemos desayuno juntos y después nos vamos”. -Si por supuesto confirmó ella, te esperamos mañana temprano a desayunar y saludos a Pilar. -También de mi parte le gritó Jon. Agustín subió a la camioneta y partió raudo, sonriendo para sí y pensando en voz alta, “eso está mejor”.

Llegó el tan temido y al mismo tiempo esperado momento de estar solos; antes de entrar a la casona, Jon, pidió permiso para ir a su habitación en la casa de huéspedes y refrescarse un poco, -eso era lo de menos-, quería estar solo un rato para serenarse y actuar de acuerdo a su forma de ser, sin precipitarse, y para eso necesitaba un poco de calma y sobre todo estar solo con sus pensamientos. Aprovechó de cambiarse y ponerse ropa apropiada para la ocasión, tenía

la experiencia sobre la costumbre que se usaba en la casona; al bajar se acordó del jardín y de la vueltas que daba por aquel estrecho sendero aspirando el aroma de los rosales y las otras variedades de flores que había.

No pudo contener la tentación de arrancar aquella bellísima rosa que sobresalía entre todas en aquel hermoso rosal, para llevársela a ella... nunca sabrá porqué lo hizo, en verdad no tenía costumbre de llevar flores a sus amigas, pero sencillamente, lo hizo, quizás fue un arranque de sinceridad, por todo lo que ella le había dado y demostrarle con eso que sí le importaba, que quería ser su amigo, en una relación de amistad sin compromisos de unión permanente. Intuía por todo lo que había podido observar, que ella también estaba por lo mismo, faltaba solamente que hablaran sobre el tema con calma y sinceridad, y esa era la ocasión propicia para hacerlo.

Dio una última vuelta por el jardín y se encaminó directamente a la puerta de entrada de la casona; le abrió la misma doncella de la primera vez, se saludaron con muestras de afecto y le hizo pasar a la sala de espera; pero él, en cuanto se retiró la doncella para avisarle a la señora su llegada, se dirigió al escritorio que lo recordaba muy bien, le gustaba el lugar, era más íntimo y acogedor, prefería esperarla ahí, además todos aquellos libros le iluminaban. No tuvo que esperar mucho, Leonor apareció más guapa y seductora que nunca, verdaderamente era una bella mujer, todavía no estaba cerca de él, cuando le expresó... Intuía que te iba a encontrar aquí, sé que es tu lugar preferido de la casa. -¿Estás segura de eso?, le contestó él, ofreciéndole la bella rosa roja y mirándola fijamente a sus bellos ojos azules, que se iluminaron al añorar aquellos momentos de felicidad plena y no precisamente en la oficina; todavía con la rosa en la mano se acercó y se unieron en un cálido y apretado abrazo, olvidándose de todos los monólogos habidos y por haber y de todas las dudas de la conveniencia o no de lo que hacían; abrazados todavía se besaron larga y apasionadamente.

Ya habían roto esa línea difusa de la incertidumbre de

un nuevo encuentro, esperado sí, pero lleno de dudas sobre las reacciones propias de la personalidad de cada uno, al parecer se deseaban más de lo que pensaban. Jon sabía que el estilo de vida de Leonor, no era el estar buscando amores de momento, era demasiada orgullosa para eso, lo había demostrado con creces; y él tampoco era de los que vivía buscando amores fáciles, Leonor fue su última pareja de sexo y de eso ya habían pasado largos meses, a lo mejor eso explicaba en parte la necesidad y naturalidad de la actuación de ambos.

Tomados de la mano pasaron a la sala a conversar, Jon se ofreció a preparar un martini, pero ella alargando su brazo le insinuó al oído, sentémonos primeramente un rato y después preparas el aperitivo; la historia se repetía, eso debieron pensar cada uno de ellos en el momento de sentarse en el mismo sillón y repitiendo cada movimiento, era como que el tiempo se hubiera detenido. Sus ansias por estar juntos crecían en cada mirada y en cada contacto de sus manos, hasta que no aguantaron más y levantándose sin decir palabra, tomados de la mano, subieron una vez más las escaleras que conducían a la pequeña antesala del segundo piso, desde donde se iba a las distintas habitaciones y estrechamente abrazados entraron a la habitación de ella, y se amaron apasionadamente.

Tantas horas gastadas en reflexionar sobre la conveniencia en la forma de actuar y... "zás", se fue todo por la borda, bastó que se encontraran solos un momento para borrar de una plumada todas las buenas intenciones y volver al mismo lugar de donde partió todo... qué débil es la carne. Leonor sabía lo que hacía, confiaba en su seducción, sabía que si lograba alojarlo en su casa, lo demás era cosa de tiempo y además corto tiempo, ella nunca puso en duda que llegarían a eso, lo deseaba con todas sus fuerzas y cuando una mujer está en esas condiciones es muy difícil que se le escape la presa, tiene muchas formas de atraparla.

Jon, levantándose le dijo: "ahora sí que me tomaría un rico martini"; ella extendiendo sus brazos quiso atraerle nuevamente hacia ella que seguía tendida en la cama, pero

él no cedió, solamente le dijo: “no seas perezosa, levántate, mira que la noche es joven todavía”.

No te extrañe que lo encuentres fuerte, voy a cargar un poco la mano al Gin, volemós un poco esta noche, Jon escuchaba sus palabras y no podía creer que salieran de su boca mientras preparaba el aperitivo, ella estaba sentada en el sillón y asintió con un movimiento de cabeza mientras le miraba como embelesada, se notaba lo contenta que estaba con la presencia de él en la casa, no lo podía disimular, se preguntó... será amor ó solamente necesidad de la presencia de un hombre; no estaba tan segura de eso último, presencia de un hombre, sí, pero no de cualquier hombre. No quiso pensar en la palabra enamoramiento, ni tan siquiera estaba segura de saber lo que significaba, creía que Jon era la persona que más cerca estaba de lo que simbolizaba para ella esas dos palabras tan manoseadas y que se dicen con tanta facilidad, “estoy enamorada”.

La llegada de Jon con los tragos, la sacó de su ensimismamiento, se levantó y acercándose mimosamente a él, brindaron por el feliz reencuentro... cuántas cosas más se dijeron con sus miradas, pero había que serenarse y tomar todo aquel ambiente de magia con calma, había tiempo para disfrutar de cada una de las fantasías que podían haber forjado sus mentes en todas aquellas largas veladas nocturnas sin poder dormir o tratando de dormirse con la imagen del otro, ahora por fin, estaban juntos, y había que poner orden a sus emociones sin que se desbordasen, no era asunto de prioridades, sino que tratar cada cosa a su tiempo y Jon tenía claro que ese era el momento de disfrutar de un rico aperitivo hablando un poco de todo y entendiéndose con las miradas, la de él, risueña, la de ella, tierna e insinuante, en ese sentido las mujeres son más osadas, exteriorizan más sus sentimientos, sobre todo cuando están en confianza.

De repente Jon preguntó: ¿Qué me has preparado para cenar? Leonor respondió con otra pregunta ¿Por qué piensas que mandé preparar algún plato en especial? -Porque sé lo amorosa que eres en algunas ocasiones, respondió Jon con

una sonrisa, y pienso que ésta es una de ellas, además sabes que me gusta la perdiz, en aquella salsa rica. -Mira Jon, no quiero enojarme contigo, pero encuentro que has llegado un poco petulante, antes no te hubieras atrevido a hacerme esa pregunta... y ¿Por qué usas esa expresión “en algunas ocasiones”?, eso me ofende, porque siempre he tratado de ser contigo lo más sincera y amable posible. -No es para tanto Leonor, y acercándose la acarició y la tomó de la cintura acercándola a su cuerpo. Parece que estaba esperando esa muestra de cariño porque fue como un bálsamo, aprovechó ese momento de calma para decirle, tomemos un sorbo de este rico brebaje que preparé y olvidémonos de todo lo dicho. -Bueno, de acuerdo, y sí, mandé preparar “perdiz a la cazadora”, respondió ella, apoyando su cabeza en el hombro de él haciendo un puchero con su boca... pero era una sorpresa, que tú echaste a perder. -Todo lo contrario, desde ya, la estoy saboreando y gracias por acordarte de mi plato preferido.

Jon, baja a la bodega y elige el vino, a la derecha están los Premium, que sea una noche memorable, le indicó Leonor. -Di mejor, la continuación de una noche memorable le respondió él haciéndole un guiño. Después del Martini a las rocas, se les estaba soltando la lengua. A pesar de su estado alegre, se sentaron en la mesa en sus respectivas sillas con la solemnidad que Leonor daba a las comidas. -Dime Jon... me echaste de menos. -Tú sabes Leonor que no soy bueno para esa clase de conversaciones, yo también te podría preguntar a ti lo mismo. -Hazlo, no te quedes con las ganas. -No, no lo voy hacer, más me interesa el reencuentro y estos momentos íntimos, disfrutemos de ellos, sin escarbar ni hacer preguntas, y si estamos juntos de nuevo, es porque nos encontramos a gusto, hay una atracción especial, mejor no le demos nombre, dejémoslo solo como “atracción especial”. -Como quieras Jon, pero no dejes de amarme, sobre todo esta noche tan especial y mágica, y ahora hagamos un nuevo brindis por nosotros y dejemos a un lado las diferencias.

Así se desarrolló toda la cena, en un ambiente de

intimidad, la tenue luz de las velas en aquellos hermosos candelabros ayudaba a ello. Leonor sabía dar ese toque sutil y romántico a las veladas, tenía ese gusto especial por las cosas bellas enmarcadas en cuadros de ambientes románticos, todo estaba predispuesto al romanticismo y al amor, lo asombroso, es que lo hacía con una naturalidad pasmosa, como que siempre hubiera hecho lo mismo -de ahí vino mi error la primera vez que estuve con ella, pensó él- y ahora sabía que no era así, lo que tenía era una imaginación muy rica y era una mujer que necesitaba ser amada y había estado abandonada demasiado tiempo.

Jon alabó el sabor exquisito de la perdiz a la cazadora y levantando la copa con vino brindó nuevamente con ella y le agradeció el gesto que tuvo al acordarse de su plato preferido. Pero las mentes de ellos no estaba en la mesa, se miraban como queriendo decir, bueno, quién se levanta primero; bastó un leve movimiento de ella y lo hicieron juntos, pasando al salón; no tardaron mucho en llegar los cafés y sobre el mesón del pequeño bar estaba el cognac favorito de Jon, fino detalle, que no pasó desapercibido por él, quien acercándose a ella, la besó apasionadamente al tiempo que le daba las gracias por acordarse nuevamente de sus gustos.

Sírveme un poco de tu licor, le pidió ella con palabras susurrantes. -Pienso que no deberías tomar, pues es de muy elevado grado alcohólico. -Pero tú mismo dijiste antes que era una noche para volar, dijiste exactamente "volemos un poco esta noche", respondió maliciosamente Leonor. -Eres increíble y además qué buena memoria tienes. -Deja de hablar y brindemos nuevamente por nuestro feliz reencuentro y mirándose a través de las copas que habían adquirido un color ambarino por el licor vertido, brindaron al seco, al tiempo que ella decía con una sonrisa maliciosa, " vámonos, antes que la noche se nos haga vieja" y tomados de la mano sin más preguntas ni respuestas subieron las escaleras directamente a la habitación, al entrar ella le runruneó. "Jon, no nos olvidemos de hacer mágica esta noche". -Él por toda respuesta, la abrazó a tal punto que

ella tuvo que decirle mimosamente... déjame respirar, pero seguía abrazándola con intensidad, hasta que depositándola suavemente sobre la cama, la poseyó, y juntos se dieron al dulce juego del amor, ella suspiró con esa complicidad que se da entre el deseo y el delicioso deleite de la mujer satisfecha. No supieron más de sus vidas, la mañana los encontró abrazados y somnolientos.

Apurémonos Leonor, que Agustín debe estar al llegar. -Con mi hermano no hay problema, él sabe que te amo, se lo he dicho y está de acuerdo, es más, me anima a seguir contigo, respondió suavemente ella. -Sí, está bien, pero prefiero estar en el comedor cuando llegue él y no que nos vea bajar juntos de tu dormitorio, es un asunto de delicadeza, nada más, yo también le he hablado de nuestra relación, pero esto es algo solamente nuestro, tuyo y mío y de nadie más, así quiero que siga. -Está bien Patrón, respondió maliciosamente Leonor y enseguida le dijo, baja tú primero que estás listo y yo bajo enseguida.

Jon aprovechó el instante para ir a su habitación y cambiarse de ropa, estaba en eso cuando sintió el ruido del motor de una camioneta, miró por la ventana y efectivamente era Agustín. La puerta de la casona la abrió su hermana y entraron juntos a ella, separándose un poco, Agustín mirándola a sus risueños ojos, le dijo, "esta mañana te ves radiante". -No empieces con esas cosas, pero sí, me siento muy bien, respondió ella con la cabeza gacha.

Se te nota, no hace falta que lo reconfirmes y de lo cual me alegro mucho, me gusta ver a mi hermana feliz y alegre, y entraron al comedor abrazados todavía; al poco rato llegó Jon. El desayuno ya estaba servido, Agustín le dijo entre risas, dijimos temprano, por lo tanto desayunemos y partamos, pues tenemos mucho que recorrer. Leonor como no queriendo, le preguntó. ¿A qué hora regresan? Después te llamo le contestó raudo su hermano.

Enfilaron directamente a la hacienda de Agustín; en el trayecto Jon le recalcó todos los pormenores en el delicado asunto con Hugo y sacando de su carpeta la fotografía de él se la mostró; a pesar que estaba manejando, echó una

mirada de reojo y comprobó su sospecha, pues lo reconoció en la fotografía como uno de los que firmaron la compra de la hacienda de Álvaro y aprovechó de informarle a Jon. En realidad no le pareció mala persona, es más, era el más interesado en que se comprara sin mayores averiguaciones, mucho más difícil fue el trato con el argentino y con el abogado, si no hubiera sabía el nombre, hubiera catalogado a Hugo, como una buena persona.

Jon no podía creer lo que le contaba Agustín. Pues precisamente uno de los motivos de su apresurado viaje a Bolivia, fue para preparar la estrategia en su posible lucha contra Hugo y sus secuaces, y ahora resulta que salen comprando la hacienda de Álvaro. ¿Quería decir entonces, que se olvidaron de la planta de cocaína que habían instalado en la hacienda, y por consiguiente que no había peligro para Leonor y Agustín? Sí, era posible que fuera así, pues al comprar tenían todo el tiempo del mundo para encontrarla. Jon no tenía duda, siempre pensó que Hugo sabía que la planta estaba en algún lugar de Santa Cruz y qué mejor que ubicarla en la hacienda de uno de los socios, sobre todo si colinda con la selva, estaba clara la intención, si no la encontraban, seguramente ellos construirían una, pero ese ya no era problema de él.

Al poco rato llegaron a la hacienda de Agustín, no estaban en casa ni la señora ni los niños, por lo tanto pasaron directamente a la oficina. Se notaban preocupados, tenían que barajar de nuevo el naipe, se daban cuenta que con la venta de la hacienda, a los jefes de Hugo, desaparecían los temores a la mafia y por lo tanto, todo volvía a la normalidad, no estaban todavía seguros de ello, pero parecía que así era. Tomando la palabra Agustín le dijo, con esto no tienes por qué temer que te vean en la ciudad, ya podemos hacer una vida normal y conocer todos los lugares interesantes que hay. -Todavía no, Agustín, quiero tener claro el panorama, ya te conté que estuvo en el desierto, y nadie se molesta tanto, si no tiene algún interés especial. Lo que no sabían ellos, era el cambio radical que Hugo quería dar a su vida, alejándose del cartel de la droga y retirándose a vivir en una forma anónima a una ciudad de la costa chilena.

Tengo una buena noticia, le informó Agustín, conversé con los socios japoneses y están de acuerdo en ampliar el negocio de las reses Wagyu a la parte central de Chile, encuentran ventajas comparativas para exportar cuartos completos y desde aquí, están pensando en enviar ciertos cortes de carne vía aérea, es lo mismo que habíamos pensado nosotros, por lo tanto solamente nos queda fijar fecha para visitar y comprar alguna hacienda o fundo como lo llaman ustedes en la parte central de tu país. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Jon, quien le dijo, en cuanto vuelva me pongo en campaña y cuando haya elegido tres o cuatros fundos, te comunico para que viajes a Chile y podamos elegir el que más te guste.

Ante el entusiasmo que notó en Jon al oír la aceptación de los socios japoneses, Agustín, tocándole el hombro, le dijo: -No corras tan de prisa, todavía tenemos que ver muchas cosas aquí, empezando por la bolsa cuyo contenido tú conoces; no te olvides que llegaste ayer nada más y no quiero que Leonor crea que yo soy la causa de tu rápido alejamiento, por lo tanto analicemos todo con calma y después decidamos los pasos a dar, lo importante es que tanto tú como yo, estamos resueltos a dar el paso siguiente de la compra del campo, de las reses Wagyu y de toda la implementación necesaria, no te olvides que los japoneses son muy exigentes.

Sintieron el ruido de un motor, Agustín levantándose le dijo, es Pilar que viene con los niños, efectivamente los niños corrieron a abrazar a su padre y Pilar con Jon también se abrazaron felices, era una amistad muy bonita, se notaba en la alegría de sus rostros al verse nuevamente. Después de los consabidos saludos pasaron al salón, al tiempo que Pilar les decía, “tómense un aperitivo, mientras yo preparo la comida y pongo la mesa”.

CAPITULO XX

Hugo estaba jugando sus cartas, rehusó quedarse por más tiempo en Santa Cruz, alegando control médico para una supuesta afección al corazón, diciendo, “me quedaré los días necesarios para finiquitar en buena forma la compra, pero después debo viajar a Chile y de ahí a mi nativa Colombia”. Al abogado de los capos, no le quedó otra que aceptar y comunicar a sus jefes la decisión de Hugo.

Se acordó de su amiga Isabel, aquella bella criatura que conoció en la playa y que la dejó por ir al desierto, ahora reconocía que fue uno de los mayores errores que había cometido en su vida. Dejar aquel bocado exquisito para ir a maltratarse a la cordillera, había que estar loco, pero se reconocía como apasionado para todo y en aquel momento lo tenía loco el asunto de Ramón, la avioneta y por supuesto, su contenido. Bajó resuelto a la administración del hotel a tratar de conseguir algún dato que le facilitara su dirección, no era hombre que se amilanara por esas cosas, tenía mucha experiencia en esa clase de situaciones.

No tardó mucho en saber todo lo que quería; Isabel era muy conocida en la ciudad, en primer lugar por su belleza y su forma de vida liberal sin ser escandalosa, y también porque era miembro de una de las familias más acaudaladas de la región, así supo que vivía indistintamente en la hacienda cercana a la selva o en la finca familiar en

las afueras de la ciudad. Hugo, como hombre de mundo, compró el ramo de flores más hermoso de la florería y habiendo tomado contacto telefónico previamente, tomó un taxi y se encaminó directamente a la finca, donde estaba por esos días Isabel.

Isabel, apenas se acordaba de aquel hombre que conoció en la playa; para no mentir, ya lo había sacado de su mente. Cuando recibió la llamada telefónica, su primer impulso fue no seguir con la conversación, pero cuando le habló de la playa, recordó que había sido muy amable y que le invitó aquel trago tan rico, hizo un poco de memoria y se acordó del nombre “Gin con Gin” y decidió corresponder a la amabilidad que él tuvo con ella, por lo que le invitó a que la visitara. Subió a su habitación y después de observarse en el espejo, pensó... estoy bien así, se alisó con las manos su cabello y bajó nuevamente, no tuvo que esperar mucho, pues al poco rato llegó el auto que traía a Hugo.

La casa era señorial, tipo californiana, se llegaba por una larga alameda y a ambos lados de la huella, se veían cuidados prados y hermosos jardines, con las más diversas variedades de flores, era una finca de ensueño; ella le esperaba muy cerca de la entrada, donde terminaban las escalinatas que subían hacia la casona. El saludo fue más bien protocolar, él le entregó el hermoso ramillete de flores al tiempo que decía, “me doy cuenta que esta variedad de flores que tienes aquí, son más hermosas que estas”. -Eso no tiene importancia, lo que vale, es el detalle, el gesto, la caballerosidad que no se debe perder nunca, contestó con una sonrisa Isabel. -Eres muy amable, tienes la clase que nos gusta a los hombres, respondió suavemente Hugo. -Ella hizo como que no le escuchó, al tiempo que se daba vuelta, diciéndole, “vuelvo enseguida, voy a indicar que las pongan en agua”.

Mientras entraba a la casa, Isabel pensó, “este todavía piensa que está en la playa”, tendré que tener cuidado con él, no tengo ninguna prisa, le tengo que enseñar que los tiempos los pongo yo, los toma o los deja, no tiene otra alternativa si quiere mi compañía y eso todavía no lo he decidido, se

traslucía la altivez de su alcurnia. Se notaba que estaba acostumbrada a esa clase de juegos y casi siempre ganaba, Jon fue uno de los pocos que se le escapó, en ese momento se detuvo y haciendo un mohín con la boca, pensó... qué será de él, sonrió maliciosamente pensando que lo tuvo a tiro de honda, pero todavía no perdía la esperanza.

Cuando se dio vuelta Isabel y entraba a la casa, Hugo la quedó mirando hasta mucho después que traspasara la puerta interior del recibidor, donde la veía a tras luz, cómo su esbelta figura se movía cual palmera impulsada por el cálido soplo del viento sur, y nuevamente se recriminó diciendo "que tonto fui al dejarla sola con aquel mequetrefe en las cálidas arenas e irme a la cordillera". No podía dejar de pensar lo hermosa que era, y ahora la tenía ahí, delante de sus ojos, pero se daba cuenta que las situaciones eran distintas, no estaban en la playa, no tenía la ayuda del ambiente relajado playero con los trajes de baño y los bikinis e intuía que debía andar con pies de plomo, ser más cauto en eso de las insinuaciones, el ambiente no era el mismo.

Llegó Isabel y le sacó de su ensimismamiento preguntándole. ¿Te gustaría dar una vuelta por los jardines o prefieres que entremos? Demos una vuelta por el jardín y admiremos tus flores. Ahora comenzaba la hora de la verdad, Hugo no había preparado ningún plan, pensando que era llegar y actuar, confundió totalmente los ambientes, era demasiado apasionado, demasiado vehemente, se dejaba llevar fácilmente por el primer impulso que tenía y muchas veces quedaba mal parado.

Mientras daban vueltas por el amplio jardín y trataban de nombrar a cada flor por su nombre, dando tiempo a que se serenasen los espíritus, ella sabía que en algún momento él trataría de insinuar algo referente a un encuentro, pero jugaría las cartas a su manera, se daba cuenta que era deseada y también sabía que era joven y hermosa todavía para estar a merced de los caprichos de los hombres, si había que jugar al amor, de acuerdo, pero le gustaba amar y ser amada en el tiempo que ella elegía y eso incluía a la persona y el lugar.

Hablaron de mil cosas, a pesar de su dominio en asuntos femeninos, Hugo no sabía cómo dirigir la conversación a lo que le interesaba; estaba ante una mujer inteligente y además con experiencia en esos mismos temas, que no dio ninguna oportunidad, más bien daba la impresión que no estaba interesada, pero era una persona educada y cortésmente le dijo, “ ahora que ya hemos roto el hielo del encuentro, me gustaría que se quedara a comer y así de paso me cuenta qué lo trajo a Santa Cruz” . -Me gusta su forma directa de abordar las cosas, si no es mucha molestia, acepto la invitación y continuó... ¿le molesta que fume? -No, para nada, yo le acompaño, indicó Isabel, al tiempo que le decía, sentémonos.

Es una larga historia, empezó diciendo Hugo, pero la voy hacer corta, para no aburrirla. Fui mandatado por unos empresarios de La Paz, para encontrar una Hacienda grande y comprarla, no muy cerca de la ciudad y a poder ser hacia la selva, creo que van a colocar un negocio ganadero, pues me está asesorando un experto ganadero argentino que vino a cooperar en la compra de un buen campo, estamos ya en los últimos trámites, a lo sumo nos demoraremos seis o siete días más en arreglar pequeños detalles que faltan. Isabel, haciendo un gracioso gesto con las dos manos, le interrumpió diciéndole. Si no es indiscreción ¿Se puede saber hacia que lado de la ciudad? Y siguió, le pregunto eso, porque nosotros tenemos una extensa hacienda colindante con la selva, exactamente al este de la ciudad, casi a la altura de Corumbá, frontera con Brasil, y en medio nos cruza el Río Grande. -Has nombrado dos palabras que las pronunciaron durante las conversaciones, recuerdo que el que actuaba como vendedor de nombre Agustín, pronunció esos sitios de Corumbá y Río Grande, de modo tal, que pienso que debe ser para el mismo lado.

Isabel no tenía la menor duda, que se trataba de sus amigos Agustín y Leonor, que eran casi vecinos en las haciendas, por eso le preguntó. ¿Nombraron en algún momento el nombre de Leonor? Sí, la conoces, contestó rápido Hugo. Se estaba poniendo interesante la conversación, así podría indagar

un poco más sobre ellos, pero enseguida recordó que él ya quería dejar todo lo relacionado con la mafia y retirarse a un lugar tranquilo, por lo que no siguió preguntando más. -Sí, somos amigos desde la infancia, pero hace tiempo que no les he visto. -Si los quieres saludar, pasado mañana tenemos que juntarnos en el buffet de los abogados y así de paso podríamos comer juntos, el compromiso es con Agustín, pienso que también va a ir su hermana, le invitamos a ellos y si no quieren, comemos solos los dos. -Si es una invitación, la acepto, me gusta la idea, respondió Isabel. -Por su supuesto que es una invitación, te llamo mañana y confirmo la hora y el lugar.

Sintieron unos pasos y era Genoveva, madre de Isabel, venía a cortar unas rosas para adornar la mesa, pues iban a comer madre e hija solas, ahora había un invitado, pero la mesa familiar era demasiado grande para tres personas. Él se levantó prontamente y galanamente la saludó con el beso en la mano, al tiempo que le decía, me llamo Hugo y soy amigo de su hija. Isabel, levantándose le dijo “madre, invité a comer a mi amigo”, ella solamente sonrió aceptando con una inclinación de cabeza. Genoveva, era una dama distinguida, descendía de una de las familias más encopetadas de Santa Cruz, siempre mantuvo en alto su estima ante la comunidad, y se les conocía como personas respetables. Poco después se levantaron para ir a comer. No le preguntó nada personal a Hugo, siempre mantuvo esa distancia de buena cuna, conversaron de temas generales tanto de Bolivia como de Chile y Colombia, todos ellos eran personas educadas y con mundología.

Yo te dejo en el centro, se ofreció alegremente Isabel. Ya era media tarde cuando se levantaron de la sala donde tomaron el café con los licores respectivos. Fue una velada muy agradable, Hugo dejó una buena impresión tanto en la madre como en la hija, cuando quería ser simpático, lo era, tenía oficio para ello. En el camino Isabel aprovechó de conversarle del negocio de la familia en la selva, el negocio de la madera, precisamente le dijo, en unos días más parto a la Argentina y Chile en plan de negocios. -Hugo no dejó

pasar la oportunidad, la única en todo el día, y con una cara de humildad que hasta a él mismo le extrañó, le dijo: si te parece cuando llegues a Chile, me llamas y gustoso iré a encontrarte y así podremos celebrar algún buen negocio que hayas hecho. Isabel, mientras manejaba ladeó la cabeza hacia Hugo y sonriendo maliciosamente, le dijo: no sería mala idea, sobre todo como tú dices, si hay de por medio un buen negocio. Aunque no soy muy católico, rezaré para que te vaya bien en tu negocio, le respondió él, devolviéndole la maliciosa sonrisa. Ambos rieron de buena gana.

Habían llegado ya a la ciudad, le dejó en el hotel y se excusó de bajar alegando que iba a la oficina principal de la empresa. Hugo se bajó y antes de cerrar la puerta le dijo, “mañana te llamo y te doy la información y no te olvides que comemos juntos, con ellos o sin ellos”, esperó a que partiera ella y entró al hotel, se fue directamente a su cuarto, quería analizar toda la conversación que tuvo con Isabel y sacar conclusiones. Ahora que la conoció un poco más, la catalogó como esas mujeres de mundo que se solazan mirándose en el espejo y esperando la respuesta que ellas ya saben, pues viven pendientes de los detalles de su figura. Como el espejo es mudo, y además realista, en este caso le devuelve la imagen esbelta y bien proporcionada, de una elegante joven que se sabe hermosa y deseada por los hombres. Hugo conoció en su vida y en el ambiente que se desenvolvía a varias bellas mujeres de las mismas características, que no se amarraban con nadie, sobre todo si todavía son jóvenes. Buscan amor, cuando sienten su cuerpo lacerado por el deseo, pero ni así, dejan al otro la iniciativa, aman en el momento que ellas eligen y no les importa con quién (el ejemplo más claro era el de la playa con aquel mequetrefe) con tal de dominar la situación.

Él, como macho dominante, tenía la receta para esa clase de mujeres, así pensaba por lo menos, claro que nunca experimentó con una de la clase de ella, pero en definitiva, se dijo, todas son hembras con las mismas apetencias, les gusta ser cortejadas antes de dar el sí; al principio hay que atenderlas servilmente hasta con humildad, si es preciso,

dejarlas que se habitúen a que las mimen y después poco a poco ir acortando la soga sin que se den cuenta, al final tienes a una mujer entregada y sumisa a los halagos y ya es tuya, por lo menos por un tiempo, hasta que despiertan del sopor y quieren volver a ser ellas mismas, pero para entonces, ya fuiste rey.

CAPITULO XXI

Fue una comida opípara la que les preparó Pilar; los niños se levantaron tan pronto como comieron y ellos quedaron conversando una larga sobremesa en un ambiente distendido y amigable. Agustín tenía la palabra pues era el que entendía de las reses Wagyu, le comunicó a su esposa lo que habían decidido con Jon, comprar un campo en la parte central de Chile y ampliar el negocio, Jon entraría como socio de la compra en Chile y se haría cargo de su administración, como respuesta Pilar alzó su copa y brindó por la sociedad, los tres se unieron con gran alegría en el brindis.

Jon estaba emocionado por las muestras de cariño y la acogida que tuvo en ese hogar, con esa naturalidad y amabilidad, propia de las almas buenas, a excepción de su madre, nunca se sintió tan cercano a persona alguna, se sentía como en familia. Pilar, discreta como siempre, se levantó de la mesa diciendo, “les dejo solos para que hablen de sus negocios”, ellos también se levantaron y se encerraron en la oficina, Agustín llevó la bolsa con las gemas preciosas. Ver la bolsa nuevamente, a Jon le impresionó y recordó todo aquel episodio del desierto con Álvaro, pensaba que había olvidado, pero no, al menor indicio de algún recuerdo, volvían nuevamente las evocaciones con las dramáticas imágenes de Álvaro moribundo que quedaron grabadas para siempre en su retina. Agustín se dio cuenta del shock

y abriendo la bolsa desparramó un poco del contenido sobre la mesa, quería sacar a Jon de sus pensamientos y dar vuelta la hoja de la tragedia; le dijo: “créeme que no sé cómo convertir estas gemas en dinero efectivo”, porque para comprar el fundo necesitamos dinero, he pensado lo siguiente, no sé que te parecerá a ti, te lo explico.

Tenemos que comprar un campo de unas dos mil hectáreas mínimo, para dar cabida a una cantidad determinada de reses, cosa que haya una rotación sostenible de matadero de unas 300 novillos mensuales, eso para empezar, los contratos que vamos a firmar con los japoneses son de mucho mayor monta, pero por experiencia sé que debemos empezar con pocos animales y después paulatinamente ir en aumento hasta la cantidad convenida, de ese modo también, tendrás el tiempo necesario para asimilar y experimentar todas las enseñanzas. No estaría mal que empezaras aquí tu aprendizaje, en nuestro campo, así tendrías las lecciones directas de un experto japonés y aprenderías de primera fuente.

Jon iba a hablar pero Agustín no le dejó, tengo algo más que decirte y si estás de acuerdo, no se hable más del asunto y hacemos realidad lo acordado. Los socios de esta nueva sociedad ganadera, seríamos: Tú, Merceditas (actuando su madre como tutora) y yo, seríamos socios en partes iguales, el gerente sería yo y tú el administrador general. Para ello, antes tenemos que comercializar parte de las gemas, las que hagan falta para empezar con el negocio, el resto, depositamos en custodia a nombre de Merceditas en un banco inglés, hasta que cumpla su mayoría de edad, me gustaría que fuera el mismo banco que tenían nuestros padres y con el que hemos operado nosotros. También le depositaríamos las utilidades que le correspondan del negocio, de esa manera cumplimos con la voluntad de Álvaro. Te digo todas estas cosas por si me pasa algo a mí, para que no haya duda del proceder posterior. Tú querías decir algo... verdad, adelante.

Me quería referir al asunto de mi aprendizaje, no puedo dejar sola a mi madre por mucho tiempo. -Jon, eso no es

problema, tú sabes que la casa es grande y podéis ocupar con tu madre todo el lado del oeste, y de ese modo no estaría sola, y cuando tú vayas a los galpones y corrales de los novillos, está Pilar, a ella le encantará hacerle compañía a tu madre. -Te agradezco en el alma Agustín, pero tú sabes como son las personas mayores, no quieren moverse de su casa, la solución podría ser que yo fuera en forma periódica a estar con ella unos días, pero déjame pensar mejor, yo te aviso; además antes tengo que finiquitar mi sociedad con Martín para dedicarme de lleno a esto. Ahora en referencia a la sociedad, no tengo ninguna objeción, es más, agradezco tu generosidad. -No tienes nada que agradecer, si alguien merece eso, eres tú, pues fuiste el que atendiste a Álvaro hasta su último respiro y eso no tiene precio, si supiera Merceditas todo el episodio, estoy seguro que te daría eso y más. -Sí, pero Álvaro ya nos pagó, confesó Jon. -No me interesa nada de lo ocurrido, con este paso que estamos dando, quiero dejar para siempre enterrado el pasado.

Ya era media tarde cuando le dijo Agustín, prepárate, te voy a dejar a casa, al mismo tiempo que le miraba con una sonrisa picaresca, al notar un rubor en el rostro de Jon, continuó diciendo, “es un decir”, no lo tomes a mal, pero en verdad no quiero que se enoje conmigo mi hermana, iba a decir, “no quiero robarle su presa, pero se contuvo, se daba cuenta que podía sonar ofensivo”. Él aprobaba totalmente la relación de su hermana con Jon, pero no quería entrometerse, pues podía echar a perder todo.

Se despidió de Pilar y subió a la camioneta, al tiempo que Agustín le decía a su esposa: “espérame con la cena, pues vuelvo enseguida”. En el camino le comunicó a Jon, que por el día de mañana no podía estar con él, pues tenía que ir al Beni a cerrar un negocio de ganado; y pasado mañana tenemos que ir con Leonor a firmar los últimos detalles y se me ocurre pensar que podemos ir a comer juntos, yo llevo a Pilar y comemos los cuatro. -Me parece bien, solamente temo que alguien de la mafia nos vea juntos, no lo digo por mí, pues no me conoce nadie, lo digo por ustedes que son de aquí y muy conocidos. -Jon, no hay problema, la hacienda

ya fue vendida, que vayan a encontrar la Planta si quieren, no hablemos más de eso.

Leonor hacía rato que estaba al acecho, corriendo el visillo y la cortina del cuarto de su habitación y mirando hacia la entrada de la finca, estaba inquieta y malhumorada, todos los dardos los clavaba en su hermano y pensaba “cualquiera diría que está enamorado de Jon”, por qué se demora tanto en traerlo. En una de sus tantas vueltas por la habitación, vio la ansiada luz de un vehículo entrando a la finca, al acercarse más, reconoció la camioneta de Agustín, le dio un pequeño vuelco el corazón y bajó presurosa al salón, no sin antes mirarse en el espejo y alisarse un poco el cabello.

La doncella, les abrió la puerta y Leonor fue al encuentro de ambos. Agustín, tomando la palabra le dijo: -No tengo mucho tiempo, pues le prometí a Pilar que cenaríamos juntos, solamente quiero recordarte hermana, que pasado mañana tenemos que firmar los últimos papeles y se me ocurrió pensar que podíamos aprovechar de comer los cuatro en la ciudad...¿qué te parece? -Me parece muy bien, pues hace tiempo que no salgo a comer afuera, y Pilar creo que debe opinar lo mismo. -Bueno, os dejo, todavía tengo mucho que recorrer... adiós.

Jon, solamente escuchaba la conversación de los hermanos y por la forma de comportarse se dio cuenta de lo mucho que se querían; no quedaban más que los dos de una familia de seis miembros, los padres y cuatro hermanos, dos de ellos fallecidos, igual que los padres, eso mismo los unió más todavía. -Pasemos al salón, mientras esperamos la hora de cenar, insinuó Leonor. -Si, pero antes quisiera ducharme, estoy medio sudoroso. ¡Acabas de llegar y ya me quieres dejar sola! Y acercándose y tomándole del brazo, le susurró al oído, “me gusta el olor del hombre varonil, sin esencias ni perfumes, me excita mucho más...dame en el gusto”. -Jon, entre halagado y complacido, por respuesta, la tomó de la cintura y la besó tiernamente, así entraron al salón, todavía sonriente le dijo... qué te parece otro aperitivo como el del otro día. -Leonor, poniéndose en puntillas le besó, al tiempo que le decía, por eso me gustas, porque entiendes e intuyes

el significado de los latidos de mi corazón, gracias mi amor, trataré de hacerte lo más feliz que pueda.

La cena como siempre fue de una calidad inmejorable, igual que los vinos, que le tocó elegir a él, cenando pasaron al salón a tomar el café con los licores. Leonor se acostumbró a acompañarle a Jon con el bajativo, costumbre que no tenía antes de conocerlo, pero sentía que le daba más audacia, que perdía un poco el pudor, quizás mal entendido, pero pudor al fin y al cabo, así le habían enseñado a ella, claro que los tiempos cambian, no eran las mismas reglas del tiempo de sus abuelos a sus padres y menos todavía de sus padres a ellos, hubo cambios profundos en la humanidad, con la moral incluida, sobre todo después de la segunda guerra mundial, la libertad se generalizó y muchas veces llegaba al libertinaje, con el slogan "se prohíbe prohibir". Tanto la mujer como el hombre, aprendieron más de sus cuerpos y ya no les asustaban los sermones de los sacerdotes.

Estaban tan cómodos abrazados y acurrucados en el mullido sillón, que no se dieron cuenta, que la noche, como ellos decían "se estaba haciendo vieja". Vamos mi amor, estaremos más confortables en mi cama, quiero apoyar mi cabeza en tu pecho desnudo y sentir tus aromas de hombre, él por respuesta se levantó y la tomó en brazos y subió las escaleras, mientras la besaba en los labios entreabiertos que ella juguetonamente le ofrecía; al entrar a la habitación, le dijo: mañana no tengo nada que hacer, quiero estar contigo hasta que el sol esté encima nuestro, sin que nadie nos moleste. -Tenga por seguro majestad, que sus órdenes serán cumplidas, personalmente me encargaré de ellas, contestó Leonor sonriente y mimosa aferrándose con más fuerza a su cuello, mientras cariñosa jugueteaba con su lengua en la oreja de él.

Jon no recordaba haber estado en la cama hasta las doce del día estando sano y bueno, pero esta vez, estuvo y además lo disfrutó, sintiendo a su lado el hermoso cuerpo desnudo de ella que juguetona le acariciaba y trataba por todos los medios mantenerlo despierto y activo. En un momento de paz, Leonor le sorprendió invitándole a conocer los bosques

que había hacia el Sur. Jon, aceptó gustoso. Mientras Leonor ordenaba la comida campestre, él con Enrique, el chofer, fueron a sacar del garaje que quedaba en los bajos de la casa de huéspedes, el vehículo todo terreno que usaba Álvaro en sus cacerías y que como era costumbre en él, lo dejaba preparado para la siguiente cacería, solamente faltaba echar la escopeta con los cartuchos, que fue lo que le preguntó a Leonor. ¿Dónde guardaba la escopeta del 12? -El que sabe eso es Enrique, contestó ella, los dos se entendían con esas cosas, a mí no me gustan. -Bueno a ti no te gustarán, pero resulta que yo soy cazador y quisiera echar unos pocos tiros, no creo que te molestes por eso. -No, por ningún motivo, si tú quieres cazar, no me opongo a ello, pero entonces tendremos que ir con el chofer, pues yo no sé dónde quedan los campos de caza.

En su vida había visto tantas perdices y cordonices juntas, fue un día memorable para Jon, se cansó de disparar, gozó como hacía tiempo no lo hacía, los dos morrales que llevaba Enrique, venían llenos de perdices y cordonices que había cazado. Leonor que se había quedado en aquel claro, cercano al pequeño riachuelo de aguas cristalinas, donde extendió el mantel con la comida de la merienda-cena, estaba un poco molesta por la tardanza de Jon, pero al verlo llegar tan contento y alegre, se olvidó de su enojo y fue a recibirlo con la mejor de las sonrisas, abrazándole con cariño; más contenta se puso cuando vio llegar a Enrique con los dos morrales llenos de las presas cazadas, Leonor asombrada por la cantidad de aves, le preguntó al chofer. ¿Pero qué pasó Enrique? Nada señora, solamente que el señor Jon, tiene muy buena puntería, nunca antes cazamos tantas aves en tan poco tiempo. -Jon, dirigiéndose a Leonor le dijo... qué te parece que mandes preparar perdices a la cazadora este Domingo, que son tan ricas, e invitamos a Agustín, Pilar y los niños. -Buena idea, pero ahora comamos que tenemos que regresar.

Tal como les prometió Agustín, al día siguiente llegó temprano con Pilar a casa de su hermana, tenían que estar a las diez en la oficina de los abogados para firmar los últimos

detalles del pago de la venta de la Hacienda, decidieron ir todos juntos, en la ciudad verían los detalles de la espera.

Llegando a la ciudad, se separaron; los hermanos fueron al bufete de los abogados y Pilar y Jon se perdieron en aquel hermoso parque con hermosos jardines y saltos artificiales de agua que había al fondo; ya habían quedado de acuerdo en reunirse a las trece horas en el restaurante Amazonas.

CAPITULO XXII

Hugo fue a esperar al aeródromo al abogado jefe de la operación que venía llegando de La Paz con las últimas instrucciones en referencia al negocio de la Hacienda y también de nombrar a un nuevo administrador que recayó en el argentino, Facundo, quien aceptó gustoso, ya que Hugo, tal como él dijera se encontraba delicado de salud y tenía que medicarse en Chile donde estaba su ficha clínica, y no podía hacerse cargo del campo. Conversaron de vanalidades, no había interés de ninguno de los dos en ahondar en los detalles del negocio, todos querían terminar ya el trámite, faltaba solamente entregar el Vale Vista. Tengo instrucciones de invitar a una comida a todos los que han participado en esta operación, los jefes quieren dejar una buena impresión, así que usted, como los conoce más, les invita, yo haré lo mismo con mis colegas del estudio jurídico.

Llegando al hotel, Facundo le explicó al abogado que quería conocer mejor la hacienda, por si le pedían los jefes su opinión sobre la calidad de las tierras, él entendía de eso y le agradó la idea de ser el jefe del nuevo proyecto. El abogado prefería descansar en el hotel, pero decidió acompañarlo; Facundo quería ir para interiorizarse un poco más y revisar con detenimiento la hermosa casona, había quedado intrigado con tal bello palacete casi en los límites con la selva. Hugo se excusó de ir, en realidad estaba

demás su presencia y tampoco le pidió el abogado, éste no quiso comunicarle la opinión de los jefes, por unanimidad decidieron que ya no les era útil, al no contar con la cocaína que les proporcionaba junto con Ramón y no querer hacerse cargo del campo, le daban la oportunidad, por los viejos tiempos, de irse con discreción, en realidad nunca había pertenecido al clan principal. Al llegar de la visita a la Hacienda, trataría de decirle de alguna forma, que después de la entrega de los documentos y la comida de celebración por el éxito de la compra, quedaba en libertad de acción.

Leonor y Agustín fueron directamente a la oficina de sus abogados, trataron de saber un poco más sobre los nuevos dueños de la hacienda, pero todo fue en vano, solamente vieron poderes y nombres de sociedades que no les decían nada, y sus abogados tampoco pudieron indagar mucho más sobre ellos y en realidad tampoco hacia falta. No tardó mucho en llegar Hugo con el abogado; finiquitado el corto trámite de las firmas y la entrega del documento de pago, todo fue felicitaciones y sonrisas de camaradería, se notaba que había sido un buen negocio para todos los actores involucrados en la operación. El momento era propicio y Hugo aprovechó para convidar a los hermanos a una comida de celebración por el buen término de la operación, lo mismo hizo el abogado con sus pares, éstos aceptaron sin mayor dilación, no así Agustín indicando que ellos no estaban solos, que había dos personas más y que iban a encontrarse en el Restaurante Amazonas. Hugo tomando la palabra, informó que él también tenía una invitada, pero que no era motivo para que no aceptaran la invitación, intervinieron los abogados de Agustín y Leonor y después de una corta conversación, aceptaron todos encontrarse en el Amazonas a la hora de comida.

Pilar y Jon, más que estar buscando cosas novedosas en el parque, trataban de conocerse un poco más, había un hilo misterioso que los unía, desde que se conocieron se sentían cómodos estando juntos, era una amistad del alma, no les importaba los atributos físicos de cada uno, nunca se fijaron en eso. Estaban sentados en aquellos banquillos que daban

a la cascada de agua, contemplando cómo los pajarillos tomaban agua y se aseaban extendiendo sus alas, tratando de picotearse unos con otros. Mientras contemplaban ese bucólico cuadro, Jon, le dijo, Pilar, quiero que seamos amigos para siempre, independientemente de mi relación con Leonor, pues no sabemos lo que pueda ocurrir. Pilar, tomándole la mano entre las suyas, y mirándole a los ojos, le dijo, Jon, eso no tienes que decirlo, mi afecto por ti está por encima de esas circunstancias ajenas a nuestro sentimiento de amistad, por mi parte va a ser así, y ojalá se alargue en el tiempo, y podamos reunirnos y seguir paseando, ya no con el andar grácil de ahora, sino que también cuando nuestros pasos sean lentos y vacilantes y nuestras cabezas peinen canas; sé que Agustín te ofreció el lado oeste de la casona para que estuvieras con tu madre, y siempre va a estar disponible para ti.

Se iban a levantar para explorar otro lado del parque, cuando llegaron Leonor y Agustín diciendo, “fue más corto de lo pensado”, vamos a tener que comer todos juntos con ellos, quieren sellar la operación con una comida. A Jon no le gustó la idea, pero tampoco se podía oponer, no debía olvidar que era un invitado; no te preocupes por Hugo le informó Agustín, ha dado un giro de trescientos sesenta grados, hasta lo encontramos simpático y también tiene una invitada según nos dijo, y estará más ocupado atendiendo a ella que preocupado por ti; como tenemos tiempo, quiero que conozcas los alrededores de la ciudad que son muy pintorescos y salieron del parque a buscar su camioneta.

Lo primero que hizo Hugo saliendo de la reunión, fue comunicarse con Isabel, para informarle que ya estaba libre y que le esperaba en la ciudad y le anunciaba que iban a comer todos juntos y así podría ver a sus amigos. Mientras esperaba a ella, se puso a pensar en lo fácil que resultó el alejamiento del cartel de la droga, no es que él fuera un miembro activo, pero sí sabía, quizás más de lo que es conveniente saber sobre ellos, de todas formas tendría cuidado en los pasos a dar, por supuesto que saldría de Santa Cruz en cuanto se pusiera de acuerdo con Isabel

y nadie sabría nada de él, excepto ella, y tampoco sabría ella el lugar que había elegido para vivir. Se daba perfecta cuenta que el estilo de vida de ella no cuadraba con el que había decidido llevar él, no sabía lo que pudiera pasar con Isabel, lo comparaba con la fruta madura sacada del árbol, que es dulce y deliciosa, pero que dura una temporada, así y todo, estaba encaprichado en saborear esa fruta tropical.

Los primeros en llegar al restaurante Amazonas, fueron los tres abogados, que después de la reunión se quedaron conversando sobre temas inmobiliarios y del peligro que veían en la expropiación de las grandes haciendas de la región que se mantenían improductivas, claro que todo dependerá del régimen político imperante, dijo uno de ellos, y añadió, “todavía nos quedan tres años más de relativa seguridad, pero después...nadie sabe quien gobernará el país, se teme que sean partidarios de la izquierda”. Bueno, en ese caso los que vivimos en La Paz, estamos mucho peor que ustedes los de las regiones, allí tenemos al lobo cerca, el primer bocado somos nosotros. Y hablando de autonomías. ¿Cuál es el ánimo de la gente del pueblo? En Santa Cruz somos mayoría los de la autonomía, incluido los cambas, pero el gobierno central no va a ceder tan fácilmente, va querer seguir centralizando y manipulando todo, las regiones del oriente somos el poder económico actual y los que aportamos la riqueza al país y eso ellos lo saben, por lo tanto van a dar una dura lucha para que la separación no suceda nunca.

Los cruceños pensamos que todavía no es tiempo de dar la batalla final, la independencia la vemos un poco lejana, hay que unir más a las fuerzas vivas de la región; estaban hablando de estos temas, cuando vieron llegar a los hermanos y sus acompañantes, después de las presentaciones y saludos correspondientes, pidieron los aperitivos; el peso de la conversación llevaban los abogados. Pocas veces daba su opinión Agustín, nunca lo hicieron los otros, a tal extremo fue la cosa, que el abogado de la capital, dándose cuenta que había dos damas presentes, quiso cambiar el giro de la conversación preguntando a Pilar y Leonor por la calidad

de los colegios de la ciudad en cuanto a la posibilidad de que sus hijos pudiesen obtener una buena educación. Pienso que sí, contestó enseguida Pilar, me refiero a la educación media, no a la universitaria, todavía faltan años para que haya Universidades de prestigio, pero pienso que se llegará a ello, iba a seguir hablando cuando hacían entrada a la pérgola, Isabel y Hugo.

Se levantaron y vinieron las presentaciones. Grande fue la sorpresa de Isabel al ver entre los comensales a Jon, no se había imaginado nunca; tomando la palabra con cierto desenfado y osadía, por decir lo menos, encaró directamente a Jon, preguntándole. ¿No ibas a tu ciudad la última vez que nos vimos en el avión? Además, no hace tanto tiempo de eso y dirigiéndose a Hugo, le preguntó. ¿Cuánto hace que nos vimos en la playa de Iquique? ¿Recuerdas que estaba con Matías cuando te conocí y después salió la conversación de un minero llamado Jon, y tú quedaste interesado, bueno, es él? Isabel había acaparado la conversación, el ambiente estaba un poco tenso, todos se miraban extrañados de lo que estaba pasando, no entendían nada. Agustín dándose cuenta del ambiente, intervino con fuerza y le indicó. “Isabel aquí vinimos a celebrar una operación exitosa de venta de la hacienda de Leonor, las cosas particulares las ventilas después”, e indicando con su brazo, continuó... pasemos al comedor.

Todos se sintieron aliviados, Jon, recién pudo respirar, no había atinado a decir nada, no esperaba esa especie de llamada de atención y menos de Isabel, pensaba que nunca más la iba a ver, pero ahí estaba, desafiante y hermosa como siempre y en compañía de la persona que más le había intrigado en todo ese asunto oscuro del accidente de la avioneta, la muerte de dos personas, y todo el problema que trajo consigo. Se arrepintió de haber ido y no hacer caso a su palpito, pero ya no había nada que hacer, estaba ahí y había que seguir el juego, de tal modo que sería el mismo Jon de siempre, respetuoso sí, pero no el que se deja humillar y se calla ante la prepotencia de otros, el sentido de dignidad que tenía, se lo impedía.

La oportuna intervención de Agustín, y el movimiento de todos dirigiéndose al comedor, le dieron a Jon el tiempo necesario para serenarse; aunque ya no era el caso de responder. Isabel al ver a Jon al lado de Leonor, intuyó que había algo entre ellos, pero la intervención de Agustín la había descolocado un poco, pues en ningún momento lo defendió, como que lo dejó a merced suya, cuando dijo “las cosas particulares las ventilas después”, estaría atenta a cualquiera demostración entre ellos.

Hugo por fin conocía a Jon, “tarde pensó”, qué pena no haberlo conocido antes, ahora estaba mucho más seguro que Jon era la pieza clave que faltaba, igual que “el eslabón perdido”; pero él ya se había retirado del negocio, precisamente con la entrega del Vale Vista y las firmas finales, ya no tenía nada que ver con el cartel y los capos de la mafia, solamente le faltaba para cerrar el círculo con la gente de Bolivia, aquellas tan esperadas vacaciones en compañía de la casquivana y hermosa Isabel. Como hombre de mundo que era, se daba cuenta que Jon, era un obstáculo, pues en los ojos de Isabel vio a la mujer despechada, y no estaba equivocado en cuanto a ella, que todavía no había sucumbido a la idea de conquistarlo, pero lo que no sabía Hugo, era que Jon no estaba interesada en Isabel, tenía su amor y muy cerca.

El abogado jefe capitalino, tomando la palabra le dijo a Agustín, “usted como jefe de casa, indique los lugares a cada uno”. Tanto Isabel como Leonor quedaron entre los tres letrados; pensó en poner a Jon lejos de Hugo, pero al tener que sentarse en la cabecera de la mesa por petición de los demás, solamente quedó Pilar en medio de los dos. Tomando la palabra el abogado capitalino y dirigiéndose a los oriundos, les pidió que les contasen la historia de la conquista de esa parte de la selva por sus abuelos; y entre cuentos y añoranzas que recordaban por los dichos de sus padres, almorzaron en forma amigable sin que nadie se incomodara, esa era la finalidad.

Estando ya en el tiempo del café y los licores, los abogados del estudio jurídico que defendían los intereses de Leonor,

disculpándose y agradeciendo a su colega la invitación, se ausentaron, quedando Isabel y Leonor, juntas, codo con codo. Pilar, presintiendo que se podía producir algún roce entre ellas, se levantó y las invitó a pasar al toilet, al regresar se sentó en medio de las dos y comenzaron a recordar en forma amigable, anécdotas de sus tiempos de estudiante.

Había una persona que estaba esperando su turno para salir de sus dudas. Hugo al ver que quedaba libre el sitio entre él y Jon, se corrió y quedaron juntos y desligándose de todos los otros comensales e inclinando la cabeza hacia Jon, le dijo en tono moderado y pausado. Yo estuve en su ciudad, en el desierto, buscando la avioneta, yo sé que está allá en algún lugar de aquella extensa pampa. Jon en cuanto vio que se corría a su lado, esperaba esa pregunta y otras más, de modo que con toda tranquilidad y sorbiendo un poco del cognac que estaba tomando, mirándolo fijamente a sus ojos, le contestó callada pero duramente. -No sé de qué está hablando, explíquese.-No tema Jon, yo ya no estoy en el cartel, contestó quedamente Hugo, en realidad nunca pertenezco a él, es cierto que tenía vínculos, pero ya me desligué de Ramón y de ellos, la compra de la estancia fue la última operación que hago, después de lo cual me retiraré, a un apacible y hermoso lugar, como dicen "a los cuarteles de invierno". Usted y yo sabemos de lo que estamos hablando, a mi no me puede engañar. -Pero Jon, no cayó en la trampa, e insistió en su primera postura, "no sé de qué me está hablando", y continuó, yo estoy aquí hoy día por casualidad, vine a cerrar un negocio de ganado con Agustín y tan pronto como cerremos el negocio, me iré nuevamente a mi país y por último no tengo que darle a usted ninguna explicación, apenas lo conozco. -Le extrañó a Hugo la dureza de la respuesta de Jon, iba a rebatirle cuando se oyó la voz de Agustín que les invitaba a que se acercaran al grupo, pues habían quedado un poco retirados. Jon se levantó al instante y poco después le seguía Hugo, molesto todavía.

Isabel, siguió con sus amigas la conversación de los tiempos juveniles, pero se notaba que estaba incómoda al tener

en medio a Pilar; a ella le interesaba hablar de otras cosas con Leonor, pues su intuición de mujer, le decía, que había algo entre Jon y ella, ni tan siquiera se preguntó, con qué derecho podía inquirir algo así. Hugo la había catalogado bien, cuando pensó ver en sus ojos el despecho, tan acentuado, sobre todo en el género femenino. En realidad Jon, era la presa que todavía no se había rendido a sus pies, era el trofeo que todavía no podía exhibirlo, y algo le decía que lo había perdido definitivamente, que había buscado otra querencia y había encontrado en Leonor un buen regazo donde poder descansar su cabeza, además ya no estaba Álvaro, el camino estaba libre.

Sin querer se habían formado dos pequeños grupos, el de los hombres, cuatro, y un poco separado de ellos, las tres mujeres. Cada uno de ellos conversaba de lo suyo, los hombres de negocios y política y las mujeres del quehacer diario y la moda que se imponía en Europa y que la temporada siguiente llegaría a estos Países de América del Sur. La que llevaba la voz cantante era Isabel, que era la más viajera de las tres y soltera sin compromiso, por lo tanto, con más libertad de viajar y pasar temporadas en otras partes del mundo. Mirando al grupo de los hombres, se fijó en Jon y Hugo, pensó, en realidad no hay diferencia, son casi del mismo porte y todos tienen lo mismo, además Hugo es más educado y galante, tiene más mundología y para una temporada veraniega está bien; pensaban igual los dos, con el cinismo propio de los prepotentes, uno la llamaba “dulce fruta tropical” y la otra le llamaba “bueno para una temporada veraniega”; era el colmo, en realidad se merecían el uno al otro.

La reunión no daba para más, por lo que levantándose los hombres, fueron galantemente a retirar las sillas de las damas, cada uno de ellos retiró la silla de su dama, quedando libre el abogado, fue la demostración más clara de quien iba con quien. Después de las consabidas palabras de buena crianza se despidieron; no hubo palabras indirectas ni nada que enturbiase el buen momento pasado. El abogado imponía respeto y Hugo no hizo ninguna pregunta indis-

creta, lo mismo que Isabel, que ya había dado por concluido el asunto con Jon.

Isabel condujo rápido su hermoso auto, dejando al abogado y a Hugo en el hotel y quedando de acuerdo con éste, en reunirse a la noche. Tan pronto se fue Isabel, el abogado que estuvo en todo momento pendiente de los ademanes de Jon y de Hugo, le preguntó... ¿cómo le fue con Jon? Noté que se agitaron mucho. Hugo había decidido dejarse para sí las sospechas que tenía de él, no quería seguir involucrado en el tema, quería concentrarse en Isabel; ya había decidido el nuevo rumbo de su vida y su retiro ya había sido aceptado por el cartel, por lo que le contestó sin dar mucha importancia, “en realidad no sabe nada”, vino hacer un negocio de ganado con Agustín, y creo que se involucró con su hermana. -Concuerda con lo que me dijo él, contestó el abogado, en el sentido que van a ser socios en un negocio ganadero. Estoy de acuerdo, dejemos el asunto ese hasta aquí y aboquémonos a lo nuestro, usted a Chile a medicarse y yo mañana viajaré a La Paz, y daré por concluida la compra de la hacienda, si la planta estuvo ahí, la encontraremos.

Agustín condujo lentamente la camioneta hacia la finca de su hermana, llegando no quisieron bajarse, alegando que los niños quedaron solos todo el día, con un... mañana vengo, se despidieron. Bajando de la camioneta, Leonor entró a la casa y Jon enfiló sus pasos a su cuarto de la casa de huéspedes. Se había roto nuevamente el hilo conductor de las relaciones entre los dos. Leonor, desde que Isabel le recordó a Jon su encuentro en el avión, sembró de dudas los pasos dados por él desde la separación de aquella primera vez que se conocieron. Jon se dio cuenta de la tesitura de ella, algo la conocía y aquel gesto adusto de su cara, indicaba que estaba por lo menos contrariada, pero buscando el lado positivo, pensó, “es mas bella cuando se enoja, sus ojos toman una tonalidad más azul”.

Llegando a la habitación, se tendió nuevamente en la cama, recordó que no lo hacía antes, en realidad no se explicaba porqué lo hizo, su madre lo hubiera retado. Es

cierto que no le contó a Leonor su encuentro con Isabel, en el aeródromo y el viaje en el mismo avión hasta Iquique, pero solamente fueron unas pocas palabras de buena crianza y nada más y tampoco tenía porqué estar avisándole cada vez que conversara con una dama, no estaba de acuerdo con esa forma de ver la vida, según su punto de vista, bastaba que se guardasen lealtad y fidelidad mientras estuviesen juntos.

Efectivamente tal cual pensó Jon, Leonor estaba contrariada; aquellas palabras dichas con cierta autoridad por Isabel preguntándole...¿no ibas a tu ciudad? ¿Cómo sabía ella que Jon iba a su ciudad? La única forma pensó, es que él se lo haya dicho, y eso indicaba cierta familiaridad; claro que después no se dirigieron la palabra durante toda la comida, pero tampoco se dirigieron entre ellos y haciendo una mueca de aceptación con una especie de sonrisa, prosiguió con su soliloquio, además, seguramente vamos a dormir esta noche en la misma cama, por lo tanto basta de suspicacias, así de sencillo, estas cosas pasan entre los enamorados.

Leonor que se había tendido en aquel cómodo sofá, siguió divagando, era conveniente poner los acentos con claridad en aquellas cosas que son importantes, sobre todo para una mujer sola y enamorada, o por lo menos, así pensaba estar; esperaría que Jon le contase algo más de aquel encuentro, pero en verdad confiaba en él. El día fue un poco pesado y verdaderamente estaba cansada, y sonriendo maliciosamente pensó, debo estar descansada para la noche, no vaya a ser que me quede dormida antes de tiempo, sonrió maliciosamente y cerrando los ojos, dormitó un poco.

Era ya la hora de la cena y Jon no aparecía, Leonor se inquietó, pensó, "a lo mejor fui demasiado lejos", llamando a la doncella, le mandó buscar. Jon recién se estaba refrescando cuando sintió el llamado a la puerta y sin preguntar que quería, le dijo "dígame a la señora que voy enseguida". No estaba muy seguro del talante que iba a encontrar a Leonor, pero no iba a pedir perdón, por algo

que no había hecho, cuando mucho relataría el encuentro y nada más.

Pero la sorprendente Leonor, le esperaba sonriente, cubierta con un elegante e insinuante vestido y con los brazos casi abiertos, como invitando a un acercamiento, Jon, indeciso al principio, avanzó y la abrazó, diciéndole con cierta ironía al oído “me hubiera gustado encontrarte enojada, porque de esa forma, eres más bella todavía”; recién cuando terminó de susurrarle, entendió Leonor que era un cumplido, respiró hondo y apretándose más todavía, lo besó apasionadamente, diciéndole, “Jon querido, te salió la vena poética, sabía que eras romántico, es muy bello lo que me has dicho”. Como por arte de magia, apareció nuevamente el hilo conductor que los unía. ¿Qué pasa con los seres humanos, es todo interés y conveniencia, disfrazadas con la palabra amor... o la vida es así y no hay que darle a los hechos más importancia que la que tienen? Debe ser así, de lo contrario no se explicarían los cambios de actitudes tanto de hombres como de mujeres, ¿o es que la dependencia de unos y otros es mucho mayor que la que nos atrevemos a reconocer?

Nos pasamos la vida buscando la pareja indicada. Y encontrándola, la idealizamos peligrosamente, hasta que después de un tiempo nos damos cuenta, que no todo era como pensábamos. La respuesta está en la misma creación; nos crearon hombre y mujer, diferentes, dependientes y limitados, es decir, imperfectos, nos dieron libre albedrío para actuar en la vida, y la conciencia, como único freno a nuestras posibles y a veces exageradas apetencias, y he ahí el resultado, hombres y mujeres por igual, manipulando los actos del diario vivir, dejándolos a nuestro amañó, a nuestra conveniencia y lo que es peor, tratando de manipular la única cosa incorruptible que hay en nosotros, la conciencia.

Después de esa corta divagación mental, Jon, dirigiéndose al bar y mirando a Leonor, comentó, necesito un trago, quizás con unas copas pueda entender los cambios de actitud, no digo esto solamente por ti, también me incluyo en esta nebulosa, ella no contestó, se limitó a seguirle de

cerca, indicándole, “sírreme a mi también uno de esos tragos fuertes que tú preparas. - Sé que estás esperando que te cuente lo del encuentro con Isabel, pero primero brindemos por nosotros. -Me parece muy buena idea, afirmó Leonor, sonriéndole amigablemente. -Me hacía falta este trago, continuó diciendo Jon, y sobre el encuentro con Isabel, es muy poco lo que no conoces ya. Nos encontramos en el aeródromo y teníamos boletos para el mismo avión, ella viajaba con Matías y se sentó con él, en las primeras filas, yo viajaba solo y me senté como de costumbre atrás, llegando a destino, tomé mi maleta y saludándoles con la mano, desaparecí y no la vi más, hasta el día de hoy; es todo y no voy hablar más del asunto.- No hace falta Jon, estaba molesta pero nunca dudé de ti.

Leonor no quería por ningún motivo, que esa noche no fuera una continuación de las anteriores, para ello tenía que jugar sus cartas con sabiduría, sin llevar a extremos sus diferencias, por eso cuando Jon le dijo, mañana voy a estar todo el día afuera con Agustín, tenemos que finiquitar todos los detalles de la sociedad que vamos a formar para el negocio del ganado Wagyu, no se molestó en lo más mínimo, seguramente pensó, “pero estarás conmigo para la cena, de eso me encargo yo”. -Me parece bien que se asocien, así estaremos más cerca y nos podemos ver con más frecuencia.

Todavía con las copas medio vacías en la mano, se encaminaron al comedor, pues ya se hacia tarde para la cena; antes de sentarse en la mesa brindaron con lo poco que les quedaba. Los dos estaban eufóricos, tratando de ser lo más amable posible uno con el otro, sabían lo que les esperaba y ambos estaban de acuerdo, era un poco repetido todo, pero por el momento, los dos aprobaban los hechos. Ninguno quería romper el hechizo, el encanto del momento, querían que los acontecimientos siguieran su camino sin obstáculos, por lo menos de parte de ellos, después lo que tuviera que suceder, pasaría aunque ellos no quisieran, llámese circunstancias de la vida, llámense obligaciones empresariales o cualquiera otra compromiso,

y en ese entonces, se vería la mejor forma de arreglar todo, pero hasta entonces, querían disfrutar, como que fuera el último día de ellos.

Es así como terminando de cenar, se levantaron y fueron a sus respectivos asientos en los cómodos sillones de la sala, no se pusieron de acuerdo, pero querían seguir las mismas costumbres de los días previos, no querían experimentar cosas nuevas, aunque dicen “que en la variedad está el gusto”; tanto él como ella, estaban contentos y satisfechos con lo que tenían, y no era poco...se tenían el uno al otro. Jon, acércate un poco más, él, que recién se había sentado después de servir los bajativos, sin decir palabra, se acercó hasta hacer contacto con su cuerpo y brindaron nuevamente por ellos.

Se notaba que estaban cómodos y felices, no había ninguna nube en su cercano horizonte, y sin embargo, en sus cabezas, sabían que ninguno de los dos dejaría su mundo propio por ese otro en común; en ese instante se produjo un largo silencio. ¿Estarían pensando cada uno por su cuenta, en cómo resolver el dilema? ¿O es que ya habían asumido lo inevitable y pensaban disfrutar lo que tenían en ese momento? Tomando el último sorbo, Jon cortó el silencio de la sala, diciendo, “se está haciendo tarde, vamos mejor acostarnos”, no terminó de pronunciar la última sílaba, cuando Leonor presurosa se levantó y enganchándose de su brazo, se encaminaron a la habitación.

CAPITULO XXIII

Aunque Agustín llegó temprano al día siguiente, Jon le estaba esperando listo para partir; enfilaron directamente al campo donde estaba la crianza del ganado Wagyu, allí pasaron hasta la hora de la comida. Pilar les esperaba con la mesa servida y con la amabilidad de siempre, qué mujer más agradable era, pensó Jon. Terminada la comida, con su discreción acostumbrada se levantó y dejó solo a los dos hombres.

Una cosa era decir, “vendemos parte de las gemas”, y otra muy diferente era completar la operación, había que conocer el mercado y sobre todo a las personas que actuaban, debían ser de toda confianza. Pero la pregunta iba un poco más allá. ¿Se puede confiar en esas personas que se dedican a esta clase de compras? Y por otro lado. ¿Es legal o ilegal el mercado de las gemas fuera de negocios establecidos? Sabían que esas ventas tenían ciertos requisitos legales que cumplir, por ejemplo, el de la procedencia y ellos no querían figurar como proveedores, por lo tanto la pregunta era. ¿No son tan culpables los que venden como los que compran? La respuesta es clara, son tan culpables los unos como los otros. Tomando la palabra Jon, comentó: Álvaro me informó que Ramón era el encargado de todas esas operaciones, junto con Hugo, descartando a este último, solo nos queda confiar en la buena voluntad de Beatriz, pensando que ella sabría algo referente a los compradores, o de lo contrario las

direcciones y nombres que debieran estar en algunas libreta; si depende de ella no hay problema, indicó Agustín, tengo muy buenas relaciones con Beatriz. Quedaron de acuerdo en ir a Cochabamba, al día siguiente, Agustín se encargaría de hablar con Beatriz, pues no convenía complicar las cosas. El resto de la tarde, conversaron de todos los detalles: la compra del fundo en Chile, el ganado y la sociedad a formar, estaban plenamente de acuerdo en todo. Te dejo en casa de mi hermana y mañana temprano te paso a buscar para ir a Cochabamba, le dijo mientras se levantaba de su escritorio. Jon solamente acertó a mirarle y sonreírle, no le quiso decir nada, bastante le decía con la mirada.

Llegando a casa de su hermana, Jon se bajó y fue directamente a su dormitorio, mientras Agustín saludaba a su hermana y le decía -cumplí-; ésta por respuesta le dio un beso y diciéndole saluda a Pilar, entró a casa. A la hora de la cena Jon entró a la casona, Leonor ya le estaba esperando en el salón, se dirigieron muy pocas palabras antes de sentarse a la mesa, a esa altura de la relación las cosas se daban por sabidas sin tan siquiera pronunciar palabras, sí tuvo que decirle que iban a Cochabamba al día siguiente de madrugada; le miró atenta pero ni tan siquiera preguntó a qué, le bastaba la compañía que le daba al atardecer.

No se equivocó Agustín al hablar de su amistad con Beatriz, ella conocía a los amigos de su esposo que se dedicaban a esos menesteres y se ofreció servir de puente entre ellos. Aprovecharon de hablar de Hugo, de su alejamiento del cartel y de la compra que hicieron ellos de la hacienda de Álvaro, Beatriz pensó, querrán encontrar el laboratorio que tenían mi esposo con él; yo creo que lo mejor es olvidarnos de la gente del cartel y vivir nuestra existencia lo más lejos posible de ellos. Estoy totalmente de acuerdo con usted, le respondió Agustín. Vendré a verla para que me ayude con lo conversado, tengo bastante urgencia en hacer la operación, más o menos con un tercio del total. -Venga cuando quiera, conozco a uno de ellos, íntimo amigo de mi esposo y precisamente estuve con él hace unos días, haciendo una operación con mi parte, es

de la más absoluta confianza; todavía no quiero usar los dólares, quiero dejar pasar un tiempo, por si acaso, pienso que podría ser peligroso gastarlos ahora.

Saliendo de la reunión se encontró con Jon y comieron en la ciudad, regresando a Santa Cruz con toda calma. En el viaje Jon aprovechó de indicarle que se iba al día siguiente para Chile, tenía que viajar al sur para ubicar tres fundos como mínimo, para que tú, que eres el que entiendes de esas cosas, elijas el más apropiado; también tenemos que preparar la escritura de la sociedad, tú te preocupas de decirle a Leonor que tiene que representar en la sociedad a Merceditas hasta su mayoría de edad y de toda la parte legal. Quedaron totalmente de acuerdo en todo, la decisión estaba tomada, solamente faltaba la compra del campo y echar andar el negocio, para ello contaba con el técnico japonés y con Agustín.

Estaba oscureciendo cuando entraban a la finca de su hermana, ella les estaba esperando con la cena, Agustín le indicó, cenemos enseguida pues no quiero llegar muy tarde a casa. Solamente hablaron de la sociedad a formar entre ellos y de las condiciones del campo a comprar. Agustín le indicaba a Jon, no es solamente la compra del campo, no te olvides que tenemos que construir una planta faenadora y un frigorífico, todo ello tiene que ser de primera calidad, los asiáticos son muy exigentes en esas cosas. Tiene que tener una capacidad de faenamamiento de unas 300 cabezas/mes y tener gran envergadura, pues tenemos que engordar los novillos hasta un peso aproximado de 500 kilogramos, para que el marmoleo sea el indicado.

Agustín iba a seguir hablando, pero Jon, con voz suave le cortó el hilo del parloteo diciéndole, “no me marees con tantos datos técnicos”, ya tendremos tiempo de hablar de esas cosas. Leonor que se estaba aburriendo con la conversación de su hermano, aprobó la moción.

Una vez que se fue Agustín, Leonor le encaró a Jon preguntándole... ¿En qué sociedad me quieren involucrar? Pensaba que eran solamente ustedes dos. -Mira, yo no quiero empezar con eso, Agustín te pondrá al día, respondió

Jon cortante, yo tengo que preocuparme ahora de mi viaje de mañana, sabes que tengo que ir a Chile y encontrar en el centro del País un buen campo y que no esté muy lejos de los puertos. ¿Qué te parece que pasemos al salón y conversemos un poco de nosotros? A Leonor no le gustaba que otros pensaran por ella, era demasiada orgullosa para permitirlo, no estaba de muy buen talante cuando se sentó en el sillón de siempre, y haciendo un gesto con la palma de su mano y golpeando un poco el asiento, le invitó a que se sentara a su lado, Jon entendió y se sentó pegadito a ella, y prosiguió diciendo. No te caen bien estas rabietas de niña mal criada, sabes perfectamente bien que Álvaro quiso asegurar a Merceditas, pues sabía que tú tenías tu propia fortuna y no tenía que preocuparse de tu bienestar; ya te dije antes, yo no quiero seguir con esto, tu hermano te pondrá al día de los trámites. Yo quiero hablar un poco de nosotros, de ti y de mí, por ejemplo... qué va a pasar con nosotros.

Jon, si te vas mañana, no peleemos esta noche, no quiero que te vayas enojado conmigo como la otra vez. Ante ese cambio de actitud, Jon estirando su brazo sobre el respaldo del sillón, la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente. Ella se abandonó a sus brazos y como por arte de magia cambió su rostro, de adusto antes, a casi risueño ahora; él con un tono suave y amable le decía al oído, “no peleemos más”, lo pasamos demasiado bien estando juntos, como para estar peleando por asuntos que no vienen al caso. Cuando tengamos que conversar temas serios de cualquier índole que atañan a otras personas, debemos de actuar como personas mayores y criteriosas y la solución vendrá sola. Ahora es el turno de hablar de nosotros, presta atención a lo que voy a decir, después que escuches, quiero tu aprobación o tu negativa, pero yo tengo que saber a qué atenerme. Leonor mimosamente le contestó, de acuerdo, pero antes bésame y sirvámonos un licor.

Una vez sentado de nuevo junto a ella, Jon siguió con su plan. La compra del campo involucra también la compra de una casa, la compraríamos en Santiago, la capital de Chile,

que sería nuestro hogar, permanente, quizás temporal para ti, para mí sería permanente, pues tendría que estar a cargo del negocio. En Santiago de Chile, están las Universidades más prestigiosas de América del Sur, digo esto pensando en los estudios universitarios de Merceditas, siempre que tú decidas que sea así, de esa forma, tú no te separas de tu hija y nosotros viviríamos juntos.

No es mala la idea, contestó Leonor, haciendo un gesto de aprobación con la cabeza, pero déjame que hable con Merceditas; te digo esto, porque habíamos hablado con ella, que fuera a Inglaterra a casa de su abuela a proseguir sus estudios universitarios y prefiero que sea ella la que elija, pero de todas formas, sea que se quede a estudiar aquí o se vaya a Europa, la idea de la compra de la casa en Santiago me parece bien y estaría dispuesta a vivir allí contigo; claro que tienes que entender que si Merceditas decide ir a seguir sus estudios universitarios a Inglaterra, tendría que ir a visitarla; tampoco podría dejar del todo Santa Cruz y de vez en cuando tendría que venir. En esto último no hay problema, vendríamos juntos, respondió raudo Jon, al mismo tiempo que la volvía a abrazar y terminó diciendo. “Veo que nos estamos entendiendo como personas adultas que somos”. Y como ya se hacia tarde, tomándola de la mano, se levantaron y abrazados todavía se dirigieron a la habitación. Fue una noche memorable, de ensueño.

CAPITULO XXIV

De vuelta en su ciudad, Jon tenía que asumir la decisión más dolorosa de cuantas había tomado en su vida, “la liquidación de la sociedad con Martín”; sentía que le estaba fallando de alguna forma, fueron años muy felices desde que empezaron a trabajar juntos, se le hacía difícil echarlos por la borda, pero eso ya lo había asumido de alguna manera, desde el momento que se decidió por el negocio del ganado Wagyu, lo que no quería, era perder la amistad con Martín, estaba seguro que lo entendería, además le daría todas las facilidades para que le pagase su cincuenta por ciento y quedando por lo tanto, como único dueño de la Sociedad Minera, pensaba que eso aminoraría su pesar. Con su madre no tenía problema, era feliz viéndole feliz a él, contaba con el amor y cariño incondicional de ella.

Fue más fácil de lo pensado encontrar la hacienda ideal para iniciar el negocio en la parte central de Chile, siempre hay fundos disponibles para la venta, solamente hace falta contar con el dinero suficiente, pues los buenos campos son caros. A Jon le gustaron dos fundos contiguos de dueños distintos pero pertenecientes a una misma sucesión de una antigua familia, con apellidos que venían del tiempo de la colonia; contaban con montañas y extensos campos planos cruzados por un río; no entendía mucho de ganado, pero sí tenía un desarrollado sentido común y criterio, y se daba cuenta que aunque caro, era lo que necesitaban, solamente

faltaba el visto bueno de Agustín para que fueran dueños, el dinero estaba.

La opción de compra vencía a los treinta días, por lo que llamó a Agustín para que llegase lo antes posible; todo cuadraba, pues en el ínter tanto Jon se preocuparía de los escritos de la sociedad y de toda la documentación legal. En cuanto recibió Agustín la llamada de Jon, habló con Beatriz para que le ayudara en la transacción de las gemas, y tal como pensaba no tuvo ningún problema, se portó muy bien. Hecha ya la venta, solo quedaba viajar a Chile, ver los campos, elegir el más apropiado y comenzar o mejor dicho, ampliar el negocio, las cartas estaban echadas. En ese momento se acordó que tenía que hablar con su hermana y explicarle todo lo relacionado con Álvaro y Merceditas, se tendría que poner duro con ella en caso de encontrar resistencia, pero para sorpresa suya, Leonor entendió la preocupación de Álvaro por su hija y aceptó la proposición; nadie sabrá si influyó en la decisión la conversación que tuvo con Jon días antes, ahora solamente quedaba que Agustín fijara fecha para su viaje a Chile.

Habló con Jon y decidieron encontrarse en Santiago, tomar la decisión referente al campo y al regreso pasar unos días en el norte, en su casa, y así conocer el desierto, para que Agustín se diera cuenta lo que verdaderamente son las pampas desérticas, una cosa es escuchar hablar del desierto y otra muy distinta recorrerlo y dormir una noche en él y poder contemplar la impresionante bóveda celeste y el más hermoso espectáculo, un cielo lleno de estrellas unas más brillantes que otras y en medio de ellas se ven todas las constelaciones conocidas que mediante trazos imaginarios sobre la superficie celeste, forman dibujos que evocan determinadas figuras como la de un animal o personajes mitológicos, es verdaderamente impresionante y bello. Además en la selva, no tienen la oportunidad de ver tan magnífico espectáculo.

Tal como habían decidido, Agustín llegó a Santiago donde se encontraron y recorrieron los campos tomando la decisión de comprar los dos fundos colindantes, cumplían

a cabalidad las condiciones exigidas para esa clase de negocios, de praderas verdes con abundante agua; ahora solo quedaba la llegada del técnico japonés para echar andar el plan establecido, mientras los abogados escrituraban la sociedad. Agustín quedó encantado con la ciudad de Santiago, inmediatamente pensó en adquirir con tiempo una propiedad y así sus hijos tendrían la oportunidad de estudiar en Universidades Chilenas, prestigiadas en toda América del Sur, pensaba que su esposa también aprobaría, más que nada pensando en el futuro de los hijos.

Agustín había escuchado hablar de Viña del Mar y de sus playas, por lo que manifestó su deseo de conocer el balneario. Se quedaron unos días más, conociendo también el puerto de Valparaíso, antes de tomar el avión y aterrizar en el norte, en Calama, el hogar de Jon, y así conocer por fin el tan nombrado desierto con sus pampas, salares, lagunas y quebradas, tenía curiosidad por conocerlo.

Lo que temía Jon, se produjo al día siguiente de llegar al desierto. Agustín manifestó el deseo de conocer el lugar donde murió y fue enterrado Álvaro, petición que no le pudo negar. Es así como habló con Martín y organizaron el viaje. Jon tenía sentimientos encontrados, por un lado estaba la sensibilidad propia de su forma de ser, quería dejar en el pasado todo eso que fue bastante traumático sobre todo para él; además el vínculo que había formado con Leonor, le inhibía de hablar y relacionar actitudes de vida con ese drama vivido, pero no podía negar a su amigo Agustín el cumplimiento de ese deseo.

Como era costumbre en ellos, partieron temprano, pero no de madrugada, con la idea que Agustín pudiese contemplar todo el maravilloso espectáculo del desierto desde el amanecer hasta el ocaso y así poder decir que tuvo el privilegio de conocer como palpita el latido del desierto, ya habían determinado pasar el día completo en el desierto, hasta el anochecer, descartaron dormir en los amplios espacios cordilleranos por no complicar demasiado las cosas. Viajaban sin el apuro de ver faenas de trabajo, sino que más bien como un día de paseo y de caza, para ello

llevaron sus escopetas siempre listas para cazar una buena presa. Hasta la segunda bifurcación, la huella estaba mucho más marcada que en ocasiones anteriores, pues Martín ya había instalado la faena minera; en ese punto se separaban las huellas, la que se dirigía al sur, iba a la mina y la del norte, llegaba a los altos picos nevados de la cordillera pasando a los pies del otero misterioso.

El sol ya estaba sobre sus cabezas cuando se separaron de la huella principal y tomaron la del norte; al poco andar divisaron un piño de vicuñas que iban lentamente a la aguada mordisqueando las pocas yerbas que encontraban en su andar. Agustín hizo parar la camioneta para poder contemplar con detenimiento el bello espectáculo, Jon le mostró al relincho -el macho del piño de hembras- que un poco más adelantado cuidaba de ellas, avisándolas de cualquier peligro que él pudiera detectar, y así emprender rápidamente la retirada y guarecerse en alguna de las quebradas de los faldeos de los cerros que colindan con las pampas; estaba fascinado, tanto de ver en su hábitat natural a las vicuñas, como el poder contemplar los espacios abiertos y la lejanía del desierto profundo que obliga a entrecerrar los ojos para poder divisar el final de la extensa pampa, entre neblinas de espejismos.

Reanudando la marcha, se adentraron hasta los faldeos bajos de los cerros que circundan las pampas, y los salares, desde donde se veía el desierto en todo su esplendor, y se distinguían claramente los espacios cubiertos por el gran salar y las pampas abiertas. No se atrevieron a llevarle a la alta precordillera, lugar maravilloso con hermosas lagunas que dan vida a innumerables variedad de aves y donde se reflejan sobre sus azuladas aguas, las cumbres nevadas de los altos cerros de la Cordillera de los Andes, pues debían pasar por puntos sobre los cuatro mil metros de altura y no sabían como podría responder el corazón de Agustín que no estaba acostumbrado a esas altitudes; dejaron para el atardecer la visita al otero y al lugar donde estaban enterrados Álvaro y Ramón.

Mientras almorzaban en una de las quebradas, donde

corría un hilo de agua pura y cristalina -hay que ser baquiano para conocer el lugar exacto donde está el agua- que muchas veces hace la diferencia entre la vida y la muerte. Martín contaba, que cumpliendo la indicación que le había dado Jon, de investigar el lado este del otero, que de acuerdo a la versión de Álvaro, es de donde venían los extraterrestres que le ayudaron los dos primeros días; había constatado algunas irregularidades en una de las quebradas que se pierden entre los pliegues del cerro antes de llegar al llano, y dirigiendo la mirada directamente a Jon, continuó; estaba esperando que llegaras al pueblo y te calmaras un poco para contarte lo que vi en mi viaje; lo tienen todo muy bien camuflado, los últimos tramos llegan a la mina pisando sobre piedras, así no dejan rastros.

La entrada a la mina no tendrá más de metro y medio de alto por uno de ancho y está entre unos arbustos de pingo-pingo, no se ve hasta no estar muy cerca, pero como a los tres metros hacia adentro, se llega a un caserón que tendrá de tres a cuatro metros de alto, por otros tanto de ancho, trabajan un mineral que yo no conozco, la veta es ancha, casi de un metro, pero lo más extraño es que lo cortan con alguna herramienta minera especial, pues los cortes son casi lisos; ninguno de los mineros de la zona tiene esa clase de herramientas, quedé asombrado, y la verdad es que se me olvidó sacar algunas muestras. Jon que seguía con interés el relato, se acordó de la historia contada por Álvaro que en ese momento la achacaron a su estado febril, pero los hechos indicaban otra cosa, tomando la palabra, le comunicó a Martín, -otro día iremos a sacar muestras y mandaremos analizarlas por uranio-, todo indicaba que la historia contada por Álvaro, tenía mucha posibilidad que fuera cierta y que efectivamente existen los ovnis y por ende los extraterrestres.

Agustín no entendía nada, primeramente las palabras de Martín que hablaba de algo desconocido para él y después Jon que sí creía en sus palabras y en los hechos que contaba, lo dejaron perplejo, la verdad es que Jon no quiso contarle la historia de los hombrecitos que venían en el ovni y que

ayudaron a su cuñado los primeros días del accidente, pero dándose cuenta de la postura de Agustín, no le quedó otra que contarle lo que el lector sabe ya, referente a los hombrecitos que llegaban al ovni que no estaba a más de cien metros de la siniestrada avioneta, trayendo algo en los brazos y que tres de ellos le ayudaron en su desgracia.

No salía de su asombro Agustín con los ocultos misterios de esas serranías; él venía de otro mundo totalmente distinto, por supuesto que había cuentos y leyendas en la selva, pero eran personas que pertenecían a tribus remotas, ocultas por lo general en lo más profundo de la selva, se podía constatar su existencia, pero esto otro, hablar de ovnis y pequeñas criaturas, entraba en el mundo de la fantasía, por lo menos para él; también le sorprendía, que Jon, a quien consideraba un hombre serio, ponderado y creíble, pensaba que sí, que podían existir y todo basado en lo que le contó Álvaro en estado febril como lo reconocían y ahora con lo que contaba Martín. No quiso exponer sus dudas sobre la existencia de tales hombrecillos, por supuesto que él no creía y con eso le bastaba; era un día para disfrutar y no para entablar discusiones que a nada conducen.

Ya era media tarde cuando emprendieron el viaje hacia el Quimal y las sepulturas, era un largo recorrido, pues se habían alejado bastante del entorno que les interesaba; durante el viaje, Jon terminó de contarle a Agustín lo referente a la interferencia electrónica que tuvo Ramón en la avioneta en todos los indicadores e inclusive con problemas en los motores, ahora pensaba que pudo ser por la influencia del ovni que de alguna manera interfería su funcionamiento. Martín que manejaba tranquilo y en silencio, intervino diciendo, fíjate Jon, que pensé igual que tú, no le dimos mucha importancia a lo que nos contaba Álvaro, pero al parecer nos decía lo que había visto y no era efecto de su estado febril, ahora pienso que es así, pues los trabajos que vi en la quebrada, eran muy raros, te repito, con cortes en la roca demasiados lisos para ser hechos por los mineros de la zona, deben tener herramientas mineras de otra generación, o quizás con rayos parecidos a los láser.

Como habíamos quedado de acuerdo contigo en dar vuelta la hoja, no quise indagar más en el asunto. Bien hecho respondió Jon, pero tenemos que ir a ese lugar y sacar muestras de esa roca, anda preparando las coordenadas para la manifestación minera, que cubra todo el cerro Quimal, como van a ser muchas hectáreas, hazlo de la siguiente manera, siempre que te parezca bien: 50% para ti, y 25% para cada uno de nosotros, pídele a Agustín sus datos personales, los míos ya los conoces, tengo el presentimiento que estamos ante algo grande, siempre pensé que eso de la leyenda era verdad, repito, puede ser algo muy importante, tan importante que no alcanzamos a dimensionar su verdadero valor. Todos los gastos tanto de la Manifestación como de la Mensura y los trabajos de apertura de la mina, van a correr por cuenta de Agustín y mía, ante la mirada dubitativa de Martín sobre esto último, Jon no dejó dudas y con seriedad reafirmó. Si tú pones tu trabajo personal, es justo que el dinero lo pongamos nosotros.

Agustín escuchaba atento la conversación de los dos, hablaban con tanta convicción que quería creerles, pero no daba por hecho la existencia de ovnis y hombrecillos, le costaba imaginar que existieran esas criaturas de otras latitudes y que visitaban el planeta tierra sin saber a ciencia cierta para qué, o con qué fines, pero tampoco podía negar su existencia, eso sí, solamente creería en ellos con hechos tangibles de su existencia, algo así como el “ver para creer” de Santo Tomás.

Ya estaba al alcance de la vista el Quimal, al que denominaban “el otero”, solamente les faltaba subir aquella empinada cuesta para encaminarse directamente hacia el lugar indicado de las sepulturas. Estando cerca ya, Jon le preguntó a Martín. ¿No veo tu huella? Por este lado no la vas a poder ver, fui por el Este, tú sabes que aunque el camino es malo, es el lugar más cercano de nuestra mina, no quise dejar huellas por este lado, no te olvides que ese fue nuestro acuerdo, parece que se te olvidó. Está bien, tienes razón. Ya estaban llegando al lugar del accidente; el viento arenoso del desierto había cubierto y borrado los pequeños surcos

de las antiguas huellas existentes, solamente quedaba la huella principal que es por donde transitaban todos los vehículos que iban al otero y que había quedado marcada y con cierta profundidad.

Grande fue su impresión al llegar al lugar exacto y constatar que las sepulturas estaban abiertas, no lo podían creer, se acercaron y ahí estaban los hoyos que habían cavado los dos y nada menos que a dos metros de profundidad, pero estaban vacías, faltaban los dos cuerpos, se miraron con estupor, no encontraban una explicación razonable. ¿Quién iba a ir hasta esos parajes para sacar dos cuerpos de personas muertas? Pero antes de encontrar la respuesta a esa pregunta, estaba la otra. ¿Quién más sabía fuera de los dos la existencia de esos cuerpos? Jon y Martín se miraron como preguntándose, ¿sabes algo de esto?, ambos sostuvieron sus miradas, eran serenas y confiables, se conocían de toda una vida y confiaban uno en el otro, quedaba claro que ninguno de los dos había traicionado el pacto de honor. Sabiendo eso, la única explicación válida, era esa otra que no querían pronunciar, pues tenían que admitir definitivamente la existencia “de esos otros seres parecidos a los humanos”, como los describió Álvaro, y de los ovnis. La otra explicación era menos creíble, pues no conocían animales de presa carroñeros, ni nunca nadie había visto ni contado que existían en esas latitudes; aves carroñeras, sí existían, pero era imposible que pudieran cavar dos metros de profundidad. Estaban verdaderamente confundidos y consternados. Jon con la mirada dirigida a Martín quería decirle algo, pero no encontraba las palabras, pero éste le dijo, sé lo que me quieres decir, porque yo también estoy pensando lo mismo. ¿Por qué no se llevaron antes a los dos, estando uno de ellos vivo? No tenían la respuesta a ese lógico y humano modo de pensar.

Agustín mantuvo un silencio respetuoso en todo momento, él era un invitado y no tenía ningún argumento valedero para una explicación lógica y ya sabemos que no creía en los ovnis ni en los extraterrestres. Intentó levantar el ánimo de sus amigos que estaban decaídos y más que

nada preocupados por no poder descifrar el misterio, pero fue en vano, verdaderamente estaban demudados, no encontraban ninguna explicación lógica; el que podría saber algo más, era Martín, que no se había movido del pueblo ni de la zona, más todavía, estaba trabajando la mina de cobre que estaba relativamente cerca y él no había visto a nadie merodeando en el lugar, ni tampoco había observado huellas que fueran en esa dirección; tampoco se había comentado ni publicado nada en referencia a platillos voladores u ovnis, como los conoce el pueblo. Definitivamente había que descartar que fueran personas de la zona, solamente quedaban como posibles ejecutores de la acción, los invisibles “extraterrestres”, y ahí entrábamos ya, al campo del misterio y de la ficción o como lo quieran llamar.

Lo peor del caso, era que no podían hacer nada, y menos denunciar o hablar de la presencia de extraterrestres y menos de la vida y muerte de Ramón y Álvaro, no estando los cuerpos de ellos, quién les iba a dar crédito a la extraordinaria y fantástica historia que les había tocado vivir; al no informar a las autoridades respectivas a su debido tiempo el accidente de la avioneta y las muertes de las dos personas, ya no lo podían hacer, era algo parecido al impedimento del acto matrimonial “diga ahora o calle para siempre”; por lo tanto tendrían que vivir con esa carga por el resto de sus vidas. En verdad parte de esa carga ya la habían asumido desde el momento que decidieron actuar por su cuenta; pero esto que había sucedido ahora estaba fuera de toda lógica, jamás pensaron que podía suceder algo semejante. En el entorno de las fosas, no había ningún indicio que indicara que en ellas habían estado enterrados dos cuerpos humanos, solamente los montones de tierra y piedras, indicaban que pertenecían a los hoyos hechos.

Fueron al lugar del accidente de la avioneta donde murió Álvaro y calcularon donde podría haber posado el ovni la primera vez, sabiendo que él observó a los hombrecillos y los distinguió claramente; al mirar con más detenimiento el lugar elegido, vieron la tierra ligeramente chamuscada y las marcas de apoyo en la tierra, no había duda, algo se

había posado ahí, las huellas no eran de neumáticos, eran cuadrados, como patas de apoyo; Jon y Martín contemplaron asombrados y se recriminaron por no haberse fijado en aquella oportunidad, cuando Álvaro les dijo lo de los ovnis, pero la verdad era que en aquel momento no le creyeron. Agustín, conociendo un poco más la historia, ya no estaba tan seguro que no existieran los ovnis y los extraterrestres.

El sol ya se estaba retirando, solamente se veía una bola de fuego metiéndose entre aquellas nubes rojizas... allá lejos, al final del horizonte; generalmente los ocasos en el desierto son maravillosos y el de ese día era espectacular, entre el contraste de aquellas nubes oscuras y alargadas que parecían estar encima de las rojizas que rodeaban la bola de fuego en que se había convertido el sol y la todavía resplandeciente claridad que se perdía... allá lejos, en el límite donde se unen el cielo con la tierra, era de una belleza inimaginable. Agustín que se había alejado un poco del lugar a contemplar el fantástico espectáculo del ocaso que le ofrecía la naturaleza, estaba absorto; como no tenía palabras para expresar lo que estaba viendo, quería retener en su retina, toda aquella belleza, para después... allá en la sombría selva, con los ojos del alma volver a verla, y no se cansaba de mirar sin tan siquiera pestañear. El silencio era absoluto, ni el viento ululaba como en otras oportunidades.

Muy pronto las tinieblas se extendieron sobre el desierto, el cielo se cubrió de innumerables estrellas que brillaban allá... en lo alto; la temperatura bajó repentinamente, de los 20 grados que hacía un rato antes, a los cero grados de ese momento; en el desierto ocultándose el sol, la temperatura baja rápidamente.

Jon y Martín no reaccionaban, cada uno por su lado deambulaban por los amplios espacios, contemplando una y otra vez los hoyos vacíos y el lugar del accidente, como buscando una explicación, pero en verdad ni ellos mismos sabían qué buscaban.

Agustín, que se calentaba cerca de la fogata que momentos antes prendieron, los llamó y tomando la palabra,

con un tono de voz cordial pero fuerte, los sacó de su ensimismamiento, diciéndoles: “vamos a casa pues ya se hace tarde, aquí no tenemos nada más que hacer, sabemos que ya no están con nosotros, ni Álvaro ni Ramón, pensemos que pidieron ser cremados, y que el viento del desierto esparció sus cenizas por toda esta serranía. Acto seguido, juntándose los tres, se abrazaron en silencio y en un pacto de honor, se juramentaron por siempre no hablar con nadie sobre los hechos que les tocó vivir, solamente los tres sabrían el secreto de la Leyenda del Quimal, como también, el triste fin de aquellos dos seres osados, que tuvieron contacto con lo desconocido y se perdieron entre los espacios de esas soledades de amplios horizontes y los confines de la bóveda celeste de los astros.

FIN

